

Señor Socorrista ¡le Odio!



ELIZABETH NOVAK

ELIZABETH NOVAK



Señor Socorrista ¡le Odio!

ELIZABETH NOVAK

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Señor socorrista ¡le odio!

©Elizabeth Novak, julio 2024.

Correctora de texto: Maria Luisa Corrales

Diseño de cubierta: Daniel Ángel González

Maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

*Para mi abuelo Paco.
Gracias por todos los veranos que pasamos juntos,
fueron increíbles y siempre los recuerdo
con mucho amor y cariño, igual que a ti.
Que esta novela, allí en tu estrella,
te haga reír a carcajadas.
Te quiere para siempre, tu princesita y nieta:
Elizabeth.*



Índice

- [1. ¡Qué desastre!](#)
- [2. Discoteca de las ‘casualidades’](#)
- [3. Sabor agridulce](#)
- [4. Fiesta nocturna](#)
- [5. No hay dos sin tres](#)
- [6. Fuego en las venas](#)
- [7. No quiero verte](#)
- [8. Celos](#)
- [9. Pez fuera del agua](#)
- [10. Hasta el sábado](#)
- [11. Karma](#)
- [12. Arde la llama](#)
- [13. Dulce locura](#)
- [14. ¡Qué inesperado!](#)
- [15. Emociones fuera de control](#)
- [16. Cumpleaños, ¿feliz?](#)
- [17. Sueños rotos](#)
- [18. Un golpe de realidad](#)
- [19. Nuevo amanecer](#)
- [20. Fuerza interior](#)
- [21. Bienvenida a la familia](#)
- [22. La verdad](#)
- [23. Cartas sobre la mesa](#)
- [24. La cita](#)
- [25. Fiestas de Collado Villalba](#)
- [26. El regreso](#)
- [Epílogo](#)



1. ¡QUÉ DESASTRE!

No sé si tiene que ver con ser gafe, tener mala suerte o es que simplemente cuando era pequeña me hicieron vudú. Pero la historia que os voy a contar no es solo la más caótica de mi vida, sino también la más intensa. Mi nombre es Maica, tengo veinte años y vivo en un municipio de la Comunidad de Madrid, Collado Villalba. Todo comenzó hace un par de veranos atrás, cuando quedé con mis mejores amigas, Andrea y Laura, para ir a la piscina. Nos habíamos pasado todo el año trabajando como burras en el *Decathlon*, estudiando para sacarnos nuestras respectivas titulaciones en la universidad y por fin, ese año, tuvimos la bonita casualidad de que nos dieran las vacaciones al mismo tiempo. Esa mañana, Andrea y yo esperábamos a Laura sentadas en uno de los bancos del Parque de Peñalba. Como siempre, llegaba con retraso y le hicimos siete perdidas, cada una, a su móvil. Ambas estábamos tomando uno de esos *Nescafé* al caramelo tan ricos que venden preparados en las neveras del *Supercor Exprés*, cuando por fin, la señora de la tardanza, se dignó a aparecer.

Venía con su pelo corto y moreno, perfectamente liso y maquillada hasta el tuétano:

—Vamos a la piscina, tía, no a la discoteca. —Dijo Andrea, quitándome las palabras de la boca.

Laura esbozó una sonrisa traviesa al oír su comentario.

—Hay que estar guapa incluso para ir a la piscina, nunca sabes lo que te vas a encontrar allí, o a quién...

Yo rodé los ojos y los puse en blanco:

—Si te refieres a Fernando, déjame decirte que se fue a Benidorm con Carlos y Rafa. —Le informé.

Me supo mal quitarle la ilusión, pues sabía que Fernando le gustaba desde el instituto y que hacía todo lo posible por acercarse a él sin mucho éxito.

Fernando había tenido tres novias, mientras que Laura solo se había dignado a salir con uno y lo había dejado porque, como siempre, no conseguía sacarse a su amado del corazón.

Una lástima, porque la verdad es que el tío con el que salía era muy guapo y siempre se preocupaba por ella.

Además, nos caía muy bien a toda la pandilla.

—No me refería a Fernando.

Asentí, aunque sabía que estaba mintiendo, pues podía percibir que se le habían puesto los ojos llorosos. Estaba claro que había esperado verlo. La verdad es que nunca comprendí por qué Fernando no se fijaba en Laura.

Era una chica preciosa y despampanante, tenía curvas donde había que tenerlas, una melena a lo Cleopatra muy suave, ojos de un verde esmeralda muy bonito y unos labios que llamarían la

atención a besarlos de cualquier hombre.

En fin, a veces los amores no son correspondidos.

—Vámonos ya, que nos dan las uvas. —Dijo Andrea, mirando su reloj.

—¿Este año te quitarás la camisola para bañarte? —Pregunté y di el último sorbo a mi café.

—¡Estás loca Maica! ¡Ni de broma! Si me ven en bikini se van a reír todos de mí por estar fondona.

—Nena, estás muy bien, créeme. Además, si a alguien no le gusta tu cuerpo, que no mire.

—Me encogí de hombros queriendo transmitirle que las cosas eran más simples a como ella las veía en realidad.

—Claro... —Dijo con ironía— Como tú tienes tu pelo rubio con rizos superllamativos, unos ojazos y un cuerpo bonito, lo ves todo de forma optimista. ¡A ti quisiera verte yo con mis michelines! A ver si dices lo mismo.

El tono ofendido de Andrea en cierta manera me hizo gracia.

—Diría lo mismo porque no es cuestión de tener un poco de carne sobresaliendo, sino de tener autoestima Andy, cariño. —Comenté, mientras caminábamos en dirección a la piscina.

No volvimos a tocar más el tema.

Durante el trayecto nos dedicamos a bromear, a reír y a contarnos chismes de la universidad. Cuando llegamos a la puerta de la piscina había poca cola.

Por eso me gustaba ir temprano, se cogían los mejores sitios y tenías que esperar poco para entrar, o con suerte entrabas la primera.

—Qué ganas tengo de tirarme por el tobogán. ¡Hace un calor! —Se quejó Laura, mientras se abanicaba con las manos.

Poco a poco, las personas que había antes que nosotras fueron entrando.

Para cuando nos quisimos dar cuenta estábamos en el mostrador comprando nuestras entradas.

Una vez terminamos de pagar nos dirigimos a la zona de césped del lugar. Observé con detenimiento todo lo que se podía ver de sus instalaciones.

La piscina de los adultos era enorme, tenía la forma de un hexágono en un extremo y en el otro, forma de rectángulo.

La presidían dos toboganes azules bastante anchos que estaban pegados el uno al otro. Eran lo suficientemente altos como para que uno disfrutara al tirarse.

La mediana era totalmente cuadrada y extensa. A esta la presidían dos toboganes de color blanco en forma de tubo.

La de los pequeños era redonda, grande y tenía toboganes rojos de menor altura. Todos expulsaban agua para que la caída fuera resbaladiza.

Las piscinas estaban bien situadas, separadas las unas de las otras, y al lado de la mediana, algo apartados, se encontraban los vestuarios y los servicios.

La cafetería estaba entre esta última y la pequeña. Parecía que la habían situado ahí adrede para que los padres estuvieran pendientes de sus pequeños.

Al final encontramos el lugar idóneo donde instalarnos nosotras, en una zona en la que habría sol todo el tiempo, pero también habría acceso a sombra por si nos agobiábamos del calor.

Laura fue a por agua al bar, mientras que Andrea y yo dejábamos extendidas las toallas sobre la hierba y bueno, en especial yo, me quitaba la ropa y me sentaba con mi bikini de color azul marino, comenzando a echarme la crema solar.

—¡Chicas! —Laura llegó muy contenta trayendo consigo el agua fresca y tres panfletos, dándonos uno a cada una— ¡Los viernes hay fiesta nocturna en la piscina durante todo el verano!

—¡Qué gran idea! —Exclamó Andrea, contagiándose del entusiasmo de Laura— ¡Así podremos bañarnos las tres juntas!

Ambas la miramos con la cara desencajada por lo que acababa de decir.

—Si está oscuro, nadie se percatará de mis michelines. —Aclaró, provocando que rodáramos los ojos— ¿Qué os pasa? —Preguntó en tono molesto.

—A ver Andy... —comenzó Laura.

—Digamos que nos gustaría bañarnos contigo también de día. No entiendo por qué pagas una entrada para no bañarte. —Terminé yo mientras guardaba la crema solar en la mochila.

—Gracias Maica por terminar mi frase. —Sonrió Laura visiblemente aliviada mientras se quitaba la ropa y dejaba expuesto su trikini negro, con un agujero en el ombligo, que dejaba ver su *piercing*.

—¡Qué pasada de bañador, tía! ¿Dónde te lo has comprado? —Pregunté maravillada.

Andrea se acostó en su toalla, sonriendo.

Yo sabía que era porque nos habíamos desviado del tema con el bañador de Laura, así que cuando me percaté de su expresión, le solté:

—Contigo no he terminado aún. —Al ver como se borraba su sonrisa de un plumazo, me dieron ganas de carcajearme a mí.

—Lo compré en *Tenezis*. —Informó Laura, colocándose en su toalla y comenzando a aplicarse crema solar— No están caros, te animo a que vayas a echar un vistazo.

—Pasado mañana podríamos ir todas juntas. —Propuse, animada— Y ya de paso le miramos a Andrea un bañador con el que no se sienta acomplejada.

—¡Olvídame, Maica! —Exclamó la aludida.

—¡Joder, Andy! —Alcé la voz un poco molesta— Hemos venido a bañarnos y a disfrutar, podrías dejar a un lado tu cabezonería acomplejada. Hay personas que tienen obesidad y van en bikini, ¡por dios!

—Sí, y tú estás buena, tía. —Remató Laura, echándome un cable para hacerle entender que su complejo no era para tanto.

Al ver que no decía nada, ambas nos miramos y encogimos los hombros, dándonos por vencidas. A fin de cuentas, si Andrea no quería hacer algo, no se la podía obligar. Al menos se bañaría con nosotras los viernes en las fiestas nocturnas.

Al cabo de un rato de tomar el sol, jugar a las cartas y beber agua, Laura y yo nos fuimos a darnos el primer baño. Estuvimos todo el día tirándonos por los toboganes y disfrutando, excepto en los descansos que aprovechábamos para hablar con nuestra aburrida amiga de la toalla y la camisola, jugar de nuevo a las cartas y comer.

Pasamos el día estupendamente.

A las seis y media ya estábamos diciendo de darnos un último baño e ir a tomar un *McFlurry* a McDonald's para terminar el día con un buen sabor de boca.

—Chicas, mirad ese socorrista... —El susurro de Laura desvió nuestra atención justo cuando Andrea y yo estábamos enfrascadas, pensando en voz alta el helado que íbamos a escoger — ¡Menudo sinvergüenza!

Fijé mi mirada en el lugar donde señalaba mi amiga, que era frente a nosotras.

El socorrista, vestido con una camisa blanca y bañador de pantalón rojo, sonreía a unas chicas que hablaban animadamente con él y este les prestaba toda la atención que debería de estar dándole al agua.

Las tres nos miramos con incredulidad, pues habiendo niños y ancianos en el lugar nos parecía mentira que el socorrista, lejos de hacer su trabajo y vigilar, estuviera tonteando como si

se encontrara en una discoteca.

Al cabo de un momento dejó de hablar con las chicas y nosotras seguimos a lo nuestro, pero transcurridos unos minutos más, volvió a su ritual a ver cuál de ellas caía ese día.

—¡Esto es flipante! —Comenté, indignada— ¿Para qué cojones está este aquí?

—Para hacer el subnormal. —Dijo Laura, no menos indignada que yo.

—Parece mentira que haya gente buscando trabajo y con tantas ganas de tener, aunque sea un sueldo mínimo, y que personas que son cachondeo personificado estén trabajando. —Finalizó Andrea.

Me levanté en ese momento con el enfado corriendo por mis venas y comencé a caminar en dirección a la entrada.

—¿Qué vas a hacer? —Escuché preguntar a Laura.

—Voy a decir las cosas que no se molestan en ver en esta piscina.

Cuando llegué al mostrador me atendió otra mujer diferente a la de la mañana.

—Dígame. —Sonrió amablemente.

—Disculpe, he pensado que les interesaría saber que tienen ustedes contratado a un socorrista que, lejos de hacer su trabajo y vigilar a niños y ancianos como sus compañeros, se dedica a tontear con las bañistas.

La mujer se levantó de su asiento y salió del mostrador.

—Dígame de quién se trata.

Fui con ella hasta la entrada y, en cuanto lo divisé, había terminado de hablar con las chicas y daba la vuelta a la piscina haciendo rodar el silbato sobre su dedo índice.

Le señalé con el mío:

—Ese de allí, estaba tonteando con aquellas dos. —Cambié la dirección de mi dedo, señalando a las chicas— Me parece una vergüenza. Si un niño se cae a la piscina grande o a un señor mayor le da algo en el agua, con ese vigilando no tendrían la menor probabilidad de sobrevivir. —Añadí.

—Bien, no se preocupe que ahora mismo hablo con su superior y que le recuerde las reglas de este trabajo.

Una vez se fue y yo volví a mi sitio, les conté a mis amigas lo que había sucedido, como había dicho las cosas y como se habían quedado.

Al cabo de un rato vimos entrar a un hombre de aspecto serio, con la misma camisa que el socorrista, pero su bañador era azul.

Tenía el pelo canoso y se acercaba al tipo del que me había quejado.

Vimos como hablaba con él algo y este agachaba la cabeza con un aire pensativo y asintiendo.

—Bien, así se lo pensará dos veces antes de volver a faltar a su trabajo. —Dijo Laura— Maica, ¿nos pegamos el último chapuzón del día?

Asentí y me levanté.

Ambas nos tiramos de cabeza.

Me supo un poco mal verlo agachar la cabeza ante su superior, parecía que le estaba echando un sermón, pero me sabía peor que a una persona mayor o a un pobre niño les ocurriera algo, y que sus compañeros se llevaran las culpas solo por el hecho de que se tomara su trabajo como un antro de ligoteo.

Me apoyé en el borde de la piscina con los brazos cruzados y posé mi cabeza sobre mi antebrazo.

Cerré los ojos y respiré tranquilamente, tratando de disfrutar de mi baño.

Pasados unos segundos, sentí la presencia de Laura a mi lado y conseguí relajarme, tanto, que ningún pensamiento atravesaba mi mente, ni positivo, ni negativo.

—Esto... Maica... —Le escuché decir a mi amiga.

Abrí los ojos y ante mí vi unos dedos de pie apuntándome directamente sobre aquel calzado veraniego, que consistía en una sandalia de dedo blanca.

Cuando alcé la cabeza, me vi de cara contra el socorrista del que me había quejado.

—¿Cuál de vosotras se ha quejado de mi vigilancia? —Preguntó con voz seria.

—He sido yo. —Admití, fijando mi mirada en sus ojos marrones que ahora no estaban cubiertos por sus gafas de sol.

Aquellos ojos me miraron como si hubiese cometido el peor de los sacrilegios.

—¿Qué es lo que te ha molestado tanto de mi comportamiento? —Preguntó sin más, alzando su ceja gruesa, castaña y bien definida.

Eso me pareció el colmo, porque si era consciente de que su trabajo consistía en garantizar la seguridad a los bañistas, no me hubiese hecho esa estúpida pregunta.

—¿A ti qué te parece? —Cuestioné, incrédula— Deberías de estar velando por la seguridad de la gente que se baña, en especial de los niños y mayores, y lejos de eso, estás ligando con las bañistas como si estuvieras en una discoteca.

La reacción que tuvo después de escucharme decir aquello me despertó los demonios. ¿¡Qué narices le hacía tanta gracia!?

Me miró fijamente y pareció que se había percatado de mi disgusto, porque enseguida adoptó una actitud defensiva.

—¿Y tú cómo sabes que estaba ligando con esas chicas y que no se habían acercado a mí a preguntarme algo?

—¡Estabas de cháchara! —Respondí, hoscamente, a su pregunta.

Él suspiró y se agachó en cuclillas para quedar más a mi altura.

—¿Sabes? Creo que ya sé cuál es tu problema. Eres la típica frustrada que como aun estando buena no se te acerca nadie para ligarte, te aburres y te dedicas a inventarte historias para meter en líos a la gente y así tener algo de atención.

—¿¡Pero tú de que vas, gilipollas!/? —Le grité, pero el alboroto de la gente bañándose, impidió que nadie me escuchara— Si yo a ti no te he faltado al respeto, ¿por qué tienes que venir a faltármelo tú a mí?

—Me has faltado al respeto cuando has ido a quejarte en vez de preguntarme a mí. Para tu información, metomentodo, esas dos chicas son mis primas.

—¡Ya claro, y yo soy la reina de Inglaterra! —Exclamé, sintiendo como el agua que rodeaba mi cuerpo estaba caliente debido a mi cabreo.

—No, tú lo que eres es una amargada. No me extraña que los tíos no se te acerquen. —Escupió, aumentando más mi enfado.

Salí bruscamente del agua y me coloqué frente a él, encarándolo.

—Pero, ¿¡y tú qué cojones sabes si los tíos me tiran cacho o no!/? Ni siquiera sabes si tengo novio, imbécil.

Él me miró de arriba abajo, sin emoción alguna en el rostro.

Laura observaba en silencio lo que estaba sucediendo y su expresión estaba desenchajada.

—Porque se te nota en la cara. Tu frente tiene escrita la palabra “necesitada”.

—Esbozó una sonrisa ladeada que me dieron ganas de borrar a puñetazos— Como ves, yo también sé juzgar a primera vista sin preguntar. Apuesto a que no me he equivocado y estás soltera.

La mano me picaba de las ganas que tenía de soltarle un guantazo.

Mi propio enfado me delató, me di cuenta de ello en cuanto se carcajeó para sus adentros y en sus ojos apareció un destello de mofa.

Me había quedado en silencio, y si hay algo que tenía muy aprendido en ese entonces, era que el silencio, a veces, sale caro.

—Lo que yo me suponía... —Fue un susurro para sí mismo, pero alcancé a escucharlo.

—¡No te he dicho nada para que supongas nada! —Le grité, dispuesta a no dejarle ganar la batalla, pero era tarde, ya se había dado cuenta cuando me había callado de que tenía razón en su afirmación.

—No ha hecho falta. —Añadió, sin quitar esa sonrisa burlona.

—Voy a ponerte una reclamación por faltarme así al respeto. —Amenacé con el humo prácticamente saliéndome de las orejas.

—¡Adelante! No te cortes... —Me invitó él, haciéndose a un lado para dejarme el paso libre, echándome un ‘pulsito’— No se puede esperar menos de niñas pijas y amargadas como tú. No entendéis la necesidad que tienen los demás de trabajar para ganarse la vida, porque no sois más que niñas de papá y mamá. Así que, ¡corre! No vaya a ser que se te haga tarde y cierren la ventanilla.

No supe por qué, pero eso me dolió.

Si alguien sabía de tener que ganarse la vida, esa era yo.

Mi madre murió cuando yo era muy pequeña y mi padre se quedó conmigo, dándome todo lo que pudo, hasta que enfermó y ya no pudo trabajar más.

Yo tenía que combinar la universidad con el trabajo.

Había estado esforzándome muy duramente para pagarme los estudios, para ayudar a mi padre y para poder tener aquellas vacaciones.

Que en ese momento estuviese perdiendo el primer día de estas con ese estúpido socorrista faltón, me provocaba una frustración y una rabia del tamaño de un dinosaurio.

Los dos nos retamos con la mirada, en silencio, por un buen rato.

Cuando se marchó, yo me quedé ahí, plantada, siguiendo sus pasos con ojos enfurecidos.

Laura salió del agua y colocó su mano en mi hombro.

—¿Estás bien? —Preguntó con voz suave— Si quieres, ahora mismo vamos a ponerle la reclamación por faltarte, tía.

Continué en silencio unos segundos más, luego acabé negando con la cabeza.

—No importa... Recojamos nuestras cosas y marchémonos de aquí. No me apetece seguir en la piscina.

Laura asintió, respetando mis deseos y fuimos a decirle a Andrea que nos íbamos.

Una vez salimos fuera, caminamos hacia el McDonald's a por un *McFlurry*. Estuve todo el trayecto sin hablar, no me apeteecía nada.

Hubo un momento en el que escuché como Laura le contaba a Andrea lo que había pasado y esta se enfadaba, dedicándole palabras que decían de todo menos guapo al socorrista.

Cuando llegamos a McDonald's había muy poca gente, así que nos atendieron enseguida. Escogí un *McFlurry* de Oreo con caramelo. Laura pidió lo mismo, pero con chocolate y Andrea escogió el de Kit Kat con caramelo.

Las tres nos sentamos junto a la ventana que daba a la calle y agradecemos el aire acondicionado sobre nuestras cabezas, el cual nos proporcionaba el frescor que necesitábamos.

Saboreé mi helado sin mediar palabra, hasta que Andrea dirigió su atención a mí.

—Maica, no dejes que ese tipo te amargue con sus palabras. No tienes por qué permitir que

arruine tu tarde.

—Tiene razón, tía. —Animó Laura— Ese imbécil no merece que pienses en él ni siquiera para cagarte en su madre.

Sonreí levemente a esto último.

—Es que cuando le he dicho que le iba a poner una reclamación por faltarme al respeto, me ha dicho que yo no entiendo lo que es ganarse la vida porque soy una niña de papá y de mamá. Que me haya insultado no es lo que me tiene así...

—Traté de expresar— No sé por qué, pero cuando me ha dicho eso he pensado en que yo no pude conocer a mi madre, que mi padre está enfermo y me tengo que hacer cargo de los pagos para que podamos sobrevivir... Realmente sí sé lo que es ganarse la vida y yo no tengo ni idea de por qué situación pueda estar pasando él. Aunque seguro que no es peor que la mía, pero todo el mundo necesita un sustento y eso es lo que ha impedido que le pusiera la reclamación.

—¡Se ha pasado siete pueblos! —Exclamó Andrea con los ojos muy abiertos— Creo que deberías de poner esa reclamación, Maica. Lo mejor será ir a averiguar el nombre del tipo y bajarle los humos.

—No chicas, dejadlo estar. No quiero meterme en líos y mucho menos por alguien que, en cuanto se termine el verano, es poco probable que vuelva a ver. —Dije, echándome a un lado los mechones de pelo que invadían mi rostro— Yo le he dicho cosas, él a mí también, dejémoslo estar así. Me gustaría disfrutar lo que queda de tarde con vosotras antes de ir a casa y dejar de hablar de este asunto.

—Ahora que lo dices... —Comentó Laura— Esta noche hay una fiesta por la entrada del verano en la discoteca *Escaparate*. Habrá buen ambiente, podríamos ir.

—¿A qué hora? —Preguntó entusiasmada, Andrea— Así puedo lucir el nuevo vestido que me compré el otro día en *Pull and Bear*. Cuando lo veáis os vais a correr del gusto.

Ante ese comentario todas nos echamos unas carcajadas, lo cual me vino de perlas para olvidarme del asunto anterior.

—A la una empieza la juerga, ¿qué decís? —Sonrió Laura.

—¡Qué me apunto! —Respondió Andrea.

—Yo no voy a ser menos. —Dije— Quiero ver el vestido de Andy.

Las tres chocamos nuestros *McFlurry* como si se trataran de las copas que íbamos a consumir aquella noche.

Y así, disfrutamos de nuestros helados y del resto de la tarde.



2. DISCOTECA DE LAS "CASUALIDADES"

Después de cenar en la compañía agradable de mi padre, me duché y me arreglé para la ocasión.

Escogí, de entre todo mi repertorio de ropa, un vestido corto de estilo griego, morado. Me calcé unos zapatos de tacón con los dedos al descubierto y dejé mis rizos rubios caer por mi espalda, definiéndolos con espuma.

Mi maquillaje consistía en una sombra morada para hacer juego con el vestido, raya de ojos, rímel, un poco de colorete y los labios pintados de rojo.

A las doce y media vinieron mis amigas a recogerme.

Laura lucía su pelo negro al estilo Cleopatra, perfectamente peinado.

Ella iba vestida con un vestido azul de tirantes que se ajustaba a sus curvas, pero la falda era un poco más ancha, dejándole libertad.

Sus zapatos de tacón eran blancos y su maquillaje estaba formado por una sombra azul, rímel y brillo de labios.

Andrea, por el contrario, y para mi sorpresa, llevaba un pantalón corto vaquero y una camisa del color del vino que se ataba al cuello y dejaba su espalda descubierta, calzaba unas sandalias al estilo romano, marrones.

Se había planchado su pelo castaño y su maquillaje era muy natural.

Apenas se había puesto un poquito de rímel y pintado los labios con un *gloss* efecto perla.

—¿Y el vestido que iba a hacer que nos corriéramos del gusto? —Me atreví a preguntar.

Laura suspiró sonoramente y negó con la cabeza, sonriendo.

—Estoy demasiado gorda para lucirlo. —Contestó Andrea— Marcaba mis michelines y no me gustaba. Así que cuando adelgace ya lo verás.

—Le queda estupendamente bien, —intervino Laura— y no hay michelines que sobresalgan, pero ella está emperrada en que le queda mal. ¡Si lo hubieras visto Maica...! Era de palabra de honor, estilo corsé, rojo, muy bonito... Pero la cabeza hueca esta ha preferido ponerse eso antes que aquella maravilla.

—¡Claro! Para ti es muy fácil hablar, como todo te queda perfecto. —Dijo Andrea, molesta.

—Bueno, chicas, ya está bien. —Ordené para dar por finalizada la conversación, antes de que terminase la noche en pelea— Vámonos a la fiesta a pasarlo bien y a no pensar en nada.

Cogimos un taxi y llegamos en veinte minutos al lugar.

La cola estaba a rebosar para entrar.

Esperamos un largo tiempo hasta que por fin estuvimos dentro.

La canción a todo volumen que nos recibió fue "*La Mordidita*" de Ricky Martin.

La discoteca era enorme, tenía una amplia zona de baile con un perfecto escenario al fondo

para el DJ que pinchaba la música, sofás y mesas para sentarse en un lado de la sala, todo distribuido por diferentes sitios.

La barra era larga y de metal. Tras los camareros se podían apreciar estantes de diseño rústico con los diferentes tipos de bebidas alcohólicas, iluminadas por bombillas que las adornaban.

La iluminación de la discoteca cambiaba de color constantemente. Las luces se movían en círculos y los focos de luz blanca parpadeaban rápidamente y se apagaban unos minutos, para luego repetir la misma función. Cuando llegamos a la barra tuvimos suerte de encontrar tres taburetes vacíos. Pedí Negrita con Coca cola y Laura y Andrea se pidieron un Malibú con piña.

Estuvimos un rato dándole a la sin hueso y nos fuimos a bailar.

Cuando volvimos, nos habían quitado los asientos y tuvimos que volver a pedir las bebidas y tomarlas de pie.

—Me duelen los pies —Se quejó Andrea.

—Pero si no llevas tacones... —Observó Laura— Maica y yo, que los llevamos, y no nos quejamos.

—Es que creo que se me ha escocido la planta cuando hemos bailado y ahora me molesta.

—¿Quieres que te los cambie? —Andrea y yo teníamos el mismo número de pie, así que no me importaba prestarle mis zapatos para que se sintiera mejor.

—Siendo de tacón, ¿no le dolerán más? —Se extrañó Laura.

—Es muy pequeño y cómodo, no creo que le haga daño. —Volví mi atención a Andrea, repitiendo la pregunta— ¿Quieres que te los cambie?

Ella asintió con la cabeza y como pudimos nos sentamos en el suelo para intercambiarnos el calzado.

A fin de cuentas, sus sandalias romanas me iban a quedar igualmente bien con el vestido de estilo griego.

Una vez terminamos, nos pusimos en pie, cogimos nuestras copas y dimos un buen trago.

—¿Mejor? —Quiso saber Laura.

—Sí, la verdad es que es un alivio. —Contestó Andrea.

—Bien —Dije, alegremente— Entonces hagamos un brindis por los pies descansados de Andy.

La dos se rieron y chocamos nuestras copas, dando otro sorbo.

Al cabo de un rato, me sentía algo mareada y contentilla. No estaba acostumbrada a beber alcohol, de modo que enseguida se me subía a la cabeza. Volvimos a hablar como pudimos de todo un poco; el trabajo, la universidad, las obsesiones de Andrea, los planes que teníamos cada una para llegar a tener el trabajo que queríamos, mi incidente con el maldito socorrista...

En fin, como bien he dicho, hablamos de todo.

Hasta que sentí la llamada de la naturaleza...

—Chicas, ¿me podéis cuidar el cubata!? Tengo que ir al baño.

—Sí, claro, ve tranquila. —Dijo Laura, sujetando mi bebida.

Me introduje en la marea de gente que bailaba, tratando de pasar con rapidez por los huecos que veía libres.

Me sentía agobiada, era como si en cualquier momento la respiración se me fuera a cortar. El calor corporal de toda aquella marea que no dejaba de moverse al son de Daddy Yankee me estaba asfixiando.

Tardé unos minutos, en lo que para mí fue una eternidad, en salir de entre la multitud y llegar a la puerta de los servicios.

Gracias al cielo, tan solo había tres mujeres delante de mí y pude entrar enseguida a vaciar mi vejiga. Antes de salir, me lavé las manos y me refresqué la cara, me sentía un poco angustiada por tener que volver a meterme en aquel embrollo de personas para llegar donde mis amigas.

«¡Ánimo Maica, tú puedes!» Me dije, cogiendo una gran bocanada de aire y soltándola despacio para hacerme el ánimo.

Salía de los baños y me disponía a entrar en la multitud, cuando un chico que iba distraído me dio un codazo en el brazo.

—¡Ay! —Me quejé, frotándome en la zona dolorida.

—Perdona, no te había vis... ¡Tú!

Al ver de quién se trataba, mi sensación de angustia aumentó cien veces más.

El puñetero socorrista de aquella tarde estaba en la misma discoteca que yo y ¡claro!, aún con toda la gente que había, me lo tenía que encontrar yo. Mentalmente me cagué en las casualidades del destino.

Quería huir de ahí cuanto antes e intenté escabullirme, pero justo cuando iba a dar un paso más, sentí que me agarraba del brazo.

—¡Creo que me debes una disculpa! —Me dijo en alto al oído para que le oyera.

Bueno, ¡eso ya era el colmo! Me zafé de mala manera de su agarre y me coloqué frente a él, retándolo con la mirada.

Parecía divertirse porque, el muy canalla, tenía una sonrisa de medio lado en su cara.

—¡En todo caso eres tú quién tiene que disculparse conmigo! ¡Has sido todo un imbécil! —Le dije, también lo suficientemente alto para que me escuchase.

—¿¡Imbécil yo!? ¡Mira rubita, has sido tú quien ha ido a quejarse de mí sin preguntar y a poner mi puesto en peligro por inventarte historias!

—¡No eran historias! ¡Sabes perfectamente que no estabas haciendo tu trabajo...! ¡y no me llames rubita! —Le aclaré con tono enfadado.

—¡Rubita! —Dijo, aumentando más mi temperamento— ¡Sé perfectamente cuáles son mis funciones! Entre ellas estaba informar a mis primas sobre la prohibición de comer helado en el borde de la piscina. Yo no tengo la culpa de que fueras tan tonta como para creer otras cosas.

—¡A quién llamas tonta, estúpido! —Grité— ¿¡De verdad piensas que me voy a creer la historia de tus primas!?

—Desde luego, si no lo haces, significa que no me equivoco al pensar que eres tonta. —Escupió, aumentando más mi temperamento— ¡Eres tan orgullosa que no puedes pedir perdón, ni siquiera cuando sabes que tengo razón!

—¿Cuál es tu razón? ¡No tenías por qué insultarme de esa forma! Si hay alguien que tiene que disculparse, ¡esa no soy yo!

Se quedó un momento en silencio, escudriñándose.

Y juraría que me había dado un repaso con los ojos de arriba abajo...

Volvió a fijar su mirada en mi rostro y esbozó esa estúpida sonrisa burlona:

—Lo siento... —Dijo, haciendo que aflojase mi expresión, comenzando a sentir un alivio en mi pecho— ¡Siento que, aunque intentes vestirme sensual y causar sensación viniendo a estos sitios, no se te acerque nadie por lo amargada que estás!

—¡Que te follén, cabrón! —Le grité furiosa, enseñándole el dedo corazón.

—¡Espero que no lo haga una como tú!

Me di la vuelta, echando humo y me introduje entre la multitud.

No sé si era por el enfado, pero sentía más facilidad que antes al meterme en los huecos en los que no había gente para poder pasar.

Unos segundos, tan solo unos segundos en los que sentí la necesidad de mirar hacia atrás y, cuando lo hice, lo vi esquivando gente detrás de mí.

¿Me estaba siguiendo? ¡Ese idiota era el colmo!

—¿¡No hay otro camino o qué!? ¡Piérdete! ¡No te acerques a mí! —Le grité, roja de rabia.

—¡No te estoy siguiendo, ni te seguiría aunque me pagaran por ello, engreída! ¡Voy a la barra a buscar a mis amigos!

—¡Seguro que se han marchado sin decirte nada para perder tu cara de vista!

—Escupí mientras seguía intentando esquivar la muchedumbre.

—¡Esas circunstancias solo les ocurre a rubitas tontas, engreídas y amargadas como tú!

En ese momento me giré y le propiné una patada en la espinilla, lamentando no llevar los zapatos de tacón para darle también un pisotón.

Se quejó, mirándome con cara de furia y yo solté unas risotadas maliciosas y burlonas. Quería que supiera lo que se sentía cuando se burlaban de uno y, no sabía cómo hacerlo del todo bien, pero cualquier oportunidad por pequeña que fuera, no la iba a perder por nada del mundo.

Llegué a la barra y mis amigas estaban en compañía de dos buenos mozos: uno era alto, atlético, de pelo negro corto, piel bronceada y ojos de color miel. Y el otro también era atlético, castaño, con el cabello hasta los hombros y ojos azules. Mi bebida estaba en la barra a espaldas de Laura.

Se encontraba tan embelesada con el castaño, que no había cuidado bien mi cubata.

Iba a llegar hasta ellos, cuando una mano me aferró por el brazo y me giró bruscamente.

—¡Pero tú de qué vas, niñata! —Me recriminó quién, momentos antes, había recibido mi patada.

—¡De que vas tú, que llevas insultándome desde que me has visto y burlándote!

—¡En un principio solo te he dicho que te disculpes, que no tenías razón y has sido tú la que se ha negado!

—¡Porque no siento que tenga que disculparme contigo por nada! ¡No me creo que esas fueran tus primas y no me arrepiento de haberte acusado! —Le aclaré— ¡Y no puedes obligarme a disculparme si no quiero!

Intenté soltarme y giré la cabeza, viendo que mis amigas y la barra estaban a poca distancia, pero no repararon en mi presencia porque estaban ocupadas con los dos maromos con los que hablaban.

El socorrista los miró también y luego volvió su atención a mí con cara de pocos amigos.

—¿Sabes por qué esas cosas les pasan a ellas y no a ti...? —Comenzó a decir, dibujando de nuevo en su rostro la maldita sonrisa.

—¡Haz el favor de callarte! —Le advertí.

—Porque se te ve tan engreída y sosa que si se te acercan solo será para hacer contigo como con los *clínex*... Eres la típica niñata de usar y tirar.

Ese comentario despertó lo peor que había dentro de mí.

Entonces todo pasó muy rápido.

Estiré el brazo que tenía libre, cogí mi bebida de la barra y le tiré el contenido en la cara al socorrista.

Cuando se recuperó del *shock* del primer momento, se pasó la mano por el rostro y fijó su atención en mí, muy serio.

—¡Vamos fuera! —Me dijo, enfadado.

—¡Me vas a pegar o qué! —Le provoqué con evidente furia en mis ojos.

—Yo nunca pegaría a una mujer. Vamos fuera a hablar...

—¡No pienso hablar nada contigo, gilipollas! —Espeté orgullosa y firme, cruzándome de brazos.

—¡Tú lo has querido!

En menos de un segundo, me vi cargada a su hombro como un saco de patatas y el muy sinvergüenza me estaba llevando a la salida caminando entre la multitud. Comencé a gritarle que me soltara y a propinarle puñetazos en la espalda, ya que patadas no podía, pues tenía bien sujetos mis pies.

Pedí ayuda a mis amigas, que no me escucharon, y a la maldita multitud que atravesábamos, pero, o estaban todos borrachos, o la discoteca se había llenado de subnormales, pues lejos de ayudarme, comenzaron a vitorearme.

¡Era para flipar! Mis puñetazos no le hicieron ningún efecto al socorrista.

Había que reconocer que el tipo tenía buena musculatura.

También era evidente que estaba bueno, pero era un auténtico arrogante.

Una vez llegamos fuera, me soltó de malas maneras.

Yo me recompose y lo enfrenté con todo el arsenal que llevaba dentro:

—¡Tú eres tonto o que te pasa, niño! —Grité en medio de aquella zona oscura, donde no había ni un alma— ¿¡Cómo te atreves a cogerme de esa manera y arrastrarme hasta aquí como si fuese una simple vasija!? —Estaba furiosa, fuera de mí por completo— ¡No tienes ningún derecho, maldito gusano egocéntrico!

—Y tú no tienes ningún derecho a derramar tu bebida sobre mí. Mira cómo me has puesto la camisa... —Se cogió el cuello de esta y la miró, estudiando los daños a su imagen.

—¡Ohhhhhh disculpameeee...! —Exclamé exageradamente— He sido una bruta por derramar mi bebida encima de tu camisa pija de *Calvin Klein*... No has parado de ofenderme desde que nos hemos visto. Si hay algo de lo que realmente me lamento es de no haberte estampado el vaso en la cabeza después.

Su mirada asombrada duró tan solo unos segundos, luego su semblante se puso serio y caminó hacia mí con una mirada intimidante.

Yo no pude más que retroceder mientras él avanzaba con paso directo.

Las palabras habían muerto en mi boca y de pronto no sabía qué decirle.

Una pared frenó mi retroceso e inmediatamente él colocó las manos a los lados de mi cabeza.

Estaba cerca de mí, demasiado cerca, tanto, que pude percibir el olor de su colonia masculina. Sentí que un nudo se formaba en mi garganta y tragaba con dificultad, pero mantuve la compostura todo lo que pude...

No iba a permitir que se diera cuenta del temblor repentino que se había instalado en mi cuerpo. No supe por qué me estaba sintiendo de aquel modo, así que decidí pensar que era un poco de temor por si me hacía algo. Después de todo era un desconocido y yo tenía toda la razón en desconfiar de lo que pudiese hacerme, ¿no?

Y desde luego el temblor de mi cuerpo no estaba relacionado para nada con que me sintiese atraída por sus facciones atractivas, sus ojos marrones de mirada oscura y penetrante, su cuerpo seguramente musculoso bajo aquella camisa negra de manga corta y botones, la cual le daba un aspecto de malote, en conjunto con esos vaqueros rotos, azul oscuro.

¡Para nada tenía que ver con atracción! ¡Para mí era un cardo borriquero!

—Un par de encontronazos contigo en los que no has dejado de sorprenderme, rubita... —Dijo al fin, ladeando la cabeza y con una voz que le salió un poco grave.

—No me llam... —Mis palabras fueron interrumpidas por su dedo índice, que silenció mis

labios al posarse sobre estos en señal de que me callara. Me miró fijamente y yo a él sin entender nada de nada.

Sentí como mi corazón latía deprisa, pero os repito que era solo por miedo... ¡Nada, pero nada que ver con atracción!

Estaba muy oscuro, pero me dio la percepción de haber visto como me miraba los labios durante un breve tiempo, cuando retiró su dedo de ellos.

Yo me quedé muda, mi mente estaba en blanco; ¡la muy traidora!

Sentí como nos envolvía un aura inexplicable.

Me encontraba entre desconcertada y paralizada.

Pasó muy poco tiempo en lo que a mí me parecieron minutos interminables.

¡Y qué minutos...! ¡NO, NI HABLAR! PERO, ¿¡QUÉ DIGO!?

Fue un auténtico calvario. Yo sola ahí, acorralada por un socorrista que además de arrogante y mujeriego, estaba buenísimo.

Lo estaba pasando realmente mal... De verdad que sí, eh.

Nos quedamos mirándonos hasta que puso sus labios cerca de los míos...

¡Estaba rozando mi boca con la suya! Y yo lo único que podía hacer era quedarme pasmada, preguntándome en silencio por qué cojones no le había soltado ya un guantazo.

Mi corazón se paró en seco, estaba petrificada, más tiesa que una estatua.

No entendía lo que estaba pasando, pero me invadió una oleada electrizante de pies a cabeza y tuve que cerrar los ojos con fuerza.

Era todo lo que podía hacer, pues mis extremidades parecían estar pegadas al muro que había detenido mis pasos tras de mí y no me respondían.

—¿Q-qué... q-qué estás... haciendo? —Alcancé a decir sin abrir los ojos y acompañando las palabras con una respiración acelerada.

No dijo nada, pero continuó unos instantes más acariciando mis labios con los suyos. Su cálido aliento hacía que mi boca se sintiese arder.

Sentía que en cualquier momento me iba a besar y mi cuerpo temblaba cada vez más ante la idea. Quería pensar que era repulsión lo que sentía, no podía ser otra cosa, no podía ser que deseara que me besara, no.

Si se le ocurría hacerlo estaba convencida de que le iba a plantar ese buen guantazo que tenía reservado por sinvergüenza, por haberme llevado allí con el propósito de propasarse conmigo.

De pronto, sentí como un aire frío sustituía al ardor de antes en mis labios y abrí los ojos.

Se había apartado y me observaba con una sonrisa burlona.

Entonces el hechizo se rompió y lo comprendí; aquel idiota solo había hecho eso para ver como yo reaccionaba y así poder regalarme otra de sus burlas gratuitas. Otra humillación más por haberle delatado con las chicas de la piscina aquella tarde.

Fruncí el ceño y me aparté de la pared en un silencio rotundo.

—Lo sabía... —Dijo, sin quitar esa sonrisa que me estaban dando ganas de borrar de una patada en el centro de dolor de los hombres y dejarle sin el carné de padre.

—¿El qué? —Me atreví a cuestionar, alzando la mirada con orgullo poco disimulado.

No iba a permitir que me viera avergonzada, no le iba a dar esa satisfacción.

—Que te atraigo. Por eso no soportaste ver que hacía caso a otras chicas y no a ti. —Su sonrisa se tornó triunfante. ¿De verdad se creía la historia que estaba contando? ¡Pues sí que era imbécil! —No ha habido más que ver cómo te has puesto cuando he rozado mi boca con la tuya, —continuó— pero te diré una cosa, rubita: aunque me pagasen por ello, nunca me fijaría en una

niñata mimada y consentida como tú. Además, cuando mis labios han estado cerca de los tuyos he podido sentir lo amarga que debes saber por todo el veneno que llevas dentro.

¡Zas! Mi cara debía ser todo un panorama porque tenía la boca abierta, más aún que cuando muerdo un chivito.

De nuevo faltando, de nuevo dejaba claro a viva voz que solo se había burlado de mí.

—Vete a la mierda... —Fue lo todo que me nació decir. No cabía en mí de la decepción. Me había demostrado que era peor de lo que imaginaba... Pero, ¿qué esperaba? ¡Por dios! Era más que evidente que solo quería subir su ego de macho presumido conmigo y por eso me había utilizado de aquella manera.

Debía de sentirse muy orgulloso.

Yo, en cambio, sentí una punzada en el corazón.

Caminé a paso lento, pero con la cabeza alta hacia la discoteca, estaba decidida a no mirar atrás.

—¿Maica? —Escuché una voz familiar que me llamaba desde atrás y me giré, sorprendiéndome porque el socorrista se volvió también.

La figura de un hombre en la oscuridad, alto y de hombros anchos, caminó en mi dirección.

Cuando estuvo un poco más cerca lo reconocí; era Kevin, mi mejor amigo desde el parvulario y el hombre que nunca había podido olvidar.

Me enamoré de él en el instituto, cuando apenas comenzábamos a tener hormonas.

Poco a poco me fui dando cuenta de que ese niño, tres años mayor que yo, con el que jugaba y que venía a mi casa a comer pizza los viernes por la noche para ver películas, se había convertido en un hombrecito muy guapo que había robado mi corazón sin siquiera darse cuenta.

Pero también lo rompió sin ser consciente de ello...

Hacía años que se había ido a vivir a Sevilla y solo había vuelto a verlo por el *Skype* y a través de las videollamadas que nos hacíamos por *WhatsApp*.

Ahora estaba hasta mejor de lo que recordaba.

Mi corazón latía con fuerza de la emoción y de los nervios, pues en vez de haberle quitado el tiempo atractivo a mis ojos, ¡estaba como un tren!

—¡Dios mío, Kevin! —Corrí alegremente a sus brazos, saltando sobre estos, ya abiertos para recibirme con alegría— ¿Cómo estás? ¿Qué tal por Sevilla? ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no me has avisado de que venías?

—¡Ey! ¡Échale el freno, bicha! —Se echó a reír ante mi acoso de preguntas— Estoy genial como puedes ver. Sevilla es un lugar fantástico y por allí todo estupendamente. He llegado esta tarde y no te he avisado porque pensaba darte una sorpresa mañana, pero qué casualidad que justo la noche que estoy con Pablo y David en esta discoteca, te encuentro en ella.

—¡Caray! ¡Desde luego qué ha sido toda una sorpresa! ¡Estás guapísimo! No sabes lo contenta que estoy de verte. —Me volví a abrazar a él, estaba muy ilusionada de volver a ver a mi mejor amigo.

—¡Hola!

Abrí los ojos como platos y me separé de Kevin más bruscamente de lo que pretendía. La emoción me había hecho olvidar por completo que el socorrista baboso estaba ahí.

Hasta me había olvidado de su humillación de antes por unos minutos.

Kevin, con su habitual buen humor de siempre y lo sociable que era con todo el mundo, se separó de mí y estrechó su mano con la de ese canalla a modo de saludo.

—Soy Óscar, un amigo muy especial para Maica.

¡Será cerdo...!

Kevin me miró un momento con cara de sorpresa, mientras que yo estaba con los ojos abiertos como platos. No supe qué responder en ese instante, así que le eché a mi amigo una sonrisa nerviosa.

Óscar, que así se llamaba el muy cretino, tras saludar a Kevin, se puso a mi lado y rodeó mis hombros con su brazo.

—Ahora mismo estábamos a punto de entrar a buscar a nuestros amigos, mis colegas han hecho muy buenas migas con las amigas de Maica. —Le asesté un codazo disimulado en las costillas para que se apartara de mí, forzando una sonrisa, pero el tipo supo mantener muy bien la compostura.

Kevin nos miró a ambos apretando los labios.

Era evidente que pensaba que había interrumpido algo entre el “memo” que tenía al lado rodeándome con su brazo y yo.

¡Eso ya era el colmo! Si podía tener la más mínima posibilidad con el hombre de mis sueños mientras estaba en Madrid, el babuino ese me lo iba a echar a perder.

—Bueno, será mejor que yo entre a buscar a los míos. Me he separado porque me había parecido verte, Maica, quería estar seguro... —Me dijo— Pero ya ha pasado un rato y se preguntaran dónde estoy. Mañana si quieres me paso a recogerte, comemos juntos y... —miró un segundo a Óscar— me pones al día de lo que ha sido de tu vida, está claro que no me lo has contado todo... ¡Adiós!

—Acompañó las palabras con un gesto de su mano y se introdujo en la discoteca.

Yo me quedé sin habla, con la boca seca y totalmente descompuesta.

Automáticamente, cuando nos quedamos a solas, empujé al invasor que había rebasado la línea entre mi espacio personal y el suyo, y me aparté bruscamente de su lado.

—¡Eres idiota! ¿Por qué narices le has dicho esas cosas!? ¡Tú sabes de sobra que ni de lejos llegas a amigo, mucho menos eres especial para mí! —Estaba a punto de perder los papeles — ¡Cómo se te ocurre cometer tal canallada y hacerle entender cosas que no son!

No podía verme en un espejo en ese momento y quizá no se percibía nada debido a la oscuridad del lugar, pero estaba convencida de que tenía que estar tan roja como el mismísimo demonio.

Óscar, lejos de devolverme el insulto, se quedó un momento mirándome con interés. Luego puso la vista en la puerta de la discoteca por donde había desaparecido Kevin segundos antes y, cuando volvió a fijarla en mí, estaba sonriendo de medio lado.

—Creo que ya entiendo lo que está pasando aquí...

—¡Tú no entiendes nada! —Le grité— ¡Tú no puedes entender nada porque seguro que no tienes ni cerebro! Después de lo que has hecho, no me cabe la menor duda de que, o estás loco de remate, o simplemente naciste de culo.

—Después de cómo te has puesto, a mí es al que no le cabe la menor duda de que estás enamorada de ese tío y que, por supuesto, él no sabe nada. —Se carcajeó, haciendo que mi enfado creciera— Ahora entiendo por qué vives metiéndote en la vida de los demás. Estás amargada porque el señor músculos no te ha dado todavía lo tuyo... Por eso intentas joderles a otros las posibilidades y te empeñas en ser el centro de atención de los hombres, porque este, pese a ser una *Barbie*, no ha caído en tus redes.

—¡Por qué no te callas de una puta vez! No tienes ni idea de lo que hablas.

—Claro que lo sé. No soportas que otras personas puedan tener a quién quieran tener por el simple hecho de que el que tú quieres no te hace caso.

—Mira, idiota, tú no tienes ni idea de nada, no me conoces de nada y no sabes nada de mi

vida para ir especulando libremente y así como así las historias que estás inventado. Quieres hacerme sentir mal por haber denunciado tu falta de profesionalidad a tus superiores y no lo vas a conseguir. Fueran primas o no, que lo dudo, tu deber es estar pendiente del agua y velar por la seguridad de los bañistas. Tal vez has estado acostumbrado a que la gente viera tu falta de profesionalidad y no dijeran nada, pero yo no soy como el resto de la gente y, francamente, no me quedaría tranquila si un sobrino mío fuera a la piscina con socorristas tan poco profesionales como tú. ¿Qué garantía tendría de sobrevivir a un ahogamiento si quién tiene que estar pendiente del agua está muy ocupado babeando con las bañistas? ¿Te molestó que me quejara y tratara de evitar una posible tragedia más adelante? Lo siento por ti, no es mi problema. Si no te gusta que te recuerden tus deberes, no vayas por ahí como los niños de quince años. Y si ves que es demasiado pedir para ti, déjale el puesto a alguien más cualificado y trabaja como DJ en cualquier club nocturno, así podrás ponerte morado sin que nadie te diga nada. Pero deja de humillarme y de intentar opinar sobre mi vida solo porque he sido capaz de decir y hacer las cosas que otros no hicieron en su momento. Yo he hecho lo que creía conveniente, tú por no hacer ni siquiera eres capaz de reconocer que tengo razón. Así que apáñatelas con tu ego súper alto, pero, por favor, ¡por favor!, déjame en paz.

Una vez dejé las cosas claras, no me quedé ni a esperar una contestación. Tampoco estaba de humor para volver dentro, así que le mandé un mensaje a mis amigas diciéndoles que estaba indispuesta, que me volvía a casa, que se divirtieran mucho y me contasen al día siguiente el transcurrir de aquella noche. Caminé hasta la parada de taxis, donde poco después tuve la suerte de encontrar uno libre que me llevó de vuelta a mi hogar.



3. SABOR AGRIDULCE

Estaba despierta cuando los primeros rayos del sol asomaron por la ventana, cegándome unos instantes hasta recuperar el control de mi mente que se había pasado casi toda la noche rememorando todo lo que había sucedido con Kevin.

Y con ese maldito de Óscar...

No había podido apenas pegar ojo y cuando lo había conseguido, soñaba con el transcurso de los acontecimientos y cómo se habían presentado las situaciones. Me daba vergüenza todo lo que ese canalla le había hecho creer a Kevin, y más aún me daba vergüenza que fuera tan evidente lo que sentía por mi amigo.

Me senté en el borde de la cama, pasándome las manos por la cara.

Tenía el estómago revuelto de los nervios.

En unas horas iba a pasar Kevin a por mí para que fuéramos a comer y no sabía ni con qué cara mirarle después de cómo me había mirado él a mí la noche anterior.

¿Qué pensaría en esos momentos? Las preguntas se agolpaban en mi mente y algunas de ellas no tenían nada que ver con lo sucedido.

También me preguntaba si tendría novia, si se habría fijado en alguien, cuánto tiempo se iba a quedar, si podría conquistarlo y, si lo conseguía... ¿Cómo iba a mantener una relación con él? Nunca me había gustado otro chico que no fuera Kevin.

Desde la adolescencia, hasta el momento, no había aparecido nadie que me despertara tales sentimientos.

Con él todo era genial; nos conocíamos a la perfección, teníamos muchas cosas en común, nos divertíamos juntos y hasta sabíamos lo que pensaba el otro con solo mirarnos a los ojos.

Y sí, sabía que con Óscar me había puesto muy nerviosa cuando se había acercado tanto a mí, y por supuesto me había dado cuenta de que estaba buenísimo, pero jamás de los jamases tendría algo con alguien tan mujeriego e infantil.

Por lo tanto, nunca podría enamorarme de alguien como él.

Recibí un mensaje en el móvil y cuando lo miré, vi que era del grupo de WhatsApp que tenía con Laura y Andrea.

Laura: *No sabes la juerga que te perdiste anoche Maica, ¡lo pasamos fenomenal!*

Suspiré y decidí contestar:

Maica: *Me alegro muchísimo de que lo pasaseis tan bien. Lamento habérmelo perdido, no me encontraba demasiado bien.*

Laura: *¿Te sentaron mal las copas?*

Estaba escribiendo, cuando Andrea hizo el siguiente comentario:

Andy: *¡Buenos días princesas! Maica, ¿por qué te fuiste así, tía? Cuando te fuiste al baño*

se acercaron un par de buenorros a la barra a entrarnos, jaja.

Ya, los amigos del baboso...

Al leer el mensaje de Andrea, no pude evitar rodar los ojos.

Si ellas supieran lo que me pasó a mí mientras estaban de cháchara con sus supuestos macizos...

Laura: *Rubén y Ángel fueron muy amables, nos invitaron a copas y dijeron que habían ido con un tercer amigo... Un tal Óscar que en ese momento había ido al baño. Esperábamos que llegaseis para presentártelo, pero parece que os pusisteis de acuerdo ambos en no volver a aparecer.*

Abrí los ojos como platos intentando leer bien. ¿Después de que yo me fuera de allí, Óscar no había vuelto con sus amigos?

Andy: *Sí, también les dijo por mensaje que se marchaba a su casa y no apareció. No tuvimos oportunidad de verle la cara.*

Laura: *¡Qué lástima no haber podido ver si la mercancía era digna de nuestra Maica! Jaja.*

¿Digna? ¡Ni de broma era digna! Mucho menos para mí.

Maica: *Chicas, no sabéis ni la mitad...*

Andy: *¿Qué ocurre?*

Maica: *Digamos que yo sí conocí al amigo de vuestros pretendientes cuando salí del baño.*

Laura: *¡Qué dices! ¿Estaba bueno? ¿Cómo sabías que era el amigo de nuestros macizos?*

Maica: *Porque él me lo dijo. Cuando os estaba buscando, iba detrás de mí y dijo que quería llegar hasta sus amigos. Eran los que estaban con vosotras. Chicas, Óscar es el socorrista de ayer por la tarde.*

Andy: *¿El salido?*

Maica: *Sep.*

Laura: *No me lo puedo creer... ¡Qué casualidades de la vida! ¿No?*

Maica: *¡Dímelo a mí! Me sacó del local, cargándome al hombro como si fuera un saco de harina.*

Laura: *¿¡Cómoooo!?! ¿Y por qué no nos dijiste nada?*

Andy: *Podríamos haberte salvado. Nos hubieras mandado un mensaje o algo...*

Maica: *Intenté avisaros, pero estabais tan embobadas con vuestros cachas que ni siquiera reparasteis en que estábamos detrás de vosotros.*

Andy: *Vaya... ¡Lo sentimos, Maica! La música estaba demasiado alta y no te oímos.*

Laura: *Sí cariño, lo siento...*

Maica: *Tranquilas, no fue culpa vuestra. Por cierto, le tiré mi bebida en la cara. Jajaja.*

Laura: *¡Quééé!*

Andy: *¡Olé tus ovarios! ¿Qué pasó?*

Maica: *Volvió a ofenderme. Ya os contaré con más detenimiento cuando os vea. Ahora hay algo más importante que quiero comunicaros.*

Andy: *Dispara.*

Maica: *Me encontré a Kevin fuera del local.*

Andy: *¿Kevin? ¿Tu Kevin? ¡Oh, la,la!*

Laura: *¿Kevin está aquí? ¿Por qué no te llamó?*

Maica: *Llegó tarde y quería darme una sorpresa hoy. Había ido con David y Pablo a la discoteca, fue casualidad que nos encontráramos. Hemos quedado para comer hoy.*

Andy: *¡Guau! Pues me parece que tu noche fue más interesante que la nuestra. Nos vas a*

tener que contar muchas cosas cuando nos veamos.

Laura: *Eso mismo opino yo. Pero... ¿Qué pasó con el salido?*

Maica: *¡NI ME LO RECORDÉIS! El muy canalla le insinuó a Kevin que había algo entre nosotros solo para fastidiarme.*

Andy: *Jura.*

Laura: *¡Qué cabrón! Pero hay que reconocer que el misterio de si estaría bueno el tercer amigo ha quedado resuelto... ¡Está de vicio!*

Maica: *¡Laura!*

Andy: *Jaja.*

Maica: *Me parece que quién menos se merece un piropo así, es ese engreído.*

Laura: *Ese engreído está como un queso, Maica, una cosa no quita la otra.*

Maica: *¡Ese engreído no está como nada! ¡Para mí no es más que un imbécil!*

Andy: *Aquí hay química.*

¡No me podía creer lo que estaba leyendo! Me había quedado boquiabierta.

Maica: *Aquí no hay nada de nada. ¡Eso jamás!*

Andy: *¡Qué era una bromaaa! No te pongas así, tía.*

Laura: *Perdona si te ha molestado.*

Maica: *Es que después de lo que me hizo anoche... Cuando os lo explique, lo entenderéis todo. Voy a levantarme que hoy me espera un día emocionante.*

Laura: *Sí, ¡ya nos contarás!*

No pude evitar sonreír.

Andy: *¡Diviértete, nena!*

Maica: *¡Gracias chicas!*

Dejé el móvil sobre la mesa una vez terminada la conversación y decidí levantarme de una vez por todas de mi cama y salir de la habitación para desayunar con mi padre, quién ya estaba preparando café.

*Desde mi cuarto se oía el sonido de la cafetera **Dolce Gusto**, expulsando el café en el vaso.*

Al salir al comedor me fijé en la televisión.

*Estaba en el canal **Cuatro**, donde el encantador de perros trataba de reeducar a un gran Dóberman.*

El perro imponía lo suyo, tenía una mirada misteriosa a la par que peligrosa.

No supe por qué, pero me recordó a Óscar.

«Si el encantador de perros consigue que ese animal coma de la palma de su mano, entonces quedará demostrado que Óscar aún puede tener arreglo.» Pensó mi mente automáticamente, haciéndome reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Preguntó mi padre, entregándome mi vaso de café, mientras bebía del suyo— Iba a llevarte este café a tu habitación, pero me has sorprendido levantándote tu solita, más después de haberte ido de fiesta anoche.

—No fue demasiado bien y me vine pronto, papá. —Me acomodé en el sofá, cruzando las piernas como los budas e imité el gesto de mi padre, dándole un sorbo al café— ¡¡Uff!! No tiene azúcar...

—Perdona hija, ya sabes que yo no tomo azúcar por mi temor a la diabetes, se me ha olvidado ponerte en el tuyo.

Me levanté y fui a la cocina a echármelo mientras él se tomaba su primera dosis del día de antidepresivos.

Cuando volví, me acomodé de nuevo en el sofá, en la misma postura que había estado

momentos antes.

—Maica cielo, ten cuidado con sentarte así, a ver si te vas a hacer daño en las articulaciones.

—Papá, tranquilízate, no me va a pasar nada, ¿vale? —Lo observé y vi como su respiración comenzaba a acelerarse.

Estaba haciendo un esfuerzo para no insistir y calmarse, así que me coloqué en una posición que le facilitara relajarse.

—No debes hacer eso, Maica. —Me recordó momentos después de conseguir calmar su notable ansiedad— Ya dijo la psicóloga que no tienes que ceder a mis obsesiones.

—Lo sé, papá, es que no soporto verte sufrir por culpa de ese trastorno obsesivo compulsivo y, en ocasiones, solo intento facilitarte las cosas. No quiero que te vuelva a dar un ataque de pánico y vuelvas a tener que estar ingresado en psiquiatría otra semana más.

Mi padre me sonrió y se acercó a mí, dándome un gran abrazo.

—Cariño, he conseguido poder abrazarte sin tener que lavarme después ocho veces. He logrado dejar de volver a casa cinco veces para asegurarme de que la puerta estaba cerrada... Poco a poco lo voy logrando, pero esto lleva su tiempo y hay que hacer caso de las pautas que nos ha dado el médico. —Sonrió— Bastante haces que trabajas para ayudar con las cuentas de casa y estudias una carrera.

—Bueno, tú tienes una paga, también aportas lo tuyo. —Me acurruqué junto a él como solía hacer cuando tenía seis años.

A pesar de que había pasado el tiempo y yo ya era una mujer adulta, las buenas costumbres como hacerme un ovillo junto a mi padre no se perdían.

—Ya, pero si no fuera por ti no llegaríamos, hija. Te has estado esforzando por tu vida y también por la mía, cielo, cuando debería de ser yo quién hubiese tenido que darte unos estudios y que pudieras tener tu dinero para ahorrar y viajar. No tendrías que tener que hacerte cargo de cosas de la casa tan joven. —Dijo, mientras me acariciaba el pelo.

—Papá, algún día hubiera hecho estas cosas en mi casa. No importa cuando haya sido, para mí lo importante es que estés bien. Tú tampoco has elegido tener esta enfermedad limitante y tan poco comprendida. En algún momento podrás sobrellevarla y tener una vida más normal. Ya casi lo consigues. —Le di un beso en la mejilla y me levanté, dispuesta a terminar mi café y a darme una ducha— Hoy no como en casa, papá, viene Kevin a recogerme para que comamos juntos.

—¿Kevin? ¿El hijo de Marta? —Cuando asentí, a mi padre se le iluminó el rostro— ¡Oh, dios mío! Han pasado años desde que se fue a Sevilla. ¿Cómo no avisó de que estaba aquí?, ¿y cómo está Marta?

—Llegó ayer muy tarde y salió con sus amigos. Estaba en la misma discoteca que yo y nos encontramos por casualidad. Me dijo que me iba a llamar hoy para darme la sorpresa de que estaba en Madrid y ya de paso que comiéramos juntos. No hemos hablado de su madre, no ha habido ocasión de saber nada de ella, aún.

—¡Eso es fantástico, hija! ¿Cuánto tiempo has estado enamorada de él?

Vale, casi me atraganto con el café cuando me preguntó eso.

¿Cómo demonios sabía que había estado enamorada de él si nunca se lo había contado?

—¿Qué dices, papá? —Traté de disimular.

—Vamos hija, que no me chupo el dedo. Soy perro viejo, a mí no puedes engañarme. No había más que verte lo embelesada que te quedabas cuando le veías, o como se te iluminaba la carita cuando hablabas de él. ¡Ah! sin olvidar lo mucho que lo admirabas.

Era inútil negarlo.

Era cierto que durante todos los años de amistad entre Kevin y yo se notaba muchísimo lo que sentía por él.

No se lo había contado ni siquiera a Laura y Andrea, pero si mi padre se había percatado, y por los comentarios de Andy antes en *Whatsapp*, seguro que ellas también estaban enteradas desde hacía mucho tiempo de mis sentimientos por mi mejor amigo.

El único que aún no se había dado cuenta, era el propio Kevin.

—¿Vas a intentar conquistarlo? —Mi padre me miró con la ceja en alto y una sonrisa pícaro en los labios.

—Papá, ni siquiera sé si está saliendo con alguien y tampoco cuándo va a volver a Sevilla... No sé, sufrí mucho cuando se marchó y tampoco tengo claro si funcionaría una relación a distancia entre nosotros. Además, hemos sido muy buenos amigos y no quería hacer nada que pudiera hacer que perdiera a Kevin para siempre. —Suspiré tras decir esto último.

Mi padre se me quedó mirando unos cuantos segundos que parecieron largos minutos, no sabía qué decir.

Luego volvió a abrir la boca:

—Maica, siempre has estado a la sombra sin que él supiera lo que sentías, quizá ya va siendo hora de que se entere que siempre le amaste como algo más que un amigo. —Se rascó la cabeza un momento y luego volvió a añadir—: Creo que lo mejor es que hoy en la comida obtengas respuesta a esas preguntas. Permíteme aconsejarte algo: si tiene pareja, olvídate de él y deja que sea feliz, pero si no es así, no le dejes escapar esta vez a Sevilla sin haberlo intentado, hija. Y menos por ese absurdo miedo de perderle como amigo. Si no te arriesgas, nunca sabrás si es el amor de tu vida. Tampoco sabes si por alguna de estas comenzáis algo juntos y decide volverse aquí.

Mi padre tenía razón.

Me había ayudado sin saberlo a disolver los temores con los que me había levantado aquella mañana.

Ahora solo quedaba una sola duda, un solo temor; era saber si Kevin me iba a corresponder o si, al menos, sentía algo más que amistad por mí, pero no estaba dispuesta a quedarme con la duda otra vez.

—Gracias, papá. —Me terminé el café y cogí mi móvil enviándole un mensaje a mi amigo para que pasara por mí a la una.

Después me fui directa a la ducha.

A la una ya estaba lista del todo.

Me había puesto una falda vaquera y una camisa roja de tirantes con escote corazón, que adoraba como marcaba mis curvas.

Me calcé unas botas camperas y dejé mis rizos sueltos, fijados con espuma. Después utilicé el delineador de ojos para resaltar el azul de estos, combinándolo con una sombra marrón para mis párpados, rímel en mis pestañas, algo de colorete y un color rojo de labios suave.

Me dirigí a mi habitación y cogí mi móvil, mi monedero y mi tarjetero, introduciéndolos en un bolso negro que completó todo mi atuendo.

Cuando salí al comedor y mi padre se fijó, me sonrió con aprobación.

—¡Pero qué hija más preciosa tengo! Estás guapísima, cariño. No se va a poder resistir. —Sonrió.

—Muchas gracias, papá. —Dije ilusionada, y fui a darle un cariñoso abrazo.

Me despedí de él y salí de casa, pues Kevin ya tendría que estar al caer.

Efectivamente cuando salí a la calle, me estaba esperando en un hermoso **Volkswagen Tiguan L PHEV** del color de la plata.

Era grande y elegante, y tenía la estética parecida al todoterreno.

Cuando me vio, se bajó del coche.

Iba vestido con unos pantalones vaqueros de un azul claro, una camiseta abotonada de color negro que dejaba ver sus fuertes brazos.

Su pelo, clásico y azabache, estaba perfectamente peinado hacia atrás.

Se acercó y me dio dos besos.

¡Dios santo! ¡Qué bien olía!

Y a mí que desde la adolescencia mi debilidad habían sido los perfumes masculinos...

«Con tranquilidad Maica.» Me dije. «A ver si te vas a poner en plan vampira y lo asustas para siempre.»

—¡Qué guapa estás, Maica! —Exclamó, alegremente.

«Pues anda que tú» Pensé. «Si pudiera, te ataba a mi cama y no salías de ahí hasta que fuera el fin del mundo».

—Gracias, Kevin. —Fue todo lo que dije, con el sonrojo en mis mejillas.

—¿Qué te parece si vamos a comer a un *Wok*? Hoy invito yo. —Sonrió.

—¡Genial! Es una gran idea, ya sabes lo mucho que me gustan esos sitios.

—No se hable más entonces. ¡Sube! —Me abrió la puerta del copiloto y entré, abrochándome el cinturón.

Una vez llegamos al lugar, nos sentaron en una mesa que en lugar de sillas tenía unos bancos, bastante cómodos, el uno frente al otro.

Al cabo de un par de horas, salimos del restaurante.

Estábamos llenísimos y fuimos a dar una vuelta por el centro comercial.

Por la tarde me invitó a un helado y estuvimos todo el día hablando y riendo, contándonos nuestras batallitas. Él me habló de cómo era el lugar donde vivía, de su trabajo y de sus amigos, también me contó que Blanca, su hermana pequeña, tenía el mismo problema que mi padre y padecía de obsesiones y ansiedad.

Yo le hablé de cómo había sido mi día a día en general: trabajo, amigos, universidad y mi padre.

Cuando llegó el momento de volver cada uno a casa, sentí que no me quería separar de él.

Tuve que hacer acopio de todo mi valor y preguntarle aquello que había estado intentando contener todo el día.

Paró en la puerta de mi casa y allí manifesté toda mi fuerza:

—No me has contado qué tal vas de novias, Kevin. —En mi interior crucé los dedos y sentí que mi respiración se detenía.

—No hay nadie, ¿por? ¿Te interesa? —Sonrió, mirándome desde el asiento del conductor.

—Bueno, eres mi mejor amigo, ¿no? —«¡Mierda Maica! ¿¡Qué haces!? ¡Dile que te interesa y mucho!»— Siempre nos lo hemos contado todo.

«¡Anda y vete a la porra!». Me dijo en ese mismo momento mi mente.

Él no habló durante unos segundos en los que estuvo contemplando el volante con aire pensativo.

Pensé que había cometido un error preguntándole y que no le había sentado bien que lo hiciera.

De todas formas, llevábamos mucho tiempo separados y él tenía su vida en otro lado.

—Siento si te ha molestado que te preguntara, quizá debería de meterme en mis propios

asuntos. —Dije con desánimo en la voz.

—No me ha molestado que me preguntaras, tranquila. Es solo que llevo queriendo hacer algo todo el día. —Giró la cabeza por fin y me miró a los ojos directamente.

Su mirada oscura penetró en el azul de la mía.

—¿El qué? —Pregunté con curiosidad.

—Antes tengo que saber si en la discoteca, el tal Óscar y tú...

—¡No, no! ¡Por dios, no! Lo dijo para tomarte el pelo. —Contesté rápidamente, escandalizada.

Kevin se echó a reír ante mi cara de desagrado.

—Vale, mejor, porque eso me facilita hacer esto.

Puso su mano en mi mejilla y la acarició con ternura e intimidad, mientras acercaba su rostro al mío.

¡Me iba a besar! ¡Kevin iba a posar sus labios sobre los míos!

Sentí una emoción explosiva que iba a estallar en mi pecho y cerré los ojos, lista para sentir por primera vez los labios del hombre con el que había soñado por tanto tiempo. Quería que me besara.

Estaba cerca de mi boca, su aliento se sentía cálido y resultaba de lo más sensual. Mi cuerpo se estremeció y no pude evitar sentir que mi sexo ardía en respuesta, pero el beso no llegó.

En lugar de ello fueron unos golpecitos en la ventanilla del coche los que nos sacaron del dulce trance.

Cuando miré, ¡no me lo podía creer!

¿¡Qué narices hacía ese pelmazo ahí y con qué derecho interrumpía ese momento!?

Kevin salió del coche para saludarle.

Yo imite su gesto, saliendo del vehículo, pero sin disimular mi desagrado.

Miré a Óscar con cara de pocos amigos.

¡El maldito socorrista se había cargado el momento que llevaba esperando hacía años!

Porque era un delito, pero tenía unas ganas de matarlo...

—¿Qué tal, tío? —Apretó la mano de Kevin, quién le sonreía también, pero él sí disimulaba su fastidio— ¡Qué casualidad haberos visto por aquí!

—¿Qué hacías tú en esta calle? —Pregunté con los dientes apretados.

Me miró con un brillo guasón en los ojos y contestó:

—Vivo un par de edificios más abajo.

—¿¡Qué!?! —Abrí los ojos como platos, mi sorpresa no pasó desapercibida para Óscar.

—¡Anda! Casi eres vecino de Maica. —Añadió Kevin, para más desgracia mía— Ella vive en este edificio.

Porque conocía de hacía muchos años a Kevin, nos unía un gran lazo y me ponía como una moto, porque si no, juro que en ese momento le hubiera dado una patada en los cataplines para que aprendiera a cerrar esa boca.

—¿Ah, sí? —Óscar sonrió, alzando una ceja y echándome una rápida mirada. ¡El muy cretino se lo estaba pasando bomba con mi incomodidad!— Para otro día ya sé dónde venir a buscarte para que nos tomemos algo.

¡Será...!

Inspiré profundamente y traté de mantener la calma.

—Creí que ya erais amigos. —Manifestó Kevin, extrañado de que no supiera dónde vivía mi supuesto “amigo”.

—Somos más que amigos, ya te lo dije.

Abrí la boca para decirle a ese desgraciado por dónde podía meterse esas mentiras, cuando Kevin interrumpió mis palabras:

—Bueno Maica, será mejor que me vaya... —Me dio un rápido beso en la frente, ¡en la frente! y se fue hacía el coche con cara de pocos amigos, sin dejarme oportunidad de decir palabra.

Arrancó y se marchó, dejándome sola con el socorrista de los huevos y una expresión desenchajada en mi rostro.

Una vez mi verdadero amigo desapareció de mi vista, me giré hacía este último que se reía por lo bajo.

Mi rabia no pudo aumentar más.

—No parece que le haya gustado demasiado vuestra cita, ¿no? —Dijo, carcajeándose, ahora a viva voz.

Yo le di un empujón y desaté mi enfado:

—Pero, ¡tú quién te crees que eres! ¿¡De qué vas, eh!? ¡Con qué derecho le cuentas esas mentiras y me estropeas el día! —Sentía que en cualquier momento le saltaba a la yugular.

Él, sin embargo, seguía con esa sonrisita burlona.

—Tranquila, mujer, te he hecho un favor... Si te ve demasiado disponible y no tiene que luchar por ti, se cansará enseguida. Así que ya me lo agradecerás.

—¡SÍ, PERO CON MI PIE EN TU GARGANTA! —Escapé a mi control.

Óscar, en cambio, terminó de carcajearse, lo cual provocó que acabara propinándole un puntapié en la espinilla.

—¡AH! —Se quejó, mientras se colocaba la mano sobre la zona en la que le había agredido con mi pie.

—¿Quién se ríe ahora?

—¿Sabes? Creo que más que haberte hecho el favor a ti, se lo he hecho a él. Si te llega a besar, fijo que se intoxica con tu veneno.

—¡Qué te den! —Exclamé, pasando por su lado para meterme en mi portal.

El día había ido genial, pero cuando llegué a mi casa se me comían los demonios. ¿¡Qué mala broma del destino era esa!?

En mis labios se había quedado una especie de sabor agri dulce e insoportable. ¡Como el maldito socorrista de las narices!



4. FIESTA NOCTURNA

Cuando llegué a mi habitación, tiré el bolso de mala gana contra la cama. ¡Maldito burro! Parecía haberse propuesto fastidiarme todos y cada uno de mis momentos.

La dulce velada se había convertido en un auténtico infierno por culpa del diablo mujeriego ese, y lo peor de todo es que le había vuelto a hacer creer a Kevin que él y yo teníamos algo. Nunca se me olvidaría la cara de decepción que tenía mi amigo cuando se marchó, cuando me beso en la frente para despedirse. No pude evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas, me sentía impotente. ¿Qué le iba a explicar ahora a Kevin? Me imaginaba lo que debía de estar pensando. Primero yo le digo que no tengo nada con el baboso y minutos después aparece el muy inoportuno para hacerle volver a creer todo lo contrario.

Me dejé caer de espaldas a la cama y cogí un cojín colocándomelo en el rostro y ahogando mi grito de frustración.

«Esta es la recompensa por ser buena ciudadana y denunciar a un perverso que el único trabajo que hace es mirar a las bañistas». Me recriminó mi mente.

—¿Y tú por qué no haces el favor de callarte? ¡Esto es lo que menos necesito!

—Exclamé para mí misma, sin percatarme de que en ese momento la puerta de mi habitación se abría y dejaba paso a mi padre.

—¿Qué tal?, ¿cómo ha ido? —Mi cara de fastidio debió de haber hablado por sí sola, porque se le borró la sonrisa de la cara de un plumazo— ¿Qué ha pasado? —Preguntó mientras tomaba asiento a mi lado.

Suspiré, no estaba segura de explicarle lo sucedido con el socorrista de los huevos, porque seguramente él se pondría en plan protector y a saber que haría con tal de proteger a su niña, algo que le podía crispar los nervios y provocar que su *Toc* empeorase. Además, tampoco estaba de humor para relatarle detalle a detalle mi tragedia.

De modo que opté por contar una verdad a medias:

—Digamos que se iba a lanzar, pero en el último momento se ha echado para atrás.

—¿Por qué? —Por el tono en que me preguntó, pude adivinar que había estado esperanzado de que, por fin, ocurriera algo entre Kevin y yo. Desde luego mi padre tenía más confianza en mí que yo misma— ¿Acaso tiene pareja?

Negué con la cabeza.

—No papá, es que resulta que se nos ha metido una avispa en el coche y lo ha estropeado todo.

Cómo bien he dicho, la verdad a medias.

Aunque si mi padre hubiera sido más observador, se habría dado cuenta de mi ironía.

—Qué raro... —Dijo, acompañando las palabras con una expresión de extrañeza— ¿Una

avispa? ¿De noche?

—Sí, papá. —Resoplé, poniendo los ojos en blanco— Como podrás apreciar hay insectos que nunca descansan. —Mi tono volvió a ser sarcástico.

Me miró un momento sin entender nada, pero acto seguido sonrió, rodeó mis hombros y me abrazó cálidamente a modo de consuelo.

—Bueno, ¡tú no te desanimes! No siempre habrá avispas a vuestro alrededor para estropearos el momento.

—No sé yo que decirte... —Esta vez sí se dio cuenta de la forma en la que lo dije.

—¿Ha ocurrido algo más, Maica?

—No, papá —Lo miré mordiéndome el labio inferior, a ver si así conseguía quedarme de una vez calladita.

Se quedó estudiándome en silencio un momento, como si tratara de adivinar todo lo que había pasado a través de mis ojos, pero transcurridos unos segundos más y para mi gran alivio, se dio por vencido, aunque no parecía muy conforme.

—Papá, de verdad que no ocurre nada, ni ha ocurrido nada más. Es solo que tú no has visto a esa pedazo de avispa. —Comenté con intención de tranquilizarlo y ya de paso desviarle la atención de mi cara.

—¿Tan grande era? —Preguntó con evidente interés.

—Bastante, te puedo asegurar que nunca había visto un bicharraco tan asqueroso como ese. —Contesté, sintiéndome mejor.

Hablar de aquella manera me daba la oportunidad de insultar al maldito socorrista sin mencionarlo directamente.

—¿De qué color era?

¡Y dale con las preguntas!

—Era blanca y roja, bastante grande por si me preguntas el tamaño y muy repulsiva. De hecho, es el bicho más sucio y horrible que te puedas imaginar.

—¿Te ha picado? —Comenzó a preocuparse.

—Ya le gustaría...

—¿Eh? —Se extrañó mi padre.

—Lo que quiero decir es que se ha quedado con las ganas papá, ¡y va! no me hagas más preguntas que no estoy de humor. Ese maldito bicho me ha estropeado el día. Con lo bien que había ido todo...

—Bueno cariño, tampoco hay razón para estar desanimada. No tiene novia, ha intentado besarte, eso quiere decir que le gustas. La próxima ocasión seguro que no lo echa nada para atrás. —Sonrió y me dio un beso en la sien.

«Eso si quiere volver a verme» Pensé con desánimo.

—Gracias papá. —Me forcé a sonreír, mientras él se levantaba para salir de mi cuarto.

—¿Tienes hambre? —Preguntó antes de irse por la puerta.

—No, la verdad es que no.

—Bueno, si se te pasa el disgusto y te entra el gusanillo, tienes tortilla de patata en el microondas.

Asentí agradecida.

Una vez se marchó, atendí mi móvil.

Acababa de vibrar. Cuando lo miré, el icono de *WhatsApp* hacía acto de presencia en la pantalla.

Lo desbloqueé y pude comprobar que se trataba del grupo que tenía con las chicas:

Laura: *Chicas, ¿vais a ir a la fiesta nocturna en la piscina?*

¡Ostras, era verdad! El día anterior habíamos dicho de ir, pero después de lo que había ocurrido con mister engreído se me quitaban muy mucho las ganas de tener que verlo, y menos en la misma noche en la que había ocurrido todo.

Andy: *Claro, ya dije que sí.*

Laura: *Faltas tú por confirmar, Maica.*

Andy: *Si es que has terminado lo que sea que estés haciendo con Kevin...*

Puso un icono de risa para hacer ver que era un chiste.

Hinché mis mofletes de aire y entrecerré los ojos.

«¡Qué más quisiera yo estar en este momento haciendo cosas con Kevin como insinuaba Andrea y no comiéndome las uñas para no sacarle los ojos al baboso y que nunca más pudiera disfrutar de la visión de un culo de bañista!»

Maica: *Si os digo la verdad, no me apetece mucho ir...*

Laura: *¿Por qué?*

Andy: *¿Por?*

Suspiré.

Maica: *La cita con Kevin no ha terminado demasiado bien y no tengo el cuerpo para marcha.*

Laura: *¿Qué ha ocurrido?*

Maica: *No creo que sea algo que deba contar por aquí.*

Andy: *Entonces ya no tienes excusa para no ir a la fiesta. Nos tienes que contar lo que ha pasado.*

Laura: *¡Ja! Ya no tienes con que regatear.*

No pude evitar que aquella situación, en cierta manera, me hiciera gracia. Era típico de mis mejores amigas, querer hacérmelo pasar lo mejor posible, sobre todo en situaciones que me ponían triste.

Maica: *Chicas, no quiero estropearos la juerga a vosotras. Además, mi tragedia también incluye al odioso del socorrista y, como comprenderéis, no me apetece nada verle.*

Laura: *A nadie le vas a estropear la juerga. Y ¿Cómo es eso de que incluye al socorrista?*

Andy: *¿Ese tío tiene que estar metido en t'os tus fregaos?*

Laura: *Aun así, yo pienso que no es excusa para quedarte en casa, tía.*

Andy: *Sí, además, no vas a verle a él. Estamos nosotras, ¿no quieres vernos a nosotras? Porque tus dos mejores amigas a ti sí...*

Laura: *Y ya de paso nos cuentas todo. (Icono riendo)*

Hice rodar mis ojos.

Desde luego no se iban a quedar conformes con un no, a menos que estuviera enferma.

Maica: *Está bien, iré. Pero si veo que no me siento bien me volveré a casa o pongáis como os pongáis.*

Laura: *Vale. (Icono sonriente)*

Andy: *Aceptamos eso. Como con nosotras es imposible que lo pases mal...*

Laura: *Ya verás, te vas a olvidar de esa mala situación en un abrir y cerrar de pestañas.*

Maica: *Ok. ¿A qué hora quedamos?*

Laura: *La fiesta empieza a las once, así que tienes media hora para prepararte. Nosotras nos ponemos en marcha en breve y vamos a recogerte a tu casa.*

Maica: *Tiempo de sobra, nos vemos en un rato. (Icono mandando un beso)*

Andy: *Hasta dentro de nada, nena. (Icono mandando un beso)*

Laura: *Hasta ahora. (Icono mandando un beso)*

Nada más dejar el teléfono, salí al salón para ir a la cocina a por el pedazo de tortilla de patata que había en el microondas esperándome.

Mientras hablaba con mis amigas, había sentido que volvían a aumentar mis ánimos y eso me había despertado el hambre.

Mientras cruzaba la estancia, me fijé en mi padre, estaba echado en el sofá y se había quedado dormido con la tele encendida.

Me acerqué a despertarlo, agachándome y dándole un beso en la mejilla.

—Papá... te has quedado dormido, vete a la cama. —Sonreí, gesto al cual él me respondió con otra sonrisa de vuelta.

—Maica, hija, ¿cómo te sientes?

—Me siento mucho mejor, gracias. —Contesté, conmovida por lo mucho que se preocupaba por mí.

Siempre había sido un hombre atento, cariñoso, amable, considerado y generoso. Casi nunca discutíamos y nos gustaba estar en compañía el uno del otro.

No recordaba un solo instante en el que no me hubiera sentido la niña más afortunada de la tierra por tener el padre que tenía, ni siquiera cuando el *Toc* le limitó la vida y tuve que hacerme cargo de ciertas cosas para que pudiéramos tirar para adelante.

—Aparte de la charla que hemos tenido tú y yo antes, he hablado con las chicas y vamos a salir. Por lo tanto, mi ánimo ha vuelto a ser el que era.

—¡Cuánto me alegro, mi niña! Eso es lo que tienes que hacer, salir y entretenerte, pasártelo bien con tus amigas. Eso te ayuda también a ver las cosas desde otro punto de vista. —Esto último lo dijo mientras se levantaba, se estiraba y segundos después, apagaba la tele.

Yo también me incorporé.

Caminamos por el pasillo e hice la primera parada en la cocina.

Abrí el microondas y me comí con ganas la tortilla de patatas como si fuera una pizza.

—Ten cuidado y mastica despacio, no te vayas a atragantar... —Me advirtió con su habitual preocupación.

—Franquilo, fapá... Fuenas oches... —Le deseé con la boca llena.

—Buenas noches, hija. Y ten cuidado cuando vuelvas a casa.

Asentí y me dio un beso en mi cachete tan lleno como el de un hámster, antes de irse a dormir.

Una vez terminé de cenar, fui a mi habitación y escogí uno de mis bikinis.

Opté por el de color rojo sin tirantes que hacía que mi piel pareciera estar más morena. Metí en la bolsa de la piscina el pareo a juego, el dinero justo para la entrada y las llaves de casa.

Me desmaquillé un poco y me dejé el pelo suelto, tal y como había estado esa tarde. Me vestí con unos pantalones cortos vaqueros y una camisa de tirantes negra con escote circular y sin ningún tipo de adorno, pero que me encantaba como marcaba mi silueta. Me calcé con unas sandalias de dedo del color de mi camiseta y por último cogí mi móvil para guardármelo en el bolsillo, viendo que no tenía mensajes.

Suspiré.

No sabía siquiera para qué le había echado un vistazo con la esperanza de que Kevin me hubiera escrito. A fin de cuentas, era normal que después de lo ocurrido no me diera ni las buenas noches.

Como no había tenido bastante, quise torturarme un poco más y abrí el *WhatsApp* para mirar su última hora de conexión.

—Hace dos minutos que se ha conectado. —Murmuré para mí y sentí que me volvía a agobiar.

Entonces me llegó un mensaje del grupo de amigas, avisándome de que ya estaban abajo.

Salí de casa haciendo el menor ruido posible para no despertar a mi padre.

Nada más salir a la calle, ellas me recibieron inmediatamente con un abrazo.

—Mi niña... —Dijo Laura cariñosamente, mientras me envolvía entre sus brazos—Ahora nos cuentas qué es lo que ha pasado.

Aparte de confirmar que, al igual que mi padre, mis amigas llevaban años sabiendo lo que sentía por mi mejor amigo, les conté todo lo acontecido mientras íbamos de camino a la piscina.

Les hablé de lo ocurrido tanto en la discoteca, como en la cita con Kevin.

Andrea se quedó estupefacta y Laura no pudo más que también mostrar su asombro, quedándose con la boca abierta.

—Así que imaginaos, cuando Kevin se despidió, lo hizo con cara de molestia y dándome un escueto beso en la frente. —Suspiré con aire derrotista— Para colmo de males, el muy canalla del socorrista se estaba descojonando y no perdió la oportunidad de volver a burlarse.

—¡Pero bueno! ¿¡Qué cojones le pasa a ese tío!? —Exclamó Andrea.

Ante mi encogimiento de hombros, Laura añadió:

—Pues sí que le molestó que denunciaras su falta de profesionalidad...

—Sí, y parece que hasta el punto de hacerte bastante la puñeta, el muy imbécil.

—Escupió Andrea, molesta, con los agujeros de la nariz aleteando— Tendrías que haberle puesto la reclamación.

Llegamos a hacer cola y ya se podía escuchar la música dentro y el alboroto de la gente bañándose.

—No sé qué es lo que tiene planeado, pero no conseguirá nada. Eso os lo aseguro. —Dije convencida— Y bueno, si no es mucho pedir, creo que es mejor dejar el tema. Ya que si encima de lo que ha pasado lo tengo que ver esta noche, como continuemos hablando de todo lo que me ha hecho, no creo que salga vivo hoy de su vigilancia.

—Si es que la hace... —Agregó Laura, haciendo un gesto con la mano.

Una vez estuvimos en el mostrador y fuimos a pagar nuestras entradas, me di cuenta de que no llevaba dinero suficiente, pues la entrada valía más los viernes por la noche.

—¡Cinco euros! —Exclamé abochornada.

—¿Qué pasa? —Preguntó Andrea, extrañada de verme tan avergonzada.

—No llevo suficiente... —Susurré para que solo ellas me escucharan.

—¡Disculpad! —Llamó la atención la mujer del mostrador— Se acumula la gente. Si no vais a pagar, quitaos de en medio para que el resto pueda pasar.

«¡Será estúpida la tía!» Pensé. «¡Ni que yo hubiera venido a verle a ella el careto!»

Iba a contestar, cuando una voz por detrás de mí se adelantó y solo alcancé a ver un brazo que pasaba por mi lado para dejar un billete de diez y uno de cinco sobre la madera

—Tranquila Inma, a estas chicas las invito yo.

Abrí los ojos de golpe.

Esa voz...

No podía ser de quién yo creía.

Me giré y... ¡Sí! El socorrista burlón estaba ante mí y me miraba con su sonrisa de medio lado.

Su mirada se tornó traviesa al ver mi asombro.

Mis amigas tampoco se quedaron cortas con sus caras de sorpresa, pero a diferencia de

Laura y de mí, Andrea no se mantuvo muda.

—Yo no entiendo nada. —Dijo en voz alta, atrayendo la atención de todos. Luego se dirigió a Óscar— Pero vamos a ver, ¿tú qué es lo que pretendes, eh?

Él alzó una ceja sin quitar la vista, ni su pícara sonrisa, de Andrea.

—Tan solo estoy haciéndole el favor a mi amiguita “la quejica” y para no perder mis modales de caballero, os he invitado también a vosotras.

Al escuchar cómo me llamaba y su tono irónico cuando se había referido a mí, desperté de mi estupefacción y el repertorio de insultos que tenía para él volvió a inundar mi mente.

Sin darme cuenta, interrumpí a Andrea que estaba a punto de contestar:

—No es necesario que nos invites, nosotras podemos apañarnos solas. —Espeté, orgullosa — La próxima vez no te molestes por tu amiga la “quejica” y guárdate tu “caballerosidad” para quien la quiera.

Con expresión que denotaba lo mucho que se estaba divirtiendo a mi costa, negó con la cabeza y fue a contestarme, pero la amargada de Inma nos dijo con sus aires de monja de clausura que resolviéramos nuestros asuntos dentro y dejásemos de estorbar.

Me dieron ganas de decirle que allí lo único que estorbaba era su cara de acelga mal hecha, y que lo que tenía que hacer era dejarle el puesto libre a alguien más amable.

No obstante, Andrea y Laura, al ver mi conocida expresión de pocos amigos, decidieron arrastrarme dentro de las instalaciones antes de que se armara un revuelo.

Sentí la presencia del socorrista tras nosotras, pero no volví a girarme ni a dirigirle la palabra.

Quería disfrutar de la noche con mis amigas.

Andrea por fin se iba a bañar con nosotras y no quería que nada ni nadie me estropeará la ocasión de acabar en la cama habiendo mejorado mi día.

Buscamos un hueco en la zona de césped, pero estaba abarrotado y la verdad es que no divisábamos un solo hueco para apalancarnos.

—Joder, está más lleno de noche que de día. —Comentó Laura— ¿No debería de ser al revés?

Me encogí de hombros y miré hacia atrás, en dirección a Andrea.

—¡Fiesta, fiesta! —Exclamaba, agitando el puño hacia arriba y moviéndose al son de la música mientras caminaba.

—Al menos una de nosotras ya ha comenzado a pasárselo en grande. —Dije con una carcajada reprimida.

Laura, al ver a lo que me refería, se echó a reír.

Tardamos un rato en encontrar un hueco, pero al final encontramos el sitio perfecto.

Extendimos las toallas y nos quitamos la ropa.

Laura y yo nos pusimos de acuerdo, porque ambas nos quedamos mirando a Andrea.

Su traje de baño era el típico bañador para ir a natación.

Al sentirse observada, nos miró encogiéndose de hombros.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¿Por qué no has venido con un bikini? —Pregunté.

—Ya sabes que no quiero que se me vean los michelines.

—Andy, no sabes quién puede venir a este lugar esta noche. —Dijo Laura, despertando mi curiosidad— ¿Qué tal si viene y te ve con eso puesto?

—Pues precisamente por eso lo he hecho, no quiero que vea lo gorda que estoy.

—Contestó Andy, avergonzada.

—Esperad... —Interrumpí la conversación. Quería que me explicaran qué estaba pasando allí— ¿Quién puede verla?

Andrea se puso más roja ante mi pregunta.

La miré con confusión y luego observé a Laura, que también me miraba con una mueca de lástima por el complejo de nuestra amiga.

—¿Te acuerdas de los maromos que se quedaron con nosotras en la fiesta?

—Asentí— Bien, pues le gusta uno de ellos; Rubén para ser más exactos. Y tanto él como Ángel nos dijeron que posiblemente vendrían a la fiesta nocturna.

—Oh. —Comprendí, luego volví a echar un vistazo a Andrea, que se había tumbado en su toalla y trataba de ocultar su bochorno— Andy, cariño... —Me acerqué a ella, quería hacerla sentir mejor— Tienes que dejar a un lado esos complejos, eres preciosa y tienes un cuerpazo.

Ella levantó la cabeza y me miró como si de una niña desvalida se tratara, su mirada me provocó ternura.

—Es solo que no quería que viera mi espantosa figura y se asustara.

—Andy, si hace algo así es que es gilipollas y no merece tu afecto, tía. Si quieres gustarle, tienes que gustarle con todo... Mira, yo no veo michelines por ninguna parte, veo a una chica que está de vicio y, ¿sabes?, el hombre que realmente te merezca tiene que verte parecido, o mejor a como yo lo hago; ver qué eres perfecta en todo. De ser lo contrario, merecerías mucho más.

Andrea sonrió y me abrazó.

—Muchas gracias, Maica.

—No hay porque darlas.

—Bueno, chicas, siento interrumpir este momento tan enternecedor, pero me apetece un baño, ¿qué decís? —Ya en pie, Laura nos miró esperando una contestación.

—Yo digo que sí. —Miré a Andrea.

—¡Al agua patos! —Exclamó, contenta.

Nos dirigimos al agua y nos tiramos en bomba.

La gente que ya estaba dentro de la piscina comenzó a pasarse un balón gigante.

Cuando se dirigió a nosotras, Andrea no se percató y le dio en la cabeza.

Laura se carcajeó y entonces fue víctima de una ahogadilla por parte de la afectada.

Estuvimos un largo tiempo pasando el balón, de risas y bailoteo al son de la música.

Cuando salimos, cogí los tres euros que me había llevado para pagar la entrada, dispuesta a invitar a mis amigas a una Coca Cola, pues no me daba para más.

—Maica, toma. —Me llamó Laura antes de que me fuera, extendiendo su brazo y dándome quince euros— Ya que vas, devuélvele el dinero de las entradas al socorrista. No quiero que ese hombre nos pague nada y menos darle una baza para que luego pueda pitorrearse de ti.

Asentí agradecida y caminé a paso tranquilo, buscando con la mirada a Óscar. Me costó divisarlo entre toda la maraña de gente que había allí, pero lo encontré dando una vuelta por la piscina mediana, vigilándola y haciendo su típico ritual de rodar la cuerda del silbato alrededor de su dedo índice.

Me acerqué a él y me coloqué enfrente para que me viera:

—Quería devol...

—Ahora no puedo atenderla. —Soltó tajante, interrumpiendo mis palabras.

—No te voy a quitar mucho tiempo. —Insistí, lo más calmada que pude.

—El tiempo que le dedique, es tiempo que quito de vigilancia al agua, señorita, y si no recuerdo mal fue usted quien se quejó de mi vigilancia por no estar "atento" a mi trabajo.

Será...

Su tono irónico y su manera de tirarme en cara la reclamación que hice me estaban comenzando a crispar los nervios.

¡Ahora se ponía en plan digno, el niño! ¡Después de haberme liado la de dios y haberme estado dando por culo por haber delatado su comportamiento en el trabajo!

—Yo no vengo a tontear contigo... Y es importante lo que tengo que decirte.

—Aclaré, evidenciando en mi tono de voz que estaba un poco molesta ya.

Pareció percatarse de ello, pues ya estaba sonriendo de medio lado el muy imbécil. Ya estaba demostrando lo mucho que le divertía que su comentario y su comportamiento alteraran el estado de tranquilidad con el que había conseguido ir.

Me había esforzado lo mío mientras caminaba hacia él. Había tenido que respirar profundamente varias veces para no hablarle de malas maneras, ya que después de la que me había jugado con Kevin, lo único que me apetecía era darle una patada en el culo y tirarlo de cabeza al agua.

Lejos de cometer tal acto tan tentador, había tratado de sosegarme y ahora el muy idiota se estaba buscando que hiciera lo que tenía pensado.

Y para colmo me trataba de usted.

¡Oh, sí! Estaba tan cerca del agua...

—Si quiere algo importante vaya fuera como usted sabe hacer tan bien y diga lo que tenga que decir allí, pero apártese de una vez que me está estorbando la vigilancia, señorita.

Estoy convencida de que en esos momentos mi cara se veía como la de un personaje de cómic cuando se enfada, con el humo saliendo por todos los laterales de mi cabeza.

Mis impulsos cada vez estaban siendo más fuertes, así que opté por coger su mano de mala gana y darle el puñetero dinero.

—¡Toma! El dinero de nuestra entrada, no queremos nada que venga de “usted”

—Empleé la última palabra un tono de burla y enfado— Muchas gracias por su tiempo, ¡socorrista, estúpido! —Me fui de allí como alma que lleva el diablo hacia la cafetería, mientras sentía sus ojos sobre mi espalda.

Una vez compré las latas de Coca Cola, fui hasta donde estaban mis amigas, les di a cada una la suya y me senté con cara de pocos amigos.

Ambas me miraron con expresión dubitativa y yo abrí con gran fuerza la lata, con tanto cabreo, que hasta rompí la anilla y se me coló dentro del refresco.

Solté una maldición tan alta que hasta los de al lado me observaron con cara de susto.

—¡Jesús, tía! Pero, ¿qué te ha pasado? —Preguntó Laura con los ojos bien abiertos del asombro.

—Ya te ha tocado las narices otra vez, ¿verdad? —Adivinó Andrea, contestando a la pregunta de Laura y dándole después un sorbo a su Coca Cola.

Asentí, imitando el gesto de Andrea y bebiendo de la mía.

—Por lo que veo igual tienes hasta razón, Andy. —Comentó Laura, soltando una leve carcajada y llamando mi atención.

—¿Que tiene razón en qué? —Pregunté con el tono todavía un poco irritado.

Laura apretó los labios y me miró con cara de niña buena antes de soltar:

—En que tenéis química.

—¿¡Qué!? —Exclamé sin dar crédito, fijando mi atención en aquellas dos que decían ser mis amigas— ¡Lo qué me faltaba! —Me levanté de la toalla y Andrea hizo ademán de detenerme.

—Vamos Maica, no te enfades. —Pidió en tono calmado— Tampoco tiene nada de malo que pensemos que tenéis química.

—¡Cómo que no tiene nada de malo! —No cabía en mi asombro con lo que estaba escuchando— Estáis diciendo que tengo química con un cerdo que se fija en todo lo que se mueve, que me ha estado dando por el culo, hablando pronto y claro, lo que ha querido y más por haber denunciado su falta de profesionalidad, que encima es arrogante e infantil. ¡Y me dices que no es nada malo! No, tienes razón... ¡Es peor! —De más mala leche que antes, me dispuse a salir de ahí. Estaba tan enfadada que, si me hubiese metido en el agua, la gente que tan felizmente se bañaba allí, habría salido con quemaduras.

La piscina se habría convertido en una olla exprés.

—¿A dónde vas? —Preguntó Laura, preocupada.

—¡Al baño! —Contesté bastante más alto a como quería haber contestado, pero en ese momento estaba fuera de control.

Mientras me dirigía a los servicios, tiré mi Coca Cola casi entera a la basura. No me apetecía ya seguir bebiendo.

Fui hasta la caseta de piedra de los vestuarios, donde estaban situados también los servicios, y caminé hasta el de señoras con paso acelerado.

Vacíé mi vejiga, me lavé las manos en el lavabo y me mojé un poco la cara.

Tenía las mejillas encendidas del cabreo que me había pillado.

Me tomé unos minutos para respirar profundamente y relajarme.

Sabía que no tenía que haberles hablado así a las chicas, pero me dio mucha rabia que dijeran que tenía química con ese babuino de la época de las cavernas.

Salí del baño y coloqué unos mechones rebeldes de mi cabello que habían caído sobre mi cara, detrás de mi oreja.

Me dispuse a volver con mis amigas, pero el sonido de un timbre de voz de alguien que me llamaba por mi nombre, hizo que detuviera mis pasos y me girara.

¡Desde luego hubiera hecho bien en quedarme en mi casa!

Estaba claro que ese día estaba condenado para mí.

El dichoso Neandertal, vestido de socorrista, estaba apoyado en la pared al lado del baño de mujeres con los brazos cruzados y me sonreía con picardía.

—¡Por el amor de Dios! ¿¡Qué quieres!? —Alcé con frustración los brazos al cielo en señal de desesperación.

—Maica, Maica, Maica... —Se separó de la pared y caminó acercándose donde yo estaba.

—¡Muy bien, monito! —Exclamé con sarcasmo. ¿A qué venía mencionar tantas veces mi nombre? Yo cada vez comprendía menos a ese hombre— Veo que has aprendido a hablar, ¿quieres una banana?

Por un momento me observó entrecerrando los ojos, luego dijo:

—Has sido un poco maleducada devolviéndome el dinero de esa forma sin siquiera darme las gracias.

En serio, no cabía en mí del asombro.

—No tengo que darte las gracias, puesto que el dinero te lo he devuelto y, por lo tanto, eso significa que las entradas nos las hemos pagado nosotras. —Contesté, poniendo los brazos en jarras y con la cabeza alta.

—Al menos agradecer el gesto... —Su mirada me recorrió de arriba abajo, provocando que un escalofrío también recorriera mi cuerpo.

Yo me percaté de que estábamos solos allí.

Nadie salía, ni entraba.

¿Por qué?, ¿acaso la gente no meaba?

—¿Me has seguido hasta el baño solo para decirme que soy una maleducada?

—Quise saber, alzando ambas cejas.

—No, engreída. —Escupió, tajante— Te he seguido porque no puedes entrar aquí, hay baños portátiles fuera. No está permitido utilizar estos en las fiestas nocturnas. —Al ver la cara que se me quedó, añadió—: Como ves sí sé hacer bien mi trabajo.

—¡Claro! —Solté una carcajada interna con cara de pocos amigos— ¡Solo cuando se trata de mí!

Una sonrisa ladeada apareció en su boca, aquella maldita señal que indicaba su diversión y que iba a soltar alguna.

—Rubita... —Ahí estaba ese estúpido mote que había utilizado para dirigirse a mí en la discoteca— Te recomiendo que no te hagas ilusiones.

¡Era el colmo! ¡Ilusiones, yo! ¡Él sí que estaba soñando!

—Y yo le recomiendo que se marche a vigilar la piscina, el tiempo que me está dando a mí lo está quitando de sus tareas, ¿no le parece?

«¡Zas! ¡Toma esa de vuelta!» Pensé con satisfacción.

Vi cómo se reía para sus adentros y fijó con más intensidad su mirada en la mía, hasta el punto en que me puso un poco nerviosa.

Tragué saliva con dificultad, pero me mantuve firme. No iba a consentir que viera que conseguía intimidarme.

—Parece que te ha molestado mucho que te hablase con tanta distancia...

—Todo lo contrario, lo prefiero así a que siga irrumpiendo en mi vida como lo ha estado haciendo, señor. —Dije sin dejar de mantener distancia en mis palabras.

—Hace un momento me tuteabas. —Alzó una ceja, acercándose un poco más a mí.

—Hace un momento me había pillado por sorpresa, pero ahora he decidido que es mejor así. —Di varios pasos hacia atrás, volviendo a dejar espacio libre entre los dos.

Metió las manos en los bolsillos y sacó el dinero que le había dado.

—Toma, no quiero vuestro dinero. Si os quedáis más tranquilas, cuando salga de trabajar Inma me devolverá el dinero que he pagado por vosotras. Diré que sois amigas mías y me lo dejará gratis por trabajar aquí.

—Ahórrate esos favores para los que son tus amigos de verdad. —Espeté cortante— Quédatelo y dáselo en pago por nuestra entrada.

Me miró con una mezcla de asombro y diversión.

—Eres toda una desagradecida, niña, ¿lo sabías? Encima de que me denuncias por hablar con mis primas en vez de preguntarme a mí y tengo un gesto caritativo contigo, te comportas así. ¿Sabes? Con ese carácter de mierda no me extraña que el tío de esta tarde saliera despavorido.

¡Pero ese de que iba!

Si había una oportunidad de que pudiéramos salir más o menos ilesos de esa conversación, acababa de irse al garete, porque había abierto la caja de Pandora.

—¡Eres un soberano arrogante y un auténtico imbécil! Sabes de sobra que se ha ido porque tú le has dicho cosas que no eran, le has mentido para que creyera que tenía algo contigo y me has estropeado la cita, y todo por qué, eh, ¿por qué!? Porque estás en plan vengativo por dejar en evidencia tus faltas en el trabajo.

—Puse mi mano, en ese entonces temblorosa por la rabia, apuntando con el dedo en mi sien — Métetelo en la cabeza, no solo no me trago que sean tus primas, por mucho que lo repitas,

sino que ya va siendo hora de que te hagas a la idea de que no todas van a caer rendidas a la fantasía del socorrista. Algunas van a ver tus faltas y las van a decir, te guste o no te guste.

—Estás muy equivocada si piensas que interrumpí vuestro besito cutre y dije lo que dije solo por el hecho de que fueses de chivata a decir nada. —Dijo, mirándome con el ceño apretado.

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué...? ¿Por qué le dijiste todas esas mentiras? ¿Con qué fin? Venga, di lo que tengas que decir y pon las cosas en el sitio, ¡cobarde!

—Coloqué la espalda recta y me dispuse a escuchar lo que fuera, quería que todo eso acabara de una santa vez y que dejáramos las cosas claras.

Nos quedamos un instante en silencio, mirándonos con evidente desafío.

Me dio la sensación de que aquel momento duró más de lo que hubiese debido durar.

Cuando ya parecía que quizá no me iba a contestar nada, abrió la boca y, para mi sorpresa, contestó:

—Porque me dio pena de él.

¿¡Cómo!? Me quedé con la boca abierta del asombro, mientras aquel estúpido se acercaba a pocos metros de mí, amenazante y continuaba diciendo:

—Y también para que veas lo que se siente cuando se meten en tus asuntos y encima con mentiras. Me doy cuenta de que estás obsesionada con ese tío y que he arruinado la posibilidad de que lo enredaras con tu veneno, así que, toma...

—Me lanzó el dinero que le había dado de malas maneras, haciendo que en mi interior bullera la ira— Te devuelvo el dinero y se lo das a él a cambio del beso por el que tan desesperadamente te arrastras.

La falta de respeto de ese impresentable hizo que me apartara bruscamente y mi brazo se levantó para darle el bofetón que se merecía.

Lancé mi mano al viento para estrellarla contra su mejilla, pero me la paró en seco en pleno vuelo y me miró fijamente con seriedad unos segundos antes de agarrarme de la cintura con su otro brazo y atraerme hacia él con fuerza.

Sentí su respiración acelerada junto con la mía que estaba igual de alterada y mi mirada enfurecida se tornó confusa, pero no tuve mucho tiempo para mostrar mi estupefacción, pues se abalanzó sobre mi boca y me besó con ardor y frenesí. Solté un jadeo ahogado de indignación y sorpresa, pero mi cuerpo se había quedado inmóvil en ese momento. No sabía qué hacer y su boca sabía increíblemente bien. Al final, una especie de locura se apoderó de mí y, sorprendiéndome de mí misma, abrí los labios, respondiendo a las demandas de sus besos y sintiendo su lengua introducirse en mi boca.

El beso era cargado de ira, frustración y rabia, pero también tenía cierto toque intenso y sensual que lo hacía extrañamente irresistible.

La mano masculina que sostenía mi antebrazo lo soltó con suavidad y se colocó junto a su otra mano en mi cintura, apretándome más contra los músculos más que evidentes bajo la camisa de socorrista.

No sé qué me pasó, pero de pronto la rabia desapareció sustituida por un calor abrasador que recorrió todo mi ser y se centró en el punto de mi feminidad.

Él inclinó la cabeza haciendo el beso más profundo. La pasión con la que nos devorábamos la boca no disminuyó en ningún momento.

Pasó las palmas de sus manos por mi espalda y yo me estremecí.

Mis brazos rodearon su cuello y acaricié la suavidad de las puntas de su oscuro pelo con las yemas de mis dedos. Volvió a apretarme contra él y sentí la poderosa y evidente erección que se le había formado bajo los pantalones.

Ni en mis mejores sueños hubiera saboreado algo tan delicioso como me estaba resultando la boca de aquel canalla sin pelos en la lengua.

¡Maldito fuera! Sus provocaciones no habían cesado hasta sacarme de mis casillas, hasta el punto en el que no pude contener mi mano para no abofetearlo. Y resulta que, en vez de estrellar la palma de esta en su cara, habíamos acabado sumidos en un beso apasionado que me estaba resultando absolutamente exquisito. Mi necesidad se manifestó e hizo que me apretara contra él. Pude escuchar un gruñido masculino que emergió de lo más profundo de su garganta.

Era como si, simplemente, me hubiera olvidado de quién era y de que lo detestaba.

Junté mi lengua con la suya y lo saboreé más en plenitud, estaba totalmente consumida por la pasión y embriagada por su olor, por su sabor...

—¡Maica!

Me separé rápidamente de él al escuchar esa exclamación, sintiendo mis labios latir por la intensidad de los besos que habíamos compartido.

Me giré y mi cara se tornó de un rojo pimienta que ni la sangre hubiera podido competir con la intensidad del color.

Ante mí estaban Laura y Andrea que nos estaban observando con la boca abierta. Yo me giré instintivamente y estudié la cara de Óscar.

Me miraba fijamente y tan extrañado como yo a él, como si nos hubiésemos dado cuenta de que el acto que ambos habíamos cometido minutos antes no estaba ni de lejos en nuestros planes.

Mi mente despertó de su letargo.

«¡Di algo, boba! No te quedes ahí plantada y en silencio como un árbol.» Me instó a que reaccionara.

—Esto... —Volví la atención a las chicas y luego me giré de nuevo hacia el socorrista, bruscamente y exclamando—: ¡Pues espero que te haya quedado bien claro! —Él me miró con un deje de confusión, como si me faltaran mil tornillos, mientras yo ponía mi pose de indignación.

«¡Será posible!» Me regañó mi mente, mientras me daba la vuelta y caminaba en dirección a mis amigas, pasando por al lado de ellas sin decirles absolutamente nada.

¿Qué iba a explicarles? Hacía tan solo unos minutos, me había enfurruñado con las dos por decirme que ese hombre y yo teníamos química, e instantes después me encuentran besándome con él en la caseta de los vestuarios...

Ni tenía sentido, ni tampoco tenía ninguna explicación para eso.

—Está claro que a ti te va la marcha. —Dijo Andy, riéndose por lo bajo.

—¿Besa bien el cerdo? —Continuó Laura la broma, acabando ambas por carcajearse en voz alta.

Me giré rápidamente hacia ellas.

—¡La madre que...! No era lo que parecía, ¿vale? —Dije todavía alterada, sin saber muy bien cómo salir de ese atolladero.

Continué caminando hacia las toallas, lo único que me apetecía en esos momentos era meterme en la piscina, perderme entre la aglomeración de bañistas y que nadie me encontrara.

«¡Tierra, trágame!» Pidió mi mente, haciendo que también me pareciera una excelente idea.

—¿En serio? —Andrea se limpiaba las lagrimitas de los ojos— Porque a nosotras lo que nos ha parecido es que vuestras lenguas estaban muy bien encajadas.

—Volvió a echarse a reír, provocando que me pusiera cada vez de peor humor.

—Ahora ya no solo pensamos que tengáis química, sino también física.

—Comentó Laura, siguiendo también el festival de risas.

—¡Basta ya! —Grité, encarándome con ellas— Lo que ha pasado no tiene explicación y ya es lo suficientemente difícil para mí como para tener que estar aguantando vuestras burlas. Si os hubiera sucedido algo así a vosotras, ¿os gustaría que yo me descojonara en vuestra cara? Andrea, —señalé con el dedo— ¿te gustaría que me riera de tus complejos en lugar de intentar animarte? Laura, —cambié de objetivo— ¿a ti te gustaría que me carcajeara de que Fernando no te hace ni puto caso? —Ambas se quedaron mudas— Pues a mí tampoco me gusta que os estéis riendo de mí de esa forma.

—No nos reíamos de ti, tía. —Comenzó a excusarse Andrea, evidentemente arrepentida— Nos reíamos de la situación, pero tienes razón... —Agachó la mirada— En lugar de reírnos de esa manera podríamos al menos haberte preguntado qué ha pasado, pero es que ha sido un impacto inesperado... Perdónanos, nena. —Me cogió de las manos y me miró a los ojos.

—Sí... —Siguió Laura, no menos arrepentida— No lo hemos hecho a malas, lo sentimos. Suspiré levemente y asentí con la cabeza.

—Está bien chicas. Perdonadme vosotras a mí también. Estoy algo estresada, hoy no he tenido un buen día, me siento alterada y encima... Bueno, no sé muy bien qué es lo que ha pasado antes.

Las tres nos abrazamos y ambas me dieron un beso, cada una en una mejilla.

—¿Quieres que hablemos de ello? —Preguntó Laura.

Me fijé en ese momento en la caseta de los vestuarios y vi que salía Óscar, poniendo su mirada sobre mí unos instantes.

Luego la apartó y volvió a su silla junto a sus compañeros, frente a la piscina grande.

—Quizá en otra ocasión. Ahora me apetece más disfrutar lo que queda de fiesta, porque si no voy a acabar cediendo a mi impulso de marcharme a casa.

—Manifesté.

Mis amigas asintieron, respetando mi deseo y volvimos a las toallas. Allí miré mi móvil: ¡Tenía un mensaje de Kevin!

Cuando lo abrí, mi cara de sorpresa no quedó oculta ante Laura y Andy, que me estudiaron con una expresión de duda.

Les enseñé la pantalla y abrieron los ojos como platos.

Las tres nos miramos y sonreímos. Por supuesto, yo con mucha más ilusión que ellas.

Volví a releer el mensaje, comentándolo por encima.

—Dice que siente haberse marchado de esa manera, pero que no ha podido evitar que le mosqueara que Óscar dijera que teníamos algo, además de haber interrumpido nuestro primer beso. Así que mañana quiere volver a quedar y que tengamos una cita como dios manda. —Me tiré de espaldas contra la toalla superfeliz, dando patadas de entusiasmo al aire como una niña pequeña.

—Pero mañana íbamos a ir a lo del Tenezis a que te mirases el trikini, tía.

—Recordó Laura.

Me incorporé y las miré a ambas con cara de picardía.

—Ya habrá tiempo para eso, chicas. Podemos ir pasado mañana y así os relato todo lo que pase con Kevin.

—¿Y qué pasa con el socorrista? —Preguntó Andrea.

—¿Qué pasa con él? —Contesté con otra pregunta, encogiéndome de hombros.

—¡Os acabáis de dar el filete en la caseta, tía!

—Ah, bueno. —Comenté, haciendo un gesto con la mano, restándole importancia— Eso ha sido un error que no va a volver a ocurrir.

Contesté al mensaje que me había mandado Kevin para que me recogiera en mi casa a la misma hora, sintiendo una intensa emoción y unas ganas increíbles de volver a verlo.

Parecía que el día se había arreglado en cuestión de segundos.

—Chicas, ¿nos tiramos por el tobogán? —Propuse animadamente, después de dejar mi móvil de nuevo en la bolsa.

Laura y Andrea asintieron y, de mejor humor, estuvimos lanzándonos por el tobogán una y otra vez, riendo como niñas y disfrutando de la noche.

Excepto en un momento dado, unas horas más tarde, cuando Andrea se dio cuenta de que Rubén no iba a ir.

En ese momento nos tocó a Laura y a mí ser su apoyo.



5. NO HAY DOS SIN TRES

Me desperté aquella mañana algo tarde, pues al final había llegado de madrugada a casa. Me sentía como en una nube, sonreí y recibí de buen ánimo al sol ya destellante en el cielo.

Estaba ilusionadísima y tenía unas ganas inmensas de que llegara la una para ver a Kevin. Miré el reloj y aún me quedaban dos horas por delante antes de que viniera a recogerme.

Cuando salí de mi habitación, me encontré con una nota por parte de mi padre que decía que se había ido a una barbacoa con sus amigos.

Me alegré por él. Eso era lo que necesitaba, salir y distraerse, hacer una vida normal. Sus mejores amigos sabían de su problema y lo habían aceptado tal cual, siempre estuvieron a su lado incluso en los momentos más difíciles y hacían todo lo posible por sacarlo de casa y de sus rutinas.

Yo también intentaba muchas veces hacer cosas con él fuera de casa, pero yo tenía una vida y no podía estar tampoco al cien por cien.

Por lo tanto, me gustaba la idea de que tuviera distracciones propias y una vida para sí mismo.

Recordé que en los primeros años de su trastorno me había olvidado bastante de mí para estar siempre a su lado. En ese entonces no me importaba, pero fue mi propio padre el que se dio cuenta de que eso tampoco era vida para mí, que ya tenía bastante con tener que pagar mis estudios y trabajar para mantenernos, ya que él había tenido que dejar de hacerlo por sus miedos y compulsiones, como para que también todo mi tiempo libre lo pasara encerrada.

—No quiero eso para ti, hija. —Me dijo, secándome las lágrimas que salían de mis ojos— Y si en algún momento te surge la oportunidad de independizarte, no la dejes escapar por estar a mi lado. Tú tienes que hacer tu vida y ser feliz y eso es lo que me hará feliz a mí.

Pero yo tenía claro que no iba a dejar a mi padre sin poder trabajar, ni mantenerse solo. Yo haría mi vida, pero él recibiría ayuda por mi parte si la necesitaba llegado el momento.

Por supuesto, no le dije nada en ese entonces, porque no quería que se sintiera mal. Sabía que ya se sentía bastante culpable por haberme limitado en cierta manera a mí también y que eso estaba ayudando a que no se pudiera recuperar del todo.

Así que simplemente me dediqué a asentir y abrazarle.

Cuando abandoné mi memoria pasada, me hice un café y lo tomé tranquilamente viendo la tele.

Instantes después me puse a arreglar la casa en compañía de una buena música alegre y cuando terminé, me metí en la ducha y me arreglé para cuando viniera Kevin a recogerme.

Me puse una camisa de palabra de honor azul, decorada con estampados negros en forma de trivial, unos vaqueros cortos ajustados y unas sandalias de tacón. Para aquella ocasión, me planché el pelo y lo dejé bien liso y suelto, que cayera hasta mi cintura.

Maquillé mis parpados con una sombra azul, pinté una fina línea sobre las pestañas superiores, me hice después la raya de ojos y me puse rímel. Di color a mis mejillas con un leve tono rosado y me pinté con un *gloss* los labios, este tenía una duración de veinticuatro horas.

Para rematar me eché un poquito de perfume de rosas.

Después me miré al espejo y asentí con aprobación; ¡estaba despampanante!

Tras mi ritual de adecentar mi imagen, miré la hora, aún faltaba media más para que se presentara Kevin en mi portal, así que decidí dejarle la nota a mi padre preparada para que supiera a dónde había ido cuando llegase y me puse a ver un poco más la tele. Me quedé viendo la serie *Friends*.

Salía una escena en la que Ross estaba besando a Rachel y me imaginé que éramos Kevin y yo.

¡Qué ganas tenía de que ocurriera!

De pronto, no sé por qué, mi mente sustituyó a Kevin en mi imaginación y apareció Óscar. Yo sacudí mi cabeza para disipar esa imagen, desconcertada.

No sabía por qué había tenido que aparecer esa visión ahí.

Me tomé entonces un momento para pensar en lo sucedido con el socorrista:

El beso que nos habíamos dado había sido tan confuso para él, como para mí.

En sus ojos lo pude ver claramente, tras el encuentro con mis amigas. Tengo que admitir que besaba increíblemente bien.

De hecho, como he mencionado anteriormente, sabía delicioso, pero ese hombre era el típico sinvergüenza mujeriego, además de arrogante y vengativo.

No quería un hombre así en mi vida.

Anhelaba a alguien en quien pudiera confiar y que no me la pegase a la mínima de cambio con alguna por la espalda.

Si algo tenía claro era que Kevin era muy diferente de Óscar.

Ambos habíamos sido los mejores amigos y nos conocíamos a la perfección. En él sí se podía confiar y era todo un hombre.

Además, había estado años enamorada de Kevin y justo lo que estaba pasando era lo que más había deseado en el mundo, ¿no?

¡Pues no se hablase más! Ese era el hombre de mi vida y esta vez no lo iba a dejar escapar.

Ya me había dejado claro que no existía nadie en su vida y que quería que fuese yo la única. ¡No podía sentirme más feliz!

El timbre del portal fue lo que me liberó de mis pensamientos.

Era él, así que cogí mi bolso con mis cosas y salí por la puerta dispuesta a comerme el mundo... y al macizo que me estaba esperando abajo...

—¡Guauuuu! ¡Te has alisado el pelo! —Sonrió, dándome tal repaso de la cabeza a los pies, que no pude evitar ponerme colorada. Menos mal que llevaba el colorete rosado y se notaba poco — ¡Estás increíble, Maica! —Exclamó, besándome después en la mejilla.

—Tú también estás estupendo. —Y era verdad. Su pelo portaba un estilo ocasional, llevaba una camisa de manga corta, azul marino, ajustada a sus anchos hombros, que marcaba a la perfección su musculatura y unos vaqueros claros que le hacían un aspecto elegantemente informal.

Además, completaba el atuendo con unos zapatos negros que combinaban de lujo con su vestimenta.

¡Señooorr, estaba como un queso!

—Gracias. —Su voz y su sonrisa me despertaron de la ensoñación en la que me había

sumergido por las ganas de darle un mordisquito a ese perfecto bocadito que tenía delante— ¿Vamos? —Acompañó sus palabras con un ligero movimiento de cabeza y puso su mano sobre mi espalda.

El olor de su colonia varonil me inundó los sentidos...

«Tranquila Maica, ¡por dios!, tranquila. No vaya a ser que hoy no necesites la ayuda del baboso y seas tú la que lo espante con esa cara de hambre que tienes.»

La verdad era que tenía demasiada hambre, tanta, que seguro mi rostro tendría cierto parecido al de una loba que no se alimentaba desde hacía un mes.

Había estado con un hombre íntimamente solo una vez en mi vida y, si os soy sincera, ya tenía ganas de darle un buen bocado a alguien, demasiadas.

En realidad, siempre estuve esperando que mi primera vez fuese con Kevin, que se diera cuenta de mis sentimientos o que, al menos, yo hubiera tenido el valor de decírselo... O bueno, que él en algún momento me confesara que sentía lo mismo que yo, pero nunca pasó como quería y la única declaración que me hizo era que se iba a Sevilla.

Tras esto, estuve mucho tiempo sin querer saber nada de hombres, pues yo seguía enamorada hasta las trancas y, ya que no había podido ser con él, para mi primera vez quería al menos alguien con el que compartiese una química igual o similar a la que tenía con mi mejor amigo.

Solo un chico lo consiguió, se llamaba Manuel y lo conocí en la facultad. Estuvimos saliendo medio año y le dejé por qué me di cuenta de que no estaba enamorada.

Entré al coche y me abroché el cinturón.

Cuando Kevin se dispuso a arrancar el vehículo, lo miré con mi mejor sonrisa:

—¿Tienes pensado ir a algún sitio? —Pregunté.

—Podríamos ir a comer una hamburguesa y luego al cine a ver una película, como cuando éramos críos. —Contestó animado.

El plan, desde luego, me pareció perfecto.

Y la cita, inmejorable.

Nada veía mejor que volver a revivir las cosas que hacía junto al Kevin ‘*buenorro*’ con un Kevin ‘*macizorro*’.

—¡Me parece una idea maravillosa! —Mi entusiasmo inundaba el interior del coche.

Él me miró con un brillo especial en los ojos y una sonrisa arrebatadora.

—Tú sí que eres maravillosa. —Declaró.

Y nos pusimos en marcha.

Cuando llegamos al *Burger*, la cola estaba a rebosar.

Estuvimos esperando un buen rato, pero mientras tanto, sacamos mi móvil y estuvimos mirando las sesiones del cine.

Cabe decir que soy una gran fan del género de terror, así que me salí con la mía y decidimos ir a ver la tercera de *Annabelle*.

Comenzaba a las cinco, así que teníamos tiempo de sobra.

Cuando por fin nos atendieron, yo pedí el menú *Fondue Burger* con patatas y Coca Cola. Mi acompañante pidió un menú doble *Cheesebacon XXL* con patatas y Fanta de naranja.

Comimos con ganas, hablamos de todo y nos reímos muchísimo, hasta que llegó la parte del incidente ocurrido la tarde anterior.

—Maica, necesito que me digas la verdad... He estado pensando mucho en lo que ocurrió ayer por la tarde y debo saber si en verdad estás saliendo con ese tío. —Me cogió las manos al ver que mis ojos se abrían como platos— No me malinterpretes, no es que no confíe en ti, es que

no quiero problemas.

—Kevin, lo que te dije ayer es cierto. —Dije calmadamente—Yo con Óscar no tengo nada. Él afirma que sí por hacerme la puñeta, pero no hay nada, de verdad.

—¿Por hacerte la puñeta? —Preguntó, extrañado.

—Sí, tenemos un pique por un asunto que ahora no viene a cuento y que preferiría relatarte en otro momento, pero la cosa es... —Agaché un instante la mirada, cogí aire y me armé de valor— Kevin, siempre he estado enamorada de ti, desde que éramos adolescentes. —Confesé— He de admitir que me daba mucha vergüenza hablarte de mis sentimientos, por eso te dejé marchar a Sevilla sin que supieras lo que significabas para mí y lo que significaba no volver a verte.

—¡Maica! —Mi nombre salió de sus labios con un ligero tono de sorpresa.

Estaba claro que no se esperaba tal declaración.

—Nunca he podido olvidarte. —Me sinceré.

Se quedó unos instantes mirándome sin decir nada, luego desvió la mirada para, acto seguido, volver a ponerla sobre mí.

—Yo también sentía lo mismo. —Declaró.

¿¡Qué!?

Era tal la estupefacción, que ni siquiera me salían las palabras de la boca.

Kevin se limitó a asentir con la cabeza y continuar:

—Eras una niña dulce, cariñosa, teníamos tanto en común... era inevitable. Pero yo era un crío y tampoco quería perder tu amistad si te hablaba de mis sentimientos sin tú sentir lo mismo. Si hubiera sabido que estabas enamorada de mí, le hubiera insistido a mi madre para que no nos fuésemos a ningún lado. Al final pensé que era lo mejor para poder olvidar lo que sentía por ti.

—¿Lo conseguiste? —Pregunté rápidamente.

Necesitaba saber su respuesta.

—No.

¡Ayyy, qué casi me da un telele!

Mis sentimientos estaban a flor de piel, mi corazón acelerado y mis hormonas... Desde que me había recogido en casa, estaban más revolucionadas que una ardilla con una nuez.

No supe qué decir en esos momentos.

Mi corazón al darse cuenta de que era correspondido no dejaba de latir a un ritmo desenfrenado.

Con solo decirnos que tenía el pulso más marchoso que mi cuerpo bailando *reggaeton* en la discoteca...

—Pues si no tenías, ni tienes nada con Óscar...—Susurró— Qué lástima que no hubiera podido terminar lo que empecé.

Por primera vez, le sonreí coquetamente y me atreví a mirarlo a los ojos, segura de mí misma y sin ruborizarme.

Ahora que sabía que sentía lo mismo que yo, que era correspondida, la vergüenza se había marchado por la puerta.

¡Por fin podía mostrar mis verdaderos sentimientos y mis verdaderas ganas de estar con él!

—No te preocupes... —Le guiñé el ojo, sin quitar mi pícaro sonrisa— Al final de esta cita, podremos volver a tomarlo desde donde lo empezamos.

Kevin me miró con sensualidad y se mordió el labio con ganas.

—No te prometo que pueda esperar.

Al cabo de un rato nos encontrábamos en el cine.

Habíamos comprado las entradas y estábamos en la cola de las palomitas. Nuestra conversación de ese entonces se limitó a opinar sobre los nachos del cine. Ambos estuvimos de acuerdo en que eran muy caros y tampoco el sabor era para tirar cohetes. Tras un par de minutos, necesitaba ir al servicio, así que dejé a Kevin a cargo de guardar cola y bien enterado de lo que iba a querer tomar por si no llegaba a tiempo. Vací mi vejiga y, antes de salir del baño, mandé un mensaje al grupo de WhatsApp que tenía con las chicas.

No podía esperar ni un segundo más para adelantarles, no solo que la cita estaba yendo fenomenal, sino además que Kevin me correspondía:

Laura: ¡Al fin! Después de tantos años...

Andy: En cuanto se afiance vuestra relación, tenemos que cenar todos juntos. Tus amigas deben darle el visto bueno. (Icono riendo)

Laura: Aunque seguro que va a ser así. ¡Nos alegramos muchísimo por ti, cariño!

Maica: Gracias chicas. (Icono sonrojado) Voy a seguir con mi cita que seguro me estará esperando impaciente por que le ayude con las palomitas. (Icono riendo)

Andy: Pásatelo superbién. Ya nos cuentas, amore. (Icono beso)

Maica: Ok, chicas. Os quiero. (Icono beso)

Laura: No más que nosotras a ti, pasa buena tarde. (Icono beso)

Una vez terminé de hablar con ellas, me lavé las manos y salí de allí increíblemente contenta. Tan solo había ido a orinar y ya echaba de menos estar con Kevin. El día estaba yendo estupendamente, los sueños de una adolescente enamorada se estaban haciendo realidad después de años.

Nada podía estropear ese momento, absolutamente nada... Pero, ¿qué era eso!

¿Qué estaban viendo mis ojos!

Cerca de la cola donde había dejado a Kevin estaba el maldito socorrista junto con una mujer de pelo negro y estaban hablando con él.

Caminé a paso acelerado sin poder creerme todavía lo que veían mis ojos: ¡Eso no me podía estar pasando!

Ese hombre parecía seguirme a todos lados.

Cuando me paré al lado de ellos, Kevin me sonrió, la chica me saludó y el chimpancé que había a su lado se quedó mirándome.

Yo le dirigí la mía con cara de pocos amigos.

—Hola Maica. —Saludó, esbozando su habitual sonrisa, tan engreída como él.

—¿Qué tal?—Pregunté sin humor alguno.

—Vaya, pues hemos venido a ver la misma película. —Comentó Kevin, dejándome con la boca abierta.

Esta vez no le miraba con cara de loba, no, sino con cara de *Leatherface* en La matanza de Texas.

—¿Qué casualidad, eh Maica! —Se mofó el idiota, observándome con diversión.

—Óscar, ya que nos hemos encontrado con tus amigos, podríamos juntarnos para ver la película y luego hacer algo los cuatro.

Pobre chica... No sabía lo que había hecho con esa sugerencia y no la conocía de nada, pero me estaban dando ganas de hacerle tragar la lengua.

—Por mi bien. —¡Maldito fuera ese babuino!— Si a ellos no les importa...

Miré a Kevin con ruego, rezaba en silencio para que dijera que queríamos estar solos.

—Claro, sin problema. —¡Cómo! Si tan solo hacía una hora que le había dicho que el macaco ese de la isla tropical y yo teníamos un pique, ¿¡por qué narices le decía que sí!?— Si

total, ya que vamos a ver la misma...

«¡Lo mato! Primero lo cato, pero después lo mato.» Fue lo que pensé.

—Perfecto, pues voy a ver si aún quedan asientos a vuestro lado. —Sonrió la morena, feliz, mirando nuestras entradas a ver qué asientos teníamos.

La muy bruja se había cargado mi segunda cita con Kevin sin saberlo, y el engreído que estaba a su lado, también.

Pero, por supuesto, él sí que era consciente de ello, porque me sonreía con su habitual mueca triunfal.

—Sí, claro, vale... —Dije, apretando los dientes mientras veía como la chica se marchaba al mostrador de las entradas— Kevin, ¿por qué no nos esperas en la sala mientras Óscar y yo adelantamos faena y cogemos las palomitas y el refresco de él y su cita?

—No hace falta, gracias. Yo no quiero palomitas ni refresco. —Soltó para mi desgracia, adivinando las intenciones que tenía de quedarme a solas con él para decirle un par de cosas.

—A lo mejor tú no, pero deberías de comportarte como el habitual caballero que dices ser y preguntarle a tu pareja si opina lo mismo. —Contesté, apretando una sonrisa y haciéndole un gesto con las cejas en señal de triunfo.

—No creo que quiera nada. —Dijo, tajante.

—Bueno, preguntémosle a ella. —Insistí, ignorando su cara de fastidio. ¡Já! ¡Donde las dan las toman, niño!— ¿Cómo se llama tu amiga?

—Claudia. —Suspiró, rodando los ojos.

—¡Claudia, bonita! —Ella se giró en mi dirección— ¿Te apetecen palomitas o algo?

—Sí, claro, una Coca cola de tamaño mediano estaría bien. —Sonrió.

Me giré y fijé mi vista burlona sobre el socorrista, que me observaba con cara de pocos amigos tras haberme salido con la mía.

Así aprendería ese gusano que si uno juega con fuego se puede acabar quemando.

—Entonces os veo en la sala... —Dijo Kevin, dándome un beso en la mejilla y caminando hacia allí con nuestras palomitas y bebidas.

Una vez se alejó, Óscar y yo nos pusimos a la cola.

Me fijé en que a Claudia le quedaban cinco personas por delante hasta que la atendieran. Ese era mi momento para hablar con ese descarado rastrero que pretendía fastidiarme con su presencia, día sí, día también.

—¿Qué pretendes? —Le pregunté.

—¿Eh? —Él me miró como si no entendiera.

—No te hagas el tonto. Es la segunda vez que intentas estropearme la cita.

—Espeté con expresión seria.

—Para empezar, no he sido yo quien ha propuesto lo de la cita doble. —Volvió a clavar su mirada al frente.

—No, pero has accedido. —El nudo de mi garganta debía de estar haciendo evidente la molestia en mi voz.

—Te recuerdo que tu novio tampoco se ha negado. —Dijo con un encogimiento de hombros— ¿Por qué no te vas a echarle la charla a él? ¿O es que temes que vea lo amargada que estás y se vaya?

—Lo único que temo es tener que compartir mi segunda cita con el mujeriego y su pieza de colección de conquistas. —Susurré lo suficientemente alto como para que me escuchara.

Óscar se giró hacia mí, alzando una ceja.

—Tranquila, que no voy a mencionar el incidente de anoche.

Al escuchar eso, se me subió el rubor hasta las orejas.

¿Por qué tenía que recordármelo?

—Si no lo mencionas es porque sabes que no te conviene, porque está tu cita y no quieres que sepa que eres un baboso que una noche se morrea con una y al día siguiente se va de cita con otra. —La vergüenza manifestada en el color rojo de mi rostro no pasó desapercibida para Óscar.

—Si no me equivoco, tú también estás en una cita con otro hombre después de haberme metido la lengua hasta la campanilla y no te llamo babosa devoradora de hombres. —¡Maldito fuera! La mano ya me estaba volviendo a picar de las ganas que tenía de darle el bofetón que no había podido asestarle en la piscina. Al ver mi cara de enfado y mi mutismo, añadió—: Lo que me suponía, cuando se trata de ti, no haces nada malo. En cambio, te dedicas a señalar los actos de los demás a viva voz. No sé por qué, pero siempre que se trata de tu persona, hay un juicio de por medio.

—Te sugiero que cojas a tu acompañante y os sentéis en otra fila, a ser posible lejos de Kevin y de mí, porque me están dando ganas de abofetearte. —Confesé, irritada.

Entonces todo pasó muy rápido.

Sin previo aviso me vi con la muñeca firmemente agarrada por la mano del socorrista y la cintura envuelta por su otro brazo, apretándome contra él, recordándome la noche anterior.

Esta vez intenté apartarlo, pero no me dejó, mis fuerzas comparadas con las suyas eran las de un mosquito contra un mendrugo de pan.

Mi respiración, en ese momento, se tornó acelerada y el traidor de mi cuerpo emitió una electricidad excitante por todo mi ser.

Seguro que era por repulsión.

Yo no quería que ese hombre volviera a besarme, yo quería eso con Kevin y con nadie más.

—Suéltame. —Siseé, desafiándolo con la mirada y soltando varios suspiros que evidenciaban la aceleración de mi pecho al respirar— Suéltame o grito.

—Amenacé.

Su mirada del color de las avellanas, estaba fija en mis ojos claros.

Era penetrante y seria a la vez.

—Si intentas gritar, te besaré. —Advirtió, dejándome sin aliento— Si intentas abofetearme, te besaré. —Acercó más su rostro al mío y clavó sus ojos, por un instante, en mis labios, antes de volver a mirarme con un brillo intenso en el color de estos— Y si no dejas de insultarme, besaré tan apasionadamente esa boca que, cuando acabe, no te quedara más remedio que quedarte calladita.

Otro escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies y viceversa.

Sin poder evitarlo, fijé mi mirada también en sus labios y sentí los míos arder.

Me maldije en silencio porque fuera posible que deseara que aquel bribón con alma de diablo conquistador, me volviera a besar.

Aquello no me podía estar pasando. Pero, si mis palabras reflejaban desprecio, ¿cómo es que quería que su boca invadiera la mía y volver a saborear la exquisitez de su lengua? Madre mía, ¡era de locos!. Aquella escena a lo libro romántico me estaba poniendo a mil.

Sí, sí, como estáis leyendo, a mil sin exagerar.

Quizá tenía que dejar de leer tanta novela de amor y centrarme más en otro tipo de lectura, porque me estaba afectando hasta tal punto que quería los besos de aquel sinvergüenza. Me solté y fijé la vista en el suelo. Ahí sí que me había dejado sin palabras.

En esos momentos hasta había olvidado por qué me peleaba con él.

Cuando lo miré, seguía con la vista fija en el mostrador de las palomitas y en las dos

personas que iban delante.

Por un momento me pregunté cómo nos estaría mirando la gente que iba detrás de nosotros, después de haber presenciado esa escena.

Con pudor, giré la cabeza poco a poco, pero me relajé cuando vi que no había nadie más guardando cola. Nosotros éramos los últimos.

Cuando me volví de nuevo, ya sentía mi respiración más calmada y vi como Claudia se acercaba con las entradas en la mano y una sonrisa en su rostro. Parecía una chica encantadora, además de ser muy hermosa, con su pelo negro hasta la cintura y liso, con un perfecto flequillo en la frente.

Sus ojos marrones no eran muy llamativos, pero poseía un rostro bello, de facciones perfectas, y el vestido de tirantes rojo de escote triangular, quedaba muy bien puesto sobre sus delgadas curvas.

De hecho, me recordaba un poco a las chicas con las que hablaba el socorrista cuando me quejé de su falta de profesionalidad.

—¡Qué os parece! —Exclamó contenta. Ya no me parecía tan bruja— Está casi toda la sala llena, pero justo había cuatro sitios libres al lado de vosotros. Por cierto, Maica, encantada de conocerte que antes no he tenido ocasión de presentarme como era debido. —Se acercó a mí y me dio dos besos.

—Igualmente. —Dije, sintiendo pena por el sinvergüenza que tenía como cita, el mismo que hacía tan solo dos minutos amenazaba con besarme sin respetar que estaba con ella— Ya que has llegado, os espero dentro y así os dejo a solas.

—Claudia me miró con extrañeza.

Yo miré a Óscar, que seguía con la mirada al frente, recto como una estatua.

Acto seguido, me encaminé a la sala para estar con quién debía, junto a Kevin.

Más tarde salíamos del cine, entusiasmados con la película.

Nos había gustado muchísimo y no nos esperábamos que, al ser la tercera parte, siguiera estando bastante bien.

—Yo cuando salga en *Blue-Ray* me la compro —Dijo Claudia, alegremente.

—Pues nosotros no vamos a ser menos, ¿eh, Maica? —Kevin sonrió, rodeándome con su brazo los hombros.

Yo asentí alegremente, mientras abrazaba su cintura.

Ahí estaba, el mejor amigo que yo recordaba, demostrando que me conocía mejor que nadie en el mundo, demostrando ser perfecto para mí.

Desvié la vista un momento y vi que Óscar me miraba fijamente.

La aparté lo más rápido que pude e intenté sacar otro tema de conversación.

—¿Qué os apetece hacer ahora?

—Yo iría a los recreativos. —Dijo el socorrista, mientras se estiraba y bostezaba levemente.

—¡Perfecto, así me consigues un peluche! —Exclamó Claudia con ganas.

—Consíguelo tú misma. —Espetó él, tajante, mientras caminaba hacia delante, dejándome con la boca abierta.

¿¡Cómo podía tratar a su cita así!?

—¡Bah! ¡Siempre estás igual, no hay quien te pida nada! —Exclamó ella, dejándome aún más sorprendida. ¿Es que acaso ya eran pareja y estaban mal el uno con el otro?— Consíguemelo tú Maica, anda... — Me miró con una carita tan tierna, que fui incapaz de decirle que no.

Además, me sentía en deuda con ella si me había comido los morros con su novio, aunque

no supiera de su existencia hasta el momento.

«Así que el socorrista es más cabrón de lo que pensaba.» Me dije bastante molesta, pues si le había hecho eso a su novia, significaba que era más que un impresentable.

Me solté de Kevin y fui a contestar, cuando Óscar se puso a mi lado interrumpiendo mis palabras.

—Claudia, deja de marear con el peluche y por una vez en tu vida intenta ganarte las cosas por ti misma.

Mi cara de desconcierto debía de ser un panorama.

Encima, ¡canalla! ¿Cómo se atrevía a humillarla así delante de nosotros?

Si ya me había provocado desagrado en el pasado, en ese momento estaba dando una muy mala imagen.

Estudí la reacción de Kevin, quien también me miraba con el mismo desconcierto.

Fijé mi mirada en Óscar y me puse delante de ella, diciendo con una irritación evidente en la voz:

—Deja que sea yo la que decida si me está mareando o no.

—¡Así se habla, Maica! —Se rio Claudia, corriendo hacia mí y rodeando mi brazo con el suyo.

—Tranquilos, no la tengamos hoy. Hemos venido a pasarlo bien. Así que, Óscar... ¿Qué te parece si vamos a jugar a los bolos, mientras ellas consiguen el peluche? —Propuso Kevin, intentando calmar el ambiente.

Él lo miró y luego a nosotras dos.

—Bien. —Dijo, sin más.

Ellos se adelantaron y nosotras dos fuimos con paso tranquilo hacia los recreativos.

—¿Cómo permites que te hable de esa manera? —Pregunté, molesta.

—Tiene sus razones, créeme.

Yo no daba crédito a lo que oía...

¿Acaso era de las típicas mujeres que justificaban todo lo que hacía el hombre? Vale que, desde el principio, Óscar no me había transmitido buenas vibras, que había pensado de él de todo, pero que tratara así a las mujeres no me lo habría imaginado nunca.

A simple vista no parecía tampoco de esos.

Aunque, pensándolo bien, mi abuela materna, que en paz descansara, siempre me dijo que no es oro todo lo que reluce.

—Ninguna razón justifica que te hable de esa forma, que te trate con tan poco respeto. —No cabía en mí de indignación, y menos cuando la había avergonzado delante de la gente.

—Bueno, yo tampoco lo he tratado con mucho respeto alguna que otra vez.

—Soltó una carcajada.

Mis ojos se abrieron como platos.

No solo lo excusaba, sino que, además, ¡le hacía gracia!

¿Acaso estaban los dos como cabras?

Lo mismo eran una de esas parejas desequilibradas que se insultan entre ellos y luego pasan de todo.

Claudia, al ver mi expresión desconcertada, sonrió:

—Es normal entre hermanos, ¿no?

Espera, ¿¡QUÉ!?! ¿Había escuchado bien? ¿Eran hermanos? ¿¡Y por qué narices ese imbécil me había dejado creer que no!?

—¿Qué ocurre? —Preguntó, extrañada.

—Pensé que tú y Óscar erais...

—¡Qué va! Pensaba que ya lo sabías, como dijo que erais amigos suyos...

—Sí, bueno, nos conocemos desde hace poco. —Desvié la mirada hacia unos niños que correteaban en la entrada de los recreativos.

—Ya, de la piscina. —Manifestó para mi sorpresa. Al ver mi expresión, sonrió con picardía... Vaya, ¡desde luego sí que eran hermanos!. La sonrisa era igual a la de él cuando me hacía la puñeta— Me contó que le denunciaste por hablar con nuestras primas.

Guardé silencio.

¡Maldición! ¡Así que era verdad que eran sus primas!

—Bueno, no te culpo. —Dijo sonriente— Si yo hubiera estado en tu lugar, habría hecho lo mismo. No da buena imagen que un socorrista que debe velar por la seguridad de los bañistas, se quede hablando con dos mujeres.

—Yo... lo siento... —No sabía ni qué decir.

—Eh, tranquila. —Se carcajeó, mientras metía una moneda en la máquina de los peluches y me dejaba espacio a mí para que le consiguiera el *Minion* que me señaló—: Me ha contado vuestras trifulcas, no puedo parar de reírme, son muy cómicas. Además, me alegro de haberlo obligado a venir conmigo en su día libre, así he tenido la oportunidad de conocerlos.

Sonreí y tragué saliva con dificultad.

Si le había contado nuestras peleas... ¿Le habría dicho lo que ocurrió la noche anterior? ¡Ay, no! Mi cara se puso como un pimiento con solo imaginar que su hermana sabía que ambos no nos habíamos metido la lengua más en la boca, porque no llegábamos, que si no nos habríamos atragantado.

—Se te va a acabar el tiempo como no muevas el gancho. —Señaló, devolviéndome a la realidad.

Observé bien al *Minion* y traté de concentrarme en conseguirlo.

Moví la palanca y llevé el gancho hasta donde estaba el peluche.

Me aseguré bien de que estuviera centrado. Primero apunté con el ojo derecho, luego con el izquierdo, después con ambos y, cuando estuve segura, le di al botón.

¡Bingo! El gancho agarró el peluche e iba a la ranura para echarlo y entregarnos nuestro premio.

Claudia dio saltitos, contenta:

—¡Gracias Maica, gracias! ¡Eres la mejor! —Exclamó, feliz, y se abrazó a mí.

Yo sonreí y le devolví el abrazo, sentía que habíamos hecho muy buenas migas y parecía mentira...

Salvo en la sonrisa pícara, nadie diría que eran hermanos, sobre todo porque ella era encantadora y él... Bueno, él intentaba a veces ser encantador sin demasiado éxito, la verdad.

Siempre acababa soltando alguna frase estúpida que conseguía sacarme de mis casillas.

Tras conseguirme a mí un peluche de perrito, fuimos a jugar al *Air Hockey* de mesa. Yo perdí alguna partida contra Claudia porque estaba pendiente de mirar, a través del cristal, a aquellos dos, y asegurarme de que Óscar no me hiciese alguna jugarreta.

En algún momento le contaría a Kevin como nos habíamos conocido Óscar y yo, pero no quería que el tramposo ese se me adelantara.

Pasamos la tarde en los recreativos hasta las siete. Cuando ellos salieron de jugar a los bolos, nos echamos un billar, hicimos unas canastas, pegamos unos tiros al videojuego de los zombis, echamos unas carreras en el juego de los coches y volvimos a la bolera los cuatro juntos.

Nos reímos bastante y yo comencé a sentirme más cómoda, excepto en las ocasiones en que

pillaba a Óscar mirándome fijamente.

Me ponía nerviosa, no sabía a qué venía mirarme de esa forma y me daba miedo que estuviera tramando alguna canallada en mi contra.

A eso de las siete nos fuimos a tomar unos helados y, cuando dieron las nueve de la noche, nos volvimos de camino a casa.

Óscar y Claudia habían venido andando, así que Kevin se ofreció a llevarlos hasta mi casa donde, como vivían dos edificios más hacia abajo, estarían más cerca de llegar.

Una vez llegamos al portal de mi finca, bajamos del coche y Kevin me sonrió con ternura:

—Espero que esto solo sea el principio de muchos momentos que quiero pasar a tu lado.

Mis ojos lo miraron con un brillo especial por la ternura con que me había dicho esas palabras. Me cogió de las manos y se dirigió a Óscar y a Claudia.

—¿Veis a esta chica? Pues observarla bien, porque para mí es la mujer más maravillosa del mundo. Siempre fue una chica increíble, lo sigue siendo y siempre lo será.

Tuve que agachar la mirada, me estaba emocionando con las palabras de Kevin y no quería llorar delante del socorrista, quien seguro que luego lo utilizaría para burlarse de mí y provocar otro de nuestros famosos enfrentamientos.

—Pues no la dejes escapar. —Dijo Claudia con una sonrisa de oreja a oreja— Yo la acabo de conocer hoy, pero es cierto que es una chica increíble. ¿Verdad Óscar? —Dio un codazo leve a su hermano.

—Sí, claro. —Contestó el susodicho, muy serio.

—Encantado de haberos conocido. —Sonrió, Kevin.

Entonces todo pasó muy rápido...

Mi mejor amigo me giró contra él y me besó, por fin, en los labios.

Mi corazón latía desbocado en mi pecho, pero lejos de poder disfrutar de ese instante en el que el hombre de mis sueños me estaba besando como siempre había deseado que lo hiciera, solo pude abrir los ojos y fijar mi mirada en Óscar, quien tenía la suya clavada en el suelo y una vena sobresalía de su cuello. Después pasé mis ojos a su hermana, que parecía haberse dado cuenta de algo en referencia a su hermano y luego pasó a mirarnos a nosotros, parpadeando con aparente confusión.

Aunque fuera lo que fuera, parece que lo descartó de inmediato.

Antes de que me viera mirándolos, cerré los ojos y me dejé llevar por aquel beso. Cuando Kevin se separó, me miró con una sonrisa de oreja a oreja y se despidió.

—¡Adiós, chicos! ¡Un placer! Maica, te llamo más tarde. —Dijo, metiéndose en el coche y se fue.

Una vez nos quedamos a solas, Claudia y yo nos dimos los números de teléfono para volver a quedar.

Yo volví a estudiar a Óscar, tenía un semblante de enfado y no decía absolutamente nada.

Su hermana se despidió de mí, dándome dos besos e instó a su hermano a que se despidiera, que necesitaba ir al lavabo.

—Adiós, Maica. —Formuló sin ánimo alguno.

—¡Espera, Óscar! —Exclamé rápidamente, antes de que se fueran— ¿Podemos hablar un segundo?

—Mejor mañana. —Contestó con sequedad.

Su hermana lo miró con cara de pocos amigos.

—¡Qué mosca te ha picado! Igual es importante lo que quiere decirte, pedazo de bruto. —Le dio un leve codazo y negó con la cabeza con aire reprobador. Luego anunció—: Pues os voy a

dejar solos, chicos. Yo ya no me aguanto más. ¡Chao Maica!.—Miró a su hermano— Hasta ahora cabezota.

Dicho esto, se marchó a toda prisa.

—¿Qué pasa? —Preguntó Óscar, sin mirarme.

—Yo... quería pedirte perdón por haberte acusado. Me ha dicho Claudia que eran primas vuestras y, bueno, lo siento...

De golpe, me miró, pero tenía una ceja enarcada.

—Me pides disculpas cuando te dice mi hermana que eran mis primas, pero, en cambio, a mí no me crees... ¡Tú tienes un problema con los hombres o qué sé yo!

—Oye... —Dije, calmadamente— Que tu comportamiento no fue para tirar cohetes tampoco. Viniste a ofenderme con tus palabras, de modo que no te sientas molesto si no te consideré una persona de la que me podía fiar. Qué, por cierto, —añadí— podías haberme dicho desde el principio que Claudia era tu hermana, ¿no? ¿Para qué dejarme creer que era una de tus conquistas?

Se cruzó de brazos y me miró fijamente, entrecerrando levemente los ojos.

—¿Para qué aclararte algo que no te importa? A fin de cuentas, a ti ni te va, ni te viene quién sea ella. —Ya empezaba a ser borde— Y de todas formas ibas a seguir pensando y diciendo que yo soy el mujeriego, aunque fueras tú la que estaba con su macizo, alias el “hombre perfecto”. —Escupió, haciendo el signo de las comillas con los dedos al final.

Su tono no me gustó nada.

Y que mencionara a Kevin con lo amable que había sido con ellos de esa forma, me estaba crispando los nervios.

—¿Se puede saber por qué hablas en ese tono de Kevin? Creo que se ha portado muy bien contigo como para que hables así de él. —Espeté, molesta— Mira, mejor vete a casa porque no quiero discutir, estoy de muy buen humor como para permitir que me destroces el día. —Suspiré — Ya te he pedido perdón por el incidente, me perdones o no, eso ya depende de ti. Que pases buena noche.

—Caminé hasta mi portal e introduje la llave en la ranura de la puerta, abrí y entré. Al no escucharla cerrarse tras de mí, hice el amago de darme la vuelta, pero antes de que me volteara del todo, alguien por detrás, agarrándome de los hombros, lo hizo más rápidamente por mí.

Al tomar conciencia de lo que pasaba, me encontré con el rostro de Óscar.

Mis ojos se clavaron en los suyos con confusión.

—Me debes otra disculpa por insultarme y llamarme mujeriego...

—¿Perdón? ¿Y todas las disculpas que me debes tú a mí, qué? Yo ya me he disculpado por una falta. Cuando empieces tú a pedirme perdón por las tuyas, entonces igual me disculpo por lo de mujeriego. —Se notó el desafío en mi voz, pero no deseaba quedarme para ver como continuaba la cosa.

Intenté apartarme de él, pero no lo permitió.

—Me debes una disculpa por insultarme solo por celos...

Lo juro, yo estaba flipando.

—¿¡Celosa, yo!? —Exclamé, empujándolo, pero siguió sin dejar que lo apartara.

—Sí tú, admite que estabas celosa de la posibilidad de que mi hermana fuera una cita. —Su mirada estaba fijamente seria sobre mí.

—¿A qué demonios estás jugando? Acabas de ver como he besado a ese chico del que he estado enamorada toda mi vida, ¿y te crees esa absurda idea de que estaba celosa? De verdad, no sé ni para qué tengo conciencia y me disculpo contigo. —Me zafé de él y comencé a subir las

escaleras.

—Te recuerdo que también me besaste a mí anoche, Maica. En ningún momento dijiste que no. —Interrumpió mis pasos— No confiaría yo mucho en tu manera de amar si vas dejando que otros te besen.

—¡Todo esto a qué viene! —Grité, enfadada— ¿¡A que no te subo el ego diciéndote lo que quieres oír!? Pues perdona, pero no voy a admitir algo que no siento. —Clavé mis ojos furiosos en él. No entendía a qué venía su comportamiento, le pedía disculpas y me hablaba de esa forma — Igual el que está celoso, eres tú. —Subí las escaleras hasta el rellano de los buzones.

Rápidamente el socorrista se puso delante.

—¿Celoso de qué...? Dilo. —Me retó— Vamos, no te quedes callada, ahora dilo.

—De que me haya besado otro. —Escupí.

Caminó hasta mí, arrinconándome contra la pared, mientras se colocaba muy cerca de mi cuerpo y su colonia inundaba mis fosas nasales.

Las piernas me temblaron en ese momento como si se trataran de gelatina.

—¿Sabes? Creo que al final vas a ser tú la engreída. Para que te enteres, rubita, si te besé fue para que de una vez te callaras y demostrarte que lo único que siempre has querido, desde el principio, era mi atención. ¿Consideras que estoy celoso de él? Ni en tus mejores sueños de niña pija, consentida y engreída conseguirás eso. —Bueno... ¡Como me picaba la mano!— Ya te lo dije en la discoteca y lo mantengo: eres la típica de usar y tirar, y en cuanto tu Kevin se dé cuenta te mandara a freír espárragos.

Esta vez mi mano sí se estrelló contra su mejilla con todas mis fuerzas.

—¡Imbécil!

Él se giró bruscamente y... me besó.

Yo lo aparte y volví a abofetearlo.

—¡No vuelvas a hacer...!

El reclamo murió en mi garganta, pues volvió a besarme otra vez, apretando sus labios contra los míos y hundiendo su lengua en mi boca.

Rodeó mi cintura y me apretó contra su cuerpo.

Yo traté de escabullirme, de verdad que sí, estaba fuera de mí por haberme ofendido de la forma en que lo había hecho, pero el muy cretino no me soltaba. Di golpes en su pecho como último recurso, pero su boca sabía increíblemente bien y acabé rindiéndome a la pasión con la que estaba bebiendo de mí.

Nuestras respiraciones estaban aceleradas y mis manos pasaron a rodear su cuello.

Un gruñido triunfal escapó de su garganta y me apretó más contra él, haciendo que yo también emitiera un jadeo, mientras acababa rindiéndome sin saber por qué y volvíamos a unir nuestras lenguas.

El traidor de mi cuerpo se electrizaba de pies a cabeza.

A cabo de unos segundos, separó su cara de la mía por un momento y me miró fijamente.

Yo se la devolví, estupefacta, y con los labios rojos por sus besos.

—¿Celoso de qué...? —Repitió con voz acelerada y suave— ¿De qué otro saboreé estos labios?, ¿de que pueda tocar lo que yo me muero de ganas por tocar? Dime, Maica... ¿De qué?

—E-estás celoso... —Fue todo lo que pude añadir.

—Como nunca lo he estado. —Admitió— Y ni siquiera sé por qué, pero he sentido que perdía la cabeza cuando te ha besado.

¡Dios mío! ¿¡Todo eso me estaba pasando a mí!?

Tenía que estar soñando, esa situación parecía sacada de una película de romance.

Eso pasaba en la ficción, ¿no?

Sí, igual estaba soñando, pero, ¡qué sueño! No quería despertar.

Creí que me iba a besar otra vez, pero rompió el hechizo, apartándose de mí.

Yo me quedé perpleja, mirando como bajaba las escaleras sin decir nada y se marchaba por la puerta.

Me quedé ahí plantada durante un buen rato, asimilando que eso había pasado en verdad, saboreando todavía la intensidad de su beso.

No fue hasta que me recuperé del *shock*, con un millón de preguntas en mi cabeza, que subí a casa.



6. FUEGO EN LAS VENAS

A la mañana siguiente me levanté temprano, arreglé mi habitación y me tomé el café con mi padre. La noche anterior habíamos tenido una conversación de lo más curiosa mientras cenábamos verduras salteadas con tacos de jamón.

Él me había preguntado qué tal la cita y, esta vez, le dije lo que había ocurrido. Bueno, más o menos, porque no me atreví a contarle nada del socorrista.

Así que le dije que Kevin me correspondía, que siempre lo había hecho y que, en esa ocasión, sí me había besado.

Mi padre brindó conmigo por eso muy alegremente y me felicitó sin saber que después el socorrista, (alias, la avispa) esta vez sí me había picado.

Tras esto, le comenté que por la mañana me iría de compras con las chicas y que luego quería ir con él al museo que llevaba tiempo queriendo visitar, el *Insectpark* de San Lorenzo del Escorial, que estaba a quince minutos en coche. Por supuesto, aceptó mi oferta con entusiasmo.

Cenamos tranquilos mientras él también compartía conmigo lo que había hecho en la barbacoa de ese día, vimos una película juntos y nos fuimos a la cama.

A la mañana siguiente, decidí vestirme un poco más casual para ir de compras con las chicas.

Me puse una camiseta de manga corta gris con el dibujo de Simba y Nala del Rey león en la parte frontal, que hacía tan solo el año pasado me había comprado en *Primark*. La combiné con unos vaqueros cortos oscuros y unas sandalias de dedo blancas. Recogí mi pelo en una coleta alta y me puse colorete marrón claro en los pómulos y rímel en las pestañas.

Cogí mi bolso con mis cosas y me despedí de mi padre, dándole un afectuoso abrazo y un beso.

Me llevé el coche y, esta vez, fui yo a recoger a mis amigas a casa de Andrea.

Nos pusimos en marcha por la carretera en dirección al Tenezis de Madrid. Cuando queríamos comprar algo de ropa, nos gustaba salir a la capital a las grandes tiendas.

Tampoco estábamos tan lejos, solo a media hora en coche.

Nuestra localidad estaba ubicada al Noroeste de la capital del país, en la vertiente sur de la Sierra de Guadarrama. A mí me encantaba vivir allí, era un lugar muy tranquilo y pacífico donde casi nunca ocurrían desgracias.

Estábamos rodeados de montañas, excepto por la zona del sur.

Contaba con un casco antiguo muy bonito y la Plaza Cuatro Caños, donde vivía Laura, estaba ubicada en el interior de ese casco antiguo.

En realidad, vivíamos unas calles muy cerca las unas de las otras.

La mía era la Calle Fuente del Álamo y Andrea vivía en la Calle San Blas, ubicadas a tan solo cuatro minutos de la Plaza de Laura.

Teníamos cerca el hermoso Parque de Peñalba, y el *Decathlon* en el que trabajábamos tampoco estaba lejos.

Desde luego Collado Villalba era un lugar de urbanizaciones, pisos y casas muy hermoso, donde la vida se hacía más fácil y menos estresante.

Y ya me callo, porque parezco un anuncio de inmobiliarias.

La carretera no tenía casi tráfico, así que el viaje se hacía bastante cómodo.

Laura puso música y nos pasamos parte del viaje cantando a viva voz en el coche, hasta que casi llegábamos a la capital, entonces esta misma quitó la música.

Tanto Andrea, desde la parte de atrás, como ella, me miraron con cara de pillas.

—¿Qué pasa? —Pregunté, mirándolas de reojo, extrañada y volviendo a posar mis ojos en la carretera.

—Creo que nos tienes que contar algo... —Canturreó Andrea.

—Sí, sí picarona. —Animó Laura —Algo relacionado con una cita que tuviste ayer y una declaración.

Mi sonrisa se tornó radiante al recordar a Kevin.

—Bueno, digamos que me dijo que siempre había sentido lo mismo que yo, pero que tampoco se había atrevido a confesármelo y que, si lo hubiera sabido, nunca habría dejado que su madre se trasladara con ellos a Sevilla. —Me mordí el labio inferior, contenta, y las tres a la vez nos pusimos de acuerdo para soltar un fuerte alarido en el coche de emoción.

—¿Y qué hizo...? —Preguntó Laura con interés.

—¿Te besó? —Terminó Andrea, mientras se echaban las dos hacia adelante a la espera de una respuesta afirmativa.

Asentí con la cabeza y las dos volvieron a soltar un alarido de júbilo.

—¡Por fin! —Exclamó Andy, entusiasmada.

—¿Cuándo es la boda? —Se precipitó Laura.

Yo solté varias carcajadas.

—Parecéis vosotras más emocionadas que yo. —Dije.

—Como para no estarlo, ya iba siendo hora, nena. —Opinó Andrea.

—Y bueno, cuéntanos... ¿Qué sentiste cuando ocurrió lo que por fin tanto habías anhelado? —Quiso saber Laura.

Entonces me quedé un momento en silencio, recordando la escena.

Me acordé de cuando mantuve los ojos abiertos, sin poder apartar la mirada del socorrista, quien había manifestado sus celos minutos después, dándome un beso al que sí me había entregado.

—¿Y bien? —Insistió mi amiga al ver que no le contestaba.

En un principio no supe si contarles absolutamente todo, más después de cómo habían actuado con lo que habían visto en la piscina. Me sentía insegura.

Pero, pensándolo bien, no podía guardarme algo así y no compartirlo con nadie y ellas eran como mis hermanas, así que opté por decirles la verdad.

—Veréis, me besó, pero no estábamos solos...

—¿Cómo que no estabais solos? ¿A qué te refieres? —Andrea me observó atentamente sin entender y Laura hizo más de lo mismo.

—Óscar estaba allí y...

—¡Otra vez! —Exclamó Laura, impresionada.

—¡Pero bueno!, ¿ese tío siempre sabe cuándo quedas con Kevin o qué? —Bufó Andrea.

—No, no es lo que creéis... —Me apresuré a decir— Esta vez nos lo encontramos cuando fuimos al cine, iba con una chica morena.

—¡Ajá! Así que sí se trataba de un mujeriego. —Comentó Laura, arqueando una ceja.

—Tampoco. —Contesté— Era su hermana y ella me contó que las chicas por las que lo acusé, eran sus primas.

—¡Hostias! —Exclamó Andrea, abriendo los ojos como platos.

—Madree... —Susurró Laura, tapándose la boca con la mano.

Yo las volví a mirar de reajo y asentí con la cabeza, sabiendo lo que estaban pensando.

—Sí, chicas, desde luego la cagué.

—La cagamos, nena, porque nosotras también nos hicimos partícipes en los comentarios. —Declaró Andrea, corrigiéndome.

—Bien, pues como os decía, nos los encontramos a él y a su hermana. A la chica se le ocurrió la idea de que compartiéramos los cuatro una estupenda tarde y Kevin no dijo que no. —Conté, mientras sentía cuatro ojos clavados en mí muy atentos— Después de pasar la tarde, Kevin me llevó a casa en coche y ya de paso los acercaba a ellos a la suya, porque Óscar y su hermana viven un par de edificios más calle abajo, y como habían ido andando... —Me tomé un momento para respirar y tragar saliva— Cuando bajamos del coche, Kevin me besó delante de ellos, no sin antes exponer lo mucho que me adoraba. —Escuché como ambas suspiraban con ternura al escuchar esto último— Cuando se fue, yo quise hablar con Óscar para pedirle disculpas, obviamente por haberle acusado y no haber creído que eran sus primas de verdad y, no sé muy bien cómo pudo pasar todo, pero acabamos discutiendo y le abofeteé...

—¡Maica! —Laura se quedó con la boca abierta.

—¡Esa es mi niña! —Clamó Andrea con el puño alzado en señal de victoria.

—Me besó. —Terminé de contar.

Laura no abrió más la boca porque no podía y Andrea casi se atraganta con su propia saliva. Yo sentí como mi rubor subía por las mejillas y mis venas ardían, recordando los besos de aquel sinvergüenza que me había confesado, con la boca bien abierta, el porte firme y la mirada clara, que no podía estar más celoso de haber visto como otro hombre lo hacía antes que él.

—Dijo claramente que estaba celoso. —Acabé de contar, mientras me paraba en un semáforo.

Cuando intenté estudiar sus rostros, ambas se miraban alucinadas la una a la otra. Al cabo de unos segundos, una sonrisa asomó a la vez en las bocas abiertas de las dos y emitieron un chillido de júbilo que casi me dejan sorda.

—¡Qué fuerte! —Exclamó Laura, volviendo a colocarse la mano sobre sus labios, sin cerrar del todo la mueca de asombro de estos y mirándome con una chispa brillante en los ojos.

—¡Yo alucino! —Andrea se echó a reír, mientras posaba también la mano sobre su frente.

—¿Cuál fue el beso que más te gustó de los dos? —Preguntaron al unísono momentos después, dejándome esta vez impresionada a mí.

—Chicas, el beso de Kevin no lo pude sentir demasiado porque estaba Óscar delante y no se me olvidaba que la noche anterior... bueno, ya sabéis...

—Recordé, mientras volvía a ponerme en marcha y me introducía en un *parking* al lado del *Tenezis*.

—Sí, lo de los vestuarios... —Comentó Andrea, alzando y bajando las cejas en un gesto coqueto que nos hizo reír a las tres.

Aparqué una vez divisé un hueco libre y las tres salimos del coche.

—¿Entonces te gustó más besar al soco? —Preguntó Laura.

—Sí. —Dije sin pensar —No. No sé. —Rectifiqué al ser consciente de lo que estaba diciendo— Nunca me había pasado una cosa así y ni siquiera me pude centrar en el beso con Kevin... —Aclaré, mientras salíamos del *parking* y entrábamos en el *Tenezis*.

—Ya, pero porque estaba Óscar. —Manifestó Laura, mientras se detenía a mirar unos bikinis azules.

—¿Qué estás insinuando con eso? —Pregunté rápidamente a viva voz.

—Es evidente, tía —Expresó ella sin mirarme, estaba atenta a las prendas— Si hubieras sentido tanto por Kevin, te habría dado igual que Óscar estuviera allí y no le consentirías todos esos besos.

Cuando se apartó de los bikinis y vio mi cara desenchajada, me cogió de las manos.

—A ver, no quiero que haya malentendidos, es solo que parece tener más química con el soco y eso hace que tu química con Kevin... bueno, quede un poco por debajo. —Explicó.

En ese momento, Andrea pasó por al lado de Laura y le dio varios codazos leves en el brazo, mientras sonreía y repetía el gesto del coche de subir y bajar las cejas con coquetería.

—¿Te lo dije o no te lo dije? —Escupió en tono guasón.

—¡Andy! —Me quejé, mirándola con cara de pocos amigos.

Ella sacó la lengua, bromeando, mientras se reía para sus adentros y se encogía de hombros.

—¿Qué tiene de malo, tía? —Me preguntó en ese momento Laura, sin soltarme las manos— ¿Qué hay de malo en que tengas química con los dos, pero más con uno de ellos?

Solté un sonoro suspiro.

—Pues que estas cosas nunca me han pasado, ¿entiendes? —Me solté de Laura y me rasqué la cabeza con confusión— Yo no pienso que tenga más química con Óscar, si él me hubiera besado delante de Kevin, estoy segura de que también me habría sentido incómoda y miraría a Kevin de la misma forma que miré a Óscar.

—Bueno... —Comenzó a decir Andy, mientras me daba un trikini como el de Laura, pero de color rojo borgoña— Entonces solo te queda una opción... besar a Kevin sin que Óscar esté delante y a ver si es igual de intenso.

Estudié el bañador un momento, pensando en la posibilidad que me estaba dejando caer mi amiga.

Quizá no era tan mala idea ver cómo me sentía al besar a Kevin a solas.

A las once ya estábamos de vuelta a Collado Villalba. Yo había optado por llevarme el bonito trikini de color borgoña, Laura se había comprado un bikini de color naranja y Andy... Al final la habíamos convencido de que se comprara el bikini de color azul, decorado con flecos en el sujetador y sin tirantes.

—Cuando vayamos a la piscina, más vale que lo lleves puesto. —Le advirtió, Laura— Cómo vuelvas a llevar esa horrible camisola, te tiro con ella al agua.

—Qué sí, que sí... —Resopló la aludida, algo molesta.

Estuvimos con la música puesta todo el camino que quedaba de vuelta y, cuando llegamos, las dejé a cada una en su casa.

Luego me dirigí a la mía y me paré frente al portal a las doce menos cuarto, enviándole un mensaje a mi padre para que bajara y nos pusiéramos en camino a *Insectpark*. No tardó más de cinco minutos.

Nos pusimos en marcha y, al igual que cuando fui a la capital con las chicas, tampoco pillé atascos.

—¿Qué tal ha ido la mañana, papá?

—Muy bien hija, he estado haciendo mis ejercicios de relajación. —Contestó sonriente.

—He pensado que podemos ir a comer al restaurante El Tomillar. —Propuse— Está justo al lado, luego nos venimos tranquilamente a casa y nos vemos otra película. Hoy te toca elegir a ti.

Asintió en respuesta.

Se le veía muy contento y se notaba que tenía ganas de que pasásemos algo de tiempo juntos, además, hacía bastante que me había dicho que quería ir a ver esa exposición de insectos y no iba a perder la oportunidad de verlo feliz y disfrutar. Se lo merecía después de todo lo que había tenido que pasar y de su lucha día a día.

Cuando llegamos, vimos el centro de naturaleza que está inmerso dentro de un espacio natural, formado por el bosque de La Herrería y el Pinar del Monte de Abantos.

También vimos el espacio dedicado a una mariposa emblemática, a la que llamaban la mariposa Isabelina.

Mi padre se quedó prendado de ella, de tal manera, que le preguntó al guía todo acerca de aquel espécimen.

Acto seguido, continuamos y vimos insectos que parecían hojas de los árboles, también apreciamos distintos tipos de escarabajos e insectos gigantes que, según la historia de aquel lugar, habían sido recogidos tras cuarenta largos años de trabajo.

No perdí la oportunidad de sacarme una foto con mi padre y una mantis gigante muy bien hecha que tenían como decoración en una de las salas.

Vimos tarántulas, escorpiones e insectos palo, entre otros.

También nos pusieron un video que hablaba sobre las características de los diferentes tipos de bichos y su modo de supervivencia.

—Maica, ¡ven a ver esto! —Mi padre corrió, como si de un niño pequeño se tratara, a otra sala con unos mosquitos gigantes colgados del techo— ¿Qué te parece otra foto aquí?

Yo los miré con cara de asco.

Odio los mosquitos, siempre me pican donde más rabia me da, ¡en la planta del pie!

Además, había muchas noches que no me dejaban dormir con ese incansable zumbido.

Parecía que los muy canallas se sabían muy bien el mejor modo de molestar.

El comportamiento de esos insectos me recordó a Óscar, siempre sabía cómo molestar y acabar picándote donde más rabia te daba.

Ante esa ocurrencia, reí para mis adentros.

—¡Holaaa! —Llamó mi padre — ¡Tierra llamando a Maica! ¿Dónde te has ido?

Lo miré y sonreí, se le veía tan contento y entusiasmado que enternecía el corazón. —¿Por qué no dejas de pensar por unos segundos en tu Kevin y le prestas atención a tu padre para sacarnos otra foto?

La sonrisa se me borró de un plumazo.

No estaba pensando en Kevin.

De hecho, era extraño, porque no me había acordado de él.

Supuse que sería porque estaba demasiado ensimismada pasando el día con mi hombre favorito.

Eso, y que los mosquitos no me recordaban a Kevin.

Caminé hasta donde estaba mi padre y saqué la foto.

—¿Qué te pasa, hija? Se te ha borrado la sonrisa de un plumazo cuando te he hablado de Kevin. ¿Habéis tenido algún problema?

Vale, que fuera observador estaba bien, pero tanto...

—No papá, es solo que estoy un poco cansada.

—¿Seguro? —Preguntó, arqueando una ceja.

¡Maldita sea! A veces se me olvidaba que conocía demasiado bien mis expresiones.

—Sí, eso, y que me duele un poco el cuello. —Dije.

—A ver si te has hecho daño en un mal movimiento. —Se preocupó, mientras me palpaba los hombros.

—Estoy bien, tranquilo. —Me giré y lo miré fijamente con seguridad para que viera que a su pequeña no le ocurría nada.

—Está bien, vamos a seguir disfrutando de la excursión. —Me dio un beso en la frente y ambos continuamos nuestro recorrido por el museo.

Una vez acabamos y nos sacamos unas cuantas fotos más, nos fuimos a comer al restaurante, dónde dijimos que volveríamos porque estaba todo delicioso.

Decidimos dar un paseo por la sierra para bajar la comida.

Pasamos la tarde prácticamente en la naturaleza, caminando, sacando fotos y respirando el aire puro.

Cuando empezó a oscurecer, emprendimos el viaje de vuelta a casa.

Puse música y mi padre se quedó dormido por el camino, estaba rendido.

Lo habíamos pasado genial.

Todo iba estupendamente, hasta que se me cruzó un zorro en la entrada a Collado Villalba y mi padre se despertó de golpe mientras el coche derrapaba.

Con el movimiento del vehículo y la sacudida, me golpeé la frente contra el cristal del conductor.

No fue extremadamente fuerte, pero lo suficiente como para abrirme una pequeña brecha superficial en la cabeza.

—¡Maica, Maica! —Escuché gritar a mi padre, mientras conseguía detener el vehículo y sentía la sangre caer por mi rostro— ¡Dios mío! ¡Voy a llamar a una ambulancia!

—No hace falta. —Dije, cogiéndole la cara, pues sabía que su *Toc* se estaba haciendo presente— Es superficial, no pasa nada.

—¡No quiero que te duermas y te dé una embolia! ¡Vamos al hospital!

—Exclamó, histérico.

Su ansiedad estaba subiendo.

—Papá, por favor, relájate, no es nada. —Traté de calmarlo y puse el coche en marcha antes de que viniera otro por detrás y el conductor saliera a preocuparse por nuestro estado.

—¡Estás loca! —Gritó él— ¡Para el coche antes de que te desmayes!

No dije nada, me limité a conducir, soportando sus gritos e histerias.

No lo hacía aposta, su trastorno se había disparado y estaba sufriendo una crisis. Tras otras obsesiones, la que mayormente le había afectado después, era la de que me ocurriera algo malo a mí.

Estaba muy preocupado y su rostro, casi lleno de lágrimas, indicaba el nivel de ansiedad que tenía.

Aparqué el coche y mi padre salió rápidamente.

Yo salí tras él y cerré el coche con llave.

Cuando subí la mirada, estaba haciendo la llamada al hospital.

Corrí hacia donde estaba y le quité el móvil, pues la herida no era grave y si mi padre seguía en ese estado, lo volverían a ingresar en la zona psiquiátrica del hospital y volveríamos a empezar de nuevo con todo lo que habíamos progresado.

—¡Dame el móvil, Maica! —Gritó, histérico.

—¡No, papá! —Exclamé— Si te ven en este estado te ingresarán de nuevo y volveremos atrás, tienes que calmarte. Estoy bien, es superficial.

—¡Eso no lo sabes!

—¡Lo sé de sobra! —Le cogí la cara con las manos, no dejaba de hiperventilar— Vamos a sentarnos un poco, venga papá, por favor.

—¡Lo que tienes que hacer para que no me sienta así es darme el puñetero móvil!

Estaba fuera de sí y yo no sabía qué hacer.

Traté de que se sentara en el borde de la acera y respirara con calma, pero no me hacía ni caso.

Como vio que no le daba el móvil, comenzó a no poder siquiera ni hablar.

Nadie pasaba en ese momento por la calle, mi padre estaba fuera de sí y caminaba de un lado a otro sin conseguir calmarse.

Las lágrimas caían por sus ojos y, a su vez, las mías por no poder hacer absolutamente nada.

—¿Maica?

Escuché que llamaban y me giré.

Óscar venía hacia nosotros y aceleró el paso cuando se dio cuenta de las lágrimas que caían por mis ojos, de la sangre que corría por mi rostro y del estado en el que se encontraba mi padre.

Cuando llegó hasta donde estábamos, tiró la bolsa deportiva que sujetaba sobre el hombro, al suelo, y me cogió del mentón.

—¿Qué te ha pasado?

—No, yo no... —fue todo lo que alcancé a decir, mientras lo miraba suplicante— Ayúdame con mi padre, por favor.

Sus ojos se desviaron en ese momento en la dirección que señalaba yo con los míos y fueron hasta él, que estaba desquiciado.

—Señor... —Dijo suavemente, colocando una mano en su hombro y deteniendo sus pasos— Señor, tranquilícese, está asustando a su hija.

—¡Más asustado me tiene a mí ella que no quiere ir al hospital! —Gritó, histérico.

—Papá, por favor... —Supliqué, llorando— Cálmate, yo estoy bien, es superficial.

Óscar se alejó un momento y se acercó a mí, mientras con extrema delicadeza, sujetaba mi barbilla con una mano y con la otra inspeccionaba el rasguño, comprobando que solo era un golpe.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó de nuevo.

Mi padre se quedó un momento quieto, observando la escena, pero sin dejar de hiperventilar.

—Se nos ha cruzado un zorro en la carretera al volver a casa y hemos derrapado con el coche, me he pegado un golpe contra la ventana en la cabeza y mi padre... mi padre tiene *Toc*...

—Le miré, buscando una señal de que sabía lo que era.

Él asintió, haciéndome entender que comprendía lo que ocurría y que no hacía falta que le dijera nada más.

—No quiero que lo vuelvan a internar... —Sollocé.

—Eh, eh... —Susurró suavemente, mientras me miraba a los ojos y me secaba las lágrimas— No le va a pasar nada, tranquila.

Se apartó de mí y fue hasta su bolsa de deporte, sacando una bolsa de plástico y cediéndosela a mi padre.

—Tranquilícese. —Vi cómo le susurraba con delicadeza, mientras lo hacía respirar por la bolsa— Su hija está bien, es superficial como ella ha dicho.

Él respiraba por la bolsa y me miraba fijamente.

Óscar lo hizo apoyarse contra la pared y, volviendo la atención hacia mí, dijo:

—Coge mi bolsa y vamos a mi casa, allí conseguiré más fácilmente que se calme.

—¿No te conocemos de nada! —Exclamó mi padre con notable ansiedad en la voz.

—Soy Óscar, un amigo de su hija, así que no se preocupe. —Pese al grito que le había dado, Óscar le contestó de manera sosegada.

Yo cogí la bolsa y caminamos hasta su casa, mientras él se mantenía al lado de mi padre atendiéndolo en todo momento.

Yo me fijé en el tacto con el que trataba de ayudarlo, me parecía increíble que fuera el mismo chico con el que me había estado propinando insultos hacía unos días.

Cada vez me sorprendía más.

—¿No molestaremos a tus padres? —Me preocupé cuando llegamos a su portal.

—Vivo solo con mi hermana y ella no está en casa hoy, tenía un cumpleaños, así que no creo que molestéis a nadie.

Asentí y fuimos hasta el ascensor que ya estaba abajo esperándonos.

Subimos hasta la sexta planta y entramos en el piso de Óscar.

Un olor a frutos rojos inundó mis fosas nasales.

La entrada tenía una mesa de cristal y sobre esta, un espejo de pared. Las baldosas del suelo eran de un color cristalino y claro.

Caminamos hasta una puerta corredera que dejó ver un amplio salón con un par de sofás de color crema, una alfombra azul en el suelo y, sobre esta, una mesa de salón de madera por los bordes y en el centro un cristal que parecía delicado.

Varios libros, el mando de la tele, del aire acondicionado y del DVD, además de un cuenco de cerámica con cristales preciosos, descansaban sobre ella.

En un lateral estaba la mesa de comer.

La televisión de plasma colgaba en la pared y debajo de esta había una estantería con fotografías.

El aparato del aire acondicionado se situaba sobre la puerta corredera de entrada al salón y en el otro extremo de la estancia, pegada a la pared del color del cielo, había una gran vitrina con libros, películas y videojuegos muy bien colocados, junto con figuras de personajes de películas que la adornaban.

Óscar animó a mi padre a sentarse y enchufó el aire, mientras él continuaba respirando por la bolsa.

Yo me senté a su lado, acariciándole la espalda suavemente y mi padre me miró abriendo mucho los ojos, asustado al ver toda la sangre medio seca que exhibía mi rostro.

—Creo que voy a ocuparme de ti primero para que él esté más tranquilo. —Dijo Óscar, percatándose de la expresión que estaba poniendo.

Salió del salón un momento y volvió con un trapo empapado de agua tibia, un bote de agua oxigenada, otro de betadine, unas gasas y una caja de tiritas.

Se cubrió las manos con guantes de látex, se agachó frente a mí y, con una suavidad increíble, me limpió la sangre seca del rostro y la herida.

Una vez la brecha de mi frente quedó expuesta, echó un poco de agua oxigenada en una gasa y con mucho tacto fue dándole delicados toquecitos a la herida.

Yo me fijé en ese momento en las facciones de su rostro:

Su mandíbula era fuerte y un poco definida, sus labios no eran carnosos, pero tampoco demasiado delgados, estaban en un término medio.

Su nariz no era nada desproporcionada ni excesiva, encajaba perfectamente con la forma de su cara.

Sus ojos marrones estaban fijos y centrados en la tarea que estaba emprendiendo en ese momento, sus cejas, casi negras, no eran muy gruesas ni muy finas, le daban un aspecto masculino y sensual a su mirada.

Su pelo era corto y de un castaño muy oscuro, casi parecía negro, al igual que sus cejas.

En ese momento cambió de gasa y apreció la musculatura de su brazo: tenía un fuerte bíceps y las venas se marcaban en su antebrazo.

Tras echar el betadine sobre la gasa, volvió a repetir el mismo ritual sobre la brecha, luego colocó una tirita en mi frente y clavó su mirada en la mía que, sin saberlo, me había puesto algo nerviosa por lo penetrante que resultaba.

Se levantó sin decir nada y yo miré a mi padre, quien pareció haber relajado su respiración al ver que el corte no era para tanto y que mi rostro volvía a estar limpio.

—Voy a preparar una infusión de valeriana. —Dijo, mientras analizaba un momento a mi padre, asegurándose de que estaba bien y recogía los utensilios que había utilizado para curarme, quitándose los guantes.

Cuando nos quedamos solos en el comedor, me acerqué levemente a mi progenitor y le abracé, mientras él seguía inspirando y expirando por la bolsa.

Rodeé su cintura con mis brazos, poniendo mi cabeza en su hombro un poco más tranquila y esperanzada al ver que la ansiedad remitía a cada minuto que pasaba.

Al cabo de cinco minutos, Óscar volvió con una taza de infusión de valeriana y se la ofreció.

—Tenga, tómese esto, le ayudará a calmar más rápidamente la ansiedad.

Él se retiró la bolsa de la boca y cogió la taza con manos temblorosas.

Tomó un sorbo y fijando su vista en quien nos había ayudado, dijo:

—G-gracias...

Óscar asintió y se sentó en el otro sofá.

—Os podéis quedar todo el tiempo que necesitéis hasta que se encuentre mejor.

—Me dijo.

—Gracias. —Repetí la palabra que había dicho antes mi padre— Muchísimas gracias, de verdad. No sé lo que hubiera hecho si no llegas a aparecer.

Él esbozó una sonrisa, pero no era la típica que había visto antes.

No era esa sonrisa ladeada, era una sonrisa cálida y tierna.

Sentí un calor reconfortante en mi corazón y, sin darme cuenta, se la devolví.

Ambos nos quedamos inmersos, mirándonos el uno al otro por unos minutos, hasta que el móvil de Óscar sonó, sacándonos de aquel hechizo.

Él se levantó y cogió la llamada.

—¡Hola, tío! —Dijo animadamente— ¿Al final has tenido suerte en la entrevista o qué? ¡Cuánto me alegro! Se me hará más fácil trabajar contigo al lado.

Yo observé por un momento a Óscar y luego miré a mi padre. No sé exactamente cuánto tiempo había pasado, pero se había relajado tanto tras la infusión, que se había quedado dormido en el sofá con la taza vacía en las manos.

Yo, con mucho cuidado, se la retiré y la coloqué encima de la mesa.

En ese momento, Óscar colgó y se giró hacia nosotros, siendo consciente de todo.

—Misión cumplida. —Dijo con una sonrisa.

—Nos iremos enseguida. —Informé— Creo que ya te hemos causado bastantes molestias.

—No te preocupes por eso, Maica. —Fue todo lo que me contestó.

Me levanté del sofá con intención de ir al servicio antes de despertarle y marcharnos a nuestra casa.

—¿El servicio? —Pregunté algo cohibida.

Él me miró y esbozó otra sonrisa al darse cuenta del bochorno que sentía al preguntarle aquello.

—La segunda puerta del pasillo a la izquierda.

Asentí y me dirigí allí, después de encender la luz para ver por dónde iba.

Terminé de orinar, me lavé las manos y me miré en el espejo que había sobre el lavabo, observando que se me había amoratado un poco el golpe alrededor de la tirita. Solté un suspiro y salí dispuesta a despertar a mi padre para marcharnos a casa.

Caminaba distraída, observando los cuadros que había colgados en la pared del pasillo, cuando me choqué con un torso parado frente a mí.

Levanté la mirada y vi a Óscar que me miraba con una ceja arqueada.

—¿Otra vez distraída? —Soltó una carcajada al ver que una mueca de disgusto se formaba en mi cara, al ser consciente de que se refería al accidente con el coche— Es broma mujer, no te lo tomes todo tan en serio. No ha pasado nada y quería quitarle un poco de hierro al asunto. —Inspiró un momento y soltó el aire antes de decir— Si quieres, podéis quedaros un poco más y dejás descansar a tu padre, a mí no me importa.

Negué con la cabeza.

—No, ya has hecho suficiente por nosotros. Creo que es mejor que lo lleve a casa y se acueste en la cama a dormir.

Él asintió, tragando saliva.

—Ten. —Me ofreció una caja de *Diazepam*— Tenía esta caja entre las medicinas. En caso de que se ponga nervioso de camino y no pueda descansar que se tome una de estas, no le hará daño, es un ansiolítico y le ayudará a dormir.

Cogí la caja entre mis manos y la estudié por unos instantes.

—Gracias... —Dije— No tenías por qué haberte molestado y, sin embargo, nos has ayudado.

—No podía dejaros ahí en medio de la calle en ese estado. Quizá en algunas ocasiones soy un poco capullo, —reconoció —pero no me considero una mala persona, ni haría daño a los demás adrede. Aunque no lo creas por la imagen que puedas tener de mí, tengo unos valores y soy completamente fiel a ellos.

Un silencio corto se instaló por unos minutos entre nosotros, luego alcé mi cabeza y le miré a los ojos.

—No, desde luego que no eres una mala persona...

Sentí mi corazón latir desbocado y mis piernas temblar cuando vi que, por un instante, sus ojos miraban mis labios.

Inconscientemente pasé mi lengua por estos, humedeciéndolos.

Sentí que mis venas volvían a arder como la lava de un volcán y, de golpe, parecía que hacía mucho más calor en aquel lugar.

La respiración en mi pecho se aceleró levemente.

De pronto a mi mente se le pasó por la cabeza la idea de que iba a volver a besarme y me parecía demasiado apetecible en esos momentos, aunque algo en mí quería resistir también, pero era más fuerte el deseo.

—Maica... —Su voz sonaba ronca.

Estaba convencida, me iba a besar otra vez.

—¿Sí? —Dije con la misma ronquera en la voz.

—Yo... siento mucho lo que pasó ayer en tu portal. No tenía ningún derecho a comportarme como lo hice.

Espera, ¡¿qué?! ¡Zas!

En ese momento la magia y todo lo que sentía se cortaron de un solo golpe.

Mi rostro quedó desencajado y lo miré fijamente, perpleja por unos instantes, hasta que entendí todo y la decepción hizo presa en mi pecho.

—También lamento todas las cosas que te dije y espero que lo tuyo con Kevin salga bien... y que no te decepcione.

Dios... Fue entonces cuando me sentí muy confundida.

Una decepción crecía con cada palabra que formulaba y, al mismo tiempo, mi mente racional se preguntaba por qué me sentía de esa forma.

A fin de cuentas, a mí el que me importaba era Kevin, ¿no?

Aun así, no podía ignorar el malestar que había encontrado lugar en mi interior, ni las emociones que estaba sintiendo, por mucho que anhelara disimularlas.

¿Por qué me pedía disculpas? ¿Acaso se arrepentía de haberme besado?

Admito que esa idea, dolía.

—No tienes que pedir disculpas. —Solté en un tono hosco que no pasó desapercibido para Óscar, el cual me miró con confusión— A fin de cuentas, era algo con lo que ya me había hecho a la idea que jamás iba a volver a suceder. Gracias por todo lo que has hecho, pero tengo que despertar a mi padre e irme, ya nos veremos.

No le di ocasión ni de que me contestara.

Caminé hasta el comedor, dejándolo en medio del pasillo con cara de desconcierto por mi reacción.

Desperté a mi padre y ambos nos marchamos, no sin antes de que ambos se dieran un apretón de manos y también se le diera las gracias por haberse portado tan bien con nosotros.

Mientras caminábamos por la calle de camino a casa, recordé sus palabras:

«Siento mucho lo que pasó ayer en tu portal.»

¿De verdad lo sentía?, ¿de verdad me pedía disculpas por eso?

En ese momento no podía sentirme más tonta y más confusa por haber deseado, por un solo y único instante, que me besara en el pasillo.

Y más cuando yo con quien quería estar era con el hombre del que había estado enamorada toda mi vida.

No entendía como ahora que sabía que Kevin me correspondía, sentía deseos de que ese canalla vestido de socorrista me besara.

Y sí, digo canalla porque pensaba que lo era.

Me había pedido perdón por nuestros besos y eso... eso dolía de una forma tremenda y la decepción era el plato fuerte de todo aquello.

Era como si tuviera cien mil alfileres clavados en el tórax y ni siquiera sin siquiera conocer la razón.

¿Por qué me estaba pasando todo eso? ¿Es que acaso Andrea y Laura tenían razón y tenía más química con el socorrista?

Anulé inmediatamente ese pensamiento.

Eso no podía ser, él también había dejado muy clara su postura y que se arrepentía de haberme besado, así que era imposible que tuviera más química con alguien con quien no iba a

tener absolutamente nada.

El problema se había arreglado solo, dejando muy claro con quien realmente tenía más química y más todo.

Desde ese mismo momento, me dije a mi misma que Óscar y sus besos formaban parte del pasado, y que Kevin no solo había sido mi pasado, sino que también era mi presente y mi futuro.

Entonces saqué las llaves y abrí el portal, dejando entrar a mi padre.

Una vez lo hizo, le seguí yo mientras susurraba para mis adentros:

—Hasta nunca, socorrista estúpido.



7. NO QUIERO VERTE

No pude pegar ojo en toda la noche.

Las palabras de Óscar se repetían en mí cabeza una y otra vez sin dejarme siquiera descansar unos minutos.

Me sentía enfadada, ya no solo con él, sino conmigo misma por los deseos que se habían despertado en mí ante la posibilidad de volver a recibir un beso suyo. También, dejémoslo claro, estaba cabreada con el puñetero destino por haberme hecho una jugarreta así.

No entendía que le había hecho yo para que me torturara de esa forma.

A lo largo de la mañana, mi padre vino a pedirme disculpas por lo que había pasado. Yo le dije que todo estaba bien, que era consciente de que no pudo evitarlo y que no estaba para nada enfadada.

Además, me alegró verlo algo mejor.

Había quedado con sus dos mejores amigos y se iban de senderismo.

Yo estaba feliz por él, pero con los ánimos decaídos.

Estuve mirando el *WhatsApp* y ni un solo mensaje de Kevin, aquello también me tenía frustrada. Aunque, pensándolo bien, casi era mejor que no me hubiera llamado, ni enviado un mensaje, porque tenía un humor de perros y estaba convencida de que me lo iba a notar.

Para evitar torturarme más, puse el móvil en vibración, lo dejé en mi habitación y me fui al comedor a ver la tele. Al cabo de unas horas me hice una ensalada de pasta para comer y me tumbé a ver una película en *Netflix*, pues era sábado y no había encontrado otro tipo de entretenimiento.

Pasó el tiempo y no me había dado cuenta de cuando me había quedado dormida. Me desperté al escuchar el telefonillo.

Me fijé en que la película ya había acabado, mientras me levantaba con cara de zombi a contestar.

—¿Sí?

—¡Maica, tía! —Exclamó la voz de Laura muy alegre— Te hemos estado llamando, pero no contestabas. Ponte el trikini nuevo y vente con nosotros a la piscina, tenemos entrada gratuita.

—¿Nosotros? —Pregunté, extrañada.

¿Acaso habían vuelto nuestros amigos de sus vacaciones?

—Sí, estamos Andrea, Ángel el amigo de Óscar, y yo.

Alcé las cejas, sorprendida, al escucharla.

Así que uno de los amigos del estúpido estaba con ellas...

Sentí que mi enfado volvía a crecer al acordarme de ese, ese... ¡Orangután!

No me apetecía nada verlo, así que mejor me quedaba en casa tranquila.

Además, tenía sueño.

—Hoy no contéis conmigo, no he pegado ojo en toda la noche y no me apetece ir. —Dije sin ánimo alguno.

—Pero tía, tienes que venir, nos sale gratis al venir con nosotras el amigo de Óscar. —Insistió Laura.

—He dicho que no, no insistas. —Contesté, tajante.

—Vale, vale, como quieras. —Se rindió Laura.

—Le has dicho a ella que no te insista, pero a mí no me has dicho nada. —Se manifestó por detrás la voz de Andrea— Nena, vente a la piscina. Me verás en bikini azul.

Su forma de intentar convencerme me hizo gracia.

—Estoy cansada y no estoy de humor. —Declaré.

—Con nosotras, lo estarás, y en cuanto te des un bañito, te despejarás...

Puse los ojos en blanco.

—Si no bajas, subiré y te pondré el trikini yo misma. Para una vez que hago el esfuerzo de dejar atrás mis complejos y no quieres venir. —Reprochó Andrea.

Solté un sonoro suspiro.

—Está bien, pero si luego no estoy de humor, no os quejéis.

Se escucharon unos grititos entusiasmados por parte de las dos antes de que colgara el telefonillo.

Fui hasta mi habitación y me preparé la mochila, me puse el trikini nuevo, una camisa de manga corta azul y unos pantalones cortos negros de chándal.

Dejé mi melena suelta y me calcé con unas sandalias de dedo.

Le dejé una nota a mi padre, informándole de que me iba y, por último, cogí dinero, llaves y móvil.

Antes de salir por la puerta, fui hasta el cuarto de baño y me quité la tirita de la frente.

El golpe estaba morado y la pequeña brecha había cicatrizado bien.

Me acordé de la escena en la que Óscar estaba curándome la herida; el tacto con que lo hizo, lo bien que había atendido a mi padre...

—Canalla... —Escupí en respuesta, al acordarme de cómo me había pedido disculpas por haberme besado— Si te arrepentías, al menos podrías haberte callado.

Desde luego, hice bien en compararle con los mosquitos de *Insectpark*, era tal cual a ellos.

Era molesto y sabía picarte donde más te fastidiaba o, en mi caso, donde más dolía.

Tener que verle después de eso no me hacía ninguna gracia, no prometía que no acabara propinándole una patada en el culo y tirándolo de cabeza al agua.

—Cálmate, Maica. —Me dije, mientras cogía aire y salía por la puerta hasta el portal, donde esperaban mis amigas y el tal Ángel.

—Pero, ¡cariño! ¿Qué te ha pasado en la frente? —Preguntó Laura, sorprendida al verme, mientras se acercaba a inspeccionar la herida y el golpe.

—Está todo amoratado... —Observó Andrea con cara de preocupación.

Yo abracé a mis amigas y les di un beso afectuoso a cada una en la mejilla, luego me presenté al nuevo compañero de piscina.

—Hola, soy Maica. —Sonreí.

—Yo Ángel. —Me dio dos besos, devolviéndome el gesto y dejándome ver su perfecta dentadura.

La verdad es que el tipo que tenía delante no estaba nada mal.

Iba vestido con una camisa de tirantes negra que dejaba en exhibición la musculatura de su

cuerpo.

No era tan fuerte y definido como el de Óscar, o el de Kevin, pero se notaba que iba al gimnasio.

Llevaba un bañador de pantalón corto blanco, con cuatro rayas negras horizontales rodeando su cintura.

Este, a su vez, mostraba unas piernas fuertes parecidas a las de los futbolistas. Era guapo, tenía el pelo hasta los hombros, de un color castaño casi rubio y los ojos azules.

—No te vas a librar de contarnos qué te ha pasado en la frente, Maica, por mucho que nos intentes ignorar... —Decía Laura, mirándome con una ceja arqueada al adivinar que no quería hablar del tema.

—¿Fuiste al hospital? —Escuché preguntar a Andrea.

Puse mis ojos en blanco y me giré hacia el maromo que nos observaba sin saber muy bien que decir.

—Tú, dime una cosa... ¿A ti te parece que este rasguño necesita que lo vea un médico?

El chico se sobresaltó, no se esperaba que me dirigiera a él.

Acto seguido, se acercó un poco para fijarse bien en la pequeña brecha.

—No, yo creo que es superficial.

Me giré hacia las chicas y me encogí de hombros.

—¿Veis? Nada de qué preocuparse, vamos.

Caminé dos pasos, cuando Andy me cogió del brazo.

—¿No nos vas a contar qué ha ocurrido?

Solté un sonoro suspiro.

—De camino a la piscina.

Mientras nos dirigíamos al lugar, les fui contando todo lo relacionado con el accidente y cómo le afectó a mi padre.

Evité mencionar la aparición del socorrista y todo lo sucedido después, ya que estaba su amigo y no quería revelar más información de la necesaria, y menos que luego le fuera con el cuento de que me había escuchado decir lo mucho que me había molestado que me pidiera disculpas por lo que había sucedido entre los dos.

Así que opté por mantenerme calladita con respecto a esa situación.

—¡Madre mía, nena! ¿Y cómo no nos llamaste!? —Se angustió Andrea.

—Era muy tarde y no podía pensar con claridad, la verdad. —Suspiré.

Llegamos a la cola de la entrada a la piscina y solo había tres personas por delante de nosotras.

—Menos mal que no ha ocurrido nada malo... —Comentó Laura— ¿Y cómo conseguiste calmar a tu padre sola?

—Eso es algo que preferiría contaros luego. —Expresé, mientras hacía una señal con los ojos para que entendieran que no quería contar todo delante de Ángel— Me apetece más disfrutar en este momento.

Ambas asintieron, captando el significado de mi señal.

Cuando nos atendieron, tal y como había afirmado Laura, nos dejaron entrar gratis.

Una vez allí, nos dirigimos hacia la zona de césped para buscar un buen sitio.

Mientras lo encontrábamos, automáticamente mis ojos volaron alrededor del lugar hasta chocarse con la figura de Óscar.

Daba la vuelta a la piscina, en compañía de un hombre un poco más alto que él. Tenía el pelo corto y de color negro.

—¡Dios mío... es Rubén! —Susurró Andrea, nerviosa— Chicas, ¿qué hago?

—Ir a saludarlo en bikini. —Escupió Laura con una sonrisa traviesa.

—¿Quieres que se dé cuenta de lo gorda que estoy? —Las aletas de la nariz de Andrea ya se estaban dilatando, evidenciando su molestia.

—Entonces, ¿¡para qué nos preguntas!?! —Exclamó, Laura.

—Además... —Intervine para apagar un poco las brasas que se estaban comenzando a encender— Me has hecho venir diciendome que por primera vez te vería en bikini y te bañarías con nosotras a plena luz del día.

—Algo tenía que decir para que vinieras. —Confesó Andrea, haciendo que mis ojos se abrieran como platos.

—¡Serás tramposa! —Exclamé.

Ella me sacó la lengua con cara de guasa, mientras se reía levemente para sus adentros.

A todo esto, yo miré a Ángel de reojo, quien no se daba cuenta de nada mientras colocaba sus cosas al lado de las de Laura.

—Lo único que vas a conseguir es que salga huyendo como vayas con esa camisola ridícula. —Laura volvió a sacar el tema.

—Si voy medio desnuda, sí que lo voy a asustar. —Andrea comenzó a sacar de su bolsa, la susodicha camisola para ponérsela.

La cabezonería de Andrea hizo que a Laura cada vez se le hiciera más difícil contener su irritación.

—¿Por qué eres así, tía? Al final me vas a obligar a hacer algo que, reconozco, llevo deseando hacer todo el puñetero verano.

Andrea y yo la miramos con cara de duda.

Y entonces, todo pasó muy rápido.

Laura hizo caso de sus instintos y le arrancó de las manos la camisola a Andy, lanzándola a la piscina ante nuestras caras desencajadas.

Y las que no eran nuestras...

—¡Pero, tú eres idiota! —Gritó Andrea.

Yo intenté ser buena samaritana con ella, lo juro, pero es que las lagrimitas se me saltaban de los ojos de las ganas que tenía de reírme y no parar.

Al final sucedió lo que me temía y no lo pude aguantar.

Las carcajadas salieron de mi garganta de golpe y con fuerza.

Andrea me miró con cara de pocos amigos.

—¡No tiene gracia, Maica! —Exclamó, furiosa.

Laura la observó muy seria con los brazos en jarras, mientras Ángel se unía a mi festival de risas, más por contagio que por otra cosa.

—Lo que no tiene gracia es que te quieras volver a colocar ese trapo horrendo. ¡Haz el favor de ir ya como una chica de tu edad en la piscina y saluda en bikini! —Ordenó Laura, haciendo que Andrea cada vez se mosqueara más.

—¡No tenías ningún derecho a hacer eso! Mis decisiones son mías y lo que yo me ponga o no, a ti no te incumbe.

—¡Sí cuando vas haciendo el ridículo! —Escupió Laura, provocando que nuestras carcajadas cesaran y que Andy la mirara, por un momento, en silencio y con decepción.

Luego se dio la vuelta y se fue a recuperar la camisola.

—Lo... lo siento. —Se disculpó Laura, mientras la veía marchar hacia la piscina.

Yo miré a la primera, que me devolvía la atención con arrepentimiento y fui a darle un

abrazo.

Fue entonces cuando me fijé en algo y le susurré al oído.

—Me parece que alguien te va a agradecer el gesto al final.

Laura se apartó, mirándome extrañada y se giró para mirar en la misma dirección que yo, entonces sonrió más animada.

Rubén estaba intentando ayudar a Andrea a recuperar la camisola.

—¿Qué tal, tío? —Escuché una voz masculina bastante familiar.

Cuando me giré en su dirección, vi a Óscar saludando a Ángel.

Este se había levantado y se daban un apretón de manos y un abrazo con dos palmadas en la espalda.

Vi que se ponían a hablar entre ellos y, en un segundo, Óscar se giró hacia mí.

Yo volví la cabeza rápidamente y traté de concentrarme en la escena de Andrea y Rubén.

—Hola, Maica. —Escuché que susurraba en mi oído, haciendo que me sobresaltara.

Me giré bruscamente y lo miré con cara de pocos amigos sin devolverle el saludo, dejando a ver la evidencia de que lo estaba ignorando.

—Laura, —dije, agachándome a mi mochila y cogiendo mi monedero— voy a por unas latas de Coca Cola, ahora vengo.

Caminé sin mirar atrás a paso acelerado, necesitaba alejarme de aquel lugar.

Solo con verle y escucharle ya me había recordado sus palabras de la noche anterior.

No quería verlo, ni oírlo, no quería nada de él, salvo que no se acercara a mí.

Una vez en la cafetería, compré Coca Cola para los cuatro y, cuando me giré, no pude evitar pararme en seco; ¡Óscar venía hacia mí!

Puse los ojos en blanco e intenté esquivarlo, sin siquiera mirarlo, pero él me sujetó por el brazo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Me preguntó.

—¿Y a ti qué más te da? —Contesté en tono enfadado.

Sus cejas se alzaron con desconcierto.

—No comprendo nada. ¿Se puede saber que te he hecho para que te comportes así?

Fijé mis ojos en los suyos muy seria.

Lo único de lo que me daban ganas era de asestarle otro bofetón.

¡Encima el niño no entendía lo que había hecho!

Se ve que le parecía demasiado poco el haberme pedido disculpas porque se arrepentía de haberme besado y, para colmo, pretendía que le saludara como si nada.

—Tú bien lo sabes. —Espeté, tajante.

—No, no entiendo nada. —Manifestó él, cada vez más serio— Ayer fui amable contigo y con tu padre, parecía que todo iba bien... y hoy parece que me odias de nuevo.

Negué con la cabeza y traté de dejar la conversación ahí y pasar por su lado, pero estiró un brazo deteniendo mis pasos.

—Maica, no te vayas. Dime qué fue lo que hice mal.

En ese momento cerré los ojos con fuerza y sentí una opresión en mi pecho, entonces lo miré con furia y las palabras comenzaron a salir con fuerza de mi garganta, como si las estuviera vomitando.

—¡Todo! —Grité— ¡Hiciste mal, todo! No te fue suficiente aparecer en mi vida y declararme la guerra, sino que además tenías que besarme todas aquellas veces... ¡Tenías que hacerlo! ¿No?

—Creía que ya habíamos aclarado un poco más las cosas. —Dijo, tratando de excusarse, sin

pillar el motivo por el que me sentaba tan mal todo aquello— Lo siento ¿vale? Sé que me pasé, ¿es eso lo que quieres seguir oyendo? Lo...

—Basta. —Le corté, tajantemente.

Me sentaba muy mal, no sabía por qué, pero me sentaba demasiado mal la idea de que se estuviera disculpando por lo que pasó entre los dos y más tras la decepción que me llevé cuando, en un momento dado, había deseado con todas mis fuerzas que me besara.

Sí, lo reconozco, no me entiendo ni yo, pero es lo que hay, se me da fatal disimular.

—No te disculpes más, no quiero oírlo. —Expresé.

Caminé, dejándolo atrás como aquella noche en su casa.

Suspiré pensando que todo se había quedado ahí, cuando le escuché decir:

—Parece que a ti solo te gusta estar a malas. Desde luego he intentado entenderte, pero parece que te sientes demasiado cómoda con esa amargura que llevas.

De acuerdo, sentí muchas, pero muchas ganas de asesinarlo delante de todo el que estaba mirando.

Me giré hacia él y no le dije nada, simplemente le saqué el dedo del medio para comunicarle lo que opinaba al respecto.

Cuando volví a mi sitio, Andrea estaba sentada sobre su toalla, con la camisola mojada puesta, cruzada de brazos y piernas, y miraba al frente con cara de disgusto.

Laura estaba a su lado y parecía consolarla.

—Seguro que no ha querido decir eso, tía... —Le decía una y otra vez.

—¿Qué ha pasado? —Pregunté, mientras le tendía su Coca Cola a Ángel, que me dio las gracias.

—Qué el imbécil de Rubén me ha dejado muy claro que no tengo un cuerpo para llevar bikini. —Contestó Andy, malhumorada— Ya se lo había dicho a Laura, que en cuanto me viera, le iba a resultar horrible.

Mi cara de estupefacción y enfado lo decía todo.

Bien, parecía que Óscar no iba a ser el único en morir, pues su amigo iba a ir a hacerle compañía.

—Estoy segura de que no ha querido decir lo que Andrea piensa. —Me dijo Laura al ver mi expresión.

—¡Claro que sí! —Exclamó Andrea al escucharla— Si le dices a un tío que te pones esa camisola para cubrirte el cuerpo, ¿tú cómo interpretarías qué te dijera que haces bien en taparlo?

En ese momento, observé como los dos Neandertales, vestidos de blanco y rojo, daban la vuelta a la piscina de nuevo, mientras se reían.

Eso me sacó de mis casillas.

Así qué, decidida, fui hasta donde estaban para ponerle al tal Rubén los puntos sobre las íes.

—¡Tú! —Llamé con enfado.

Los dos se giraron a observarme, uno con cara de susto y el otro... el otro me miraba con los ojos entrecerrados— No nos conocemos, soy Maica, una amiga de Andrea. Me gustaría que me explicaras algo, como ¿¡por qué narices le has llamado gorda con la boca abierta!? ¡Qué pasa! ¿¡Acaso no tienes ojos!?

—¿Eh? —El aludido se quedó mudo por un instante sin saber qué decir.

Su rostro se había quedado pasmado por completo.

—Nadie le ha...

—Tú mejor ni me hables. —Interrumpí a Óscar cuando saltaba en defensa de su amigo.

Él me miró con enfado y soltó un bufido.

—Yo no... no era mi intención decirle que estaba gorda... —El tono de Rubén sonó a disculpa.

—Hombre, si le dices a una mujer que hace bien en taparse el cuerpo con una absurda camisola, ¿con qué intención se puede decir algo así? —Alcé una ceja, colocando mis brazos en jarra, fijándome en que su rostro se sonrojaba de vergüenza.

Óscar lo miró con los ojos abiertos de par en par y acabó por carcajearse.

—¿Se puede saber qué narices te hace tanta gracia? —La molestia de mi voz pareció resonar en sus oídos, porque dejó de reírse y me miró con el ceño fruncido, salvo que dirigió sus palabras a Rubén.

—¡Cómo le dices eso, bruto! —Exclamó, soltando una nueva risita.

—Yo... es que... —Me sorprendió ver que un hombre tan corpulento y grande como él, agachara la cabeza, totalmente avergonzado— Solo quería transmitirle que una piel tan bonita es mejor que no se queme, pero en lugar de eso, solo pude decirle que mejor se tapase con la camisola... Lo sé, la he cagado.

El enfado y los reclamos se esfumaron como el viento.

Me di cuenta de que Rubén se veía muy hombre por fuera, pero no era más que un adolescente inexperto por dentro que no sabía decirle a la chica que le gusta, lo que siente.

Óscar centró su atención en mí.

—Como ves, no lo ha hecho aposta, a él le gusta tu amiga, pero no sabe cómo tirarle los tejos. —Dijo, secamente.

—Vaya, lo lamento. —Me disculpé con él— No pensé que hubiera sido por eso, ella estaba tan enfadada...

—¿Está enfadada conmigo? —La angustia que reflejaron sus ojos hizo que se me encogiera el corazón.

Parecía que, después de todo, tanto Andrea como él se gustaban, hasta tal punto, que daban la percepción de adolescentes.

La situación era tan tierna que sentí que me derretía por dentro.

—No, pero tranquilo, yo le explicaré que ha sido un malentendido. —Dije para que se calmara.

—Pero no le digas lo que quería decir en realidad tampoco. —Me pidió rápidamente.

—¿Por qué? —Mis cejas se fruncieron con extrañeza.

Cabe decir que todo el tiempo sentía la mirada de Mister mosquito sobre mí.

—Por qué quiero reunir la valentía suficiente como para declararme yo mismo y, si le dices eso, me harás el trabajo. Creo que ella se merece una declaración mejor.

Vale, desde luego, aprobaba que ese chico acabara siendo el novio de mi amiga. ¡Era un encanto! Asentí con la cabeza y volví a pedirle disculpas de nuevo, me di cuenta de que me había precipitado.

Mientras caminaba de vuelta al césped, pensé que era curioso que Óscar tuviera amigos tan buenos cuando él era tan puñetero.

Una vez estuve frente a Andrea, le transmití que todo había sido un malentendido por unas palabras mal dichas. Eso hizo que ella se animara más durante el resto de la tarde, pero aun así no quiso volver a quitarse la dichosa camisola.

Laura, Ángel y yo nos fuimos a bañar y pude darme cuenta de que él también andaba detrás de nuestra morena, pero ella no parecía prestarle demasiada atención.

Sentí pena por el hombre, pues sabía que era porque Laura seguía emperrada en Fernando.

Tomamos el sol y, antes de que cerraran, nos fuimos.

Conforme salíamos por la puerta, volví a sentir la mirada del mosquito sobre mi espalda, pero pensé que serían imaginaciones mías.

Mi móvil comenzó a vibrar mientras nos dirigíamos a nuestras casas y, cuando lo miré, vi que se trataba de Kevin.

Cabe decir que mi corazón latió desbocado.



8. CELOS

Sonreí y traté de alejarme de aquellos tres que hablaban muy animadamente para coger la llamada y tener algo de privacidad.

—Hola, preciosa. —Su voz sonaba dulce y tierna.

—Hola, guapo. —Dije con entusiasmo— Creí que ya te habías olvidado de mí.

—Comenté, refiriéndome a su desaparición.

—Perdona, bombón, pero es que mi jefe me llamó y me dijo que el informe del proyecto del que te hable, el que había dejado sobre su mesa antes de irme de vacaciones, estaba mal... Así que, imagínate, me obligó a redactarlo de nuevo y a enviárselo por email.

Me pasé toda la tarde y la noche trabajando y hoy he aprovechado para dormir hasta que me he despertado.

Por supuesto, lo primero que he hecho ha sido llamarte.

Me quedé en silencio un momento.

Vale que Kevin tenía un trabajo de extrema importancia y que, en nuestras conversaciones en las citas, me había mencionado lo del informe sobre el edificio que iban a construir, pero que no hubiera sacado ni un momento para mandarme ni un pequeño mensaje...

En fin, decidí no darle demasiada importancia.

A fin de cuentas, había sido por trabajo.

—Vale, te perdono. —Dije, soltando una pequeña risita.

A la que él respondió con otra.

—¿Qué estás haciendo en este momento? —Se interesó.

—Acabo de salir de la piscina.

—¿Qué te parece si mañana vamos tú y yo solos? —Propuso.

Por un momento me quedé sin palabras.

Tener que ir a la piscina con Kevin estando Óscar delante, no me hacía sentir demasiado cómoda. Aunque, como de costumbre, mi mente racional comenzó a acribillarme con las razones por las que no tenía por qué negarme a ir con Kevin a la piscina.

A fin de cuentas, el socorrista no era nada mío, y ya había quedado muy claro lo que pensaba de que hubieran sucedido cosas entre ambos.

Para él no había sido más que un error que no iba a volver a ocurrir.

Y yo, en ese momento, no podía estar más de acuerdo, porque solo me quería centrar en el hombre del que había estado enamorada toda mi vida y en mí.

Esta vez sin ningún tipo de interrupción por parte de nada ni de nadie.

—Claro, ¿por qué no? —Contesté, animada.

—Estupendo, pues te recojo por la mañana y pasamos todo el día allí.

Acepté la propuesta, aunque había algo dentro de mí a lo que no le hacía mucha gracia tener que pasar todo el día allí.

Pero bueno, era una oportunidad también para estar con Kevin y demostrarle a la avispa que su veneno no había surtido ningún efecto en mí, absolutamente ninguno.

Me despedí de él tras dejar en su casa a Ángel.

Luego les conté a las chicas el plan.

—¡Uhhhhhh! —Exclamó Andrea— Me parece que a alguien se le van a subir los demonios...

—¿A quién? —Pregunté, confundida.

Las dos me miraron atónitas y a la vez dijeron:

—¡A Óscar, tía!

Apreté mis labios ante esa respuesta y negué con la cabeza.

—Lo dudo mucho, él ya ha dejado muy claro que lo que pasó no significa nada.

Las dos siguieron con una expresión que denotaba confusión en sus rostros y recordé que no les había contado todos los detalles de mi accidente por la presencia de Ángel.

Así que, en esos momentos y ya que había salido el tema, aproveché para hacerlo.

Mis amigas se quedaron alucinadas, no podían creerse que me hubiera pedido disculpas por haberme besado.

—Podía haberse disculpado por los insultos, las ofensas, pero, ¿por haberte besado? —Laura esbozó una mueca incrédula.

—Qué decepción, nena. —Comentó Andy, no menos desconcertada.

—Da igual. —Me encogí de hombros— Esto es para que veáis que no tengo más química con él que con Kevin.

Laura se rascó la cabeza.

—No sé, tía. A mí todo me parece demasiado extraño.

—¿Qué más dudas tienes? Está muy claro, Laura.

—Yo estoy de acuerdo en que es raro... —Opinó Andy— Si te admitió que estaba celoso de Kevin cuando te besó delante de él, ¿por qué iba a arrepentirse?

Un suspiro irónico salió de mi garganta.

—Es más que obvio que sería otra de sus burlas. —Aseguré un poco molesta.

Mis amigas se quedaron en silencio un instante, hasta que, por fin, Andrea fue la primera en decir algo.

—En fin, ya veremos qué ocurre mañana.

—No ocurrirá nada. —Declaré.

—Conociendo los detalles de las últimas veces... Está claro que con Óscar nunca se sabe. —Sentenció Laura.

Estuvimos hablando del tema un buen rato hasta que al final decidimos darlo por zanjado y me fui a mi casa, donde me duché, cené, vi con mi padre la película que escogió y me fui a la cama.

Aquella noche soñé que Óscar y yo no encontrábamos en una playa. Yo iba vestida con un vestido de tirantes largo y blanco, él iba con un pantalón vaquero pirata y sin camiseta.

Ambos no nos decíamos nada, solo nos mirábamos y, de pronto, se acercaba a mí y me cogía en brazos, alzándome hacia el cielo.

Yo disfrutaba de la brisa del aire en mi rostro, hasta que me bajaba al suelo, quedándonos muy cerca el uno del otro.

Su boca y la mía estaban a muy pocos centímetros de distancia.

Entonces me besaba con pasión y yo le respondía, ansiando beber más de sus labios,

sentirlo más cerca de mí. Su calor penetraba en mi cuerpo como si estuviera sucediendo en realidad y, en ese momento, en sus brazos, me sentí como en casa... A salvo, confiada.

Abrí los ojos de golpe y el sabor de mi boca seca me indicó mi grado de sed.

El sueño que había tenido había sido intenso.

No sabía por qué con Óscar y no con Kevin.

Nunca había tenido un sueño así con este último, ni cuando éramos adolescentes. De hecho, no recordaba haber tenido un sueño así con nadie.

Me levanté a beber agua y me volví a acostar.

Esa misma mañana vendría Kevin a recogerme y pensaba disfrutar como nadie de su compañía en la piscina.

Estaba segura de que cuando probara sus labios sin ningún inconveniente de por medio, esos sueños se repetirían, pero con él.

Después de tomar un café y un donut por la mañana, fui a mi habitación y escogí entre mis trajes de baño, un bikini morado sin tirantes.

Me lo puse y, al mirarme al espejo, pude apreciar que el color me favorecía.

Tras ponerme unos vaqueros cortos y una camisa de tirantes de color verde, peiné mi cabello con mucho cuidado, dejándolo que cayera suelto hasta mi cintura.

Una vez acabada la tarea, me calcé con unas sandalias de dedo blancas y preparé mi mochila con la toalla, la crema solar, gafas de sol, agua y un táper con ensalada fresca de patata.

Por supuesto, siempre bien preparada con su atún, sus aceitunas, unos espárragos, el maíz, su tomate y no podía faltar el huevo cocido.

Al cabo de unos minutos, sonaron unos golpecitos en la puerta de mi habitación.

—Pasa. —Dije, adivinando que sería mi padre.

En efecto, fue él quien se asomó.

—Cariño, Kevin está aquí. —Informó.

—Dile que ya bajo, papá.

—No hace falta, está subiendo.

Mis ojos se abrieron como platos. ¿Cómo que Kevin estaba subiendo?

Introduje el monedero y el móvil lo más rápido posible y corrí a abrirle la puerta de casa.

—Hola, preciosa. —Su sonrisa arrebatadora, me dejó sin aliento.

Su pelo continuaba manteniendo un peinado casual como siempre, pero llevaba una camiseta de tirantes negra que dejaba ver sus musculosos brazos y un bañador de pantalón de color azul oscuro que le quedaba perfectamente bien, mostrando esas piernas tan bien entrenadas.

Caminó hasta mí y me dio un pico en los labios.

Luego entró por el pasillo y fue directo al salón a saludar a mi padre, mientras yo me quedaba cerrando la puerta, embobada con el perfecto culo que se marcaba en sus pantalones.

Un cubo me hubiera hecho falta en aquel instante, porque seguro que estaba babeando.

El aroma conocido de su colonia impregnó todo el pasillo.

«¡Madre mía! ¡Estos hombres pretenden matarme del gusto!» Pensé.

—¡Kevin, muchacho! —Exclamó mi padre, alegremente.

Os describo esta escena, diciendo que fue uno de los momentos más tiernos del mundo para mí, donde los dos hombres más importantes de mi vida, se abrazaron.

—¿Cómo está usted, Francisco? —Preguntó Kevin, tras separarse de él y darle una palmada afectuosa en el hombro.

—Mejor que bien, pero no es para menos con esta hija tan maravillosa que me ha tocado.

Bien, si mi padre quería que me sonrojara de buena mañana, lo había conseguido.

Kevin me miró con ternura y, de pronto, la sonrisa desapareció de su rostro, sustituida por una mueca de preocupación.

Caminó con rapidez hasta mí.

—¿Qué te ha pasado, Maica? —Escrutó mi rostro con la mirada, intentando ver si tenía más golpes, aparte del de la frente.

Fui a contestar, pero mi padre se adelantó.

—Tuvimos un accidente con el coche y Maica se golpeó contra el cristal. Gracias a dios, un joven muy amable nos atendió. Yo estaba con un ataque de ansiedad de los mil demonios al ver toda la sangre que corría por el rostro de mi hija.

Mi cara se desencajó en el mismo instante en que mencionó la ayuda del supuesto joven.

Afortunadamente, parecía que no se había quedado con el nombre del socorrista.

—¿Un joven? —Preguntó Kevin, alzando una ceja.

—Sí, un amigo de mi hija... Óscar se llamaba.

¡Tierra, trágame!

Eso me pasaba por confiar en la memoria de pez que mi padre podía tener sobre aquella noche, tras su ataque de pánico.

Kevin paseó la mirada de él a mí y yo la aparté, mordiéndome el labio inferior con nerviosismo.

—Fuimos a su casa y allí nos atendió muy bien, consiguió que me calmara y luego a Maica le limpió la...

—¡Papá! —Interrumpí, apartándome de mi amigo, que me estaba mirando con el ceño fruncido— Será mejor que no sigamos hablando de eso, acordarme de aquello me pone de los nervios. —Me justifiqué de cara a mi padre, quien también se me había quedado mirando, pasmado por mi reacción.

—Está bien, hija, tranquila. —Dijo sosegadamente, mientras se acercaba a mí, dándome un beso en la frente.

—¿Por qué no traes tres vasos de Nestea y nos los tomamos frescos antes de que nos vayamos a la piscina?

Los nervios que en esos momentos me estaban atacando se hicieron evidentes en mi voz.

Asintió y se fue tranquilamente a la cocina, mientras yo inspiraba un momento, reteniendo el aire y soltándolo para conseguir calmarme.

Entonces me giré y me di cuenta de que Kevin me estudiaba con una ceja arqueada y los brazos cruzados.

Vale, era obvio que se había dado cuenta de mi esfuerzo por interrumpir la conversación de antes y desviar el tema.

—¿Qué? —Pregunté con fingida indiferencia.

—Parece que Óscar siempre está donde tú estás...

Me encogí de hombros.

—Casualidades de la vida, nada más. Yo no estaba en condiciones de atender a mi padre y él volvía de trabajar. Así fue que nos encontró en ese estado.

—Expliqué, tratando de controlar los latidos acelerados de mi corazón.

—¿Y estuviste en su casa?

Pero bueno ese interrogatorio, ¿a qué venía?

Asentí y observé que su ceja volvía a su sitio y que se quedaba muy serio, soltando un bufido molesto.

—No es más que un amigo que nos echó un cable Kevin...

«Y que querías que te besara.» Recordó la traidora de mi mente.

Me miró y luego se acercó a mí, envolviéndome en sus brazos y estrechándome contra él.

—Perdona, quizá me he puesto un poco tonto, pero es que no puedo evitar que me dé celos el que hayas estado en casa de otro tío. Si te digo la verdad, me hubiera gustado haber estado en su lugar y haberos podido ayudar cuando más lo necesitabais. —El beso que me dio en la frente, me reconfortó— Me da celos hasta el hecho de que haya sido tu salvador y no yo. —Comentó, soltando varias carcajadas leves.

Mi padre regresó con los refrescos, devolviéndome el gesto de interrupción con el que yo le había obsequiado a él minutos antes, pues cuando apareció, estaba a punto de decirle a Kevin que a mí también me hubiera gustado tenerlo de salvador.

Ahora que lo pensaba, por lo menos estaba segura de que Kevin no se habría disculpado conmigo por haberme besado.

Nos sentamos en la mesa con mi padre y nos tomamos el Nester con unas aceitunas que había puesto de acompañamiento.

Estuvimos hablando de todo un poco y, tras esto, nos fuimos a la piscina, dejándole feliz y tranquilo al ver que Kevin se había convertido en un gran hombre.

Una vez allí, no pude evitar buscar con la mirada al señor mosquito.

Lo divisé sentado en una silla blanca de plástico, bajo una sombrilla del color rojo de sus pantalones.

Mi corazón comenzó a bombear fuertemente mientras Kevin se ponía a buscar el mejor sitio para los dos.

Parecía que el socorrista no se había dado cuenta de mi presencia, aunque era difícil saberlo con total certeza porque sus ojos estaban cubiertos por las gafas de sol.

Busqué a Rubén también y lo encontré dando vueltas en la piscina mediana. Inconscientemente comencé a mordisquear la uña de mi dedo pulgar, nerviosa, y al mismo tiempo mi mente me regañaba por sentirme así, puesto que yo no le tenía que dar explicaciones a nadie.

Hasta la fecha, yo era soltera, mientras que Kevin no me propusiera que fuéramos algo más.

—¿Qué te parece aquí?

La voz del susodicho me sacó de mis pensamientos.

Lo miré y sentí que el corazón se me detenía; ¡estaba justo de cara en donde Óscar ponía su atención!

Mis ojos se abrieron como platos y pasaron de Kevin a la silueta del socorrista, quien estaba bostezando sin haberse dado cuenta de nada.

—La madre que... —Detuve mis palabras a mitad, mientras caminaba a toda prisa hasta dónde estaba el hombre de mis sueños y lo cogía de la mano, conduciéndolo a la zona de césped que había tras un árbol— Mejor aquí, ¿no?

—Propuse sin pensar y sin percatarme de que Kevin miraba el sitio con cara de disgusto, mientras yo controlaba que Óscar no nos hubiera visto.

—¿Estás segura, Maica? Aquí no nos va a dar el sol...

En ese momento miré el lugar y solté un suspiro cargado.

¿Qué narices estaba haciendo? ¿Por qué me escondía del socorrista como si fuera una delincuente?

Tenía total libertad y derecho de hacer lo que me daba la gana. Entonces, ¿por qué me sentía tan incómoda y me importaba tanto lo que pudiera pensar aquella avispa sinvergüenza con gafas?

Decidí que no iba a hacer más el idiota.

Era una mujer libre y, por lo tanto, podía estar con quien a mí se me antojara.

—Tienes razón, mejor nos cogemos el sitio que habías dicho. —Decidí, mientras caminaba a esa zona y tendía mi toalla sobre el césped.

—Menos mal que has recapacitado... —Escuché que decía mi amigo— Ya me estaba preocupando que quisieras quedarte ahí.

—Y a mí. —Aseguré con una sonrisa mientras me descalzaba.

Kevin se quitó la camisa y... ¡Virgencita, virgencita! ¡Qué con hombres así a una se le hace demasiado fácil caer en la tentación de pecar lo que quiera!

Su musculatura estaba muy bien definida.

—¡Caray con los de Sevilla! —Exclamé, haciendo evidente el escrutinio de mis ojos por todo su cuerpo.

Se echó a reír y se colocó en su toalla, observándome detenidamente.

—Ahora te toca a ti enseñarme la mercancía que llevas ahí debajo.

Mis mejillas se tornaron más rojas que los tomates, pero aun así quise provocarlo y, al mismo tiempo, que supiera lo que se había perdido durante todos aquellos años.

Me quité la camisa y Kevin se quedó sin habla.

Yo sentía como su mirada recorría cada centímetro de mi piel.

Acto seguido, continué deshaciéndome de los pantalones y le miré con una sonrisa pícaro y una ceja alzada.

—¿Qué tal? —Quise saber.

—Uff... —Sus ojos continuaron recorriéndome de pies a cabeza y viceversa— De pronto siento que el calor ha aumentado, creo que voy a tener que recurrir al remedio que tengo más cerca.

—¿A mí? —Pregunté con coquetería, mientras me agachaba de rodillas sobre mi toalla, cogía la crema y comenzaba a extenderla por mis piernas.

Él negó con la cabeza, esbozando una sonrisa traviesa.

—Maica, Maica, Maica... No me provoques que estamos delante de mucha gente.

Me carcajeé y lo miré de reojo, mordiendo mi labio inferior de forma sutil.

—¿Quieres hacerme el favor de echarme por la espalda, Kevin el cachas? —El tono pícaro con el que formulé la pregunta, hizo que se le hinchara un poco algo que tenía entre las piernas.

Trató de disimularlo, pero para mí fue bastante evidente.

Cogió la crema sin decir nada y, mientras yo me tumbaba boca abajo, se echó en la mano un poco para propagarla por mi espalda.

—Maica, Maica... me estás provocando demasiado.

—Ya lo he visto. —Contesté, divertida.

—¿Te parece gracioso? — Preguntó con tono seductor.

—Mucho.

En ese momento sentí como sus manos bajaban por la curva de mi espalda y pasaban a mi trasero, dándome un leve apretón en una nalga.

El gesto en sí, me puso como una moto.

Lo debió de notar, porque a continuación se levantó y dijo:

—Me voy al agua.

Me di la vuelta y lo miré con la boca abierta.

—¿Te parece gracioso? —Repetí su pregunta sin darme cuenta.

—Mucho. —Se rio, pagándome con la misma moneda.

Pero como yo soy así de guay, no le iba a dejar que se saliera con la suya.

De modo que me incorporé rápidamente, corrí lo más sigilosa que pude hasta donde estaba Kevin tocando el agua con el pie y lo empujé, tirándolo a esta.

Él asomó la cabeza unos segundos después con los ojos abiertos de par en par.

—¡Qué fría! —Exclamó.

—No decías que tenías mucho calor... —Comenté con provocación— No podía dejar que mi Kevin se asara como una castaña, así que te he dado un pequeño empujoncito.

En ese momento, él se rio con malicia y comenzó a echarme agua encima.

Yo grité al notar lo fría que estaba y salí corriendo a la toalla, pero Kevin salió con rapidez y, a gran velocidad, me cogió en brazos y corrió conmigo a la piscina, donde se zambulló.

Aproveché que estaba bajo el agua y bucéé hasta el borde.

Mi amigo me siguió y asomamos nuestras cabezas en la superficie, riéndonos.

—Sí que está fría hoy, sí. —Comenté con diversión.

—Bueno... mejor. —Agregó, mientras se acercaba a mí y me acorralaba entre el borde de la piscina y su cuerpo— Así puedo darte yo el calor. —Puso sus manos en el bordillo, se acercó a mis labios y me besó con pasión, apretando sus músculos contra mi silueta femenina.

Esta vez sí me dejé llevar por sus besos y sentí como su lengua invadía mi boca.

Rodeé su cuello con mis brazos, aprovechando que no tenía la necesidad de mantenerme sujeta a ningún lado y envolví su cintura con mis piernas.

Él hizo el beso más profundo y yo también saqué mi lengua a jugar con la suya.

Tal como me dijo Andrea, bastó que probara sus labios para darme cuenta de lo bien que sabían y lo mucho que me gustaba, pero en ningún momento sentí mi respiración acelerarse, ni mi pecho latir desbocado como con Óscar.

—Disculpad.

Y hablando del rey de Roma...

Cuando Kevin y yo interrumpimos nuestro beso para mirar al que se estaba dirigiendo a nosotros, me cagué mentalmente en todos los ancestros que habían contribuido a que ese babuino de la época de las cavernas naciera.

El dichoso abejorro disfrazado de socorrista estaba delante de nosotros y nos miraba con cara de pocos amigos.

—Intentad ser más disimulados, por favor, hay niños en el agua. —Dijo, hoscamente.

¡Qué casualidad que solo había niños en el agua para nosotros, para las otras cuatro parejas que había en la piscina comiéndose a besos, no había críos!

Mi ceño no podía fruncirse más porque, de lo contrario, mis cejas y mis ojos se hubieran convertido en uno solo, pero me estaban dando ganas de salir y matar al puñetero gusano que tenía delante. ¿;Quién se había creído!?

Y lo más importante, ¿qué narices pretendía?

Había dejado muy claro lo que sentía al respecto y aun así parecía emperrado en fastidiarme.

—¿Por qué no vas y se lo dices al resto de parejas que están haciendo lo mismo?

—Pregunté, dejando en evidencia que me había molestado su llamada de atención.

—Ellos no se están besando de forma indecorosa, vosotros sí. —Espetó.

Mi rostro se desencajó por completo.

—¡No hemos hecho nada que no hayan hecho ellos! —Exclamé, indignada.

—Maica, cariño, cálmate... —Dijo Kevin, al ver que comenzaba a alterarme.

—¡No me quiero calmar! ¡Este palurdo solo viene a echarnos la bronca a nosotros cuando

hay más gente haciendo lo mismo!

El socorrista apretó su mandíbula y soltó un sonoro suspiro, cabreado.

—Harías bien en escuchar a tu novio, Maica. Aquí no soy tu amigo, soy el socorrista y si te digo que seas más disimulada porque hay niños, lo haces y punto.

Lo juro, el agua a mi alrededor estaba en ebullición y las ganas de darle a ese con *to'* la mano abierta, no me las quitaba nadie.

—Por niños, te refieres a ti, ¿a qué sí? —Escupí con el rostro acalorado.

El mosquito me miró con las cejas alzadas y los brazos cruzados.

—No sé de qué hablas, Maica.

¡Encima se hacía el loco!

Me apoyé en el bordillo y salí del agua con el rostro cargado de ira.

Kevin repitió mi gesto y salió tras de mí, colocando sus manos en mis hombros para tratar de serenarme.

Me conocía demasiado bien...

—¡Claro que lo sabes! —Exclamé —Eres un ser ruin y despreciable que lo único que quiere es joderme todo lo que puede y más, hasta el punto de actuar como un mocoso caprichoso. ¿Por qué?, ¿eh?, ¿qué es lo que tanto te reconcome por dentro?

Óscar me miró fijamente en silencio, yo hice lo mismo, enfocando mi vista a la oscuridad de sus gafas de sol, ya que no se le veían los ojos.

Sentía que su mirada era de reto, al igual que la mía, pero no me importaba.

No quería siquiera que me explicara por qué se comportaba como lo hacía, simplemente que parara de hacerlo.

—Tú límitate a hacer caso. A menos que quieras obligarme a echarte.

¡Esto ya era el colmo! Sentí como mi enfado crecía y crecía todavía más.

—¡Me estás amenazando! —Grité.

En esos momentos, Rubén apareció a nuestro lado, confuso al ver mi rostro envuelto en el manto de la ira.

—¿Qué está pasando? —Preguntó con desconcierto.

—Pues, ¿tú qué crees? —Ironizó— Que la señorita, como de costumbre, quiere hacer lo que le dé la gana.

—¡No estoy haciendo nada que otras parejas no estén haciendo! —Discutí y llevé mi atención a Rubén— Dice que está prohibido darse besos en el agua.

Rubén alzó las cejas con sorpresa y giró su rostro, confuso, en dirección a Óscar.

—Una cosa son los besos y otra muy diferente que estéis a punto de hacerlo en el agua.

Mi mandíbula se abrió de forma automática. ¡Yo estaba flipando!

—¡Solo era un morreo! Aquí todas las parejas se morrean, llevo años viniendo a esta piscina y lo sé perfectamente.

Kevin, el pobre, estaba que no podía decir nada por qué sabía que en esos momentos era capaz de saltarle a la yugular a cualquiera, Rubén alucinaba en colores, Óscar me miraba con enfado y con el músculo de su mandíbula tenso, y yo... yo no estaba menos cabreada que él.

La única diferencia es que yo sí tenía motivos.

Gracias al alboroto de la gente que había en la piscina, nadie estaba pendiente de nuestra discusión, porque si no, hubiera hecho ya rato que nos habríamos metido en problemas.

—Óscar, —dijo Rubén en un tono calmado, sin comprender qué le pasaba a su amigo y, si os digo la verdad, ya éramos dos— No creo que los morreos...

—¡Cállate, Rubén! —Interrumpió de malhumor— Acabas de empezar, yo llevo

prácticamente tres veranos aquí, así que sé de sobra lo que se puede o no hacer.

—Volvió su atención a mí y a Kevin— Os lo he advertido.

Dicho esto, nos dio la espalda y se fue.

—¡Maldita sea su estampa! —Exclamé con furia.

—Tranquila, Maica. —Dijo Kevin mientras me atraía a él y me daba un abrazo.

Rubén se nos quedó mirando un momento y fue a marcharse, pero detuvo sus pasos.

—Maica... No sé si es un mal momento para pedirte un favor...

Inspiré profundamente y expiré antes de negar con la cabeza, indicándole que me pidiera lo que quisiera.

—Verás, va a ser el cumpleaños de Andrea y... me gustaría que me dijeras lo qué puede gustarle para tener una idea sobre su regalo.

Sonreí al escucharle y asentí.

—¿Podrías pasarte por aquí a las nueve y media que acaba el entrenamiento y darme ideas? —Preguntó con su habitual timidez.

—Claro, sin problema. —Contesté, sintiéndome más calmada y esbozando una leve sonrisa.

Cuando Rubén se fue, Kevin y yo volvimos a nuestra toalla.

La verdad es que se me habían quitado las ganas de volver a meterme en el agua de inmediato, y todo por culpa de ese estúpido.

—No sabía que Óscar trabajaba aquí. —Comentó, muy serio, sentándose sobre la toalla— Por cierto... —Dijo clavando su mirada en la mía— ¿Se puede saber por qué, si es tu amigo, es un ser ruin y despreciable que solo quiere joderte?

Yo desvié mis ojos hacia la piscina mientras acariciaba, nerviosa, las briznas de hierba con los dedos.

—Es lo que te dije en el Burger... —Expliqué— Por eso nos hacía la puñeta todo el tiempo, porque yo le acusé de mala vigilancia aquí y estaba en plan vengativo.

Kevin alzó una ceja al escucharme y desvió la mirada, colocándola en la figura distante de Óscar, quien estaba situado en la silla que ocupaba cuando habíamos llegado.

—Por lo que veo no sabía demasiadas cosas de vosotros dos.

Cuando me fijé en él, tenía la mirada perdida en el suelo y fruncía el ceño.

—Lo conocí ese día y no nos hemos llevado bien. Ya te dije qué te lo contaría en algún momento y hasta el día de hoy no he tenido ocasión. —Expliqué, sintiendo un nudo en mi garganta— No tienes de qué preocuparte, Kevin, él no es... Bueno, ya lo has visto, nos llevamos como el perro y el gato.

—Parecía celoso, Maica. —Mis ojos se abrieron de par en par— Estaba bastante claro que no le hacía ninguna gracia verte conmigo, por eso no ha llamado la atención de las demás parejas.

Yo me limité a negar con la cabeza.

—Si ha actuado así no es por celos, créeme, sino por fastidiarme. Me la tiene jurada desde aquella vez y, aunque le pedí disculpas por haberme equivocado, no parece que esté conforme con eso.

—Si eso fuera verdad Maica, ¿por qué se molestaría tanto en ayudaros a tu padre y a ti hasta el punto de dejaros entrar en su casa?

Yo me froté la frente, sintiendo que comenzaba a dolerme un poco la cabeza.

—Kevin, no creo que todo el mundo sea tan despiadado como para no ayudar a alguien que tiene una emergencia. A fin de cuentas, todos somos personas y yo le dije que mi padre tenía *Toc*, así que supongo que lo qué quiso es que él estuviese más tranquilo.

Se quedó mirándome unos instantes y acabó asintiendo, pero sabía que no estaba muy conforme.

—Entonces le conoces de aquí...

Asentí en respuesta a sus palabras.

—Y el otro chico que te ha dicho que vengas después a eso de las nueve, ¿quién es?

—Es Rubén, un amigo de Óscar, pero también es amigo de Laura y Andrea...

—Le miré con una leve sonrisa— No tienes nada de qué preocuparte, le gusta Andy.

—No me preocupa precisamente él... —Comentó, haciéndome entender que, en realidad, quien le preocupaba era Óscar.

—De él menos todavía... Ya has visto lo mal que nos llevamos. —Me levanté y, esbozando mi mejor sonrisa, cambié de tema— ¿Qué te parece si te invito a un helado?

Me miró un momento con expresión de sorpresa y enarcó ambas cejas.

—¿Qué? —Pregunté, encogiéndome de hombros— No vamos a dejar que nos amargue la tarde, ¿no?

Sus ojos reflejaron algo de inseguridad durante unos segundos, pero cuando volvió a posar la vista en mí, me sonrió con afecto.

—Está bien... Y lo lamento, Maica. Sé que eres una mujer libre y que por el momento estamos viendo qué tal va la cosa, pero no puedo evitar sentir celos de cualquier otro que pueda interponerse.

Mi corazón casi da un vuelco de la emoción.

Kevin, ¡mi Kevin!, estaba hasta más celoso de lo que se había puesto con mi padre cuando habíamos estado en mi casa y, os puede parecer algo cruel, pero no voy a negar que me gustaba ver que le importaba.

Había pasado tantos años soñando con que me mirara de aquella forma que, en ese preciso instante, solo me entraban ganas de pellizcarme en el brazo para asegurarme de que no era solo un sueño.

Me acerqué hasta él esbozando una tierna sonrisa y le di un suave beso en los labios.

—No te preocupes. —Dije, sintiéndome feliz al ver que sus ojos volvían a mirarme como antes de que ocurriera el incidente con quien ya sabéis— ¿Qué helado vas a querer?

—Pues con gusto te comería a ti, pero como no se puede, me conformo con el Maxi Boom.

Su respuesta me hizo soltar varias carcajadas.

—No se puede ahora, pero nunca se sabe cuándo puede llegar el momento.

—Insinué con picardía, mientras cogía mi monedero y me marchaba moviendo las caderas de forma provocativa.

Al llegar a la cafetería me topé con el señor mosquito, que regresaba con una botella de agua fría en las manos.

Él posó sus ojos en mí, pero yo fingí indiferencia y ninguno de los dos nos dirigimos la palabra.

Compré el helado de Kevin y un cono de trufa y nata para mí.

Regresé con él, donde disfrutamos del helado y después nos dimos un buen baño entre risas y cariñitos, tirándonos por el tobogán.

En varias ocasiones, sentí la mirada de la avispa sobre nosotros, pero traté de ignorarlo todo el tiempo.

A la hora de la comida, nos pusimos a tomar el sol mientras veíamos los dibujos que hacían las nubes que pasaban por el cielo.

Tras comer, tuve la típica llamada de la naturaleza, así que aproveché que Kevin se había

quedado dormido sobre la toalla, para ir a vaciar mi vejiga.

Una vez salí del cuarto de baño, volví a encontrarme con míster simpatía, el cual, esta vez, ni me miró.

Cuando volví al lado de mi amigo, vi que seguía dormido, así que decidí echarme en mi toalla y cogí el móvil para ponerme un poco de música en los auriculares.

Al encender la pantalla, apareció el icono del *WhatsApp*.

Lo abrí y se trataba del grupo que tenía con las chicas:

Andy: *Buenos días bombones (Icono beso)*

Laura: *Buenos días mis churris (Icono corazón)*

Andy: *¿Qué tal está yendo esta mañanita?*

Laura: *Genial, pero sé de alguien que se lo estará pasando en grande...*

Andy: *(Carita riendo)*

Laura: *Maica, ¿qué tal vas con tus caballeros de brillante armadura? (Icono sonrisa pícara)*

Al leer eso puse los ojos en blanco.

Querrían decir “caballero”, porque si la palabra en plural la estaban escribiendo por el socobobo...

Andy: *Nos vas a tener que contar todo cuando nos veamos.*

Laura: *Eso seguro. (Icono broma)*

Solté un suspiro, acompañado de una sonrisa, y decidí contestarles.

Maica: *Buenas chicas, pues a uno lo tengo aquí al lado casi roncando y al otro ni siquiera le dirijo la palabra.*

Laura: *¡Desaparecida! ¿Qué ha pasado?*

Andy: *(Carita sorprendida)*

Maica: *Digamos que hemos vuelto a tener uno de nuestros famosos encontronazos.*

Andy: *Ya te lo dije, Laura... Es un no parar. (Carita riendo)*

Maica: *(Carita sorprendida) ¿Qué quieres decir con eso?*

Andy: *Era más que obvio que el socorrista se iba a picar si te veía con Kevin, nena. ¡Celos al poder!*

Laura: *(Icono riendo) Aquí hay tema...*

Maica: *¡Sois las dos más bobas que él!*

Andy: *Sí, pero nos quieres. (Icono corazón)*

Solté una leve carcajada al leer aquello.

Era cierto, las quería muchísimo.

Maica: *Creo que he conseguido dejarlo mudo del todo, no ha vuelto a dirigirme la palabra.*

Laura: *¿Y eso te molesta?*

Al leer la pregunta de Laura me quedé pensativa.

A decir verdad, me molestaba bastante y ni siquiera sabía por qué.

A fin de cuentas, estaba muy cabreada con él hasta el punto de no querer hablarle y viceversa, ¿no?

Andy: *Ese silencio es sospechoso.*

Maica: *Me da igual.*

Laura: *¡Qué mentirosa! (Carita riendo)*

Andy: *¡Anda que no se ha notado! (Carita riendo)*

Desde luego, estás amigas mías me conocían bien, demasiado bien.

Escuché una respiración profunda a mi lado y observé a Kevin, que se estaba comenzando a

despertar y me miraba con una sonrisa.

—¿Quieres que volvamos a darnos un baño?

Sonreí y asentí, incorporándome mientras escribía a mis amigas.

Maica: *Chicas, el bello durmiente se ha despertado. Me voy a dar un baño con él, hablamos más tarde.*



9. PEZ FUERA DEL AGUA

Kevin y yo pasamos el resto de la tarde tirándonos por los toboganes, bebiendo refrescos, dándonos besos, hablando de las cosas que queríamos hacer, de otras que nos gustaría repetir de cuando éramos adolescentes.

Tomamos el sol y, cuando fue la hora, nos fuimos a casa.

Se despidió de mí con un beso increíblemente apasionado, aprovechando que el mosquito no iba a aparecer para fastidiarlo todo como de costumbre.

Quedamos en que me llamaría antes de dormir para darme las buenas noches y, ya de paso, hablaríamos de quedar otro día, ya que al día siguiente se iba con David y Pablo.

Al llegar a casa me duché y me vestí con un pantalón corto, rojo y una camiseta de tirantes negra con escote triangular.

Me peiné el cabello, dejando que se secara al aire y puse la alarma en mi teléfono móvil para que me avisara e ir a la piscina a hablar con Rubén, tal y como habíamos quedado.

Aproveché que quedaba un ratito, aunque fuera corto, para hacer una videollamada por *WhatsApp* a mis amigas:

—¡Pillina! —Exclamó Andrea, haciéndome reír.

—¿Qué tal con Kevin? —Preguntó Laura con una sonrisa traviesa.

—Genial, chicas. Hoy por fin he podido catarlo como dios manda.

Las tres emitimos un grito de júbilo.

—Y qué, ¿qué has sentido? —Preguntó Andy.

Ambas miraron muy atentamente a la pantalla.

—Pues ha estado muy bien, la verdad.

—¿Mejor que con Óscar?

Si Laura quería amargarme la tarde, desde luego lo iba a conseguir.

—No quiero hablar de ese chimpancé.

—Uy, uy, uy... —Soltaron ambas.

—Uy, uy, uy, ¿qué? —Las miré con el ceño fruncido.

—Está claro que te ha hinchado bien las narices. —Comentó Andrea, soltando varias carcajadas.

—Hay tema. —Afirmó Laura, repitiendo lo que había escrito esa tarde por *WhatsApp*.

—¡Aquí no hay tema de nada! —Exclamé— No tenéis ni idea de cómo se ha comportado ese orangután.

—Cuéntanoslo, pero mejor en persona. Aunque, nos digas lo que nos digas, sabemos que se ha comportado de esa forma por celos.

—Laura, ni por celos, ni por nada. Parece que cuando os cuento las cosas no escucháis. —

Expresé hoscamente.

—Maica, nena, no te pongas así, es solo qué...

El sonido de la alarma interrumpió las palabras de Andrea, tenía que ponerme en marcha a la piscina o llegaría tarde.

Apagué la alarma y volví a la conversación.

—Me tengo que ir, pero quedamos mañana por la mañana para desayunar y os lo cuento todo con detalle.

—De acuerdo, quedamos a las diez en tu casa Maica, vamos a recogerte.

—Sonrió Laura.

—Por mí, fenomenal. —Se apuntó Andy— Y ya de paso nos dices a dónde ibas hoy con tanta prisa.

—Bien chicas. —Me apresuré a despedirme— Hasta mañana, ¡os quiero!

—¡Y nosotras! —Exclamaron las dos al unísono.

Colgué la llamada y salí de mi casa a toda prisa.

Cuando llegué, el silencio absoluto me dio la bienvenida en la piscina.

Daba gusto en comparación a cuando una está allí con el resto de la gente.

El único ruido que se escuchaba era el de alguien nadando en el agua.

El mostrador estaba vacío, así que me colé dentro sin problemas.

Busqué a Rubén y lo encontré recogiendo las sillas sueltas que cogía la gente para sentarse en el césped cuando no les apetecía tumbarse en las toallas.

Me acerqué a él y le di unos pequeños toques con el dedo índice sobre el hombro para llamar su atención.

—¡Maica! —Saludó alegremente —Gracias por venir.

Se acercó a mí y me dio dos besos.

—No hay de qué. —Dije con una sonrisa.

La verdad es que el chico era simpático, comenzaba a caerme bien.

—Sé que no nos conocemos demasiado, pero no sabía a quién más pedirle el favor.

—No te preocupes, a mí no me supone ningún esfuerzo, de veras. —Declaré.

—Genial, entonces espérame un momento aquí en lo que voy al vestuario a por la libreta.

Tras decir esto se introdujo en la caseta de los servicios y los vestuarios.

Yo aproveché para darle un repaso a la piscina, parecía muy diferente a como era cuando la gente estaba allí.

Se encontraba muy solitaria y tranquila, excepto por unos cuantos chicos que nadaban de un extremo al otro en silencio.

Introduje la mano en los bolsillos de mi pantalón, sacando el envoltorio de un antiguo chicle.

Busqué una papelera con la mirada y cuando la divisé, fui a deshacerme de él.

—Vaya, vaya... —Me giré en dirección a esa voz y mis ojos se abrieron como platos al ver a Óscar apoyarse en el borde y salir del agua.

La imagen de ese torso definido y musculado al que le chorreaban gotas por todas partes, me puso el corazón a mil

—La princesita viene sin su hombre perfecto.

Al escuchar la ironía con la que mentaba a Kevin, algo dentro de mí se encendió. Automáticamente comenzaron a pasar por mi mente los recuerdos de la discusión que habíamos tenido aquella mañana.

Vale que a mí me hablara de forma hosca por lo que había ocurrido, pero Kevin... El día

que estuvimos en el cine fue demasiado amable con él como para que hablara de esa manera al mencionarle.

—Pero, ¿se puede saber que tienes tú contra mi amigo? —Vi que desviaba la mirada hacia un lado y soltaba un bufido— Creo que ha sido muy amable contigo como para que le menciones con ese tono irónico e insultante.

—No me hagas hablar, Maica. —Fue todo lo que dijo.

—¿Hablar de qué? Tal vez deberíamos hablar del comportamiento inmaduro que has tenido esta mañana, queriendo fastidiarme una y otra vez... —Puse mis brazos en jarras, observándolo con cara de pocos amigos e ignorando que estaba mojado y medio desnudo ante mí.

Esa maldita sonrisa que indicaba lo mucho que le divertía mi reacción, volvió a aparecer en su rostro...

Señor, ¡como la odiaba!

—Inmadura has sido tú, que pareces una niña caprichosa que cuando no le dan el caramelo que quiere, patalea.

—Mira... —Comencé a decir con los dientes apretados, mientras me acercaba a él y le daba varios toques en el pecho con mi dedo

Cabe decir que... ¡Menudos músculos! Estaban como una piedra.

—Entérate de que aquí el único caprichoso que hay eres tú, mosquito molesto. No entiendo por qué continúas jugando de esa forma a darme por saco, no lo entiendo.

Él fijó la mirada en su pecho, justo donde le había asestado los golpecitos, tenía una mirada y una sonrisa irónicas.

Acto seguido, volvió a mirarme a mí.

—Para empezar, habéis sido tú y tu “superhombre perfecto” los que os habéis estado morreando delante de los niños como si esto fuera una película porno, ¿está claro?

Me quedé estupefacta ante esa afirmación.

No habíamos hecho nada indecoroso y él lo sabía, no podía comprender por qué seguía insistiendo en que estábamos haciendo cosas que no eran verdad.

—Me parece que necesitas gafas, niño, si de verdad te crees lo que estás afirmando. —Escupí hoscamente.

—Y tú necesitarías tener un poco más de vergüenza.

—¡Por qué tú lo digas! —Exclamé, molesta.

—Sí, porque yo lo digo. Que no se te olvide que soy el socorrista.

—¡Tú solo eres el socorrista cuando a ti te interesa! —Me quejé en voz alta— Qué casualidad que solo ejerces de eso cuando se trata de mí, porque al resto de parejas no les has dicho absolutamente nada.

—Por qué ellos no estaban a punto de montárselo en el agua. —Escupió.

Mira, mira...

Intentar sosegar me con ese babuino delante de mí, diciéndome cosas que no eran ciertas, me estaba resultando de lo más difícil.

—Escúchame bien... ¡Orangután! —Vale, sí, estaba perdiendo los estribos— Aquí nadie estaba a punto de nada. A ti lo que te fastidia es que hagas lo que hagas no consigues tu propósito.

—¿No crees que ya eres un poco mayorcita como para creerte esos cuentos infantiles?

Su sonrisa socarrona me estaba crispando los nervios.

Pero, ¿¡quién se creía!?

—¡Aquí el único infantil eres tú, estúpido! —Grité.

En ese momento se quedó en silencio.

Su mirada se tornó intimidante y su cuerpo se inclinó, quedando con su cara a muy pocos centímetros de la mía.

Mi silueta tembló en ese momento y tragué saliva con dificultad, pero sus ojos no me miraban como aquellas veces en las que me había besado, no, me miraban con un desafío evidente.

—Ya me has insultado varias veces, atrévete a hacerlo de nuevo y tendrás que atenerte a las consecuencias.

¡Ese de que iba!

Si se creía que me iba a intimidar iba listo.

—¡Estúpido! —Exclamé— A mí no vas a achantarme.

Una sonrisa de medio lado apareció en su rostro y, en combinación con esa mirada, parecía un demonio.

—Tú lo has querido.

Sin darme tiempo a reaccionar, me vi cargada en su hombro como un saco de patatas.

Comencé a propinarle patadas y puñetazos, pero el muy canalla ni se inmutaba.

—¡De qué narices vas! ¡Suéltame, asno!

—Como mande la señora.

Todo pasó muy rápido.

Mi cuerpo acabó en la piscina y, bajo el agua, escuché las risotadas de los compañeros de natación de aquel impresentable.

Una vez asomé la cabeza, lo miré con el rostro desencajado por la ira.

El muy malnacido se estaba riendo a gusto.

—¡Asqueroso, estúpido, engreído! —Todos los insultos del mundo pasaron por mi boca.

—No te pongas así, mujer. —Dijo con sorna y riéndose para sus adentros— Solo he hecho mi trabajo. —Se encogió de hombros— Estabas demasiado acalorada y te he socorrido.

Le lancé agua todo lo que pude, soltando toda clase de improperios por la boca.

Nadé hasta la escalera y salí con la ropa completamente empapada y pegada al cuerpo, tan pegada que hasta el sujetador se me transparentaba bajo la camiseta.

Miré con odio al socorrista, que todavía tenía esa sonrisa burlona en sus labios, sonrisa que me estaban dando ganas de borrar a puñetazos.

Dicho y hecho, me abalancé hacia él y comencé a golpear su pecho con todas mis fuerzas, hasta le propiné un bofetón.

—¡Te odio! —Grité— ¡Eres un canalla de la peor clase! ¡Te odio con todas mis fuerzas, asqueroso!

Él pudo ver que estaba fuera de mí, pues trató de detener cada uno de mis movimientos para golpearle.

—Cálmate.

Continuó diciendo esa palabra una y otra vez, hasta que consiguió retener mis manos con la suya en mi espalda y me sujetó por la nuca, haciendo que le mirara.

Cuando fijé mis ojos en los suyos, estaba muy cerca de mi rostro, tan cerca, que podía sentir su respiración tan acelerada como la mía.

Lo miré, alzando la cabeza con enfado e intentando soltarme de su amarre.

Fue entonces cuando abalanzó su boca sobre la mía y me besó con una intensidad casi insoportable.

Su boca era dura y exigente.

Devoró la mía con tanto fuego, que mis extremidades flaquearon ante su contacto.

Los hombres que estaban en el agua se quedaron en silencio y, de golpe a repente, todo lo que había alrededor de nosotros pareció desaparecer para mí.

Mi cuerpo reaccionó al elixir de sus labios y abrí los míos, sintiendo como su lengua invadía mi boca y mi cabeza daba vueltas.

La mano que tan firmemente agarraba las mías tras mi espalda, presionaron, haciendo que mi cuerpo empapado se pegara por completo al suyo.

Sentí que todo en mí ardía.

Mi sangre era como lava en mis venas.

No podía pensar, no podía siquiera acordarme de mi propio enfado, solo podía seguir saboreando aquella boca que me estaba dando el más apasionado de los besos.

La intensidad fue creciendo hasta el punto en que me sentí desfallecer, pero entonces algo en mi mente se despertó.

Me reprodujo la imagen del socorrista y yo en el pasillo de su casa, en el momento en que me dijo que sentía haberme besado.

Ese recuerdo hizo que despertara de aquel placentero instante y me dio las fuerzas para hacer que me soltara.

Inmediatamente me aparté como si su contacto me quemara.

Y, de hecho, así era.

Óscar me miró por un instante, estupefacto, como si no entendiera lo que había ocurrido, o lo que se le había pasado por la mente para volver a hacer eso.

Tomó conciencia y clavó sus ojos del color de las avellanas en los míos.

—Yo...

Fue todo lo que le dejé decir, pues me di media vuelta y me marché sin dejarle terminar siquiera la frase.

Lo sentía por Rubén, que había salido de la caseta antes de que yo llegara a la puerta y me había mirado sin entender por qué estaba mojada.

Había pasado de observarme a mí, a fijar la mirada en Óscar, que a su vez seguía teniendo la vista clavada en mí, mientras yo salía de allí.

De camino a casa, sentí el escozor de las lágrimas en mis ojos.

No entendía cómo es que había llegado a ese punto.

Nunca había perdido tanto los papeles como con ese hombre y, al mismo tiempo, sus besos me provocaban un mar de sensaciones indescriptibles.

Estaba confusa, rabiosa, empapada, tensa y al mismo tiempo acongojada.

Mis pasos se aceleraron y las lágrimas resbalaron por mi rostro, todavía sentía el calambre en los labios por los besos de aquel sinvergüenza.

—¡Maldito socorrista del demonio! ¡Te odio, Óscar! ¡te odio!

Y por si todo esto fuera poco, por la noche recibí un mensaje, justamente de la hermana del socobobo.



10. HASTA EL SÁBADO

A las diez y cuarto de la mañana entrábamos Laura, Andrea y yo a la cafetería *Kubala*, donde nos gustaba desayunar.

El lugar era pequeño, pero muy acogedor.

La barra era de cerámica y tenía tonos oscuros.

En la parte izquierda había una gran vitrina con variedad de bollería dulce y salada. En otra esquina estaba situado el tirador de cerveza con tres grifos y diferentes marcas de esta.

Los bancos de acero con asientos acolchados, estaban revestidos de vinilo blanco.

Detrás de la barra había estantes con unas pocas bebidas alcohólicas, una nevera con refrescos y la cafetera de acero que emitía su sonido habitual, preparando los cafés de los clientes que se sentaban donde las mesas redondas, colocadas en fila a la derecha.

Era un sitio perfecto para desayunar y almorzar.

Tomamos asiento en una de las mesas y, una vez sentada, apoyé mi rostro con desánimo sobre mis manos.

No me di cuenta, pero solté un bufido que no pasó desapercibido para mis dos mejores amigas.

—Nena, vaya cara traes. —Comentó Andrea, mientras hacía una señal al camarero para que se diera cuenta de que estábamos ahí.

—No he dormido apenas... —Contesté sin humor.

—No hace falta ni que lo digas, en cuanto te hemos visto te hemos confundido con un oso panda, ¡menudas ojeras!

Al escuchar a Laura, la miré con una mueca aburrida.

—Gracias por el comentario, pero ya me había mirado en el espejo.

—Uy, uy, uy, además de dormida, parece que estás de malhumor. —Andrea siempre tan observadora— ¿Pasó algo ayer?

Ni mi cara, ni el sonido ahogado que emití por la garganta, me ayudaron a poder disimular mi desagrado.

Dejé caer mi cabeza, enterrándola en mis brazos, cruzados sobre la mesa.

—Ha pasado algo. —Afirmó Laura, dándole un codazo leve a Andrea y, como si de un culebrón interesante se tratara, escuché como acercaban más sus sillas a la mesa, seguro que con cara de interés.

—Apuesto a que el tema va de uno vestido con camisa blanca y bañador rojo que lleva la palabra S.O.S escrita en la espalda. —Canturreó Andrea con una sonrisa pilla.

Levanté la cabeza y la miré como si fuera la peor amiga del mundo.

Sus ojos se desviaron.

Sí, como os podréis imaginar, la estaba asesinando con la mirada.

—¿Qué vais a tomar? —El camarero deshizo la tensión que, en un segundo, se había creado, y sentí como Andrea soltaba la respiración contenida al verse “salvada por la campana”.

—Yo quiero un *croissant* de esos tan jugosos de tu vitrina y un cortado descafeinado. —Pidió Laura.

—Para mí un vaso de leche con Cola Cao y otro *croissant*. —Dijo Andrea.

—Yo quiero un café con leche de sobre y una caracola de chocolate, que buena falta me hace.

El camarero se quedó descolocado por mi comentario y mis amigas asintieron inconscientemente, dándome la razón.

Se me notaba demasiado que no estaba pasando por un buen momento.

—Nena... —Escuché que decía Andrea, cuando el chico se marchaba a preparar nuestros desayunos— Si he dicho algo que te haya podido molestar...

Alcé la mano, deteniendo las palabras de mi amiga.

A fin de cuentas, no había hecho nada malo.

Ni siquiera sabía cómo habían transcurrido las cosas.

—No te disculpes, no has hecho nada, es solo que no estoy de humor y menos para hablar de ese tema, Andy.

Asintió, comprendiendo, y Laura estiró su brazo, cogiéndome la mano.

—No queremos tampoco agobiarte, tía, pero es que nos preocupamos por ti y, si Óscar te ha hecho algo malo, yo misma iré y si es necesario le daré un mamporro.

Una sonrisa asomó en la comisura de mis labios y varias carcajadas salieron de mi garganta al imaginarme a Laura yendo para darle una buena lección al socorrista.

—Al menos ya he conseguido que te rías, eso es algo. —Sonrió.

En ese momento regresó el camarero con nuestros pedidos y los dejó sobre la mesa.

—¿Cuánto es todo? —Preguntó Laura.

—¡No, tía...! —Comenzamos a protestar Andrea y yo al unísono.

—¡Eh! —Interrumpió ella— No quiero escuchar nada, invito yo y punto.

Como sabíamos que no íbamos a hacerla cambiar de idea, nos dimos por vencidas enseguida, la conocíamos demasiado bien.

Tras pagarle al chico, comenzamos a desayunar tranquilas.

Era extraño, pero el único sonido que se escuchaba era el de la gente que hablaba en la cafetería, porque nosotras aquella mañana estábamos de lo más calladas.

—Creo que se nos ha comido la lengua el gato. —Comentó Andrea minutos después, haciendo que nos riéramos.

—Tienes razón, hoy estamos más calladas que de costumbre, pero es que no tengo mucho que contar. —Explicó Laura, mientras le daba un sorbo a su café.

—Yo tampoco. —Admitió Andy, imitando su gesto y bebiendo de su Cola Cao.

«Muy bien, ahí os va eso...» Pensé.

—Óscar me besó ayer de nuevo.

Si lo llego a saber me calló.

La noticia les cayó a las dos tan de sopetón, que Laura escupió el café al frente, (por suerte yo no estaba sentada delante), y Andrea casi se atraganta con la leche.

—¡Maica, tía! —Exclamó la primera, sorprendida, mientras se secaba la boca con una servilleta y daba golpecitos en la espalda de Andrea, quien tosía como si el mismo demonio la estuviera asfixiando.

—Eso no se dice mientras estamos con líquido en la boca... —Añadió Andy con voz ahogada, mientras se recuperaba poco a poco.

—Lo siento, pero me ha salido así, de golpe.

—No pasa nada, no pasa nada. —Dijo tan rápidamente Laura, que parecía un trabalenguas.

Ambas volvieron a repetir el ritual de antes, acercando sus sillas con el interés reflejado en sus rostros.

—¿Y tan mal besa que te tiene tan decaída? —Preguntó Andrea.

Negué con la cabeza.

—Ufff, entonces debe de ser que te besó delante de Kevin y los dos galanes se pelearon por ti. —Trató de adivinar Laura con chispas en los ojos, haciendo que el entusiasmo de Andrea creciera.

—¡No fastidies! —Exclamó con emoción la segunda, pegando un pequeño bote en la silla, apoyando los codos sobre la mesa, tratando de acercarse más— ¿Ha sido eso?

—No. —Casi me rio al ver la cara de Andy al bajarse de la nube— Tuvimos una de nuestras famosas peleas.

—Eso ya nos lo esperábamos, tía —Manifestó Laura— Sobre todo si fuiste con Kevin.

—Es que nos echó la bronca por besarnos en el agua, ¿os lo podéis creer?

—Conté, volviendo a sentirme irritada.

Un resoplido se me escapó y desvié la mirada.

—¡Sí! —Contestaron ambas a la vez, captando mi atención de nuevo.

—Es lo que tienen los celos. —Aclaró Andy al ver mi cara de estupefacción.

—¡Qué celos, ni qué nada! Chicas, despertad, él solo quiere joderme.

—¡Despierta tú, Maica! —Respondió Laura— ¿Qué gana Óscar jodiéndote? Además, si quisiera hacer eso implicaría que te odia y que te bese no está en las características del odio.

—Pero sí lo está que lo haga y luego me diga que se arrepiente. —Rebatí.

—¿Le has preguntado si se arrepiente? —Cuestionó— Porque pudiste malinterpretar sus palabras.

Negué con la cabeza.

—Hasta vosotras mismas cuando os lo conté lo interpretasteis igual que yo.

—Eso fue antes de que nos contaras que te ha vuelto a meter la lengua hasta la campanilla. —Agregó Andrea, volviendo a dar un sorbo de su Cola Cao. Esta vez, sin atragantarse— En fin, dejemos eso y vayamos a lo interesante... —Dijo con una sonrisa en los labios— ¿Cuándo te besó? Si no fue delante de Kevin... ¿Acaso se esperó a que estuvieras sola? ¿Te pilló en algún lugar de las instalaciones de la piscina y decidió demostrarte quién es tu hombre?

Al escucharla hablar de esa manera, la miré abriendo los ojos como platos.

—No es mi hombre. —Espeté, tajante.

—Claro que sí. —Escupió Andy, guiñándome un ojo.

—Ya sabéis que yo con quien quiero estar es con Kevin...

—Ya... —Esta vez fue Laura quién habló— Y morrearte con Óscar.

—¡Maldita sea! —Exclamé, sintiéndome nerviosa y notando como el rubor subía a mis mejillas— Esta vez acabé yéndome por la puerta. —Aclaré tras respirar profundamente y sentir algo de calma.

—¡Ajá! Así que, sí que te cogió en alguna de las instalaciones de la piscina.

—Andrea se pasó la lengua por los labios, quitándose los restos del *croissant*, en un estúpido intento de disimular, al ver mi mirada asesina, de nuevo, posada sobre ella.

—No. —Acabé de contar— No puedo deciros por qué, pero tuve que ir a la piscina cuando

la habían cerrado... Había quedado de verme allí con alguien y Óscar estaba entrenando. Salió del agua y discutimos, así que acabó tirándome a la piscina.

Casi se les salen los ojos de las órbitas de lo mucho que los abrieron al escucharme.

—Cuando salí del agua, estaba fuera de mí. Me abalancé sobre él y comencé a golpearle.

—Lo que hubiera dado por ver eso. —Comentó Andrea, soltando una carcajada.

—En fin, forcejeamos porque él intentaba que me detuviera y... me besó.

—¡Toma ya! —La estupefacción que sentía Laura, pareció contagiársele a Andrea, porque ambas se miraron con la boca abierta.

—Ese hombre es todo pasión. —Declaró esta última, compartiendo varias carcajadas con Laura.

—¡Ese hombre es un idiota! —Exclamé— No tenía ningún derecho a hacer lo que hizo y menos después de haberme aclarado que las últimas veces no quería que hubiera sucedido.

—Por lo visto él no piensa lo mismo. —Observó Laura, mientras daba un nuevo sorbo a su cortado.

—No sé qué demonios tiene ese hombre en la cabeza para comportarse así...

Mi comentario era más para mí misma que para nadie, pero por lo visto lo dije lo suficientemente alto como para que las chicas me oyeran.

—Pues, ¡qué va a ser! Está completamente loco por ti, Maica. —Contestó Laura, y Andrea la apoyó con un asentimiento de cabeza.

—Y tú también lo estás por él.

Ese último comentario, salido de la boca de Andy, me devolvió a la realidad.

—¡Y un cuerno! ¡Eso sí que no!

Tras decir esto, di tal mordisco a mi caracola que seguro que, quién me viera, me compararía con un Yeti hambriento, arrancándole la cabeza a su víctima.

—¿Por qué no quieres admitir que sientes algo por él?

La pregunta de Laura me dejó descolocada, era más que evidente que entre ese y yo no había más que odio.

—For qué nos fodíamos, —dije con la boca llena— fe furla de mí, me fode mis fitas con Fevin, me fumilla, ficiendome que se f-arrepiente... —Me paré en seco para tragar el bocado y luego continué— ¿Cómo voy a sentir algo por alguien así?

—Entonces, si no te gusta siquiera, ¿por qué dejas que te bese y respondes a esos besos? —Preguntó Andrea, mirándome con las cejas alzadas.

Tenía que reconocer que ahí le había dado, pero me daba lo mismo.

Si había algo que no estaba dispuesta a admitir, era precisamente que ese cavernícola tenía algún efecto sobre mí, aparte del odio.

—Yo no he dicho que no me guste, obviamente está bueno y no estoy cegata, pero de ahí a sentir algo por él, van cinco planetas como este por lo menos.

Parece que con eso terminé haciendo que se dieran por vencidas, pues Laura rodó los ojos y Andy negó con la cabeza, terminándose su Cola cao.

—No. Puede. Ser...

Al escuchar las tres palabras pausadas que había emitido Laura, clavamos la atención en ella, que tenía la suya puesta en dirección a la barra.

Seguimos el recorrido que hacían sus ojos y nos quedamos alucinadas.

Fernando, el Fernando que tanto le gustaba a nuestra morena, estaba sentado allí con sus tres amigos, almorzando unos bocadillos y Coca Cola.

Parecía ser que ya había regresado de sus vacaciones.

—Pues sí que almuerza este pronto. —Fue todo lo que dije, mientras volvía a mi ritual de comerme la caracola rellena que tenía en las manos.

Laura no dijo nada, simplemente se levantó y se pasó las manos por la falda vaquera que llevaba esa mañana.

No necesitaba alisársela, pero fue un gesto que, tanto Andrea como yo, pudimos identificar como la aparición de sus habituales nervios.

Cada vez que lo veía, parecía perder el norte por completo.

Miré a Andy, que seguía con la vista clavada en Laura, la cual había empezado a caminar en dirección hacia donde estaba Fernando.

—Y luego decís de Óscar y de mí... —Comenté con las cejas completamente levantadas.

Andy siguió observándoles y, de un momento a otro, entrecerró sus ojos cambiando de expresión.

—Nunca me ha gustado ese tío, nena. —Comentó— Creo que es un gilipollas de mucho cuidado.

Inspiré profundamente y los miré mientras soltaba el aire.

—Ya, pero tiene que ser ella misma quien se dé cuenta. Se lo hemos dicho en innumerables ocasiones, pero sigue en sus trece.

—Me recuerda a alguien... —Dijo con la mirada fija en mí y nos acabamos carcajeando.

Al cabo de unos minutos, Laura regresó.

Su cara lo decía todo.

Cuando se sentó, se quedó pensativa y con la cabeza gacha.

—¿Qué ha pasado? —Pregunté.

—Para empezar, le he saludado y me ha mirado en plan: ‘¿y está que quiere?’ Me ha dicho un ‘hola’ secamente y ha continuado hablando con sus amigos como si yo no estuviera ahí.

—¿Cuándo te darás cuenta de qué tienes que dejar de ir detrás de él? —Andy pasó un brazo por sus hombros, consolándola.

Yo miré en la dirección donde estaban ellos, que se reían ajenos a todo.

—Yo digo que es gay.

Andy soltó unas cuantas risotadas al escucharme y Laura alzó la cabeza.

—¿Por qué crees eso? —Parpadeó varias veces, confusa.

—Pues, tía, ¡porque estás buenísima! —Aclaré como si fuera más que obvio— Creo que es el único tío en el mundo al que te acercas y no pierde el culo por querer salir contigo.

—De alguna manera, creo que es eso lo que le gusta. —Comentó Andy, ganándose una mirada de reprimenda por parte de Laura— ¿Qué? Es verdad, nena, parece que no importa cuántos feos te haga, tú te arrastras como las serpientes.

En esos momentos, me fijé en nuestra morena, estaba asintiendo con tristeza.

No pude evitar sentir lástima por ella.

Yo sabía lo que era estar enamorada de alguien y que este fuera ajeno a cualquier sentimiento que pasaba por tu ser cada vez que le veías.

Por suerte para mí, él también había estado interesado sin que yo lo supiera y, años después, me respondía como en esos tiempos no había podido hacerlo.

Pero con Laura era otro cantar.

Llevaba años enamorada de un chico que no solo ni la miraba, sino que además le hacía el vacío cada vez que iba a hablarle.

No volvimos a mencionar el tema, ni ese, ni el de Óscar.

Terminamos nuestros desayunos lo más pronto posible y nos fuimos del lugar.

Una vez fuera, dimos un paseo y visitamos distintas tiendas.

Aprovechando que una de estas era una zapatería, me compré unas sandalias de tacón de color negro, decoradas en la zona del tobillo con flecos al estilo indio.

—¿Por qué no nos vamos de marcha esta noche y ya de paso las estrenas?

—Propuso Andrea con entusiasmo— Creo que es un plan fantástico a la hora de animarnos, ¿qué me decís?

—¡Por mí, genial! —Exclamó Laura más contenta.

Ambas me miraron, esperando mi respuesta.

—Lo siento, chicas. Yo ya había hecho planes esta noche.

—¡Sin nosotras! —Andy me miró con la boca abierta como si hubiera cometido el peor de los pecados.

—A ver, si es con Kevin, es normal que no nos lleve de sujetavelas. —Comentó Laura, mirando a Andrea, que asintió con convencimiento.

—No, no es con Kevin. —En ese momento, ambas me miraron con la cara desencajada— Es con Claudia, la hermana de Óscar. Me escribió anoche y me dijo que su hermano no estaría en casa, así que hemos quedado para ver una película de las que nos gustan.

—Mejor me reservo para mí los comentarios. —Dijo Andrea, dándole un codazo a Laura y mirándola de reojo, sonriendo de medio lado.

Al ver ese gesto, me crucé de brazos y las miré a ambas con desconfianza.

—No te los reserves, me interesa saber de qué se tratan esos comentarios.

—Pues teniendo en cuenta que te vas con la hermana de tu peor enemigo en esta tierra, que no es otro que aquel con el que varias veces te has comido los morros... ¿Qué crees que será? — La cara de mi amiga era de absoluta diablura.

—Yo creo que está estrechando lazos con su futura cuñada. —Acabó por manifestar Laura y ambas chocaron la mano en señal de que se habían leído el pensamiento.

—¡Ahí estamos! —Exclamó Andrea, mientras emitían varias carcajadas y yo las miraba ahí, plantada, con los brazos cruzados como antes y las cejas alzadas, sorprendiéndome de lo que estaban diciendo.

—Sois tontas, las dos. Me voy a casa. —Dije, dándome la vuelta y yéndome.

—¡P-pero, tiaaaaa...! ¡No te vayas así! —Escuché clamar a Andy.

En ese momento me giré y le saqué la lengua para que supiera que no estaba enfadada como se creía.

Luego reí para mis adentros, continuando mi camino.

Dos horas más tarde, mientras me comía un muslo del pollo asado que había comprado mi padre en el sitio de comidas para llevar, acompañado de deliciosas patatas, escuché mi móvil sonar.

Me levanté, disculpándome con él, y fui hasta la habitación donde vi una llamada y un mensaje de *WhatsApp* de Kevin:

Kevin: *¡Hola preciosa! Te he llamado, pero ya que no me respondes, te lo dejo en mensaje por aquí. Me tengo que ir un par de días a Barcelona por un asunto familiar, es algo relacionado con mi tío Mariano, pero el sábado estoy de vuelta y había pensado que, quizá, podríamos quedar esa noche y pasarla en mi hotel los dos solos...*

La propuesta de Kevin me dejó sin palabras.

Por un momento se me pasó por la mente que era demasiado pronto como para eso, pero al instante me retracté, pues lo conocía desde hacía años y hubo un tiempo en el que hubiera deseado estar íntimamente con él.

De hecho, lo tenía claro.

Ya que no había podido ser el primero, al menos que fuera el segundo y, tal vez, el último. Sonreí y me apresuré a contestar antes de que dejara de estar en línea.

Maica: *Por mí, estupendo. ¿Tu tío está bien?*

Kevin: *Sí, es solo que llevo tantos años sin verlo que quiere que conozca a mis primas ya no tan pequeñas y, ya de paso, ponernos al día.*

Maica: *Vale, te echaré de menos, pero esperaré impaciente el sábado...*

Kevin: *Yo también te voy a echar de menos. Aunque no te preocupes, no te librarás de mí tan fácilmente, pienso llamarte, así que sabrás de mi persona. (Icono enamorado)*

Maica: *Podríamos hacernos videollamada, como hago con las chicas. Así por lo menos te veo. (Icono beso)*

Kevin: *No creo que eso sea posible, preciosa. En la casa de mi tío no hay una buena señal para hacernos videollamadas, si consigo llamarte con mi móvil será de milagro, pero no te preocupes porque tiene fijo y no creo que tenga ningún impedimento en que lo utilice para llamar a la que puede llegar a ser mi futura novia.*

¿Futura novia?

Vale, sin duda alguna, eso me había emocionado tanto, que a punto estuve de caerme para atrás.

No tenía palabras...

Parecía que, de un momento a otro, todo lo que tanto había anhelado durante años me estaba siendo dado.

«¡Bendito universo!» Exclamé llena de júbilo para mis adentros.

Desde luego, lo que había dicho no iba a dudar en contárselo pronto a las chicas.

Así ya de una vez se dejarían de tonterías con el dichoso socobobo.

Aún no salía de mi asombro, pero contesté al mensaje:

Maica: *No sabes lo feliz que me ha hecho leer esas palabras. (Icono corazón)*

Kevin: *No sabes lo feliz que me hace la sola idea, Maica. Tengo muchas intenciones de que lo nuestro tire para adelante y este sábado no solo tendremos la intimidad que ambos estamos deseando, sino que además hablaremos de formalizar lo que tenemos. (Icono beso)*

¡Médicos! ¡Acudan en mi auxilio! Hacía demasiado calor en la habitación de repente y, para colmo, parecía que mi corazón iba a explotar.

La emoción era súbita.

Maica: *Si ya estaba deseando verte, ahora has conseguido que no pueda pensar en otra cosa durante estos días... ¡Se me van a hacer eternos!*

Kevin: *Y a mí, créeme. Tengo muchas ganas de que seas completamente mía.*

¡Y yo! ¡Y yo! Con solo imaginarme esos músculos duros sobre mí ya estaba que parecía una locomotora encendida.

Kevin: *Bueno preciosa, voy a terminar de hacerme la maleta que salgo para Barcelona en unas horitas y aún tengo que comer. (Icono corazón) (Icono beso)*

Maica: *De acuerdo, ten cuidado y escíbeme si puedes para saber que has llegado bien. (Icono corazón) (Icono beso)*

Kevin: *Descuida, lo haré.*

Tras ver como Kevin se desconectaba, dejé el aparato sobre la cama.

Comencé a preguntarme a mí misma cómo sería que me dijera las dos palabritas mágicas.

Quizá el momento estaba más cerca de lo que me esperaba y la noche que habíamos quedado en su hotel acabaría por decirme algo así.

De hecho, recordé que ni siquiera el primer chico con el que salí me había dicho jamás un te

amo.

Yo a él tampoco y, sonará triste, pero ni siquiera sentía que me hiciera falta, hasta que comenzaron a pasar los años y siempre veía a esas parejas sentadas en un banco, acarameladas y que no dejaban de repetirse, una y otra vez, que se amaban.

Desde entonces, sentí un deseo inesperado de que alguien me dijera algo así a mí, alguien a quien yo correspondiera.

Seguro que sería una sensación inmejorable...

Eso, o que los libros de romance que leía me habían sorbido el seso por completo, pero bueno, no estaba de más averiguarlo.

Salí de mis pensamientos y, al mismo tiempo, de mi habitación, volviendo a la mesa.

Mi padre se había terminado su pechuga de pollo, pero no las patatas.

—Si que has tardado, hija. ¿Quién era? —Una sonrisa asomó en sus labios, haciéndome entender que ya tenía una ligera sospecha.

—Era Kevin. —Dije, mordiéndome el labio inferior levemente.

—Parece que por fin tus sueños se hacen realidad. —Comentó, feliz, mientras se metía unas cuantas patatas en la boca.

—Sí. Lo cierto es que a veces tengo la sensación de estar viviendo un sueño y, en ese momento, me asusto, pero cuando veo que es real, que todo esto me está pasando a mí, papá, ese miedo se desvanece y me siento inmensamente feliz.

—No sabes cuánto me alegro, cariño. Te lo mereces. —Una caricia afectuosa pasó por mi cabeza, mientras yo le volvía a hincar el diente a mi muslo de pollo. Esta vez incluso con más entusiasmo y dándome la percepción de que estaba hasta más delicioso que antes.

Me sentía feliz y contenta, y lo mejor de todo es que mi padre también lo aceptaba.

Siempre había sabido cuán enamorada en silencio había estado de Kevin, lo mucho que sufrí cuando se marchó.

Después, a él se le manifestó el problema del *Toc* y todo había sido bastante difícil para mí.

Ahora, por fin, todo estaba saliendo a pedir de boca.

Mi vida estaba dando un giro completo a mejor.

No parecía haber ni un solo problema.

Excepto por una sola cosa: la de un mosquito puñetero con camisa blanca, bañador rojo y gafas de sol que trabajaba en la piscina.

Tras terminar de comer, me puse a fregar los cacharros y a dejar limpia la cocina.

Luego me di una ducha y, por la tarde, fui a tomar algo con mi padre al bar que teníamos debajo de casa, donde nos solían poner las bebidas acompañadas de papas, aceitunas y cacahuetes.

Una vez regresamos, decidimos ver una película de comedia de Sandra Bullock que se llamaba *La proposición*.

Al verla, no pude evitar acordarme de todas las peleas que Óscar y yo teníamos. En cuanto me di cuenta de que estaba pensando en ese babuino engreído, sacudí la cabeza para tratar de sacarlo de mi mente.

—¿Te duele el cuello, hija? —Preguntó mi padre con preocupación, al darse cuenta de mi gesto.

—No, es solo que tenía un pensamiento atascado en la mente y quiero estar centrada en la peli.

—Hmm, supongo que tu pensamiento va dirigido a tu Kevin. —Sonrió, mientras volvía a prestar atención al televisor.

Me quedé mirándolo con extrañeza hasta que caí en la cuenta...

¡Kevin! ¡Se suponía que me iba a enviar un mensaje en cuanto llegara a Barcelona!

Y yo, en vez de estar pendiente por si hubiera ocurrido cualquier cosa, o mismamente, por si me hablaba el chico de mis sueños, me distraigo pensando en el caradura ese, que seguramente estaría en la piscina tan tranquilo como si no hubiera ocurrido nada, como si no me hubiera vuelto a besar con esos malditos labios que sabían a gloria.

¡Dios! ¡Lo odiaba! ¡Y mucho!

Sobre todo, en esos instantes donde me daba cuenta de que no dejaba una y otra vez de colarse en mi mente como un ladrón.

«Por qué eso es lo que es...» Pensé. «Un maldito ladrón de besos.»

—Pongo en pausa la película, papá, tengo que mirar si Kevin ha llegado bien a Barcelona. —Dije, levantándome.

Tras darle al botón de pausa, fui hasta mi habitación a coger el móvil.

Una vez encendí la pantalla, vi que tenía varios mensajes de WhatsApp.

Kevin: *Preciosa ya he llegado, el viaje ha ido bien. Te echo de menos y ya cuento las horas para que sea sábado. Un besazo. (Icono corazón)*

Sonreí al leer lo que me había puesto y luego pasé al otro chat, el del grupo de las chicas.

Habían pasado varias fotos de ellas arregladas con diferentes modelos de ropa y distintos peinados.

Al leer lo que habían puesto, vi que pedían mi opinión:

Maica: *¡Hola, chicas! Estoy con mi padre viendo una película, por eso no he contestado antes. Para Andy el vestido rojo sin tirantes y tú Laura quédate con el top negro de brillantes que se ata al cuello y la falda a juego. ¡Estaréis guapísimas! (Icono sonriendo)*

Laura: *¡Menos mal! La cabeza me daba vueltas de no saber qué ponerme. (Icono riendo)*

Andy: *Yo estoy demasiado gorda para ese vestido... (Icono frustración)*

Maica: *Lo entiendo, Laura. Y Andy, ¡deja de decir tonterías!*

Andy: *¡No son tonterías! Soy como una foca envuelta en un condón con sabor a fresa.*

Laura: *Lo que eres es tonta.*

Andy: *¡Y tú una capulla!*

Maica: *Chicas, no empecéis... Laura, tú ponte lo que te he dicho y Andy... Yo ya te he dado mi opinión, si no te gusta, ponte lo que veas.*

Andy: *Esta noche vienen Ángel y Rubén y no quiero hacer el ridículo delante de Rubén.*

Maica: *Ya decía yo... Me extrañaba mucho que me pidieras mi opinión tal y como eres con tu obsesión.*

Un mensaje de otro chat se coló en ese momento.

Al abrirlo, vi que era de Claudia.

Claudia: *¡Guapaaaaa! (Icono sonriendo) Quedamos a las ocho en mi casa.*

Maica: *De acuerdo, pero...*

Claudia: *No te preocupes, no hace falta que traigas nada, tengo palomitas y de todo.*

Maica: *Aun así, llevaré algo, aunque no era eso lo que te iba a decir.*

Claudia: *¿Ocurre algo? (Icono duda)*

Maica: *¿Seguro que no estará tu hermano?*

Claudia: *Seguro y, aunque estuviera, no te preocupes, no nos diría nada porque esta también es mi casa y meto a quien yo quiera.*

«De todas maneras, mejor que no esté, no tengo ninguna gana de verle.» Me dije a mí misma y, tras un suspiro, contesté al mensaje.

Maica: *Ya, de todas formas, me siento más cómoda si estamos solas.*

Claudia: *Ya veo... Creo que lo que te pasa es que no has tratado demasiado con él y te da vergüenza, aunque seáis amigos.*

«Al único que debería de darle vergüenza es a él, que es un descarado, y ni de lejos te has acercado a la realidad.» Escupió uno de mis pensamientos a la velocidad del rayo.

Maica: *Sí, es justo eso.*

«Eso y que tu hermano tiene la fea costumbre de meterme la lengua cuando me ve y yo de abrir la boca y dejarle.»

Claudia: *Estará entrenando y luego se iba con Rubén y Ángel de marcha. (Icono sonrisa)*

Me extrañé al leer el último mensaje.

Laura y Andy me habían dicho que se iban con Rubén y Ángel de marcha, pero no habían mencionado a Óscar.

Maica: *A las ocho estoy en tu casa. (Icono beso)*

Claudia: *¡Genial! Vivo un poco calle abajo desde tu casa. Mi portal es el número trece y mi puerta es la dieciocho. (Icono beso)*

Ya sabía de sobra donde vivía y estaba segura de que nada más volver a entrar a esa casa, todos los recuerdos me asaltarían de golpe.

La ternura con la que Óscar me trató, lo bien que cuidó de mi padre, lo mucho que nos ayudó y... ¡Lo muy gilipollas que fue!

Sí, absolutamente todo me vendría a la cabeza como si se tratara de una película proyectada del siglo diecinueve.

Volví de nuevo al chat que tenía con las chicas, quería enterarme de si sabían que Óscar iba a ir aquella noche.

Maica: *Chicas, me ha dicho Claudia que Óscar va con vosotros a la discoteca, ¿es así?*

Andy: *Puede ser...*

Maica: *¿Y por qué no lo habéis mencionado?*

Laura: *Pues porque si no te interesa para nada, ¿qué necesidad había de que lo supieras?*

No supe por qué, pero eso me sentó como una patada al estómago.

¿Ahora iban a ocultarme las cosas?

Maica: *Así que habéis decidido ir con secretos... (Icono enfadado)*

Andy: *No, nena, no lo malinterpretes. Para empezar, hemos sabido que venía hace poco porque se lo ha dicho Ángel a Laura, y luego es que, tras lo de esta mañana, pues simplemente hemos supuesto que no querías saber nada de él y por eso no lo hemos mencionado.*

Laura: *Exacto, se te veía tan molesta por lo que te había hecho que tampoco queríamos estropear la noche con su hermana hablándote de él.*

Me quedé un momento en silencio y pensativa mirando el chat.

Mis amigas lo habían hecho con toda su buena intención y, para una vez que no me lo mencionan, yo iba y me enfadaba, cuando siempre estaba diciéndoles que no me hablaran de él.

¡Ni yo misma me entendía!

Maica: *Perdonad, chicas, tenéis razón. Gracias por reparar en eso.*

Andy: *No hay de qué, nena, para eso estamos.*

Laura: *No será lo mismo sin ti y lo sabes, ¿no?*

Andy: *Sí, daría lo que fuera por verte volver a arrojarle la bebida a Óscar encima. La primera vez me lo perdí. (Carita riendo)*

Maica: *(Carita riendo) Pasar lo bien chicas, ya me contaréis mañana. (Icono beso)*

Laura: *Mañana vamos a la piscina, ¿querrás venir?*

Andy: Al final he optado por hacerte caso y me pongo el vestido rojo. ¡A mover el cucu! (Icono riendo)

Maica: Recogerme para ir a la piscina. Andrea, ¡enhorabuena!, te queda muy bonito. (Icono beso)

Andy: (Carita sonrojada) Gracias Maica, nos vemos mañana y nos lo contamos todo. ¡Pásatelo guay con la hermana de tu peor pesadilla!

Maica: Eso haré. Y vosotros también, que lo paséis bien.

Laura: Descuida que, si puedo, le doy algún que otro capón a Óscar de tu parte. (Carita riendo)

Maica: ¡Oh, por favor, no te cortes! (Carita riendo)

Cuando acabé de hablar con ellas, dejé el móvil y salí de la habitación para continuar la película con mi padre hasta que se hiciera la hora de ir a casa de Claudia.

Sí, absolutamente todo me vendría a la cabeza como si se tratara de una película proyectada del siglo diecinueve.

Volví de nuevo al chat que tenía con las chicas, quería enterarme de si sabían que Óscar iba a ir aquella noche.

Maica: Chicas, me ha dicho Claudia que Óscar va con vosotros a la discoteca, ¿es así?

Andy: Puede ser...

Maica: ¿Y por qué no lo habéis mencionado?

Laura: Pues porque si no te interesa para nada, ¿qué necesidad había de que lo supieras?

No supe por qué, pero eso me sentó como una patada al estómago.

¿Ahora iban a ocultarme las cosas?

Maica: Así que habéis decidido ir con secretos... (Icono enfadado)

Andy: No, nena, no lo malinterpretes. Para empezar, hemos sabido que venía hace poco porque se lo ha dicho Ángel a Laura, y luego es que, tras lo de esta mañana, pues simplemente hemos supuesto que no querrías saber nada de él y por eso no lo hemos mencionado.

Laura: Exacto, se te veía tan molesta por lo que te había hecho que tampoco queríamos estropearle la noche con su hermana hablándote de él.

Me quedé un momento en silencio y pensativa mirando el chat.

Mis amigas lo habían hecho con toda su buena intención y, para una vez que no me lo mencionan, yo iba y me enfadaba, cuando siempre estaba diciéndoles que no me hablaran de él.

¡Ni yo misma me entendía!

Maica: Perdonad, chicas, tenéis razón. Gracias por reparar en eso.

Andy: No hay de qué, nena, para eso estamos.

Laura: No será lo mismo sin ti y lo sabes, ¿no?

Andy: Sí, daría lo que fuera por verte volver a arrojarle la bebida a Óscar encima. La primera vez me lo perdí. (Carita riendo)

Maica: (Carita riendo) Pasarle bien chicas, ya me contaréis mañana. (Icono beso)

Laura: Mañana vamos a la piscina, ¿querrás venir?

Andy: Al final he optado por hacerte caso y me pongo el vestido rojo. ¡A mover el cucu! (Icono riendo)

Maica: Recogerme para ir a la piscina. Andrea, ¡enhorabuena!, te queda muy bonito. (Icono beso)

Andy: (Carita sonrojada) Gracias Maica, nos vemos mañana y nos lo contamos todo. ¡Pásatelo guay con la hermana de tu peor pesadilla!

Maica: Eso haré. Y vosotros también, que lo paséis bien.

Laura: *Descuida que, si puedo, le doy algún que otro capón a Óscar de tu parte. (Carita riendo)*

Maica: *¡Oh, por favor, no te cortes! (Carita riendo)*

Cuando acabé de hablar con ellas, dejé el móvil y salí de la habitación para continuar la película con mi padre hasta que se hiciera la hora de ir a casa de Claudia.



11. KARMA

Unas horas más tarde, cuando terminó la película, decidí volver a darme otra ducha para relajarme.

Me vestí con unos vaqueros cortos, ajustados y una camiseta de tirantes de uno de mis colores favoritos; el morado.

Me calcé con unas sandalias de dedo y dejé mi melena suelta.

Puse un poco de rímel a mis pestañas, di algo de color a mis mejillas con un colorete rosado y me puse un *gloss* transparente en los labios con efecto duradero.

Como faltaba media hora para que me pusiera en marcha, decidí intentar hablar con Kevin, pero me saltó el contestador y recordé que me había dicho que en casa de su tío no tenía cobertura.

Una vez se hizo la hora, me puse en camino a casa de Claudia.

Por el camino iba pensando en todas las cosas que sucedieron la noche que a mi padre le dio el ataque de ansiedad.

Me acordé de lo preocupada que estaba y de lo aliviada que me sentí cuando Óscar nos ayudó.

Recordé su expresión de preocupación cuando vio mi rostro empapado en sangre y la calidez de su contacto, la ternura con la que me había curado la herida de la frente.

Por un momento volví a revivir todas las sensaciones que me hizo sentir aquella noche, cuando fui testigo de cómo se ocupaba de mi padre con tanta atención. Sin esperarlo, me había visto envuelta en un infierno del que no sabía cómo escapar y la persona que menos me esperaba en el mundo que fuera a ser mi rescatador, simplemente lo había sido.

Me sentía muy agradecida con él por ello, pero también muy enfadada y frustrada por lo que había pasado después.

Solo sabía que me había ofendido que me pidiera disculpas por todos aquellos besos.

De alguna manera, todo lo que pensaba de él al principio se había desvanecido al ver lo mucho que se involucró con la persona más importante para mí y conmigo.

Aquella noche, en el pasillo de su casa, había deseado con todas mis fuerzas que volviera a besarme.

Pero escuchar sus palabras fue como si me hubieran dado un puñetazo en el corazón.

Mi humillación creció al darme cuenta de que había querido volver a beber de sus labios, volver a sentir la calidez de su aliento en mi boca...

Y, desde luego, pensé que era una estúpida, pues a mis ojos, había vuelto a aprovechar la ocasión de burlarse de mí.

Solo había una diferencia entre esa vez y las otras anteriores: Y es que en las anteriores no

había sentido una profunda decepción.

Sumergida en mis pensamientos, no me di cuenta de que había llegado a casa de Claudia y estaba parada justo en frente de la puerta a punto de tocar el timbre, solo que el dedo que iba a hacerlo, se había detenido por el camino.

Solté un suspiro y acabé por llamar.

La voz de ella se escuchó tras la puerta:

—¿Sí?

—Soy Maica. —Anuncié.

Abrió la puerta y salió para recibirme con un abrazo que me hizo sentir inmensamente bien.

—¿Estaba el portal abierto? —Preguntó al separarse, mientras hacía un gesto invitándome a pasar.

—¿Qué? —Fue todo lo que contesté, parecía que todavía seguía en Babia.

Ella me miró y alzó una ceja, sonriendo al darse cuenta de que mi cabeza estaba en las nubes.

—¿En qué estás pensando?

«En el odioso de tu hermano.» Como no, mi mente no tardó en responder a la pregunta.

—En Kevin. —Dije rápidamente con una sonrisa nerviosa.

Claudia se rio al ver mi reacción.

—Tranquila, no te voy a obligar a que me cuentes los pensamientos eróticos que estés teniendo.

Al escuchar aquello, abrí los ojos como platos.

No solo no estaba pensando en Kevin, sino que además no estaba teniendo pensamientos calenturientos. Pero bueno, era mejor que creyera aquello a que supiera lo que estaba pensando en realidad.

—He traído unas palomitas. —Le informé, tendiéndole la bolsa y cambiando de tema.

—Ya te dije que no hacía falta que trajeras nada, aquí tengo de todo.

—Ya, pero a mí me gusta, aunque sea, colaborar en algo. No soy de ir a los sitios a mesa puesta.

Claudia cogió la bolsa y cerró la puerta tras de mí.

—De acuerdo, me has dejado sin saber que decir y eso me pasa muy pocas veces, créeme.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Ambas nos carcajamos.

—¿Quieres que te enseñe la casa?

«Ya la conozco casi toda.» Mi mente como siempre a la orden del día.

—Sí, claro. —Acepté, obviando mis pensamientos, cuando me enseñó el comedor donde Óscar me curó, cuando me dijo dónde estaba el cuarto de baño y pasé por el pasillo de los horrores que me hizo revivir de nuevo aquel fatídico momento en que el príncipe se había transformado de nuevo en sapo.

Lo único que me mostró que no había visto, fue una cocina amplia, su habitación y... la de su hermano.

—¿Quieres ver a mi hermano de pequeño?

Antes de que pudiera contestar, cogió un álbum de fotos del cajón de su escritorio y me invitó a sentarme en la cama de Óscar, junto a ella.

—Estos somos nosotros de peques con mis padres.

Tomé asiento y, cuando miré la foto, no pude evitar sentir ternura por lo que estaba viendo:

Un hombre muy parecido a Óscar, pero con el pelo negro, sostenía de la mano a una niña pequeña con el cabello igual de negro que él.

El hombre se reía mirando a la cámara, mientras la niña le mojaba con su pistola de agua y, al lado de estos, una mujer de cabello castaño oscuro también se carcajeaba observando la escena, llevaba a un niño en brazos que había sacado también su mismo color de pelo.

El niño se abrazaba al cuello de la mujer mientras sonreía con un brillo especial en sus ojos marrones.

Sentí que la foto reflejaba un momento maravilloso en sus vidas y me quedé absorta mirando al pequeño.

Parecía mentira que esa criatura inocente se hubiera convertido en un hombre tan arrogantemente atractivo.

Sonreí para mis adentros al pasarse esos pensamientos por mi mente.

—Ese día estábamos en el chalet de Nona. —Dijo Claudia, haciendo que despertara a la realidad.

—¿Nona? —Pregunté en tono extraño.

—Sí, era una amiga de mi abuela paterna. Mi padre se había criado teniéndola por una más de la familia y era como nuestra segunda abuela.

—¿Era? —Observé a Claudia, que sustituyó su sonrisa por una mueca de tristeza.

—Sí, por desgracia iba en el coche cuando ocurrió el accidente...

—Quieres decir que tus padres y Nona...

No alcancé a terminar la frase, pues ella ya estaba asintiendo con la cabeza y las palabras murieron en mi garganta.

—Lo siento mucho.

Alzó la cabeza y me miró con una sonrisa apenada.

—No pasa nada, ocurrió hace mucho tiempo. Fue un camión, los sacó de la carretera.

Negué con la cabeza y la vista al frente.

—Desde luego creo que la mitad de los conductores de camiones no se dan cuenta de que no llevan precisamente un coche huevo para ir haciendo el burro por la carretera. —Suspiré y pasé mi mano por los hombros de Claudia.

—Mi hermano y yo aún éramos unos niños... —Continuó diciendo— Durante muchos años vivimos en casa de nuestro tío Mariano, quien se hizo cargo de nosotros junto con su mujer.

Por un momento me quedé extrañada de que el tío de Óscar y Claudia se llamara exactamente igual que el de Kevin.

¡Qué casualidades tenía la vida!

—Así que, cuando mi hermano se hizo mayor de edad, decidió independizarse con la herencia que nos habían dejado mis padres. Yo no quería estar separada de él, pero mi tío insistía en que debía quedarme y terminar mis estudios, así que opté por rebelarme y dejar de estudiar, metiéndome en líos y eso...

—¿Por eso el día que nos conocimos en el cine, Óscar te dijo que intentarás ganarte las cosas por ti misma? —Pregunté al recordar aquella tarde.

Claudia asintió con la cabeza.

—Ajá, sigue enfadado porque durante varios años seguí en modo rebelde a pesar de haberme salido con la mía, no había querido estudiar ni hacer nada. Era la típica ‘nini’ y tiene miedo porque cree que voy a volver a ser igual, aunque esté estudiando para sacarme lo que dejé a medias. —Sonrió levemente, mientras se mordía el dedo pulgar, nerviosa— Espero que esto que te he contado no te haga pensar mal de mí.

Sonreí con ternura y la abracé.

—Claro que no. ¿Sabes qué es lo que creo? Que eres una chica maravillosa que lo ha

pasado mal desde muy niña. No tiene nada de malo que quisieras estar con tu hermano y no separarte del único que pasó ese tremendo duelo contigo. —Me separé de ella y la miré a los ojos, aun con mi mano posada en su hombro— Creo que has sido muy valiente, no solo al retomar tu vida, sino al compartir conmigo todo esto y te agradezco que hayas confiado en mí de esa forma.

Sus ojos destellaron con un brillo alegre al escuchar mis palabras y una sonrisa amplia y jovial transformó por completo la mueca de tristeza que se había instalado en su rostro minutos antes, sustituyéndola.

—Gracias Maica, eres increíble. Sabía que podía contarte cualquier cosa y, desde que nos conocimos, sentí una conexión especial contigo. De alguna manera, confiaba en ti conociéndote tan poco.

—Yo siento lo mismo.

Ambas nos abrazamos de nuevo y nos levantamos de la cama de Óscar, dejando todo como estaba antes.

Fuimos a la cocina e hicimos unas palomitas mientras hablábamos de los gustos que teníamos en común y de cosas que habíamos vivido en nuestras vidas.

Claudia era una chica cariñosa, alegre y positiva.

Estaba segura de que cuando se la presentara a las chicas les encantaría tanto como a mí.

—¿Entonces Andrea es la que tiene un complejo invisible? —Preguntó, metiéndose una palomita en la boca mientras recorríamos el pasillo hasta el salón.

Asentí con la cabeza, imitando su gesto y cogiendo otra palomita del cuenco.

—Sí, no está gorda, pero ella está convencida de que sí.

—A ver si tiene algún problema... —Comentó.

—No, yo creo que más bien es un problema de autoestima.

—Pues entonces, lejos de esconder su cuerpo, debería de afrontar su miedo y ser consciente de que ella ante todo se tiene que amar a sí misma y, si no le gusta a alguien, el problema lo tiene esa persona.

—Estoy completamente de acuerdo. —Dije, sentándome en el sofá cuando llegamos al salón— Pero no hay forma de metérselo en la sesera, por mucho que Laura y yo le decimos.

—Hmmm... Creo que cuando la conozca, me sumaré a decirle las mismas cosas que vosotras. Quizá si hacemos fuerza las tres, acabe por convencerse.

—Sonrió— ¿Te apetece ver la de Expediente Warren?

—Es una cabezona, no sé yo si al final se dará cuenta, pero por intentarlo no perdemos nada. En cuanto a lo de ver Expediente Warren, me apunto, es una de mis películas favoritas.

—También es la mía. —Agregó, sonriente.

—¡Claudia, te amo! —Exclamé entre risas.

Tras coger la película y ponerla, nos sentamos con las piernas cruzadas sobre el sofá y comenzamos a verla.

Pasado un tiempo, estábamos encogidas la una contra la otra y parecíamos hámsteres en la madriguera, apelotonados.

Claudia me agarraba del brazo y, cuando pasaba una escena de tensión, escondía la cara en mi hombro.

Yo, en cambio, me agarraba al cuenco de palomitas, abrazándolo.

—Ay, ¡dios mío! ¿De verdad piensa entrar ahí? —Preguntó Claudia, nerviosa, mientras enredaba su brazo con el mío.

—Ya sé lo que viene ahora y no me gusta, ¡no me gusta...! —Manifesté con los ojos fijos

en la televisión y pasándole el cuenco de palomitas.

De pronto, escuchamos un ruido que provenía del pasillo.

Ambas nos giramos, pero a través de los cristales de la puerta corredera no se veía nada.

Claudia puso en pausa la película y me miró:

—¿Has oído eso?

Yo tragué saliva, nerviosa y asentí con la cabeza.

—Habría sido un crujido, suele pasar. —Intenté restarle importancia, porque entre la película y el ‘ruidito’ dichoso iba a acabar dándome un síncope.

Intentamos calmarnos, pero volvimos a escuchar otro, parecido a un golpe.

—¿Y si vas a mirar?

Miré a Claudia con la boca abierta.

¡Pero tendría morro la tía! ¡Qué fuera ella a echar un vistazo!

¡A fin de cuentas, era su casa!

—Yo tengo una idea diferente, ¿por qué no vas tú, ya que yo soy la invitada?

—Por qué estoy cagada de miedo. —Contestó.

—Pues ya somos dos. —Confesé.

Volvimos a clavar los ojos en el cristal de la puerta y escuchamos unos pasos que se acercaban.

—¿¡Has escuchado!? —Se alertó Claudia, mirándome con los ojos abiertos como platos y cara de puro terror.

Asentí mirándola del mismo modo, mientras nos agarrábamos fuertemente la una a la otra.

El corazón estaba a punto de salirse de nuestro pecho.

Un nuevo crujido se escuchó muy cerca de la puerta del salón y ambas cerramos los ojos, apretándonoslos.

Hubo un par de segundos de silencio y, entonces, la puerta se abrió de golpe.

—¡AAAAAAHHHH! —Gritamos al unísono, dando tal bote, que Claudia se echó el cuenco de palomitas encima.

—Pero, ¡qué demon...!

La voz interrumpió sus palabras.

Fuera quien fuera, le acababan de propinar un ‘cojinazo’ en toda la cara.

Cuando me atreví a mirar, vi a Óscar, estaba de pie delante de la puerta y se agachaba a recoger el cojín que le había lanzado su hermana.

—¡Imbécil! ¡Nos has dado un susto de muerte!

—Y vosotras a mí qué, dando gritos como posesas. —Caminó hasta el sofá y dejó el cojín a mi lado, centrando su atención en mí.

Nuestras miradas chocaron.

—Hola. —Saludó.

Fue verle y que me vinieran de golpe los recuerdos de lo sucedido la última vez en la piscina, así que decidí girarme hacia Claudia y saludar secamente.

—Qué hay. —Dije, sin emoción.

Escuché como soltaba un suspiro y, acto seguido, siguió la voz de Claudia.

—¿Qué haces aquí? Se suponía que ibas a irte de fiesta después del entrenamiento.

—He venido a cambiarme. Por si no lo sabes, hermanita, no es apropiado llevar la ropa del trabajo a la discoteca. —Las palabras le salieron con cierto tono de ironía— Tampoco creo que sea un buen atuendo ir con mochila.

—Dijiste que irías a casa de Rubén a cambiarte y que dejarías la mochila allí. ¿Qué te ha

hecho cambiar de opinión, jodernos la velada y darnos un susto de muerte? —Frunció el ceño, molesta.

Por unos instantes, hubo un silencio que no supe interpretar, pero me sentí observada a mis espaldas.

—¡Oye, oye! Qué a mí tampoco me ha gustado salir de trabajar, llegar a casa y encontraros viendo películas de terror y cacareando como gallinas asustadas.

Pero bueno, ¡será...! ¡Encima me llamaba gallina, el gusano miserable!

Me levanté del sofá un poco malhumorada.

—Voy a la cocina a beber un vaso de agua, tanta palomita me ha dejado la garganta seca. — Me giré y pasé por al lado del socobobo, que me observaba sin decir nada.

Una vez llegué a la cocina, caí en la cuenta de que no le había preguntado a Claudia si tenía agua mineral, ni donde la guardaba.

Odiaba la del grifo y por nada del mundo bebería esa agua con sabor a cal, no entendía cómo había gente que podía beberla sin notar la diferencia.

Cogí un vaso del armario y lo dejé sobre la encimera mientras investigaba, a oscuras, haciendo el menor ruido posible, los rincones en busca de agua, pues no me apetecía para nada volver allí y verle la cara a ese zopenco.

Estaba tan centrada en actuar como una espía en casa ajena, que no me di cuenta de los pasos que se acercaban hasta allí.

—Si buscas un cadáver, te has equivocado de sitio y de gente. —Escuché que decía una voz familiar tras de mí, haciendo que me sobresaltara— ¿Acostumbras a ir a oscuras a todos lados? —La luz de la cocina parpadeó varias veces hasta quedarse encendida y, con cara de pocos amigos, me giré hacia el socorrista.

Estaba en la puerta, mirándome con los brazos cruzados y una ceja alzada.

—¿Y tú acostumbras a ir sigiloso a todos lados, asustando a la gente? —Mi tono irónico no pasó desapercibido para él, que soltó una risita para sus adentros y entró.

Os lo juro, ese hombre me crispaba los nervios con solo verlo.

Sin decir nada, se acercó hasta donde estaba yo.

El corazón comenzó a latirme deprisa y parecía que en cualquier momento se iba a salir de mi pecho.

Me estaba mirando fijamente a los ojos y se había acercado demasiado, tanto, que estábamos a escasos centímetros el uno del otro.

Vale, sí, tengo que reconocer que crisparme los nervios no era lo único que ese orangután sabía provocarme.

Su colonia inundó mis fosas nasales haciendo que me flaquearan las rodillas.

Su brazo pasó por el lateral de mi cuerpo y yo me quedé petrificada como una estatua.

Por un momento sentí su aliento chocar contra mi mejilla y no pude evitar cerrar los ojos con fuerza.

«¡Ay, dios mío!» Exclamaba mi mente, sintiéndose al borde de un precipicio.

Tragué saliva con dificultad y, cuando los abrí, lo tenía frente a mí, mirándome con una garrafa de agua en la mano de la marca Aquarel.

En cuanto me di cuenta de que solo se había acercado de esa forma para sacar lo que buscaba, sentí un nudo en la garganta y mis mejillas arder de la vergüenza.

Por un segundo ni siquiera sabía en qué estaba pensando para reaccionar de la forma en que lo hice con la cercanía de ese tipo.

Total, ya no quería absolutamente nada de él después de todo, ¿no?

—Gracias... —Dije, mientras cogía la garrafa, intentando no rozar sus dedos.
¡Quién sabe lo que me provocaría el demonio ese, disfrazado de tío bueno!
En silencio, llené mi vaso y comencé a beberlo con ganas.
Hacía demasiado calor en aquella estancia y Óscar seguía allí plantado y sin quitarme ojo.
«¿Qué demonios mira tanto?» Me pregunté en silencio. «¿Acaso es la primera vez que ve a alguien beber agua o qué?»
Una vez acabé, dejé el vaso en la pila y, sin decirle nada, ni mirarle siquiera, me dispuse a salir de allí.
Cuanto antes, mejor, pero su brazo me cortó el paso.
—Mi hermana está en el baño y tú y yo tenemos que hablar...
Al escucharle, inspiré todo el aire que pude, llenando mis pulmones.
Creedme, lo necesitaba.
—No creo que tengamos nada que decirnos. —Escupí, hoscamente.
—Pues yo creo que sí. —Contestó, tajante— Si tú no tienes nada que decir, yo sí.
En ese momento lo miré a los ojos con el desafío reflejado en estos e imité su gesto de hacía unos momentos antes, me crucé de brazos.
—¿Y si yo no quiero escucharte? —Apreté los labios y me encogí de hombros.
—No te he preguntado si podemos hablar. He dicho que tenemos que hablar.
¡Encima se me ponía chulo el niño! ¡Pues para chula, yo!
—Para hablar se necesitan dos y no estoy dispuesta, así que, ¡adiós!
Volví a ponerme en camino, dirección a la puerta, pero se puso delante haciendo que chocara contra su torso.
«¡Atrás, Satanás!» Exclamó mi mente y me aparté de él con rapidez.
—¿De qué quieres hablar? ¿De cuándo te comportaste como un cretino con Kevin y conmigo? ¿O tal vez de cuando me tiraste a la piscina para que tus amiguitos se rieran? ¡Oh, no!, Ya sé, ¿tal vez quieres pedirme disculpas de nuevo porque te arrepientes de haberme besado?
Óscar me miró con extrañeza cuando manifesté esa última pregunta.
—¿De nuevo? —Dijo dubitativo.
¡Y ahora se hacía el tonto! ¡Típico de los tíos como él! Tiran la piedra y se hacen los suecos.
—Sí, de nuevo. —Contesté, soltando un suspiro molesto.
—Yo nunca te he dicho que me arrepienta de haberte besado, no sé de dónde te sacas eso.
—Pues haz memoria. —Si creía que yo se lo iba a recordar, iba listo, bastante tenía con haberme tenido que comer yo sola la decepción como para encima estar metiéndome el dedo en la llaga.
Óscar desvió la vista hacia el suelo, quedándose inmerso en sus pensamientos.
Yo aproveché para volver a intentar salir de allí, pues no me apetecía, más bien no quería, tener esa conversación.
De nuevo su brazo me paró en seco.
—No te vayas.
Solté un resoplido y rodé los ojos.
—No quiero hablar de esto. —Confesé.
Él me miró, haciendo oídos sordos a lo último que había dicho.
—Estoy intentando acordarme, pero no me viene ningún momento en el que te haya dicho que me arrepentía de haberte besado.
Bueno, la situación ya me estaba desesperando.
Estaba claro que no tenía suficiente con todo lo que me había hecho, todavía quería más...

¿¡Cómo podía no acordarse de lo que me había dicho en el pasillo de esa misma casa!?

Llevé mi mano a mi frente y comencé a masajearme la sien en un intento estúpido de no perder los estribos.

—Mira Óscar, —dije con seriedad— te aconsejo que no vayas por ese camino. —Sus cejas se fruncieron, observándome como si no supiera de qué hablaba— Si te quieres hacer el loco fingiendo que no lo recuerdas, allá tú, pero deja de burlarte de mí, no estoy de humor y no tengo ganas de que montemos una de nuestras típicas escenas.

—No me estoy haciendo el loco, es que no recuerdo, de verdad, haberte dicho eso.

Nervios, lo había intentado, pero yo con ese no podía.

—¿¡No!?! ¿¡No te acuerdas de todo lo que me dijiste en ese mismo pasillo!?

—Grité en voz baja, acompañando mis palabras, apuntando con el dedo a la puerta— ¡Maldita sea, te volviste a reír en mi cara y en el peor momento!

—Eh, eh, eh... que yo solo te ayudé a que tu padre mejorara y luego fui al pasillo a disculparme contigo por cómo me había comportado en tu portal. No tenía derecho a comportarme de aquella forma y lo sabes, ¿o me lo vas a negar?

Negué con la cabeza, apretando los dientes.

—Sí, y durante ese discurso, me dijiste que te arrepentías de haberme besado.

Sus cejas se alzaron con sorpresa.

—Yo no te he podido decir algo así, porque no es verdad. —Se quedó en silencio, pensando antes de volver a hablar— Espera... ¿Por eso estabas tan enfadada cuando fuisteis con Ángel a la piscina? —Su cara de sorpresa se transformó en una sonrisa ladeada.

¡La maldita mueca que tanto odiaba había vuelto a aparecer en su rostro!

«Disimula, Maica, disimula.» Susurró mi cabeza, al verme completamente descubierta.

Desvié la mirada hacia otro lado y apreté los labios.

—No. —Mentí.

Cuando lo miré de reojo, seguía con esa estúpida sonrisa y una ceja alzada.

—Ahora lo entiendo...

Abrí los ojos como platos y lo miré mientras mi corazón latía desbocado.

¡Dios! Si no salía de allí pronto me iba a dar un chungo.

—¿Estás sordo? Te acabo de decir que no estaba enfadada por eso.

—Ya, ¿quién es la que se está haciendo la loca ahora? ¿Por qué no admites que entendiste mal mis palabras y que te molestó la idea de que me arrepintiera de haberme besado?

Espera, ¿¡qué yo admitiera, que!?! ¡Ni en sus mejores sueños neandertales!

—Porque no es cierto. —Espeté, tajante.

—Mentirosa.

De pronto me vi envuelta en sus brazos y atraída hacia su cuerpo.

Mis manos se posaron en sus pectorales.

¡Virgen de la macarena! ¡Qué musculatura!

Mis ojos se detuvieron en los suyos y traté de empujarlo, pero no permitió que me apartara.

Apretó un poco más su abrazo.

—Esta vez no te voy a dejar huir.

—¿Quién está huyendo? —Rebatí— Es solo que no tienes ningún derecho a hacer lo que estás haciendo ahora.

—Tengo todo el derecho del mundo, sobre todo si estás creyendo cosas que no son ciertas.

—Acercó un poco más su rostro al mío— ¿Quieres que te demuestre lo mucho que me arrepiento? —Susurró.

Y así estaban las cosas:

Nosotros dos apretados el uno al otro, yo tratando de resistirme con el poco autocontrol que comenzaba a quedarme, el traidor de mi cuerpo temblando y el maldito socorrista a punto de juntar sus labios con los míos, mientras mi mente gritaba: ¡Socorro! Mientras todo mi ser canturreaba: ¡Olee, olee, olee y olee!

—Yo...no... creo... nada. —Sostuve entrecortadamente, intentando apartarlo de nuevo, pero, al igual que la otra vez, sin ningún éxito— Estaba enfadada... contigo... porque cada vez que te... veo... siento que te detesto...

—¿Ah, sí? No me digas... —Cogió mis manos y las puso en mi espalda, haciendo que me estuviera quieta y dejara de retorcerme— Pues ayer, cuando volví a besarte, no parecía que me detestaras tanto.

No pude evitar mirarlo con la boca abierta, pero la volví a cerrar cuando me di cuenta de que me estaba mirando los labios.

—No seas iluso. —Traté de sonar irónica, pero me salió el tiro por la culata.

(Sí, ya sé lo que estaréis pensando: ¿qué le pasa a Maica? Pero es que vosotros no habéis visto cómo está el puñetero mosquito.)

Me retorcí de nuevo, pero lo único que conseguí con el forcejeo es que quedáramos más pegados el uno al otro.

Su aliento chocaba contra mis labios.

—Te odio... —Declaré con un hilo de voz y la respiración acelerada.

Su contacto me estaba volviendo loca, sentía que me daba vueltas la cabeza.

—¿Sí? —Comenzó a dar pasos hacia adelante sin soltarme, haciendo que retrocediera— ¿Me odias...? —Tras decir esto, abalanzó su boca sobre la mía y me besó, separándose minutos después— ¿Estás segura de eso? —Pegó mi espalda contra la pared, apretándose contra mí— Vuelve a repetirlo...

Un leve jadeo ahogado escapó de mi garganta.

—T-te odio. —Quería demostrarle que así era y autoconvencerme a mí misma de que era el hombre más detestable sobre la faz de la tierra.

Sin decir nada, volvió a tomar posesión de mis labios y esta vez hundió su lengua en mi boca.

De mi garganta nació un gemido.

Mi cuerpo era gelatina entre sus brazos e instintivamente abrí la mía y lo saboreé.

Momentos después volvió a separarse y notaba su erección sobre mi vientre.

—Sabes qué es lo que creo... —Murmuré, quedándose pegado a mis labios— que te sentiste dolida al creer que me arrepentía de besarte.

Negué con la cabeza en un inútil intento de seguir disimulando lo evidente.

—No lo niegues, Maica... Te vuelve loca que te bese... Y si tú no te atreves a admitirlo, yo voy a dar el paso por los dos.

Lo miré, confusa y estupefacta.

Pero él no pareció darse cuenta y prosiguió:

—He querido besar esa boca malhablada que tienes desde que te conocí. —En ese instante tomé conciencia de que nuestras respiraciones se escuchaban al unísono.

Sentí mi entrepierna humedecerse...

¡Cielo santo! ¡Estaba en la gloria!

—Cómo voy a arrepentirme de besarte, si es lo único que deseo cada vez que te veo... — Gruñó Óscar, manifestando su excitación.

Cuando apretó su erección contra mi vientre, no pude evitar que un suspiro placentero saliera de entre mis labios.

Estaba increíblemente excitada.

Lo miré a los ojos sin poder decir nada y automáticamente los desviamos a la vez a nuestros labios.

Óscar se acercó de nuevo con intención de volver a tomar posesión de los míos, pero algo en mi mente se despertó y me acordé de Kevin, recordando también lo mal que se había comportado el hombre que tenía delante con nosotros en la piscina.

Y lo aparté.

—No hagas esto, Óscar... —Dije, entrecortadamente— ¿Crees que por qué me digas estas cosas me voy a olvidar de cómo te has comportado conmigo o... con Kevin?

—¿Kevin? ¡A qué viene que me menciones a ese tío ahora! —Exclamó, molesto.

—A qué no puedo seguir con esto. Ni tú tampoco. Kevin siempre ha sido el hombre de mis sueños y ahora que por fin sé que siempre ha sentido lo mismo que yo, no quiero dejar escapar esta oportunidad... Pronto seré su novia.

—Ya, ¡y un cuerno! —Apretó la mandíbula, visiblemente enfadado— ¿Me vas a decir que no han cambiado tus sentimientos?

—No. —Contesté, intentando parecer segura.

—Ya, claro. —Emitió una risa irónica— Parece ser que a ti te hace justicia ese dicho que dice: cree el ladrón que todos son de su condición.

—¿Qué quieres decir?

Sabía que la respuesta no me iba a gustar.

—Qué me acusabas al principio de ser un mujeriego, pero si tienes tan claro que solo quieres a tu Kevin y, sin embargo, vas consintiendo que otros te besen, lo único que das a entender es que tú sí que eres una coleccionista de hombres.

¡Maldita fuera su estampa! ¡Cómo se atrevía a insultarme de esa forma por querer hacer lo correcto!

Me aparté hoscamente del todo, de él.

En completo silencio, me dirigí hacia la pila donde estaba el vaso que había dejado y lo llené con agua.

—¿Qué narices haces? —Preguntó, extrañado de ver lo que hacía.

Con rapidez, contesté a su pregunta, al arrojarle el contenido del vaso a la cara.

—¡Eres un imbécil! No quiero que te vuelvas a acercar a mí.

Tras decir esto, caminé hasta la puerta, pero antes de llegar, sentí que me agarraba del brazo y me giraba contra él.

—¡Discúlpate por eso! —Ordenó.

—¡Nunca! Te la debía después de lo que me hiciste en la piscina. Donde las dan las toman.

—Pero, ¿se puede saber qué hacéis? Se han oído varios gritos.

Óscar y yo nos alejamos el uno del otro, como quien se aleja de las llamas, al ver a su hermana, que nos miraba con una evidente mezcla de curiosidad y sorpresa al descubrirnos tan ofuscados, y a su hermano chorreando agua por el rostro.

—Nada, yo me voy. —Anuncié, rápidamente.

—Pero, ¡si no hemos terminado de ver la película! —Protestó Claudia.

—Lo siento, de veras, pero me ha llamado mi padre que me necesita, otro día será. —Expliqué, mientras cogía mis cosas y salía de allí casi corriendo, dejando a Óscar mirándome enfadado y a su hermana con otro “pero” en la boca.



12. ARDE LA LLAMA

Una vez en casa, decidí tomarme una de las pastillas de *Diazepam* que ese mosquito ladrón de besos me dio cuando ocurrió el incidente con mi padre.

Me puse el pijama y me metí en la cama.

Mi padre entró en la habitación e intentó hablar conmigo, extrañado por cómo me había visto llegar y creyendo que mi regreso iba a ser más tarde.

Yo le dije que no me encontraba en condiciones y agradecí que me respetara y no insistiera.

Tras irse, esperé durante un rato a que la pastilla me hiciera efecto y, al cabo de unos minutos, me quedé profundamente dormida.

No sabía qué hora era cuando me desperté aquella mañana con la almohada mojada de baba, solo fui consciente de que no paraban de tocar al telefonillo.

Me levanté a toda prisa mientras me secaba la mejilla con el dorso de la mano y corrí hasta llegar a la puerta.

Tras casi estamparme contra esta, contesté al telefonillo:

—¿Quién? —Mi voz sonó de lo más somnolienta.

—¡Cómo que quién! —Reconocí la voz de Laura al instante— ¡Hasta que por fin damos contigo!

¡Mierda! Se me había olvidado por completo que había quedado con las chicas para ir a la piscina:

—¡Ostras, chicas! Me había dormido, perdonad.

—No me digas... —Bufó Laura— Casi nos da un infarto de la preocupación. Llevamos prácticamente una hora llamándote al móvil y al telefonillo de tu casa.

—Lo siento, lo siento, chicas. Os aseguro que todo tiene una explicación, de verdad.

—Tranquila. —Escuché que decía la voz de Andy— ¿Por qué no te preparas, bajas y nos cuentas qué ha pasado?

—Voy, no tardo nada.

Una vez colgué el telefonillo, fui a toda carrerilla a mi habitación, me desnudé y me puse el trikini de color borgoña con el agujero en el ombligo que compré con las chicas en el *Tenezis* de la capital.

Me miré al espejo y recogí mi pelo en una coleta baja.

A continuación, me vestí con unos pantalones cortos negros y una camisa de manga corta de escote triangular de color blanco.

Me calcé mis sandalias de dedo y me dispuse a preparar la mochila, comenzando por agarrar la crema solar, la toalla, las gafas de sol, el móvil y el monedero.

Decidí que me compraría la comida en la cafetería, ya que no quería dejar a mis amigas esperando demasiado tiempo.

Caminé por la casa en busca de mi padre para avisarle de que me iba, pero me encontré con que él ya se había adelantado, así que le dejé una nota sobre la mesa del comedor.

Salí de casa y, una vez llegué abajo, ambas se abalanzaron sobre mí dándome un caluroso abrazo.

—Pensábamos que te había ocurrido algo... —Laura me miró con preocupación.

—No, chicas, escuchad... anoche me pasó algo tremendo con Óscar.

Mis dos amigas ya no parecían sorprendidas, pero sí interesadas.

—Pongámonos en marcha y de camino nos cuentas los detalles. —Propuso Andy, sin disimular mucho la emoción. Babeaba de ganas porque le contara las novedades, ya que últimamente y, desde que el socorrista entró en mi vida, siempre les tenía noticias frescas— Sino los mejores sitios volaran, tendremos suerte si no lo han hecho ya. —Prosiguió.

De camino a la piscina les conté absolutamente todo.

No perdí detalle alguno al relatar lo acontecido durante mi quedada con la hermana de Óscar.

Las dos se miraron con complicidad, asintiendo con la cabeza, como si se hubieran dado cuenta de algo.

Yo estuve a punto de preguntarles, pero Andy acabó por soltar el pastel:

—Ahora entendemos por qué se quedó en casa.

—Su hermana dijo que se suponía que iba a ir a casa de Rubén para cambiarse antes de salir a la discoteca, pero, sin embargo, regresó a la suya sorprendiéndonos a Claudia y a mí. —Conté, mientras abría mi mochila para mirarla, dándome cuenta de que con las prisas no había cogido agua fresca de la nevera.

—Sí, sabemos por qué volvió a su casa... —Escupió Laura, mientras miraba a Andrea, quien también parecía estar enterada del tema.

—Vosotras sabéis algo que no sé, ¿verdad? —Adiviné, pues ambas estaban asintiendo con la cabeza.

—Según nos contó Rubén, él quería hablar contigo por lo que había sucedido la última vez en la piscina. —Explicó Laura— Por lo que se ve, no quería dejar las cosas así.

—No, quería empeorarlas. —Espeté, irónicamente.

—¿Por qué crees eso? —Preguntó Andrea.

—Pues, es evidente, volvió a propasarse conmigo y me llamó coleccionista de hombres. —Contesté, parándome en seco y poniendo mis brazos en jarras.

—A ver, Maica... —Comenzó a decir Laura con algo de inseguridad en el tono de su voz— Como buena amiga tuya que soy, he de serte sincera tanto en las buenas como en las malas. Nosotras sabemos de sobra que no eres, para nada, una coleccionista de hombres. Y no es por defenderlo, pero él también estará algo confuso debido a que le respondes todos sus besos y luego dices que quieres a Kevin.

—Aparte de estar celoso. —Agregó Andrea.

Sin decir absolutamente nada, miré al suelo y asentí con la cabeza.

No podía decir otra cosa porque me daba cuenta de que tenían razón.

Aunque me costara admitirlo para mí misma, Óscar no tenía toda la culpa, yo también había permitido todos aquellos besos y me había enfadado cuando pensé que se arrepentía de lo que había ocurrido entre nosotros.

¡El lío que tenía en la cabeza era increíble!

Porque, por una parte, estaba Kevin, de quien había estado enamorada toda la vida y el cual por fin me había hecho caso. Era con quien tenía la oportunidad que tanto había anhelado, además de ser un hombre totalmente de mi confianza.

Pero, por otro lado, estaba Óscar, con quien no sabía por qué, la atracción que sentía hacia él era más fuerte que otra cosa, más fuerte incluso que cualquier atisbo de rencor que le pudiera tener por las humillaciones pasadas.

No sabía lo que me estaba ocurriendo, solo sabía que cada vez que el socorrista se acercaba a mí, mi respiración se volvía acelerada y mi corazón se descontrolaba, parecía a punto de estallar o de salirse de mi pecho.

Sabía que no podía seguir así y que tenía que empezar a aclarar las cosas, empezando por mí misma.

Si quería ser la novia de Kevin, Óscar se tenía que acabar, y yo no estaba dispuesta a ser solo el rollito de verano pasajero de ese hombre.

Con Kevin tendría una relación de verdad, así que ya iba siendo hora de que pusiera mis cajones mentales en orden.

—Maica cariño, te lo decimos por tu bien. —Insistió Laura, preocupada al verme en silencio.

—Lo sé, chicas, esto no puede seguir así. No puedo hacerme novia de Kevin y morrear a Óscar.

—¿Hacerte novia de Kevin? —Repitió Andy, abriendo los ojos como platos.

—Sí, chicas, Kevin me dijo que en su vuelta de Barcelona íbamos a formalizar lo nuestro. Este mismo sábado.

Ambas se quedaron con la boca abierta, sorprendidas, pero Andrea se recompuso enseguida.

—¿Te das cuenta de que eso es una muy buena noticia y que en vez de empezar a contarnos por ahí, has empezado por Óscar?

—¿Qué estás insinuando? —Alcé una ceja con la mirada fija en mi amiga.

—¡Tía, pues lo evidente! —Contestó— De alguna manera Óscar te está ganando más que Kevin.

—No, de eso nada. —Negué en rotundo.

—Sí, Maica, sí. Espabila, sientes algo por Óscar. —Apoyó Laura— Kevin ya no parece ni la mitad de importante de lo que es el socorrista al que dices que detestas con toda tu alma.

—No pienso escucharos. —Espeté, mientras volvía a ponerme de camino— Lo único que vais a hacer es confundirme más entre todos.

—Maica, hasta él te lo ha dicho, ¡por dios! —Intentó insistir Andrea mientras caminaban tras de mí— Que tus sentimientos por Kevin habían cambiado. ¿No te das cuenta de que la única que se confunde eres tú por no aceptar lo evidente? No quieres admitir que sientes algo por Óscar y que es más fuerte de lo que jamás hubieras sentido por Kevin.

Sentí un nudo formarse en mi garganta al escuchar las palabras de mi amiga.

Yo no necesitaba todo eso, lo que menos me hacía falta era aquella charla.

Ya tenía bastante con todo lo que estaba sucediendo como para que me echaran más leña al fuego. Sabía que ellas lo único que querían era ayudarme, pero lejos de eso, me estaban haciendo sentir incómoda y, en mi incomodidad, todavía encontraba más revoltijo en mi cabeza.

—Chicas, os agradezco que os preocupéis. Sé que lo hacéis por mi bien, pero no siento ahora mismo que tenga las cosas claras como para tener esta conversación. Necesito pensar y aclararme las ideas, porque Kevin es el hombre que siempre quise que estuviera a mi lado, puedo confiar en él, pero Óscar... No sé qué esperar de Óscar la verdad, así que os pido el favor de que

me dejéis pensar las cosas con calma para que pueda tener la mente más despejada y no me sienta tan agobiada.

Ellas me miraron con comprensión y, al llegar a la cola de la entrada a la piscina, ambas me dieron un abrazo a la vez y un beso cada una en una mejilla.

—Es verdad, perdona. Es que no queremos que lo pases mal. Sentimos si te hemos atosigado. —Disculpó Andrea por las dos y nos volvimos a fundir en un abrazo.

Pagamos la entrada y, una vez dentro, caminamos buscando un buen sitio donde situarnos.

Tardamos unos diez minutos en poder divisar uno en condiciones por la hora que era, pero al final encontramos el lugar perfecto, donde nos diera sol y también hubiera sombra.

Me centré en extender mi toalla y en hablar con mis amigas sobre la noche que pasaron en la discoteca. No quería mirar a Óscar, quién seguro que estaría por ahí dando vueltas alrededor de una de las piscinas, o sentado en su habitual silla bajo la sombrilla.

Después de lo ocurrido la noche anterior, no me sentía nada cómoda estando allí, pero intentaba no pensarlo demasiado.

Así que, tras sentarme en la toalla, comencé a aplicarme crema solar en el cuerpo, mientras mis amigas hablaban y hablaban de su noche.

Andrea dijo que había bailado con Rubén y Laura contó, para mi sorpresa, que había abofeteado la mejilla de Ángel por haber intentado besarla.

—Pobre Ángel... —Dije, extendiendo la crema solar sobre mi piel.

—¿Pobre Ángel? —Preguntó Laura, incrédula— En ningún momento le di pie a nada y el tío se creyó con el derecho de acercar su boca a la mía.

Andrea y yo nos miramos con las cejas alzadas por la sorpresa de escucharla hablar de ese modo.

No fui yo la que escupió el comentario siguiente, pero desde luego lo estaba pensando:

—Si te comportaras con el gili de Fernando como lo haces con Ángel, otro gallo cantaría. —Resopló Andrea, para más incredulidad de Laura— El pobre no hace sino intentar que le hagas caso, que veas que es el hombre adecuado para ti, pero tú solo tienes ojitos para el que te maltrata y luego te quejas porque dices que quieres tener una relación de verdad.

Apreté los labios al escuchar tanta sinceridad por parte de ella y sin saber cómo se habría tomado ese comentario nuestra morena.

Miré de reojo el ceño fruncido de Laura, era más que evidente que no le había gustado.

Mientras aplicaba crema sobre mi brazo derecho, vi como fulminaba con la mirada a Andy, que desde luego no se achantaba ni un ápice.

Lo sabía... Se avecinaba la guerra.

Laura abrió la boca para contestar, pero Rubén interrumpió el momento acercándose para saludarnos.

La mirada de Andrea cambió de *Clint Eastwood* a cachorrito de *101 Dálmatas* en una fracción de segundo.

La tensión en mis hombros porque mis amigas acabaran discutiendo, se esfumó tan rápido como cambió la mirada de Andy.

Solté el aire que, sin darme cuenta, había estado conteniendo.

—¿Qué tal estás, Andy? ¿Cansada de anoche? —Preguntó sonriendo a nuestra amiga, que no le quitaba los ojos de encima y lo miraba con cara de boba.

—Estoy bastante bien. Ha costado que me pudiera levantar esta mañana, pero al final lo he conseguido. —Ante nuestras miradas atónitas, sus mofletes se tornaron de color rojo intenso— Lo pasé muy bien ayer... —Dijo, desviando la mirada con timidez y mordiéndose el labio

inferior.

Al ver como la estábamos mirando, nos hizo un gesto disimulado con la mano para que la dejáramos en paz y no le soltáramos ni un comentario.

—Yo también. —Admitió Rubén— Ha merecido la pena que os hayáis podido levantar... —Comentó, también rojo como un tomate.

En serio, ¡eran monismos los dos!

Pero eran tan tímidos que, como no se pusieran las pilas, el primer beso sería para el año 2050.

—Maica, ¿puedo hablar un momento contigo?

Miré a Rubén con confusión por un instante, pero, al cabo de unos segundos, asentí levantándome.

Cuando me acerqué a él, me cogió del brazo suavemente y me alejó de las chicas para que no nos escucharan.

Podía sentir la mirada ardiente de Andrea sobre mi espalda, seguro que me estaba fusilando con ella.

—Oye, al final no me dijiste qué regalo podía hacerle a tu amiga y su fiesta es este viernes. En la discoteca intenté sonsacarle que le gustaba, pero solo me habló de sitios y de lo que le apasionaba hacer en su día a día.

Era verdad, el pobre Rubén quedó conmigo aquel día para que le diera ideas sobre el regalo de cumpleaños de Andrea y, por el idiota de su amigo, había tenido que dejarlo colgado.

—Siento mucho eso, Rubén, pero es que...

—Ya, no hace falta que digas nada. —Interrumpió —Sé lo puñetero que puede llegar a ser Óscar a veces.

«Si fuera solamente puñetero...» Pensé.

—Pero he de decirte que nunca lo había visto como contigo.

Ese comentario me dejó sin habla, aunque luego preferí desviar la conversación.

—Ya, bueno... —Sonreí disimuladamente— No estamos aquí para hablar de tu amigo, sino de mi amiga. Bien, le gustan los libros románticos, así que, si le consigues el libro que se llama Los besos del pirata arrogante de *Scarlett Dark*, seguro que te ganas su corazón. Y si le añades a ese regalo la película de *Pretty Woman*, va a ser la más feliz del universo.

Rubén asintió con una sonrisa y llevó el dedo índice a su sien.

—Anotado mentalmente. —Dijo— Ahora iré a la caseta a anotarlo en mi cuaderno para que no se me olvide. Muchísimas gracias, Maica.

Tras decir esto y, para mi sorpresa, me dio dos besos, muy contento, antes de irse y caminó con paso decidido hacia la caseta, mientras yo lo observaba alucinada y a la vez divertida, pues sabía que Rubén era un gran tipo y que Andrea iba a estar feliz con los regalos.

Iba a darme la vuelta cuando divisé a Óscar, el cual tenía su mirada bajo aquellas gafas de sol puesta en mí.

Y aunque no se los veía, algo en mi interior me confirmaba que sus ojos estaban clavados en mi figura. Tal vez fue ese escalofrío que me recorrió de la cabeza a los pies, o el ardor que sentí en ese momento como si mi sangre se hubiera transformado en lava.

Permanecí unos segundos más con la vista también clavada en él, hasta que decidí darme la vuelta y choqué con Andy, que tenía una expresión clara de pocos amigos y los brazos cruzados.

—¿Qué mosca te ha picado, Andy? —Pregunté al verla plantada como una estatua, con una mirada acusadora.

—Te gusta Rubén, ¿a qué sí?

Laura, que se había levantado y venía para ver qué pasaba, se paró en seco con una mueca tan sorprendida como la mía al escucharla.

—¡Andy! —Exclamó— ¡Se puede saber qué narices insinúas! ¿¡Acaso olvidas que es Maica!?

La cabeza de nuestra amiga se giró con brusquedad hacia Laura.

—No olvido nada de eso, pero tampoco que se han alejado y había mucho secretismo entre ellos. —Tras decir esto se volvió hacia mí, que no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Me parece mentira, Andy, que pienses una cosa así de mí. Ni por Rubén, ni por nadie deberías de dudar de mi amistad. Mira, creo que tu inseguridad ya está sobrepasando unos límites y no te voy a consentir que me acuses de algo tan sucio como robarte al chico que te gusta.

Me sentí algo dolida porque pensara algo así de mí, conociéndome desde hacía tantos años.

Laura también estaba que no se lo creía.

—A ver si ahora nadie le va a poder dirigir la palabra a tu príncipe azul porque ya vas a pensar que todo el mundo se lo quiere ligar. —Laura la miró, molesta.

—No es que no se le pueda dirigir la palabra, Laura, pero que se vayan de secretos sin conocerse apenas... es sospechoso.

Las ganas que me estaban dando de abofetear a Andrea en esos momentos era inmensa.

¿Acaso no me conocía? Me parecía mentira como se estaba comportando.

—Tú sigue pensando ese tipo de cosas de tus amigas y sin ver que realmente eres tú la que tiene el problema, —dije con tono de decepción— que no me va a temblar la voz a la hora de mandarte a la mierda por acusarme de cosas de las que sería incapaz. Tengo principios y valores, ya deberías saberlo. Cuando sepas por qué estábamos de secretos, te vas a tragar la lengua con esas amargas palabras, Andrea... Ojalá y no te atragantes, de verdad, porque en breve te vas a enterar de lo que estábamos hablando.

Me di la vuelta con la intención de marcharme a dar, aunque fuera, un paseo por la piscina para calmar mis ánimos, pero, en ese momento, sentí que Andrea me cogía del brazo y solo alcancé a ver su rostro arrepentido, pues todo pasó demasiado rápido. Ella dio un mal paso hacia mí y resbaló, con tan mala pata, que cayó al agua, arrastrándose detrás y, por el camino, me raspé la rodilla.

—¡Maica! ¡Andy! —Escuché que gritaba Laura, preocupada.

Ambas asomamos las cabezas.

Yo sentía un intenso escozor en la rodilla.

Era como si me estuvieran quemando con un mechero en esa zona.

Apoyé mis manos en el borde y salí, sentándome en este mientras observaba la sangre que salía de mi rodilla, resbalando por el resto de mi pierna.

—¡Ay, Dios! ¡Maica, lo siento mucho! —Escuché que exclamaba Andrea, preocupada.

—No me dirijas la palabra ahora mismo, Andy. —Espeté, tajante, sin querer mirarla.

Estaba muy enfadada.

Laura se agachó a atenderme, pero otra sombra se cernió sobre mí, agachándose para inspeccionar mi herida.

Al ver de quién se trataba, solté un bufido que no pasó nada desapercibido.

Rubén también estaba allí y ayudó a Andrea a salir del agua.

Supuse que también estaría mirando si se había hecho daño, pero no pude saberlo porque no quería ni voltearme a verla.

—Ven conmigo al cuarto de curas, haremos que deje de sangrar y desinfectaremos ese

rasguño. —Dijo Óscar a mi lado.

—No, gracias, ya me lo curo yo con un pañuelo.

—¿Tan orgullosa eres que no me vas a dejar hacer mi trabajo? —Mi mirada y la suya se encontraron en esos momentos.

Se había quitado las gafas y sus ojos sobre los míos estaban ocasionando que no solo me latiera la herida, el corazón parecía un son de tambores.

—Ve con él, Maica, por favor, es mejor que te lo desinfecten... El rasguño es algo grande. —Laura retiró un mechón de cabello que se había pegado a mi cara y, sin querer discutir más, me levanté marchándome acompañada de Óscar, que puso mi brazo alrededor de su cabeza y el suyo rodeando mi cintura para ayudarme a caminar, pues me dolía tanto que cojeaba.

Estaba dolida y decepcionada con Andrea, las lágrimas amenazaban con salir de mis ojos en cualquier momento, pero con mucho esfuerzo logré contenerlas.

Cuando llegamos a la puerta del cuarto de curas, Óscar la abrió con la llave que llevaba en el bolsillo de su bañador.

Después me ayudó a entrar y me sentó en la camilla.

Cerró la puerta, echando el cerrojo y se giró hacia mí.

—Estira la pierna sobre la camilla mientras cojo el botiquín.

Hice lo que me dijo y me fijé en aquel cuartito que olía a cerrado.

Era un cuadrado, literalmente.

Las paredes estaban pintadas de un blanco que hacía años se había vuelto grisáceo y había alguna que otra grieta.

La camilla estaba pegada a la pared menos invadida por el montón de objetos guardados que había en aquel lugar.

La puerta por la que habíamos entrado era de metal y dentro tenía un pestillo oxidado por el paso del tiempo.

Óscar sacó un maletín y lo abrió.

Arrodillado sobre una sola pierna como estaba en el suelo, se le marcaba el culo, un culo firme y redondo que había captado completamente mi atención por ser lo más bonito y sexy de aquel lugar.

Había que reconocer que al maldito socorrista le quedaba demasiado bien ese uniforme.

«¡Basta, Maica! Pon la mirada en las paredes... Mirar a las paredes... Eso es...» Tragué con dificultad mientras intentaba hacer lo que me estaba ordenando mi mente.

Cuando Óscar se levantó, llevaba puestos unos guantes y en sus manos sujetaba algodón, agua oxigenada y betadine, además de unas gasas para limpiarme la herida.

Dejó las cosas a mi lado en la camilla y cogió una botella de agua de una mochila situada en el suelo.

Se acercó a mí y sostuvo mi pierna por el gemelo, colocándola frontalmente estirada para echar el agua de la botella sobre esta y limpiar todo el rastro de sangre que había caído por debajo de mi rodilla, además de la herida.

—¿No crees que es poco higiénico que me eches el agua que no sabes de dónde ha salido? —Pregunté, observando como la sangre seca desaparecía y caía al suelo junto con el líquido transparente que la limpiaba.

Escuché como exhalaba profundamente y con fuerza, antes de contestar:

—Es mía.

—Ah.

Durante el tiempo que estuvo curándome, me mantuve quieta y callada, observando como

pasaba con delicadeza el algodón por mi piel rasgada y como se preocupaba en todo momento de desinfectarla correctamente y que dejara de sangrar.

Una vez acabamos, recogió todo y fregó el charco de agua que se había creado en el suelo al lavarme la herida.

—Quédate un par de horas sin meterte en el agua, eso hará que se seque y no vuelva a sangrar. —Dijo, mientras colocaba la fregona en su sitio.

Asentí y bajé de la camilla, preparada para irnos.

—Maica, sé que no te va a gustar esto que te voy a decir... pero Kevin no es quien crees y no te conviene.

¡Lo que me faltaba!

Todo estaba yendo a las mil maravillas, habíamos conseguido estar en un cuarto por unos largos minutos sin discutir y, como siempre, el ‘tontolaba’ ese lo había terminado de estropear.

Me giré hacia él frunciendo el ceño.

—Eso a ti ni te va, ni te viene. —Espeté, tajante y con tono de advertencia— Y estoy harta de que hables mal de Kevin. No lo conoces de nada. Yo llevo desde que éramos pequeños siendo amiga suya. Si alguien tiene idea de cómo es, esa soy yo.

—Creo que estás ciega, que no te das cuenta de lo que tienes delante de tus narices y que no quieres quitarte la venda de los ojos por miedo.

—¿Miedo? —Solté una carcajada amarga— ¡Miedo a qué!

—Miedo a arriesgarte a ver que tu enamorado no es tan maravilloso, miedo a arriesgar, simplemente.

Me quedé mirándolo por un momento sin poder creerme que estuviéramos teniendo esa conversación.

—Todo iba bien, —dije— no hemos discutido, me has curado y nos íbamos a ir... ¿Por qué has tenido que estropearlo insultando a Kevin?

Óscar se cruzó de brazos, clavando su mirada en la mía.

—No es un insulto cuando se dice la verdad.

¡Yo flipaba, en serio!

Pero, ¿qué me iba a contar a mí de Kevin si no lo conocía salvo de un solo día?

—¿Sabes? Eres peor de lo que pensaba al principio. No soportas que, aunque hayan ocurrido cosas entre los dos, haya preferido no ir tras de ti y que vaya a hacerme novia de Kevin. ¿Qué pasa? ¿Tu ego de macho se ha sentido herido? Ya te dije que no todas estamos locas por ti, supéralo socorrista, su-pe-ra-lo... Yo no voy a ser una de esas que caigan rendidas a tus pies.

El suspiro que salió de sus labios me hizo ver que le estaba minando la paciencia. Bien, a ver si así se daba cuenta de una vez que no podía meterse en mi vida como le diera la gana y menos hablando pestes de quien no conocía con tal de sentirse irresistible.

—Primero que todo, me llamo Óscar, no socorrista. Segundo, a mí me da igual si otras están locas por mí o no. Tercero, no tengo que superar nada, puedes ser su novia si quieres y seguir creyéndote la cenicienta del cuento junto a un cuentista de primera categoría. Cuarto, lo quieras admitir o no, se remueve algo dentro de ti cuando estás conmigo... Y te jode porque lo sabes.

¿Cenicienta? ¿Cuentista? ¿Removerse?

A él si le iba a remover yo algo en su interior de una patada en los ‘cataplines’ si seguía hablando así de Kevin.

Entre lo de Andrea y lo del puñetero socorrista ya era el colmo.

Bien, si quería que le reconociera que me removía algo, se lo iba a reconocer.

—Sí, tienes razón, se me remueve el odio que te tengo cada vez que te veo.

—Dije, apretando los dientes y entrecerrando los ojos— Porque desde el principio no has sido más que una espina en mi zapato.

—Una espina con la que te enfadaste por el simple hecho de que te pidiera disculpas por haberte besado, ¿cómo le llamas a eso?

—¡Error de un momento vulnerable! —Exclamé sin pensar— Así es como lo llamo, porque es lo que es, un error debido a un momento de debilidad, de confusión porque te portaste muy bien con mi padre, pero ya está... Ya tengo los sentimientos muy claros.

Óscar dio varios pasos hacia mí, quedando muy cerca de mi rostro y dejando mi espalda pegada contra el frío acero de la puerta.

—¿Sí? Pues dímelos y acabemos con esto de una vez por todas.

Estaba decidida a decirle que amaba a Kevin, que a él lo odiaba, pero cuando levanté la mirada para enfrentar la suya, sentí que mi corazón saltaba y mi alma temblaba.

Su cálido aliento chocaba contra mis labios, haciendo que los apretara tratando de resistir la tentación de besarlo.

¡Joder! ¿Qué me pasaba con ese hombre?

No dejaba de provocarme una y otra vez y, aun así, era como si todo me atrajera a él, como si hubiera un imán pegado a nuestras espaldas que por mucho que tratara de alejarme, su fuerza por mantenernos unidos era mucho más poderosa.

Óscar negó con la cabeza sonriendo de medio lado y se apartó de mí al ver que no decía nada.

—¿Lo ves?, ¿ves como no estás tan convencida?

¡Maldita sea! Me daban ganas de coger algo de aquel lugar y estamparlo contra una de esas paredes roñosas.

Quería alejarme de él y que eso acabara para poder estar con Kevin y empezar la relación que tanto había soñado, pero, sin embargo, cuando se me presentaba la oportunidad de dejarlo claro, era incapaz de emitir un solo sonido de mis labios.

—¡Está bien! —Exploté, cabreada. La impotencia que sentía era demasiada— ¡No sé qué me pasa contigo ni por qué te dejo besarme, sobre todo teniendo muy claro que te odio por todo lo que me has dado por culo desde que nos conocimos!

Esperaba que Óscar dijera algo tras decir aquellas palabras, lo que fuera, pero en lugar de eso solo se limitó a acercarse a mí lentamente, hasta estar a escasos centímetros el uno del otro.

Mis ojos lo miraron con duda.

Una parte de mí esperaba algún insulto por su parte, o su típica sonrisa acompañada de un comentario sarcástico, pero en lugar de eso, solo pude ver una sola intención en su mirada... la de besarme.

—No puedes... —dije, tratando de mantener un control que hacía un buen rato, me había abandonado— No puedes besarme otra vez.

Él siguió como si nada, como si mi voz no fuera audible para sus oídos.

Su aliento volvía a chocar contra mis labios, mi piel se había erizado por la cercanía y estaba convencida de que tenía las pupilas tan dilatadas como él.

—Dime que no quieres que te bese y no lo haré. —Su voz estaba completamente ronca.

¡Jesús! Aquello no me podía estar pasando.

No podía decirme que le dijera algo que no sentía, porque si había algo que deseaba en ese instante, es que ese maldito gusano tramposo se apoderara de mis sentidos, de mi boca.

Mi silencio debió de darle pie porque, acto seguido, me estaba besando y yo abría la boca para él, acogiendo su lengua y saboreándola con la mía.

Mi mano se posó en su nuca, atrayéndolo más contra mí y él inclinó la cabeza, haciendo el beso más profundo, más pasional, más ardiente...

Sus fuertes brazos me abrazaban y sus manos acariciaban mi espalda, pasando los dedos por la piel descubierta que dejaba el trikini, dejando un rastro de sus suaves caricias en ella.

No pude evitar estremecerme de pies a cabeza y soltar un jadeo ahogado.

De pronto, no supe cómo, me había subido a su cadera y yo la rodeaba con mis piernas.

Sentía su erección contra mi parte íntima mientras nuestros labios no cesaban en devorarse. Me llevó hasta la camilla, sentándome en ella y bajó sus besos de mis labios a mi barbilla, y de esta a mi cuello.

Eché la cabeza hacia atrás, estaba completamente entregada a aquella deliciosa experiencia. El corazón en mi pecho latía desbocado y su ardiente boca pasaba la lengua por detrás de mi oreja, depositando un suave y sensual mordisco después, provocando una excitante electricidad por toda yo.

No desaproveché la oportunidad de introducir mis manos bajo su camisa, necesitaba desesperadamente saber cómo era el tacto de su piel, cuan duros eran sus músculos y, ¿por qué no?, volver a verlos con mis propios ojos. Así que me aventuré a quitarle la camisa y pude apreciar aún mejor sus hombros anchos y definidos, sus brazos fuertes, sus pectorales duros y su vientre marcado por aquella tableta a la que me estaban dando ganas de pasarle mi lengua.

Óscar bajó el tirante de mi bañador y alternó besos suaves en mi hombro con pequeñas mordidas.

¡Dios! Me estaba volviendo loca de deseo.

La cabeza me daba vueltas y sentía que, aunque me esforzara, ya no iba a querer salir de allí, no iba a querer parar.

Sentía una necesidad de llegar hasta el final.

Sus labios volvieron a subir en una caricia a mi oreja y, con una voz grave y llena de excitación, me susurró:

—Quiero verte desnuda...

Mordí mi labio inferior y sentí mi sexo arder y humedecerse ante la idea de enseñarle mi cuerpo.

Ya no quedaba ni una pizca de cordura, solo ganas de sentir todo lo que me estaba ofreciendo con sus caricias.

Su dulce y masculino aroma inundó mis fosas nasales y se apoderó de todos mis sentidos.

Lo aparté de mí con un leve empujón y me puse en pie.

Su mirada se tornó de duda por un momento, pero en cuanto vio lo que hacía, volvió a la expresión anterior del deseo.

Retiré el otro tirante que me quedaba y poco a poco fui mostrándole cada centímetro de mi piel, hasta quedar completamente desnuda, tal y como él había dicho que quería verme.

Cuando el trikini cayó al suelo, lo hice a un lado con mi pie y retiré la goma de mi cabello, dejándolo suelto.

Sus ojos oscuros me revisaron lentamente de la cabeza a los pies y su garganta tragó con dificultad, parecía no querer perder detalle absolutamente de todo lo que estaba viendo.

Yo no dejaba de mirarlo fijamente, centrándome en cómo recorría cada parte de mí con su mirada.

—Joder, eres preciosa...

Tras decir esto último, se acercó a mí y volvió a alzarme para colocarme en la camilla mientras tomaba, de nuevo, posesión de mis labios.

Estaba convencida de que ya los tenía rojos por la intensidad con la que nos devorábamos las bocas.

Un gemido salió de mi garganta cuando él comenzó a descender por mi cuerpo y atrapó uno de mis pezones entre sus labios, mientras colocaba, sin previo aviso, su mano en el centro de mi intimidad.

Separó los pliegues ya húmedos y presionó el botón que me llevó a la gloria, provocando que mi sexo estuviera cada vez más resbaladizo.

Sentía toda mi piel arder mientras su lengua hacía círculos alrededor de mi pequeña cima rosada.

—Quiero devorarte entera... —Susurró roncamente.

Me miró fijamente y chupó los dedos que habían acariciado segundos antes mi intimidad.

—Eres exquisita, una delicia de mujer.

Besó mi otro pecho y bajó en una caricia de sus labios por mi vientre, arrodillándose, hasta llegar al centro de mi ser, donde su boca casi me hizo estallar al posarse allí e introducir su lengua dentro de mí, como si se tratara de su miembro.

Varios gemidos salieron de mi garganta.

Mi mente sabía que debía guardar el mayor silencio posible o nos podían oír, pero lejos de eso no podía evitar que salieran.

El placer que me estaba dando era inmejorable, nunca había sentido algo similar con nadie, mi cuerpo parecía estar en llamas.

Mis manos se agarraban a los bordes de la camilla con fuerza.

Hacía calor en la estancia, pero no importaba, todo en lo que podía centrarme era en ese momento, ese instante ardiente que no quería que terminara nunca.

—¡Óscar! —Exclamé al llegar al orgasmo y alcanzar las estrellas.

No me dio tiempo a reaccionar, pues se había incorporado, decidido, y había liberado su erección.

Con un brazo rodeó mi cintura, atrayéndome hacia el borde de la camilla y con la otra mano guio su miembro hasta la entrada caliente y mojada de mi sexo.

Sentí que me iba a desmayar del placer cuando se hundió en mi interior de una sola estocada.

El grito que escapó de mi boca fue ahogado por la suya que devoró mis labios con pasión.

Colocó sus antebrazos bajo mis muslos, alzándolos levemente y empujándome de adelante hacía atrás, mientras arremetía contra mí y gruñía sobre mis labios.

Abracé su cuello, sintiendo como salía y entraba en mi interior una y otra vez, como su piel y la mía conectaban y se fundían en una sola.

Con cada embestida me sentía más y más cerca del abismo.

No podía creer lo que estaba pasando, pero al mismo tiempo era increíblemente intenso y maravilloso.

Estaba llenando mi ser de plenitud, de euforia y pasión.

Me moví como pude, tratando de tenerlo lo más dentro de mí posible, pues en esos momentos lo único que me importaba era que llegara hasta lo más hondo de mi ser.

Sus jadeos y los míos continuaban siendo ahogados por nuestros besos, no podíamos parar de unir nuestras bocas, parecíamos dos animales sedientos y el uno representaba un manantial de agua para el otro.

—¡Óscar, siento que no puedo más! —Exclamé sobre sus labios, estaba a punto de volver a alcanzar el clímax otra vez y así fue.

Mi orgasmo empapó su miembro con mis fluidos y sus arremetidas no cesaban, él continuaba volviéndome loca de placer, resbalando dentro de mi cuerpo con más facilidad que antes.

Al cabo de unos instantes, soltó mis piernas para rodear mi cintura.

Se movía con mucha más rapidez y celeridad, nuestras respiraciones estaban agitadas y acompasadas.

La herida de la rodilla ya no me dolía ni un ápice, todo lo que podía sentir y experimentar era la mejor de las sensaciones, el mayor de los placeres.

—¡Ah, por favor, por favor... no pares! —No quería que se acabara nunca, quería más y más de él.

Nuestras pieles estaban chorreando, perladas de sudor y mi cuerpo se sentía agotado, pero volvía a estar al borde de aquel abismo, el precipicio por donde quería saltar de nuevo, pues me esperaba el más delicioso de los éxtasis.

Las caderas de Óscar siguieron moviéndose y chocando contra mí.

El sonido de las embestidas y de nuestros jadeos inundaban la estancia, el lugar había adquirido un nuevo perfume, el olor a sexo puro.

Ya notaba como mis paredes vaginales volvían a contraerse, cuando él se detuvo y salió de mi interior, jugando conmigo, viendo la desesperación en mi rostro por las ganas que tenía de llegar de nuevo al orgasmo.

Sacó e introdujo su miembro y volvió a repetir esta misma acción varias veces, haciendo que mis gemidos se tornaran frustrantes.

Las oleadas del clímax se habían disipado, pero quería más, más de aquel juego, más de aquel placer intenso, más de él...

—¿Quieres correrte? —Preguntó con la voz grave y agitada.

—¡Sí! —Exclamé, extasiada.

Su masculinidad seguía saliendo y entrando en mi sexo constantemente.

—Pídemelo... Pídeme que te deje correrte...

Me daba igual tener que pedirselo, las ganas de saltar por aquel precipicio eran tantas que hasta dolía.

Y el juego era excitante, mucho.

—Óscar... Necesito correrme... Siento que voy a morir de placer.

—¡Dios! —Gruñó, volviendo a embestir de nuevo en mi interior— No puedo parar de follarte... de hacerte mía.

—No pares, no pares... ¡Ahhhh! —Las oleadas del orgasmo volvieron y mi cuerpo se convulsionó, apretando el miembro de Óscar y llegando a la cumbre.

Él no fue menos, su cuerpo se tensó y arremetió fuertemente, una... dos... tres veces...

Sacó su miembro con rapidez y continuó con la mano, soltando varios gemidos masculinos, derramando toda su simiente sobre mi sexo, brillante por los fluidos húmedos de aquel encuentro apasionado.

Extrañamente, sentí un vacío en mi interior cuando se apartó para llegar al clímax fuera.

Nuestras respiraciones estaban agitadas, mi cuerpo parecía un flan y estábamos sudando a mares.

Su frente estaba pegada a la mía.

—Creo... —Dijo soltando el aire acelerado por la boca— Que ya ha pasado un tiempo bastante prudencial para que te metas en el agua.

—Sí... —Dije sin más.

No sabía cómo afrontar la situación, solo sabía qué hacía una hora aproximadamente, les había dicho a mis amigas que Óscar se tenía que acabar y lo único que había acabado había sido su semilla sobre mí.

Se apartó y cogió una caja de toallitas húmedas.

Sacó una y me limpió el rastro de su orgasmo, después sacó más y me las dio para que me quitara el sudor.

Él hizo lo mismo y, como pudimos, limpiamos el chorro de agua salada que caía por nuestros cuerpos.

Tras esto, me vestí rápidamente, quería salir de allí cuanto antes para poder asimilar lo que había sucedido y cerciorarme de que estaba en la piscina y no en un sueño erótico con el mosquito.

—Yo... —dije tras colocarme el trikini— Creo que me voy, gracias por...

—Señalé mi pierna ante su mirada anonadada— La cura, gracias... —Quitó el pestillo, aprovechando que él ya se había puesto bien el bañador y me marché de allí a gran velocidad.

Cuando llegué donde estaban mis amigas, me encontré con la sorpresa de que Claudia estaba con ellas.

—¡Maica! —Saludó con alegría, levantándose de su toalla y dándome un amistoso abrazo.

—Claudia, ¡qué sorpresa! —La vuelta de mi saludo sonó extrañada y levemente agitada, tal como estaba— ¿Cómo es que estás aquí?

—Ah, bueno, resulta que estaba en la cafetería, cuando tus amigas han ido a comprar un helado y las he oído hablar sobre que te habías hecho daño en la rodilla y que mi hermano te estaba atendiendo. Así que me he acercado para asegurarme de si eran Laura y Andrea y, cuando me lo han confirmado, me he presentado yo misma.

Sonreí algo nerviosa en el momento mencionó que su hermano me estaba atendiendo.

—¿Cómo tienes el rasguño? —Su mirada pasó por mi rodilla lastimada— Vaya, sí que parece que te has dado un buen golpe.

—Ha sido por mi culpa... —Admitió Andrea con un hilo de lamento en la voz— Me he comportado como una idiota.

—No importa Andy, olvídale. —Dije.

—Sí importa, Maica, no tenía que haber desconfiado de ti. Creo que tenéis razón y debería de buscar ayuda para superar mi inseguridad, está cruzando líneas muy delicadas. Sobre todo, si me hace desconfiar de mis mejores amigas... Lo siento, ¿podrás perdonarme?

Asentí con la cabeza y esboqué una cálida sonrisa.

—Claro, tía.

Nos dimos un abrazo y decidí que me apetecía estar un rato sola y pensar en lo ocurrido.

Al mirar hacia atrás, divisé a Óscar que salía de la caseta.

Se estaba poniendo las gafas de sol.

Rubén se acercó y le dio una palmada en la espalda a modo de saludo.

Parecía que se había dado cuenta de que la ausencia de Óscar había durado bastante.

—Chicas, voy a darme un baño, me hace falta...

—¿Quieres que vaya contigo? —Preguntó Laura, quien estaba tendida en su toalla con gotas cayendo por su cuerpo.

Era evidente que hacía poco que había salido de la piscina.

—No, no hace falta, ya voy yo y me doy un baño relajante.

Laura asintió.

—¿Ha costado mucho que mi hermano te cortara la hemorragia? —Preguntó Claudia, sin

dejar de prestar atención a mi herida.

—¿EH? Ah... sí. —Contesté.

—Habéis tardado mucho. —Comentó Andy, con una más que evidente preocupación— De nuevo, lo siento, tía... Si no me hubiera puesto así, no nos habríamos caído.

—Tranquila, Andy, ya estoy bien. No ha pasado nada grave. —Dije— Voy al agua, en un rato vengo.

—Vale. —Se manifestó Laura, mientras las otras acompañaban su palabra con un asentimiento de cabeza— Pero, Maica... —Llamó, interrumpiendo mis pasos— Antes de irte a bañar, te recomendaría que fueras a los vestuarios...

—¿Por? —Pregunté, extrañada por la sugerencia de mi amiga.

—Pues porque parece que te has puesto el trikini del revés.

Mi cara de susto lo dijo todo cuando me eché un vistazo y me di cuenta de que mi amiga estaba en lo cierto.



13. DULCE LOCURA

Ya habían transcurrido tres días de mi encuentro pasional con el socorrista.

En aquel tiempo no había querido tener mucho contacto con nadie, me había limitado a estar en casa metida con el pijama de verano puesto, viendo películas con mi padre, o en soledad y leyendo.

Por supuesto, mis amigas sabían que ocurría algo.

Desde que Laura me alertó de que llevaba el trikini puesto del revés, ambas habían tenido sus ojos pegados a mi nuca el resto de la tarde.

Tras colocarme bien el traje de baño en el vestuario y darme un baño en la piscina, que no hizo desaparecer el olor de él, me tumbé en la toalla y me mantuve ausente.

No paraba de pensar en las caricias y besos que me había regalado Óscar, en cómo me había entregado a todo lo que me ofreció.

Nunca había experimentado las sensaciones que había saboreado aquel día y lo peor de todo era que me parecían adictivas.

Mi cuerpo ansiaba más de él, mi mente me lo negaba y mi corazón se aceleraba cada vez que cruzábamos la mirada.

Cuando salimos de la piscina, mis amigas seguían pendientes de mí, excepto Claudia, que no se había coscado de nada y me había preguntado, en innumerables ocasiones, si me encontraba bien.

Al despedirnos, las chicas se intercambiaron los teléfonos y yo les di un escueto beso, marchándome de allí, poniendo como excusa que estaba mareada.

Laura y Andy me miraron no muy convencidas, ya que era obvio que sospechaban que algo había ocurrido, algo a lo que, parecían haber aceptado sin más, por lo menos durante ese día, que nos les iba a contar.

Tras eso, solo había hablado con ellas por *WhatsApp* y apenas salía de un simple “¿Qué tal?”, y un escueto “bien” cuando me preguntaban lo mismo.

Otro día habían insistido en ir a la piscina, pero les dije que no y, pese a sus intentos por convencerme, ese no fue definitivo.

Con Kevin hablé por teléfono durante esos días, pero también en un periodo corto de tiempo.

Le puse la excusa de que me encontraba mal y que posiblemente había cogido un virus, a lo cual él me respondía que pronto estaría aquí para cuidar de mí y no hacía otra cosa que recordarme el "prometedor" sábado que, en esos momentos, no estaba tan convencida de que me ilusionara tanto que llegara.

La tarde del miércoles me encontraba sentada de nuevo en el sofá, con mi pijama de Piolín

de pantalón corto y camisa de tirantes, un moño recogido y las piernas cruzadas como buda.

Entre las manos tenía mi helado favorito, un dulce de leche de la marca *Häagen Dazs* y estaba viendo la película *En tierra de Jane Austen*, una de mis preferidas. Mi móvil comenzó a vibrar a mi lado y, cuando miré, se trataba de Claudia, que había salido la noche anterior con Andy y Laura de fiesta, después de haberme insistido las tres juntas por videollamada, de manera constante, que fuera con ellas, volviendo a llevarse una negativa por respuesta.

—No entiendo lo que te está pasando... —Había comentado Andy con sus cejas levantadas, preocupada— No hemos sabido de ti casi nada y cuando te llamamos para hacer cosas, no quieres venir... ¿Estás enfadada? ¿Hemos hecho algo que te haya disgustado?

Al ver a mis tres amigas preocupadas y pendientes de lo que fuera a contestar, les dije que, desde la tarde en la piscina, que me había tenido que ir a casa por el mareo, no me había sentido bien.

—Ves al médico, tía. —Sugirió Laura con intranquilidad.

—No es nada chicas, solo habrá sido un bajón de tensión que me ha dado más fuerte de la cuenta, de verdad. No os preocupéis, pronto estaré recuperada.

—¿Lo prometes? —Claudia me estudiaba a través de la videollamada, también con inquietud— Si necesitas algo nos avisas y haremos lo que sea.

—Prometido. —Dije para que se fueran de fiesta tranquilas —Disfrutad mucho.

Después de aquello, no había vuelto a hablar con ninguna.

Hasta ese momento en que la llamada de Claudia seguía insistiendo.

Puse la película en pausa, cogí el teléfono y lo coloqué en mi oreja, sosteniéndolo con el hombro mientras tomaba otra cucharada de mi riquísimo helado.

—Hola Clau.

—Hola, chiqui. ¿Cómo sigues?

—Algo mejor. —Contesté— El *Häagen Datzs* que tengo en mis manos es el mejor remedio para todo.

—Me alegro, porque me gustaría pedirte algo... —Dijo sin más, evidenciando en su tono de voz algo de inseguridad.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí, no es nada malo. Es solo que el viernes es el cumpleaños de Andrea, me ha invitado a la fiesta que va a organizar en su chalet y no tengo regalo para ella. Me gustaría proponerte que esta noche te quedes a dormir en mi casa y así mañana me podrías acompañar y me ayudas a escoger uno que sea bueno.

Abrí los ojos como platos en cuanto mi mente consciente escuchó las palabras: “quedarte a dormir en mi casa”.

Si me quedaba, eso supondría que Óscar y yo nos tendríamos que ver y eso me aceleraba el corazón y me ponía nerviosa.

Ante la imagen de volver a verlo, tras lo ocurrido en la salita de curas de la piscina, sentí un ardor en mis mejillas y, de un momento a otro, me había puesto más roja que la lava de un volcán.

—Yo... Esto... Creo que no va a poder ser. —Dije, mordisqueando mi labio inferior continuamente— ¿Y si quedamos mañana en un punto y te acompaño?

—¡Jo, noooo! —Se quejó Claudia— No pasa nada porque te quedes a dormir hoy, no te cuesta nada, ¿tienes algo mejor que hacer?

«Sí, evitar ver a tu hermano». Contestó mi mente.

—No. —Delató la traidora de mi boca, antes de que pudiera contenerla.

—¿Y, entonces? Además, ¡me debes una noche de chicas! —Me lo tenía que recordar, ¿no?
— ¿Por qué no quieres quedarte en mi casa? —Insistió— ¿Es qué mi hermano te hizo algo malo la última vez que viniste?

Ahí estaba, el mosquito salía a relucir en la conversación.

No importaba cuanto, o lo que hiciera para evitarlo, siempre volvía a aparecer de nuevo, de alguna manera.

Comenzaba a creer que lo único que quería el destino era fastidiarme.

—No. —Contesté, secamente.

—Entonces, ¿por qué te fuiste tan rápidamente cuando llegó él?

¡Y dale con el temita...!

Al final me daba miedo que me sonsacara algo que luego pudiera lamentar.

Ya tenía bastante con Laura y Andrea, como para que también se uniera la hermana del socorrista a opinar sobre lo que había pasado entre los dos.

Y eso sin que ninguna de las tres supiera que me había acostado con él...

Aunque estaba segura de que, dos de esas tres, sospechaban que había sucedido algo y, más tarde o más temprano, me iba a tocar afrontarlo.

—No me fui cuando llegó. Además, ya te dije que mi padre me necesitaba.

—¿Y por eso mi hermano estaba chorreando agua por todo su rostro y tú con cara de mil demonios cuando fui a la cocina a buscarte? Maica, no hace falta que le defiendas. Sé que a veces mi hermano puede ser un poco idiota.

«Sí, pero ese idiota me vuelve loca». «Pero, ¿¡qué estoy pensando!?» Dijo y corrigió mi mente a la vez.

—No le estoy defendiendo, créeme, simplemente tenía calor y se echó un poco de agua encima.

—Ya... —Escuché que susurraba, no muy convencida con la explicación— Qué raro... Él dijo que era sudor...

¡Me cago en...!

—Está bien, está bien. —Contesté rápidamente para desviar la conversación— Creo que me vendrá bien salir de casa, así que termino de ver la película que estaba viendo, me arreglo, cojo mis cosas y voy para allá. Ahora que lo recuerdo, yo todavía no le he cogido nada a Andrea tampoco, así que mañana puedo aprovechar. Mm, creo que estaría lista del todo eso de las nueve. ¿Te parece bien, o prefieres que vaya después de cenar?

—No, no, a las nueve me parece bien. —La estrategia “cambio de tema” había funcionado, al menos de momento— Cenamos los tres juntos, Óscar, tú y yo. Tragué saliva como una condenada y me quedé sin palabras.

—Bueno, chiqui, luego nos vemos, ¡te quiero!

Dicho esto, colgó, dejándome a solas con un nudo subiendo desde mi estómago, hasta mi garganta.

—Mierda... y yo a ti. —Murmuré.

Preparé en mi mochila el pijama de verano, pero no el de Piolín, por supuesto.

Si iba a quedarme a dormir en casa de la hermana del socorrista, no quería que este me viera con un pijama de dibujitos.

Abrí el cajón del armario donde tenía guardados varios modelos de pijamas de verano y sostuve en mis manos uno rojo de tela sedosa con el que pensé, mordiéndome el labio inferior, que estaría muy sexy.

Entonces mi mente me reprendió, recordándome que yo no tenía que estar sexy, tenía que ir

con naturalidad.

Así que opté por mi pijama de color morado, que era una camiseta de tirantes y un pantalón corto.

Después cogí ropa para el día siguiente: pantalón vaquero corto, junto con una camisa sin tirantes, negra con el número ochenta y ocho, escrito en la parte frontal y unas sandalias del mismo color con un poco de tacón.

Tras esto, fui al cuarto de baño y preparé mi neceser con maquillaje, espuma para el pelo y un peine.

Una vez dejé mis cosas preparadas, me vestí, ya que faltaban unos quince minutos para que dieran las nueve.

Me puse una falda marrón y una camisa de tirantes blanca, con escote triangular y decorada frontalmente por unos volantes.

Me calcé con mis sandalias de color marrón y me dejé el cabello suelto.

Puse un poco de rímel en mis pestañas, *gloss* en mis labios y colorete en mis mejillas...

Paré un momento mientras me daba un repaso al espejo y me pregunté con qué intención me estaba poniendo tan guapa.

A fin de cuentas, tan solo iba a dormir a casa de mi amiga... Y su hermano.

Para no darle más vueltas, me quedé como estaba y cogí mis cosas, junto con mi móvil y el monedero, dispuesta a marcharme.

Me despedí de mi padre y salí casi corriendo, ya que entre arreglo y arreglo eran las nueve menos cinco.

Cuando llegué a la puerta, me topé con el repartidor de pizzas, al cual le habían abierto la del portal, así que me colé dentro junto con él.

Ambos subimos por el ascensor y lo que menos me esperaba es que fuéramos al mismo piso y a la misma puerta, donde me encontré con Óscar, que me miró con sorpresa y repasó mi atuendo de arriba abajo.

—Hola... —Saludé con un tono de voz que salió tímido de mi garganta.

—Hola Maica. Pasa, mi hermana te está esperando. —Añadió, mientras pagaba al de las pizzas.

—Gracias... —Pasé por su lado y su delicioso aroma inundó mis fosas nasales, haciendo que mi cuerpo respondiera de inmediato, pues sentí como mis piernas temblaban.

Ni el olor de las pizzas recién hechas había simulado su colonia.

Era la misma que llevaba en nuestro encuentro apasionado.

Tras coger las pizzas, cerró con el pie la puerta al girarse y nuestras miradas chocaron.

Mis mofletes ardieron y no podía pensar con claridad.

¡Por dios, parecía una quinceañera! ¿Qué me estaba pasando?

—Claudia está en su habitación, pasa al comedor, ahora le aviso que estás aquí.

—Dijo, mientras yo asentía y él estiraba sus brazos— Ya que vas allí, ¿te importa llevarlas a la mesa?

Negué con la cabeza y estiré mis manos para cogerlas.

Tuve que esforzarme mucho por mantenerme firme, pues estuve a punto de flaquear y que la cena se cayera al suelo cuando sus dedos rozaron los míos al cogerlas.

Me di la vuelta tan rápido, como si algo hubiera caído tras de mí y me hubiera asustado.

Las llevé a la mesa e intenté respirar profundamente.

«¡Por el amor de dios, Maica! Si os habéis visto un montón de veces, ¿qué demonios te sucede? Nunca habías actuado de esta manera». Me reprendí a mí misma, al tiempo que aceptaba

que algo en mí se había modificado.

No me podía comportar igual que siempre con él.

Cada vez que le veía, recordaba los besos que habíamos compartido, las caricias, la manera en que su cuerpo había poseído el mío, y entonces no solo notaba un calor de mil demonios, sino que además no sabía qué decir, que hacer, ni cómo actuar.

Y creía que a él le pasaba lo mismo, porque tampoco me había dicho demasiado al verme, ni siquiera cuando estábamos solos en la entrada de su casa y ya había cerrado la puerta.

Algo que, de alguna manera, me había desconcertado.

Tampoco entendía por qué, ni qué esperaba que me dijera, o como esperaba que actuara.

Cuando aparecieron Claudia y él por detrás de mí, esta me saludó con gran entusiasmo, feliz de que hubiese ido allí, como si no me hubiera hecho un poco de chantaje emocional, de alguna manera, para convencerme.

La mesa ya estaba puesta, a excepción de la bebida que en ese momento ella portaba en sus manos. Una vez nos sentamos, comenzamos a cenar las ricas pizzas en silencio, por lo menos Óscar y yo, que parecíamos absortos en nuestros pensamientos.

Mientras, Claudia, no paraba de hablar de la noche que había pasado con Laura y Andrea como una cotorra.

Fijé mi mirada en el socorrista, quien parecía totalmente centrado en la cena y quizá en lo que su mente le estuviera diciendo.

Comenzaba a preguntarme cuáles serían sus pensamientos al respecto, si tenían que ver con lo que pasó entre nosotros o, quizá, tan solo pensaba en otras cosas como si no le importara lo ocurrido.

Ahí me di cuenta de lo que realmente había esperado al llegar y de por qué me sentí tan extraña.

Después de haber estado varios días sin saber de mí, sin vernos ni nada, de forma inconsciente, esperaba que soltara alguno de sus típicos comentarios sarcásticos.

De alguna manera quería que me dijera algo para saber si había notado mi ausencia, si se había percatado siquiera del tiempo que llevábamos sin tener contacto.

Quizá un atisbo de que me había extrañado. ¡Jesús! No sabía qué pasaba conmigo.

Con veinte años que tenía, me daba la sensación de que me parecía a una de esas crías de instituto que no sabían lo que querían, y eso me hacía sentir mal.

Me hacía ver que no tenía el control ni de mis sentimientos, ni de mis emociones.

De pronto, la mirada de Óscar pasó de su vaso de Coca Cola, tras darle un trago, a mí, haciendo que desviara la mirada rápidamente en un intento absurdo de que no se diera cuenta que lo estaba mirando fijamente.

Hasta Claudia había tomado conciencia de que me había quedado absorta observando a su hermano y, cómo no, hizo saber que se había percatado.

—Maica, ¿tienes algo que decirle a mi hermano? —Preguntó con una ceja alzada, haciendo que ambos pusieramos el foco en ella.

—¿Eh?, no. —Fue todo lo que me nació contestar.

—Vale... —Comenzó a decir ella con un suspiro— ¿Ha pasado algo entre vosotros?

Mis latidos comenzaron a golpear fuertemente contra mi pecho.

—¿Por qué piensas que ha pasado algo entre nosotros? —Cuestionó Óscar, interrumpiendo las palabras que no llegaron a salir de mi boca.

—Pues porque estáis muy raros, no habéis hablado en toda la cena y la última vez que estuvo aquí, ella se marchó como si la persiguiera el diablo y a ti te chorreaba la cara.

—Ya te dije que estaba sudando, hacía calor.

—¿Sí? Pues Maica me ha dicho que estabas así porque te habías mojado la cara en el grifo para refrescarte... —Tragué saliva con dificultad al escucharla— Si vais a mentir por lo menos poneros de acuerdo para hacerlo. Es evidente que algo no me contáis y creo que ya sé lo que es...

Como si nos leyéramos el pensamiento mutuamente, Óscar y yo nos miramos con los ojos abiertos como platos y el corazón en un puño.

¿Habría estado atando cabos y habría llegado a la conclusión de todo lo que había ocurrido entre su hermano y yo? ¿Y si se enfadaba porque no se lo hubiera contado antes? ¿Y si dejaba de hablarme?

Le había cogido muchísimo cariño y me daba miedo el hecho de perder su amistad.

—Es evidente que no os podéis llevar bien. —Ambos soltamos el aire contenido al escuchar sus palabras— Me gustaría que eso cambiara de alguna manera y que dejaseis las rencillas del pasado atrás. —Miró a su hermano, que tenía los brazos cruzados sobre la mesa— Óscar, tú deberías olvidar que ella se quejó de ti. El malentendido se resolvió y no es para que estés resentido toda la vida, al final no ocurrió nada malo. —Luego volvió su atención a mí— Y Maica, tú también deberías perdonar las ofensas y los insultos de mi hermano, en ese entonces se enfadó mucho, pero muchas cosas de las que dijo seguro que no iban en serio...

Tanto el socorrista como yo guardamos silencio, mientras ella continuaba hablando:

—¿Por qué no podéis olvidar todo y empezar de nuevo siendo amigos? Sois más parecidos de lo que creéis y, si dejáis de lado vuestras diferencias, os daréis cuenta de que podéis llegar a ser muy buenos amigos... ¿Hay algo de malo en eso?

«Sí, que tu hermano me gusta demasiado como para ser su amiga, pero no sé hasta qué punto le puedo gustar yo. No quiero ser el rollo de verano de nadie». Flipé con la declaración que había hecho internamente mi mente.

Acababa de darme cuenta de que mis amigas tenían razón, Óscar me importaba más de lo que yo creía, y el odio que decía sentir no era tal, tan solo una máscara que tapaba las muchas sensaciones que provocaba en mí su sola presencia y cercanía.

Fingí una tos carrasposa y me levanté disculpándome, necesitaba ir al baño y refrescar mi cara.

Como si eso pudiera aclarar los sentimientos encontrados que tenía en esos momentos...

Me encerré en el cuarto de baño y mojé mi rostro, mirándome al espejo que estaba sobre el lavabo, como si fuera a encontrar algo de claridad en la mirada que me devolvía aquel reflejo.

¿Qué más podía pedirme a mí misma? Mis pensamientos y emociones se habían cogido de la mano ante lo que había admitido para mis adentros, pero... ¿Y Kevin? ¿Estaba dispuesta a renunciar a él, al hombre con quien siempre había soñado, por una pasión y una atracción que probablemente acabaría tras el verano?

Lo que menos quería era terminar arrepintiéndome de haber dejado escapar a un buen hombre, por alguien que me dijo muy claramente al principio de conocernos que yo solo era como los *clínex*, de usar y tirar.

No quería eso para mi vida, no quería acabar herida.

Intenté consolarme pensando que, por lo menos, ya había llegado a la conclusión de algo... Me gustaba Óscar, y mucho.

No sabía por qué, pero ese canalla ladrón de besos había llegado a hacerme sentir unas sensaciones que jamás había experimentado en la vida.

Y aquello me daba miedo...

Me sentía terriblemente aterrada, porque no quería sentirme el juguete de nadie y ese hombre me había dejado muy clara su postura y lo que pensaba de mí desde el principio.

No creía que, por un polvo, (un polvo alucinante debo añadir...) fuera a cambiar la visión que tenía de mí.

En fin, necesitaba aclararme en muchos puntos, pero primero el uno y luego el dos, si no corría el riesgo de enloquecerme.

Llegados a este punto, decidí salir del cuarto de baño y fui hasta el comedor, donde Claudia se hallaba sentada en el sofá y Óscar estaba de pie frente a ella. Clavó sus ojos en mí cuando entré en la estancia.

—Venga... —Instó ella a su hermano, provocándome cierto desconcierto.

Óscar rodó los ojos y vino en mi dirección.

Yo le devolví una mirada cargada de confusión.

Al tenerlo tan cerca, mirándome con esos ojos penetrantes, no pude evitar sentir que mi cuerpo temblaba.

—Quiero que sepas que siento todo lo que te dije en el pasado, como me comporté contigo y lo mucho que te ofendí y, aclaro, para que no haya ningún malentendido, que solo me estoy disculpando por las groserías que te dije...

—Me guiñó un ojo, haciendo que comprendiera que se refería a qué no quería que volviera a pensar que se arrepentía de lo ocurrido.

No pude evitar dedicarle una sonrisa en respuesta que me salió de dentro.

Claudia nos observaba desde el sofá y parecía conmovida por lo que estaba presenciando.

—Maica, ¿no tienes nada qué decir ante tan bonita disculpa?

Humedecí mi labio inferior, mirando un momento al suelo y asentí.

—Yo también me disculpo por cómo te juzgué. —Comencé a decir, volviendo mi atención de nuevo a él— También por todas aquellas veces en las que te insulté.

De golpe, todos mis pensamientos, todo el embrollo que tenía en la cabeza y los nervios, fueron sustituidos por una paz reconfortante y una felicidad que se instaló en mi pecho, volviendo los sabores amargos de las emociones que hacía unos segundos me embargaban, en el más dulce de los néctares al sentir su abrazo.

Mis manos, inseguras, rodearon su cintura, devolviéndole su muestra de afecto. Su tacto duro y el calor de su cuerpo ahora más que conocidos para el mío, navegaron por mis sentidos haciéndolos despertar, hasta que se cogieron de la mano con la felicidad que se había hecho dueña de mí.

¿Cómo podía sentirme tan bien después de todo entre sus brazos?

En ese momento, parecía que solo estábamos nosotros dos, como si el resto de la estancia, incluida Claudia y el mundo entero, hubiesen desaparecido.

Dios... ¿Qué estaba pasando?

El hombre al que más había detestado, era el mismo que ahora, con un simple abrazo, me estaba haciendo volar entre las nubes.

Sentí como acercaba su boca a mi oreja, provocando que me recorriera un escalofrío de los pies a la cabeza y viceversa, al escuchar su voz ronca, grave y susurrante:

—Estás temblando...

—Yo... tengo algo de frío... El aire acondicionado está un poco fuerte... —Dije también en voz baja, tratando de disimular que era por él y solo por él por quien estaba temblando mi cuerpo.

Se apartó de mí con una sonrisa que hizo anidar un calor delicioso en mi corazón y cogió el

mando del aire, subiendo un poco la temperatura.

Como si realmente fuera necesario...

—¿Mejor?

Asentí en respuesta.

—Maravilloso. —Aprobó Claudia nuestra afectiva disculpa con una amplia sonrisa— ¿Os apetece ver una película?

—Claro. —Dije, sonriente.

—Sin problema. —Se apuntó Óscar.

—Pero antes... —Me acerqué a mi mochila, cogiendo mi pijama y centrando mi atención en Claudia— ¿Te importa si uso tu habitación para ponerme más cómoda?

—Claro que no, ya sabes donde es.

Asentí y me marché ante la atenta mirada de los dos, pero la de él era la que más notaba sobre mí, como si de una caricia afectiva y exquisita se tratase.

Tras ponerme el pijama y dejar las cosas colocadas en un rincón de la preciosa habitación de Claudia, me puse en camino al comedor, donde Óscar, con una camiseta blanca de manga corta y un pantalón azul que le marcaba bien donde había que marcar, (me refiero a su culo) peleaba con el DVD.

Al parecer se resistía a abrirse.

—¡Maldito cacharro! Ya se ha vuelto a jorobar. —Maldijo a viva voz.

—No me extraña... —Expresó Claudia, mientras observaba como su hermano le daba unas palmadas al objeto— Si no paras de darle golpes, es normal que cada dos por tres se estropee. Espero que no seas así de bruto con todo...

Las palabras de Claudia se interrumpieron al mirarme.

—¡Oh, la, la...! ¡Qué pijamita más bonito! —Comentó, soltando una leve risita.

Para más bochorno mío, Óscar se giró también y me dio un repaso de arriba abajo.

—Créeme que no para todo soy brusco... Hay ciertas cosas que podría estar años y años tomándomelo con mucha calma... —Una sonrisa ladeada se manifestó en sus labios, sin apartar su mirada que, en esos momentos, estaba fija en mi rostro. Seguro que lo tenía del mismo color que un tomate, sobre todo al percatarme de la disimulada, pero descarada, indirecta que había lanzado para mí.

El ruido del DVD al abrirse interrumpió cualquier pensamiento y yo pude soltar el aire que, sin darme cuenta, había retenido.

—¿Qué película vais a poner? —Pregunté con un notable hilo nervioso en la voz, pero traté de disimular lo mejor que pude.

—La monja. —Contestó Claudia con una sonrisa orgullosa— Esta vez podremos verla sin interrupciones, ni sustos.

Sonreí mientras me sentaba al lado de mi amiga en el sofá, viendo como Óscar se levantaba, apagaba la luz y tomaba asiento a mi lado, dejándome en medio de los dos.

La película comenzó y el maldito olor masculino de ese atractivo y descarado mosquito inundó mis fosas nasales, haciendo que mi corazón comenzara a bombear como un loco.

Intenté varias veces respirar profundamente y relajarme, pero lejos de eso, lo único que conseguía era que su fragancia se quedara impregnada en el interior de mi nariz.

Hubo un momento en el que, al moverme para acomodarme, nuestras rodillas se rozaron y ambos tuvimos la misma reacción.

Nos miramos en la oscuridad...

Sus ojos parecían penetrar en mí y mi cuerpo respondía a todo lo que sucedía con ese

hombre.

Mi corazoncito, lejos de calmarse y quedarse relajadito, lo único que hizo fue arremeter más y más contra mi pecho. ¡Parecía que me iba a dar un jamacuco!

Y como eso siguiera de esa forma, no prometía que no acabaran la noche llamando a una ambulancia.

Ya me podía imaginar la escena:

Mientras Claudia me sostiene la cabeza en el suelo e intenta darme aire, Óscar con el teléfono en la oreja explicándole la situación a emergencias:

—Sí, verá... Es que desde que tuvimos sexo en un cuarto de curas, no puedo ni mirarla, ni rozarla, sin que tenga un ataque cardíaco.

De pena, vamos.

Parecía una colegiala de quince años con corazoncitos saliendo por todas las zonas de su cabeza.

Creo que ni con Kevin tuve tales reacciones en el instituto.

No sabía ni lo que hacía, parecía perder el norte cuando tenía a Óscar delante, igualita que Laura con su Fernandito.

Volvimos a centrar la atención en la televisión.

Ya no volvió a suceder nada más, salvo que mi corazón no paraba de latir desbocado.

Afortunadamente, ninguno de los dos hermanos parecía escucharlo.

Una vez terminó la película, no hicimos nada especial, salvo quedarnos hablando de nuestras cosas.

Claudia me preguntó que cuando volvía de nuevo al trabajo y yo le expliqué que mis vacaciones eran hasta finales de agosto, por los dos años en los que no me había consentido tenerlas para poder tener dinero suficiente y que mi padre y yo no pasásemos ningún tipo de calamidad.

Además, también estaba la universidad...

En septiembre volvía a clases y en diciembre tendría los exámenes finales, donde por fin me sacaría la carrera de fitoterapia.

Me atreví a hablarles de todo lo acontecido con mi padre, de su problema, de lo mucho que ambos nos habíamos esforzado por salir adelante y que yo había hecho todo lo posible por mantener la casa y, junto con la paga de mi padre, que no nos faltara de nada, mientras él se dedicaba con mucho ímpetu a mejorar.

Claudia me miró con un brillo especial en los ojos y Óscar no fue menos, me sonreía de una forma tierna.

Una sonrisa que adoraba tanto como odiaba la burlona.

—Una vez me haya sacado la carrera, el amigo de mi padre me va a coger para trabajar en su herboristería... —Terminé de contar con una sonrisa.

—¡Ala! ¡qué interesante! Quizá después de sacarme la secundaria, me ponga a trabajar como tú y estudie sobre las plantas medicinales también, es bastante guay. —Expresó pensativa, mientras su hermano la miraba con cara de incredulidad— O a lo mejor algo de farmacéutica, no sé, ya veré cuando termine.

—Si no lo veo, no me lo creo. —Escupió Óscar, llevándose una mirada reprobadora de su hermana.

—¡No he parado de mostrarte lo mucho que he cambiado! —Espetó, molesta— ¡Eres tú quien se niega a verlo...!

—Ahora que lo dices, es posible que tengas razón. —Reconoció con una sonrisa— Parece

ser que la buena fortuna me ha cambiado a mi hermana convirtiéndola en una mujer mucho más responsable.

—Agradéceselo también a Maica. —Contestó Claudia para mi sorpresa y la de él— Es una mujer digna de admirar y ha despertado mis ganas de ser alguien a quien admirar algún día. —Sonrió, cogiendo mi mano y dándole un apretón afectuoso—Y, además, la quiero muchísimo...

La miré con ternura tras esa declaración y nos fundimos en un tierno abrazo.

—Bueno... —Escuché que decía la voz, en esos momentos somnolienta, de Óscar, emitiendo un bostezo— Creo que va siendo hora de acostarse, mañana me tengo que levantar temprano para ir a arreglar unos asuntos. Vosotras también tendréis que hacerlo si queréis llegar pronto al centro comercial y pillar todo lo bueno.

Una vez dicho esto, los tres nos levantamos y los dos hermanos se dieron las buenas noches con un abrazo y un beso en la cara.

—¿No trabajas mañana en la piscina? —Preguntó Claudia.

—He cogido el día por asuntos propios. Tengo que arreglar unos papeles. Con lo mucho que me divierte eso... —Bufó y rodó los ojos.

Claudia asintió.

Para mi sorpresa, después de abrazar a su hermana, se acercó a mí e hizo lo mismo, solo que su beso me lo depositó en la comisura de los labios, provocando que toda yo me estremeciera de pies a cabeza.

—Buenas noches... —Dijo en un leve susurro audible.

—Buenas noches. —Contestamos las dos al unísono y, mientras Claudia volvía la atención a mí, yo observaba como el tío bueno de su hermano se marchaba por la puerta y desaparecía en la oscuridad del pasillo.

Inmediatamente, ambas fuimos al servicio a lavarnos los dientes y después de eso nos fuimos a acostar.

La habitación de Claudia era grande y espaciosa, tenía una gran cama en el centro vestida con sábanas moradas, donde cabíamos las dos perfectamente.

Las cortinas de su ventana abierta, situada justo encima del cabezal de la cama, iban a juego con las sábanas.

Las paredes eran de un tono azul cielo y, en una de ellas, había estanterías con libros, figuritas, fotos...

En la pared del otro extremo, había un gran armario con espejo incorporado.

En un lateral, también estaba, muy bien situado, un gran escritorio de madera blanca, con un sillón de oficina y sobre este, un ordenador de mesa, la impresora, altavoces y figuritas de duendes.

Al lado de la silla se encontraba mi mochila en una esquina.

En la pared frontal a la cama, había una televisión grande colgada, igual que en el comedor.

—¿Quieres que pongamos algo en la tele hasta que nos quedemos dormidas?

—Propuso Claudia.

Asentí y ella la enchufó, dejando Factoría de ficción, donde estaban haciendo la serie de La que se avecina.

Escuchar algo de fondo me vino bien para calmar, no solo el corazón acelerado que aún seguía latiendo fuertemente por lo acontecido con Óscar, sino también el sentirme extraña al estar en una casa ajena.

Nos acostamos y mi amiga se quedó dormida casi de inmediato.

El *tic tac* de uno de los relojes de la estantería resonaba en mis oídos como las palabras que,

en ese momento, estaban formulando cada personaje de la cómica serie.

Al cabo de un buen rato, me di cuenta de que no podía pegar ojo.

Recordé el beso en la comisura de los labios que me había dado el socorrista y un cosquilleo estimuló la zona donde sus labios se habían posado.

Mi cuerpo tembló, como si acabara de ocurrir en ese instante, y un ardor se instaló en mi bajo vientre.

Había deseado volver a saborear su cálida boca y experimentar de nuevo la pasión abrasadora entre sus brazos.

No dejaba de pensar en él y lo peor de todo, es que me estaba poniendo como una moto, febril de deseo al lado de mi amiga que, dormida plácidamente, no sabía nada sobre mis pensamientos calenturientos con su hermano.

«¡Ay Jesús! No me puedo poner aquí como una locomotora... ¡Maica, piensa en cerveza fría!» Exclamé para mí misma, sintiendo vergüenza de las reacciones de mi cuerpo. En esos momentos, él debía de estar dormido como un tronco.

«Tiene que ser guapísimo durmiendo... ¡Pero bueno, quieres parar de una vez de pensar en el socorrista!»

Y así era como soñaba despierta y me reprendía a mí misma, una y otra vez.

Fue en ese entonces cuando decidí levantarme de la cama e ir al servicio para mojarme la cara y, si lo veía muy necesario, capaz era de mojarme otra cosa con agua fría...

Abrí la puerta de la habitación con mucho cuidado y caminé de puntillas por el oscuro pasillo hasta el lavabo.

Una vez allí, cerré y encendí la luz, acercándome al espejo del baño y viendo mis mejillas tan encendidas como el culo de una luciérnaga, solo que de color rosado.

—Pero vamos a ver, Maica... que es Óscar, el mosquito, el ladrón de besos, el idiota, al que odias... ¿Qué te pasa? —Preguntaba a mi reflejo en voz baja, como si este me fuera a contestar — Tienes que parar... En Kevin es en quien tienes que pensar de ahora en adelante. No puedes seguir fantaseando con alguien para quien, seguramente, aquello que pasó solo sea un rollo de verano.

Una vez me cansé de reprenderme, me lavé la cara con agua fría y, ya puestos, provoqué un “accidente” en mi entrepierna, ya que la notaba ardiendo.

Me dispuse a salir del servicio, cuando choqué con un torso duro justo frente a mí.

Al alzar la cabeza, me encontré con Óscar, que me miraba fijamente con una mezcla de sorpresa y satisfacción.

—Vaya, no esperaba encontrarte aquí. —Dijo con una voz apenas audible— Si no llegas a salir, posiblemente te hubiera pillado haciendo tus cosas...

—Solo me estaba refrescando un poco, tenía calor. —Aclaré a medias, ya que no le dije el motivo de por qué había aparecido ese bochorno.

—Yo no paraba de pensar en ti. —Declaró para mi sorpresa, haciendo que le mirara con los ojos abiertos, evidenciando mi estupefacción.

¿Acababa de decirme lo que había escuchado?, ¿o mi mente me había jugado una mala pasada?

Aun así, la sensación en mi pecho fue deliciosa.

En ese momento, sus manos se alzaron y cogieron mi rostro, pasando los pulgares por mis mejillas con suavidad, disipando las dudas de si era cierto que me había confesado que estaba pensando en mí.

Cerré mis ojos un instante, entregándome a la suave caricia.

Desde que había estado con él íntimamente, sentía una conexión exquisitamente fuerte cada vez que le veía, e incluso al más mínimo roce.

Mi mente, la cual siempre me decía en quién tenía que pensar, la misma que aseguraba que yo solo era de usar y tirar para él, en esos momentos se había quedado en silencio.

No importaba absolutamente nada, era como si el tiempo se parara y en el mundo solo estuviéramos aquel hombre y yo.

¿Qué me estaba pasando? ¡Era de locos! Había jurado una y mil veces que lo detestaba y, sin embargo, cada parte de mi piel, de mi ser, e incluso y como he mencionado antes, hasta mi propia mente, en aquel momento presente solo deseaba estar pegada a él, unirme de nuevo piel con piel y no soltarlo.

—He querido besarte desde que te he visto... Antes de que entrarás por la puerta. —Susurró muy cerca de mis labios, terminando por devorar mi boca y haciendo que soltara un gemido al recibir su gloriosa lengua.

Mis manos pasaron por su fuerte espalda y sentí como me arrastraba hacia dentro del baño y cerraba la puerta con el pie.

Su cuerpo me acorraló contra la pared y mi sexo se calentó por encima del agua que, como una tarada, me había echado sobre la tela del pantalón.

Enredamos nuestras lenguas y saboreamos el néctar que nos regalábamos mutuamente, rodeé su cuello con mis brazos y él se apretó contra mí, haciéndome sentir la evidente y poderosa erección que había crecido en su pantalón.

Cabe decir, que el señorito no llevaba camisa cuando me choqué con él, por lo tanto, pude acariciar sus músculos duros y su piel suave y caliente.

Sabía que estábamos completamente febriles de deseo y, como he dicho, no podía pensar en nada más que no fuera volver a estar entre sus brazos.

Bajó las manos por las curvas de mi cuerpo mientras depositaba ardientes besos sobre mi barbilla y mi cuello hasta llegar a mis muslos, donde me alzó, colocando mis piernas alrededor de su cintura.

Sujetó mi cuerpo entre el suyo y la pared y comenzó a acariciar mi pecho, mientras volvía sus labios a los míos y yo dejaba un suave mordisco sobre su labio inferior.

Mi respiración se aceleraba por momentos conforme frotaba su masculinidad en el centro de mi ser.

Estaba tan excitada que sentía que iba a estallar en cualquier momento.

—Maica... —Susurró con voz ronca sobre mi oído sin dejar de moverse sobre mi centro excitado— Te deseo... Joder, te deseo como un loco.

Busqué de nuevo su boca con la mía y antes de besarla, dejándome llevar, dije:

—Hazme el amor... Por favor...

No se lo pensó dos veces, bajó las manos hasta el borde de la camisa de mi pijama y fue a tirar de ella para sacarla por mi cabeza.

Ya estaba yo alzando los brazos, cuando escuchamos que el pomo de la puerta se abría.

Inmediatamente, Óscar me bajó al suelo y se puso de espaldas a la puerta.

Una somnolienta Claudia entró en el servicio, extrañándose al vernos juntos allí mismo.

—Me he despertado, he visto que no estabas y... —Volvió a mirar a su hermano un momento y luego a mí de nuevo— como tardabas, he deducido que estabas aquí y he venido a ver si estabas bien.

—Perfectamente. —Dije con la respiración algo agitada, lo cual me hizo darle explicaciones absurdas con rapidez— Es que no encontraba la luz del baño y tu hermano ha aparecido a

oscuras y me ha dado por detrás... Quiero decir, que se ha pegado a mí... ¡Chocado! La palabra es, chocado... Joder... —De reojo pude ver como Óscar se estaba aguantando la risa.

—Ya, ya, tranquila, sé lo que querías decirme.

—¿Ah, sí? —Pregunté con una sonrisa nerviosa en la cara.

—Sí... —Contestó Claudia, frunciendo el ceño con más extrañeza aún por las reacciones que estaba teniendo— Que estabas a oscuras, mi hermano se ha chocado contigo y te has asustado.

—Eso es. —Dije apresuradamente, intentando disimular lo más que podía— Tengo sueño y ya no sé ni lo que digo.

—Bueno, ¿nos vamos a la cama? —Mientras decía esto, miraba a Óscar aun con el ceño más fruncido y más estupefacta, pues él seguía de espaldas.

—Sí, claro... Después de ti. —Traté de que mi voz sonara calmada y acompañé mis palabras de mi mejor e inocente sonrisa.

Ella se dio media vuelta y caminó por el pasillo mientras Óscar se reía en voz baja.

—Así que te he dado por detrás, eh... Qué pena que nos hayan interrumpido...

—Dijo sin dejar de reírse.

Apreté los labios y le di un codazo en el brazo.

—¡Cállate! —Exclamé antes de salir por la puerta, formulando un rápido “buenas noches” y lamentándome de mi suerte...

Me había quedado con un fuerte calentón.



14. ¡QUÉ INESPERADO!

¿Sabéis eso que dicen de qué basta que no estés en tu casa, ni en tu cama, para que te despiertes antes que nadie por la mañana?

Pues eso fue lo que me pasó a mí.

Me dormí tarde y me desperté la primera.

Durante el tiempo que estuve como un búho sin poder pegar ojo, cogí el móvil y les mandé un mensaje a las chicas, diciéndoles donde había pasado la noche y esperando que me contestaran, pero ninguna lo hizo.

Para colmo, después de haberme quedado con el calentón y poder dormir al fin, aquella noche no había dejado de soñar con Óscar.

Al principio el sueño fue como la secuencia de una película, donde se recopilaban todas las miradas que me había echado desde que nos conocimos, hasta el momento en el que me hizo suya por primera vez en el cuarto de curas de la piscina.

Así que, ya os podréis imaginar el calentón con el que me había despertado, y encima al lado de Claudia, que seguía sin coscarse de nada.

Estuve tanto tiempo mirando al techo con la esperanza de que mi compañera de dormitorio se despertara, que no me di cuenta de que la puerta se abría.

Con lentitud, Óscar asomó la cabeza y, al ver que me había dado cuenta de su presencia y lo miraba pasmada, apoyada sobre mis codos desde la cama, me hizo un gesto con la cabeza para que saliera.

¡Por fin! Parecía que había estado confiscada en esa cama una eternidad desde que me había despertado.

Fue un alivio cuando vi que alguien de la casa ya se había levantado.

Me levanté con cuidado de no despertar a mi amiga y salí a hurtadillas.

Una vez en el pasillo traté de adecentar un poco mi cabello con los dedos.

Óscar soltó una carcajada para sus adentros al verme y me dio un beso rápido en los labios.

Lo miré con los ojos abiertos como platos.

No me esperaba tal reacción por su parte.

—Estás preciosa. —Dijo en un susurro apenas audible, pero que alcancé a escuchar, provocando que me sonrojara de buena mañana— Sé lo que es dormir en casa desconocida la primera vez. Así que supuse que ya estarías despierta y aproveché para venir por si te apetecía desayunar conmigo.

Cuando lo miré a los ojos, lo percibí más nervioso de lo habitual.

¿Cuándo habían cambiado tanto las cosas entre nosotros?

De la noche a la mañana habíamos dejado de arrojarnos los trastos a la cabeza y habíamos

pasado a desayunar juntos, después de enrollarnos por los rincones.

Sentí un cosquilleo embriagador en mi pecho.

—Me encantaría. —Contesté al fin, esbozando una sonrisa cálida.

Lo seguí hasta el comedor y me quedé encantada con lo que vi.

Sobre la mesa había tres tazas distribuidas de café.

Al lado de cada taza, un vaso de cristal vacío que supuse sería para el zumo de naranja que se encontraba en la jarra, también de cristal.

En el centro de la mesa había otra, pero era metálica y contenía leche.

El azúcar, la margarina y las mermeladas de fresa y melocotón también hacían acto de presencia.

Y ahora lo mejor de todo, lo que realmente puso a mi estómago a saltar de alegría... ¡Dos bandejas de acero que contenían *croissants* de mantequilla y tostadas que olían a gloria!

El rugido que escapó de mi barriga no pasó desapercibido para Óscar, quien no pudo evitar reírse al verme salivando como un animal hambriento.

—No te rías. —Dije, hechizada todavía por los succulentos manjares que me llamaban a gritos— Has hecho verdadera magia. —Alabé, mientras tomaba el asiento que él había retirado para mí— ¿Desayunáis siempre así?

—Solo cuando tenemos invitados especiales. —Me guiñó un ojo sonriendo, mientras me acercaba las bandejas para que me sirviera lo que quisiera y echaba zumo de naranja en mi vaso.

Sonrojada de nuevo tras su bonito comentario en referencia a mí, agarré un *croissant* y me lo llevé a la boca con gran ímpetu.

Estaba crujiente, recién hecho y el sabor de la mantequilla y el caramelo inundaron mi paladar, haciéndome gemir de placer.

—Me alegro de que te gusten. —Reconoció Óscar, sentándose a mi lado y echando azúcar y leche a su café.

—¿Fos has... fecho tú...? —Pregunté con la boca llena, mirándole con asombro.

—¿Qué pasa? ¿Qué por ser socorrista no se me puede dar bien la repostería?

Alzó una ceja y me miró dubitativo, sin entender mi reacción.

—No es eso. —Contesté tras tragar el pedazo— Es que no me pareces del tipo de hombres a los que les gusta hacer este tipo de cosas.

Dio un sorbo a su café y se giró hacia mí con una expresión que denotaba interés.

—¿Y qué tipo de hombre te parece que soy? —Abrí la boca para responder, pero me frenó en seco— Si vas a decir que te parezco el clásico mujeriego que no respeta a nada ni a nadie y que no sabe hacer nada de provecho, ahórratelo.

Me quedé pasmada, pues ni se acercaba a lo que iba a contestarle.

—No iba a decir nada de eso. —Aclaré.

—Bueno... —Cogió una tostada y, antes de darle un bocado, añadió— Es que así es como me veías antes...

Me pasé la mano por el pelo, algo nerviosa.

Su mirada estaba puesta sobre mí, sentía que quería que le dijera algo, pero no sabía el qué.

—¿Ya no me ves así? —Manifestó su duda.

—Yo... —Decidí sincerarme— Francamente me desconciertas... Al principio puedes parecer un chulo y un arrogante, pero luego resultas tener comportamientos que te hacen encantador y demasiado perfecto para ser verdad.

Sentí como bajaba la mirada, algo avergonzado por mi sinceridad, pero rápidamente la posó sobre mí de nuevo con una sonrisa.

Tengo que admitir que me gustaba demasiado su forma de sonreír.

Si ya era increíblemente guapo, todavía era más de ensueño cuando asomaba su perfecta dentadura.

Y lo mejor de todo era cuando esa sonrisa iba dirigida a mí, porque me instalaba un calor en el corazón reconfortante que era imposible de explicar.

—¿Y tú? —Pregunté algo temerosa de la respuesta— ¿Sigues viéndome como me dijiste aquella noche en la discoteca? —Al ver que fruncía el ceño, como si no se acordara, le refresqué la memoria— Como una chica que solo es de usar y tirar...

La mirada se le tornó apagada y reflejó culpabilidad.

—No... yo... siento mucho eso. —Me cogió de las manos y aquel contacto hizo que tragara con dificultad— Mírame, nada de lo que dije aquella noche lo sentía. Estaba enfadado por lo que había pasado, porque me hubieras acusado sin siquiera preguntarme y, al mismo tiempo, me daba miedo de que una tontería así pudiera dejarme sin trabajo, porque... Bueno... ya has visto que mi hermana por el momento no trabaja y no tenemos a nadie más.

—No digas eso. —En ese momento lo vi tan frágil que, ante la extrañeza de verle de esa forma, no pude evitar que toda yo me inundara en sentimientos— Podéis contar conmigo siempre que lo necesitéis.

Su mirada se posó en la mía y volvió a sonreír, esta vez con ternura.

Acarició mi rostro con una mano.

Su caricia fue tan íntima que no pude evitar cerrar los ojos.

—Gracias, —susurró suavemente— pero bastante tienes ya con tu padre. Nosotros nos apañamos, tranquila, siempre lo hemos hecho.

Le miré cuando dejó de acariciarme.

—Aun así, contáis conmigo.

Nos quedamos inmersos observándonos el uno al otro, hasta sentí que íbamos acercando nuestros rostros poco a poco, como si estuviésemos bajo la influencia de algún tipo de hechizo.

Entonces mi móvil que estaba sobre la mesa sonó, interrumpiendo el momento. Cuando me fijé en la pantalla salían Andrea y Laura llamando por *WhatsApp*.

Óscar se levantó y yo descolgué la llamada, con tan mala pata que no me di cuenta de que en realidad no era una llamada cualquiera... ¡Si no una videollamada!

—¡¡¡Helloooooouuuuuu!!!!— Exclamó Laura— ¿Qué tal la *Night socorrist experience*?

—¿Te sostuvo con su corcho salvavidas? —Bromeó Andrea, antes de que yo encontrara el dibujo del micrófono para silenciar la llamadita de las narices.

Óscar casi se atraganta con su café y mis ojos estaban abiertos como platos, mientras les hacía un gesto a mis amigas, pasando la mano por delante de mi cuello como en las películas, señalando que cortaran todo lo que estaban diciendo.

Miré al “*socorrist*” con una sonrisa nerviosa de inocencia, mientras él comenzaba a partirse el culo a mi costa y mis amigas, por la cara de susto que estaban poniendo, estaba claro que creían que las estaba amenazando con cortarles la cabeza.

Un hermoso momento que se había ido al traste en un segundo.

A ver con qué cara le iba a mirar ahora que mis amigas habían soltado esas barbaridades por la boca.

Pensándolo bien, no me parecía tan mala idea lo de cortarles la cabeza.

Colgué y me pasé las manos por el rostro.

—¡Guau! Así que mi corcho salvavidas, ¿no? —Repitió, riendo a carcajadas.

—Ya... —Me giré avergonzada a enfrentar la situación— Andrea es así de disimulada.

Al ver mi vergüenza, Óscar me hizo un gesto, haciéndome ver que le restaba importancia al asunto.

—Eh, tranquila, es todo un halago a mi miembro viril. —Bromeó.

—¿En serio? —Alcé una ceja, incrédula— No me puedo creer que te sientas halagado con eso.

Riéndose, dejó la taza vacía sobre la mesa.

—Tú no lo puedes entender porque seguro que no les han lanzado nunca un piropo tan bonito a tus dos montañitas. —Se carcajeó, tras recibir por mi parte un codazo leve en las costillas.

De pronto la vergüenza se había esfumado y en mi rostro solo asomaba la diversión.

—Yo digo que es penoso que te sientas halagado con algo tan sumamente pobre.

—Reí.

—¿Ah, sí? A ver, lista... —Me provocó con cara de guasa— ¿Cómo le llamarías tú?

—Pues muchas cosas. —Contesté, retadora— Como anaconda, Excalibur, salchichón...

—Salchichón, ¿eh?, mm... Me quedo con Excalibur.

Al ver que se estaba mofando, no pude evitar tirarle una rebanada del pan tostado a la cabeza, mientras me saltaban lagrimitas de tanto reírme.

—Con que esas tenemos, ¿no? —Su mirada se tornó estupefacta, amenazante y divertida, mientras se iba acercando a mí.

Yo emití un leve grito, corriendo alrededor de la mesa, huyendo de él.

Hasta que me alcanzó y me sostuvo en su hombro como a un saco de patatas.

Así fue como nos encontró Claudia que, estupefacta, hizo que nos percatáramos de su presencia.

—¿Se puede saber qué hacéis?— Preguntó, anonadada.

Óscar me bajó rápidamente y ambos la miramos con la cara desencajada.

—A ver... Primero os encuentro peleados en la cocina. Ayer había demasiada tensión en la cena, luego os pillo a solas en el baño y ahora parecéis una pareja de tortolitos juguetones... ¿Vais a contarme de una vez que está pasando entre vosotros dos?

El resto de la mañana transcurrió muy deprisa.

Después de repetirle varias veces a Claudia que éramos amigos, nos arreglamos para ir al centro de compras y nos pusimos en marcha.

Óscar se empeñó en llevarnos, ya que tenía que hacer sus papeleos en Madrid y quedó en regresar a buscarnos tras realizar sus recados.

Una vez en la puerta del centro comercial, Claudia bajó con entusiasmo de comenzar su recorrido en busca del maravilloso regalo para Andrea y yo eché un vistazo a su hermano antes de salir del coche, quien me guiñó el ojo, dedicándome de nuevo una sonrisa.

Esta no solo provocó que me diera un vuelco el corazón, también me temblaron las piernas.

Nos recorrimos casi todas las tiendas y, al final, Claudia optó por comprarle toda una saga de libros románticos que yo sabía, le gustaban a Andrea, y un top rojo escotado que la ayudara a salir de sus complejos.

Yo, en cambio, quise hacerle algo más personal y le imprimí la única foto que tenía de la última vez en la piscina, de las cuatro juntas, en una camisa de tirantes escotada.

Sobre la imagen, había unas letras brillantes que ponía en mayúscula "FELICIDADES" y por detrás, más concretamente en la zona de la espalda alta, había una apertura muy elegante que le dejaba toda esa parte al descubierto.

Luego pasamos por la joyería y le compré una esclava con su nombre y fecha de nacimiento

grabado, un colgante en forma de corazón con brillantes y unos pendientes de aro como le gustaban a ella.

Una vez salimos de las compras, íbamos con la lengua fuera.

—¿Te apetece un helado? Yo invito. —Se ofreció Claudia.

Accedí con una sonrisa.

—Vale, pero yo te espero sentada en uno de estos bancos, que estoy que me caigo.

Asintió y se fue mientras yo tomaba asiento.

Observé a la gente pasar, sumergiéndome en mis pensamientos.

Recordé la mañana que había pasado con Óscar, la vergüenza de la situación con mis amigas y lo cómica que me parecía en esos momentos.

Me mordí el labio inferior visualizando su mirada, su sonrisa... Saboreando de nuevo el momento en el que lo hicimos en el cuarto de curas y el instante en que estuvimos a punto de repetirlo en el baño de su casa.

Estaba claro que muchas cosas habían cambiado, por lo menos en mí, que desde el principio de conocerle, hasta ese mismo momento en el que me encontraba en medio del centro comercial, sentada en un banco, sentía que, con respecto a Óscar, algo había evolucionado.

Ya ni siquiera le llamaba mosquito, ni avispa...

Todos los mote que le había puesto cuando nos llevábamos como el perro y el gato, de pronto se habían esfumado para pasar a ser solo Óscar.

Estaba deseando que volviera de sus recados y verle con esos vaqueros piratas rotos y esa camisa azul oscuro que se ceñía perfectamente a sus músculos.

Tenía ganas de respirar su aroma dulce, sensual y varonil, de escuchar su voz y de ver su sonrisa...

¡Madreeeee! Mi relación con él había cambiado más de lo que me esperaba.

Fue entonces cuando no pude evitar sonreír ampliamente, alguien me puso las manos en los ojos.

—Ya tenía ganas de que volvieras... —Admití, sonrojada.

Las manos me destaparon la vista.

—Y yo de volver, preciosa.

Mi cara borró la sonrisa inmediatamente al reconocer la voz.

Me giré rápidamente, llevándome la sorpresa más inesperada del día:

—¡Kevin!



15. EMOCIONES FUERA DE CONTROL

Vale, eso sí que no me lo esperaba.

Mi cara debió delatar mis pensamientos más profundos, porque Kevin me estaba mirando con una expresión extraña, mezclada con desconcierto.

—Vaya... No parece que te alegres mucho de verme. —Comentó.

En ese momento, sacudí mi cabeza y me levanté para darle un abrazo en condiciones.

—No es eso, es solo que me has sorprendido.

—Esa era la idea. —Dijo con una sonrisa, mientras me devolvía el abrazo.

Tras separarnos, le pregunté lo que en esos momentos rondaba por mi mente.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—He ido a tu casa y tu padre me lo ha dicho... Por cierto, no me dijiste que fueras a dormir en casa de tu amigo el socorrista.

Aquellas últimas palabras las dijo con un tono entre irónico y de reproche.

—Bueno, Claudia necesitaba ayuda para escoger un buen regalo para Andrea y le debía una noche de chicas.

—Ya, pero si la noche incluía que iba a estar su hermano, creo que deberías habérmelo contado al menos, ¿no?

Aquello me hizo fruncir el ceño, algo molesta.

Sabía que tenía todo el derecho a decirme aquello porque quería formalizar lo que teníamos, pero, sin embargo, no me gustó el tono que empleó.

—No sabía que tenía que pedirte permiso para quedarme en casa de mi amiga, Kevin.

Él negó con la cabeza.

—No es que me pidas permiso, pero al menos habérmelo comentado, haber tenido en cuenta mis sentimientos... —Soltó un sonoro suspiro mientras se pasaba la mano por el pelo— Maica, no me hace ninguna gracia que hayas dormido allí con Óscar.

Comencé a sentirme cada vez más irritada y lo miré con enfado.

—¡No he dormido con Óscar, sino con su hermana, Kevin! Y, francamente, no sé qué hubiera conseguido tampoco al comentártelo. Si no tengo que pedirte permiso, entonces, ¿para qué te lo tendría que haber consultado?

Él tampoco se quedó atrás y manifestó su desagrado ante la situación.

—Pues porque quizá deberías de haber pensado que no me haría ninguna gracia que la mujer con la que quiero formalizar una relación se vaya a casa de otro hombre a dormir.

—¿Y qué querías que hiciera? Es su casa también, y yo con quien iba a estar era con Claudia, ¿tendría que haberme condicionado el hecho de que Óscar viva allí? —Puse mis brazos en jarras— No me puedo creer que hayas venido a darme una sorpresa para luego reprocharme

que no te he consultado el quedarme en casa de mi amiga a dormir...

—¡Y de su hermano! —Apuntó él, enfadado—. Dime una cosa, Maica, ¿te hubiera gustado que yo me hubiera ido a casa de un amigo a dormir y su hermana sin haberte mencionado que ella iba a estar allí, ni tener en cuenta tus sentimientos?

Me quedé en silencio.

La verdad es que tenía razón, no podía reprocharle que se sintiera así.

De todas maneras, eso también demostraba que le importaba, ¿no?

Sí, debería de haber sido un poco más considerada con él.

En realidad, no estaba enfadada con Kevin, sino conmigo misma por no haber reparado en un detalle como ese.

Pensándolo bien, no había reparado absolutamente en nada, porque había permitido que ocurriera de todo con Óscar. Me había olvidado por completo de mis planes, de los planes que teníamos él y yo de estar juntos en todos los sentidos de la palabra.

En ese momento me di cuenta, no estaba siendo sincera con Kevin, no estaba siendo sincera con Óscar, ni con mis amigas, ni conmigo misma.

Sentí como la culpabilidad se apoderaba de mí y un mar de emociones amargas se agolpaban en mi interior.

Sin darme cuenta siquiera, las manifesté en mis ojos en forma de lágrimas.

Kevin ahogó una exclamación al ver como se derramaban por mis mejillas y, sin pensarlo dos veces, me abrazó:

—Perdona, no pretendía ponerme así, es que no puedo evitar sentir celos de cualquier otro que te pueda alejar de mí.

Negué con la cabeza levemente sin tratar de retener el llanto.

—No, Kevin, tienes razón, debería de haber sido más honesta. Yo... debería de contártelo todo.

Cuando nos separamos, él me estudió detenidamente con la mirada.

Estaba a punto de decir algo, cuando nos interrumpieron por la espalda:

—¡Ya estoy! —Anunció Claudia con una sonrisa— Perdona Maica es que había mucha cola. ¡Anda! —Se acercó a Kevin y le dio dos besos a modo de saludo, sin percatarse de que yo estaba limpiándome las lágrimas— ¿Has venido a robarme a mi amiga? —Se carcajeó.

Kevin esbozó una pequeña sonrisa forzada sin apartar la mirada de mí, mientras yo trataba de dibujar otra que fuera convincente.

No quería que se diera cuenta de que habíamos estado discutiendo.

De pronto, él se quedó mirando tras de mí con el semblante algo oscurecido.

Me di la vuelta y ahí estaba...

Con cara de pocos amigos, pasó de mirar a Kevin a mirarme a mí.

Su mandíbula estaba apretada.

Claudia, con toda la alegría del mundo, se dirigió a Óscar, no sin antes tenderme el helado que me había comprado.

La verdad es que se me habían quitado las ganas.

Mi corazón latía desbocado y en mi estómago se había instalado un nudo que estaba a punto de hacerme vomitar.

Kevin se acercó a mí y me rodeó los hombros con el brazo, mientras le tendía la mano a Óscar a modo de saludo.

Estaba claro que marcaba su terreno y no me hacía falta ser un hombre para saber que quería dejarle bien claro que yo era suya.

Aquel gesto volvió a hacer que mi ánimo se irritara.

No me gustó nada.

El socorrista estrechó su mano con la de Kevin, pero parecía estar a punto de asesinarlo.

Aunque, si os digo la verdad, quería desaparecer de la faz de la tierra.

Y no era para menos...

Ahí tenía a Kevin, el hombre con el que estaba a punto de tener una relación estable, con el que había soñado durante años. Y a Óscar, el socorrista que no solo sabía cómo sacarme de mis casillas, sino que también provocaba que todo mi cuerpo y mi ser reaccionaran de una forma desmesurada. Con quien había tenido mi primer orgasmo después de tanto tiempo, y quien había estado a punto de proporcionarme uno nuevo la noche anterior en el baño de su casa.

La tensión crecía segundo tras segundo en el lugar, tanto, que hasta la misma hermana de Óscar se dio cuenta.

Miró a su hermano con detenimiento, luego se fijó en Kevin y, por último, me echó un vistazo a mí que, incomodada por la situación, aparté la mía hacia un lado.

Al cabo de unos minutos, cuando volví a mirarla, tenía los ojos abiertos como platos.

No había apartado sus ojos de mí en todo el tiempo transcurrido.

¡Se había dado cuenta de todo! ¡Ahora sí que iba a dejar de hablarme!

A saber qué estaría pensando de mí...

Ambos hombres terminaron de saludarse sin aplacar sus expresiones de rivalidad.

—Es toda una sorpresa que estés aquí. —Dijo Óscar con mucha seriedad y un tono apagado.

Desvió su atención de Kevin, posando su mirada de reojo en mi rostro.

Me mordí el labio inferior con nerviosismo y clavé mis ojos en el suelo.

¿Pero por qué la tierra no se me tragaba de una jodida vez!?

—Sí, he venido a recoger a Maica. —La voz del otro no sonó menos cortante.

Como un ángel salvador nacido del milagro, Claudia intervino.

—Maica y yo ya hemos terminado nuestras compras, Óscar. Así que, vámonos a casa. — Acompañó sus palabras con un leve tirón en el brazo de su hermano. Se giró a nosotros con una sonrisa, que bien disimulaba su estupefacción y, alegremente, se despidió— Encantada de haberte visto otra vez, Kevin.

Él trató de ser amable.

—Lo mismo digo.

Ambos se dieron dos besos y luego se dirigió a mí para repetir la misma acción. Cuando estuvo cerca de mi oído, me susurró:

—Más tarde hablamos, no te preocupes por nada.

Asentí, casi llorando por el alivio.

¡Qué había hecho yo para merecer esa amiga!

—Nos vemos. —Se despidió secamente Kevin de Óscar, y este solo apretó los labios e hizo un gesto con la cabeza.

Inmediatamente, el primero cogió mi mano y tiró suavemente de ella.

Comencé a caminar en su dirección, sintiendo que una agonía se instalaba en mi pecho.

Debería de estar feliz por la aparición de Kevin, emocionada por estar a solas con él y con ansias de que llegara el sábado, pero, en lugar de eso, me sentí abatida. Sobre todo, cuando no pude evitar mirar hacia atrás y vi que Óscar hacía lo mismo. Nuestros ojos chocaron, viendo como nos alejábamos cada vez más el uno del otro.

—Parece que sigue molesto por lo de la piscina. —Dijo Kevin, mientras conducía de vuelta a

Collado Villalba.

Yo iba en el asiento del copiloto, mirando por la ventana el paisaje, sin pronunciar palabra.

—Maica... —Insistió al ver que seguía sin decir nada— ¿Ocurre algo?

Puse mi atención en él.

—No ocurre absolutamente nada, ¿por?

Soltó un fuerte suspiro antes de contestar, sin dejar de mirar la carretera.

—Pues porque he llegado y no te he visto muy ilusionada, más bien parecía que estaba de más. Luego ha llegado tu ‘amiguito’ Óscar y se le notaba muy mucho que no estaba para nada contento con mi presencia. ¿Qué está ocurriendo, Maica?

Sabía que me lo preguntaba porque sospechaba de alguna manera que algo había entre el socorrista y yo, algo más que el odio que le había confesado la última vez, sentíamos el uno por el otro.

Quise decírselo todo, lo juro, sentí el impulso de hacerle saber todo lo que había pasado, pero tuve miedo.

Miedo porque no estaba segura de nada, miedo de equivocarme, miedo de renunciar a algo que había soñado durante tantos años por alguien que a lo mejor solo había visto lo nuestro como un rollo y nada más.

No estaba segura de si Óscar veía algo más en mí que una chica con la que se había acostado. No sabía si yo quería algo más con él o, por el contrario, solo había sido una simple atracción física, llevada por la pasión y el calor de la rivalidad que teníamos al principio.

Me estaban dando ganas de tirarme de los pelos.

¡Tenía un lío mental muy grande y no sabía cómo gestionar esa situación!

Miré a Kevin, estaba dando golpecitos en el volante con el dedo índice, se estaba impacientando.

—No. —Le dije al fin, intentando aplacar el nudo de emociones que tenía instaladas en mi garganta— Quizá es lo que tú dices y todavía no me perdona que le desautorizara en su trabajo cuando nos reprendió a ti y a mí. En cuanto a lo de no estar ilusionada, no es eso, me has sorprendido mucho, pero no me encuentro bien.

La expresión de él cambió a una mueca preocupada.

Por un momento, quitó los ojos de la carretera para mirarme a mí.

—¿Te sientes enferma?

La verdad es que así era, de modo que asentí con la cabeza.

Estiró una mano y la puso en mi frente.

—¡Estás ardiendo! Deberíamos ir a un médico para que te examine.

—No, no hace falta. —Contesté con toda la calma que me fue posible— Solo necesito descansar... Mañana es la fiesta de cumpleaños de Andrea y, si me tomo un paracetamol y reposo, estaré como un roble otra vez.

Kevin asintió sin decir nada más.

De hecho, ya no volvimos a hablar en todo el camino.

Unas horas más tarde, me encontraba acostada en mi cama cuando mi padre tocó a la puerta de mi habitación.

Me incorporé sobre mis codos y él asomó la cabeza tras abrir, interpretando mi silencio como una afirmativa para que pasara.

—¿Cómo te encuentras? —Preguntó con su habitual cara de preocupación, igual que cada vez que me ponía enferma.

—Como si tuviera una taladradora enchufada en el cerebro. Me duele bastante la cabeza. —

Me quejé.

—¿Estás segura de que no quieres que vayamos al médico?

Sonreí, era evidente que estaba haciendo un gran esfuerzo por confiar en mi criterio y no llevarme a rastras.

—Para nada, papá, solo ha sido un día de muchas emociones y me temo que eso me ha pasado factura.

—Me gustaría que hablaras conmigo, Maica, que me contaras qué ha estado pasando últimamente contigo. —Dijo para mi sorpresa— No creas que no me he dado cuenta de que este verano has estado más tensa de lo normal. Nunca te había visto así.

Para ser exactos, ni yo misma me reconocía.

Sí, lo que debía de haber sido un sueño hecho realidad que me estuviera aportando la mayor felicidad, se estaba convirtiendo en una absoluta pesadilla.

—Pero ahora ha venido alguien a verte. —Continuó mi padre, haciendo que mis ojos se abrieran como platos.

No esperaba ninguna visita.

Tras él se asomó Claudia con una sonrisa dibujada en el rostro.

—¡Hola! —Saludó.

La miré sin ocultar mi sorpresa.

Aparté la mirada con rapidez y me mordí el labio con nerviosismo, pues sabía de sobra que en el centro comercial ella se había percatado de todo.

No estaba preparada para tener esa conversación.

Creía que tendría más tiempo de margen antes de aclarar las cosas.

—Os dejo solas. —Anunció mi padre, abriendo la puerta del todo y haciéndose a un lado para dejar que mi amiga pasara.

Una vez entró, cerró para dejarnos algo de privacidad.

Claudia dejó su bolso en la silla de mi escritorio y caminó hasta el borde de mi cama, a mi lado, donde tomó asiento.

—No te pregunto cómo estas porque ya te he escuchado responderle a tu padre y, aunque estoy de acuerdo en que han sido las emociones las que te han puesto así de mal, creo que deberías visitar al médico. —Sonrió.

Me recosté en la cama y miré hacia abajo, me sentía muy avergonzada con ella.

—No es necesario, se me pasará. —Contesté más secamente de lo que pretendía.

—¿En serio, Maica? ¿Ni siquiera me vas a mirar? —Su voz tenía un tono de angustia.

Estaba claro que mi reacción la hacía sentir mal y no quería que ella se sintiera así. No tenía nada en su contra, solo estaba avergonzada, no sabía ni cómo mirarla a la cara sin sentirme culpable por todo lo que le había ocultado relacionado con su hermano.

Aunque tampoco sentía que debiera contarle nada, pues no estaba previsto que nada de lo que había ocurrido fuera a pasar.

Hice un esfuerzo y la miré.

Yo tenía los ojos evidentemente encharcados en lágrimas que estaban a punto de rodar por mis mejillas.

—Lo siento... Es que... me siento tan mal contigo que... —No pude decir más, rompí a llorar de inmediato.

Claudia no dijo nada, simplemente me abrazó y me acunó entre sus brazos.

Era una gran amiga y yo sentía que la había traicionado, que la había fallado. Pero, ¿por qué me sentía de esa forma?

Momentos después, cuando cesó un poco mi llanto, se levantó y cogió de su bolso un paquete de pañuelos.

Me entregó uno para limpiarme la cara y se sentó a mi lado sin dejar de sonreír.

—No debes sentirte mal por nada, Maica. —Dijo— No has hecho nada malo.

—Yo... te he fallado. —Comenté, mientras sorbía por la nariz.

Mi amiga se sorprendió ante esa contestación.

—¿Por haberte enrollado con mi hermano? No, Maica, no me has fallado.

Yo negué con la cabeza.

—Por no haberte dicho nunca lo que pasaba. Te he fallado porque no confíe lo suficiente en ti, que siempre me has demostrado que eres una gran amiga. Tú confiaste en mí para contarme lo que había pasado con tus padres, tu trágica historia y yo... simplemente no tuve el valor para contarte lo que pasaba con tu hermano.

—No te reprocho nada, Maica. —Estiró una mano y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja— Yo en tu lugar habría hecho lo mismo... —Suspiró— Mira, no es igual contar algo del pasado que ya se tiene más que superado, que contar algo que está ocurriendo en el presente y te tiene revueltas las emociones. Nunca sabemos qué hacer en esos casos y comprendo perfectamente que tenías un lío tremendo. Porque, por un lado, está Kevin que crees que es un chico estupendo, pero, por otro lado, está mi hermano y no sabes qué es lo que te ocurre con respecto a él cuando se supone que, desde el principio, os detestabais y no os podíais ni ver. Y luego está el miedo... Miedo a no tomar las decisiones correctas, miedo a dejarte llevar, miedo a fracasar...

—Miedo a que pensaras mal de mí... —La interrumpí— No quería hacerte sentir como si no me importaras Claudia, porque, desde el principio, has sido una gran amiga para mí. No quería perderte si te contaba lo que estaba pasando. No quería que pensaras que estaba utilizando a tu hermano.

—Yo nunca pensaría eso de ti. Sé de sobra que no eres así, y cuando mi hermano me ha contado lo que estaba sucediendo, lo único en lo que he pensado es en que tenía que venir a verte porque me necesitabas, porque sabía que la que peor lo debía estar pasando ahora eras tú antes que nadie. Y he sentido tristeza por no haberme dado cuenta antes para estar a tu lado...

En ese momento miré a mi amiga a los ojos.

No era capaz de articular palabra, así que solo hice lo que sentía y me volví a abrazar a ella.

¡Dios! ¡Cuánto agradecía tenerla en mi vida! ¡Era maravillosa!

Mi corazón sintió paz, porque ya no tenía que preocuparme de si se enteraba, de lo que fuera a pensar de mí si se lo contaba.

Aun sin haber compartido eso con ella, me había entendido, había sido capaz de ver que no pretendía hacer daño a nadie, capaz de adivinar lo que estaba pasando.

—Gracias, muchas gracias por ser tan buena amiga, Claudia. —No pude evitar reír— Siento que no te merezco.

Ella se apartó levemente y me clavó una mirada divertida.

—Pues eso se puede remediar. —De pronto subió y bajó las cejas con picardía— Cuéntame, ¿qué sientes por mi hermano?

La madre que...

¿Qué parte de estar hecha un lío no había entendido?

Claudia pareció descifrar todos esos pensamientos en mi rostro.

—A ver, que entenderte, te entiendo. —Aclaró— Pero no niego que me muero de ganas por saber lo que sientes. He de admitir abiertamente que me encantaría tenerte como cuñada.

Mis ojos no podían abrirse más.

Tan pronto había llegado a mi casa una chica serena que se mostraba de lo más comprensiva y afectuosa, como de repente se había transformado en una bestia sedienta de cotilleo.

No sé en qué momento dejé de sentir el dolor de cabeza que me había estado martilleando las sienes, pero para cuando me quise dar cuenta, había desaparecido.

Tal vez hasta de golpe al escuchar las palabras de Claudia.

Su cuñada...

Ni siquiera estaba convencida de lo que podía sentir Óscar al respecto, no habíamos hablado en detalle del tema, no habíamos tenido ocasión, y la otra ya estaba pensando en la ilusión de que me convirtiera en su cuñada.

Haciendo acopio del ataque repentino de honestidad que me había dado para conmigo misma, tuve que admitir que la mayor parte de responsabilidad la tenía yo. Porque no estaba segura de lo que quería, no tenía ni idea y tampoco estaba convencida de querer ponerlo todo en riesgo para que luego fuera una aventura pasajera.

Quería evitar tener que arrepentirme de haber perdido al amor de mi vida por un juego de verano.

—Claudia yo... no lo sé. —Respondí.

—No me lo creo. —Negó con la cabeza, mirándome fijamente— Maica, no estás siendo sincera de nuevo.

Yo la miré en silencio, meditando lo que iba a decir a continuación.

—No puedo ser sincera cuando no tengo las cosas claras. Para poder dar una respuesta, primero tengo que poner todo en el sitio y ahora mismo mis emociones, mi cabeza y mi vida sentimental parecen una leonera.

Claudia fijó sus ojos en los míos, un deje de tristeza destelló en estos.

—En realidad es más sencillo de lo que parece. —Dijo, consiguiendo dejarme anonadada— Prefieres pensar que tu vida sentimental es una leonera, en vez de ser sincera contigo misma y reconocer que Kevin no remueve lo mismo en ti que mi hermano. ¿Y por qué? Pues muy sencillo... —Suspiró— Porque en el fondo todavía piensas que Óscar es un viva la virgen para el que solo has sido un rollito y nada más... Pero te diré una cosa, mi hermano no es así. Hoy lo he visto en el centro comercial, he visto su expresión cuando Kevin te ha rodeado con su brazo, he visto sus ojos cuando os habéis marchado, todo su lenguaje corporal cuando me ha contado lo que pasaba entre vosotros y, Maica, tú le importas más incluso de lo que hubiera querido que lo hicieras. Sé que no eres solo un rollo de verano. Tal vez mi hermano pudo darte una impresión en el pasado, pero no puedes estar más equivocada. Óscar parece muy duro, pero en realidad tiene un corazón de oro. —Me tomó de las manos y me miró con súplica— Por favor, no se lo rompas.

Aquellas palabras me conmovieron, se acumularon en mi ser y provocaron que mis ojos empezaran a derramar lágrimas.

—Claudia... —Sorbí por la nariz— Yo nunca querría hacerle daño a Óscar.

Ella asintió.

—Lo sé, pero puedes llegar a hacérselo por esas dudas que invaden tu día a día. Y no es justo. —Se puso un mechón de pelo detrás de la oreja y luego volvió a observarme detenidamente— Tus únicas dudas están creadas por un miedo irracional a que mi hermano te defraude, pero si dejas a un lado el miedo, te vas a dar cuenta de que Kevin no es el amor de tu vida. En cambio, Óscar sí puede serlo... Y no lo digo porque seamos familia. Lo digo porque cuando vuestras miradas se han cruzado en el centro comercial, he podido darme cuenta... Hay

algo muy fuerte entre vosotros dos.

Sus palabras fueron interrumpidas por la alarma de su móvil.

Lo sacó de su bolso y la desactivó.

—Tengo que irme a preparar unas cosas para el cumpleaños de mañana. Había venido no solo para hablar contigo, aclarar las cosas entre nosotras y ver si estabas bien, sino también para que me dijeras qué sientes por mi hermano. —Se aclaró la garganta— Con respecto a esto último me voy igual que he venido, aunque más preocupada. Veo que estás emperrada en que Kevin sea el hombre adecuado para ti. Tienes tanto miedo a perderle, que lo mismo acabas perdiendo al que realmente es el correcto. Piénsalo. —Sonrió levemente y se apeó— Aunque sea su hermana pequeña, me preocupo por él y por su bienestar. No quiero que nada, ni nadie le haga daño, aunque ese alguien sea mi mejor amiga.

Dicho aquello se despidió y se fue.

Un nuevo martilleo sacudió mis sienes.

¡Hala! Por si fuera poco, aparte del cacao que se me había quedado por la conversación con Claudia, encima regresaba el maldito dolor de cabeza.

No, sí desde luego no tenía el día para nada.

El teléfono encima del escritorio de mi habitación comenzó a vibrar.

Me levanté de la cama y fui hasta allí para ver el nombre de Kevin en la pantalla.

Os juro que me supo tremendamente mal, pero no estaba para seguir hablando y mucho menos con una de las personas que formaban parte de mi falta de claridad emocional.

Le di la vuelta y puse el móvil boca abajo, permitiendo que siguiera vibrando y deseando que, más pronto que tarde, Kevin desistiera de seguir llamando.

Volví a la cama y me dejé caer sobre esta, intentando dormir, pero mi puñetera cabeza no solo no tenía bastante con dolerme, sino que además rememoraba una y otra vez la conversación con Claudia.

Di un millón de vueltas, me revolví varias veces hasta que mi ansiedad comenzó a disiparse.

Solo entonces pude cerrar mis ojos.

Y sí, conseguí quedarme dormida, pero las palabras de mi amiga resonaron incluso durante el sueño.



16. CUMPLEAÑOS, ¿FELIZ?

Al día siguiente ya parecía que el dolor de cabeza y el malestar habían remitido, aunque tenía una ligera angustia en el estómago, y no era para menos.

Sabía que Óscar estaba invitado al cumpleaños de Andy y yo iba a ir con Kevin, de modo que cada vez que pensaba en ello, parecía que en vez de aparato digestivo tenía una centrifugadora.

Ni siquiera quise desayunar.

Cuando Kevin volvió a retomar su insistencia a la hora de llamarme, no me quedó más remedio que cogerle esta vez el teléfono, ya que teníamos que concretar en que coche nos íbamos a la urbanización donde Andrea tenía el chalet, lugar en el que iba a dar su fiesta.

—¡Por fin me lo coges! —Exclamó, parecía un poco molesto porque no lo hubiera hecho en todas las ocasiones anteriores.

—Perdona, estuve todo el tiempo durmiendo, me encontraba bastante mal y dejé el móvil en modo vibración. —Mentí.

Pensé que era mejor no decirle que no me apetecía para nada hablar con él.

No quería hacerle sentir mal, mucho menos por algo de lo que estaba convencida iba a ser algo pasajero.

Estaba segura de que, en cuanto todo se hubiera calmado y yo no me sintiera tan incómoda, mis sentimientos y ganas de estar con él iban a regresar.

De hecho, ya solo quedaba un día para que hiciéramos por primera vez el amor. Sí, seguro que después de eso todo sería como antes o mejor, porque yo seguía queriendo ser novia de Kevin, era con lo que siempre había soñado.

«¿Y Óscar?» Preguntó mi mente, pero deseché esos pensamientos.

Mi futuro novio seguía al otro lado del altavoz esperando una respuesta a su pregunta:

—¿Te sientes mejor hoy?

—Sí, la verdad es que descansar me fue bien.

—Me alegro, Maica. Ya sabes que, si te pasa algo, quiero que confíes en mí, en que puedes contarme lo que sea...

«No todo.» Volvió a responder mi cabeza en lugar de mi boca.

—Lo sé. —Suspiré.

—Bien. ¿Entonces quieres que vayamos al chalet de Andrea en mi coche o en el tuyo?

Me quedé unos instantes en silencio, meditándolo.

En realidad, fueron segundos, pero a mí se me hizo eterno.

—Mejor en el tuyo. —Decidí— Hoy me encuentro un poco mejor, pero no me quiero arriesgar a que me regrese el dolor de cabeza y no pueda conducir de vuelta.

—Vale, pues paso a recogerte a las cuatro menos cuarto. Hay una hora y veinte minutos de camino hasta la urbanización.

—Perfecto. —Fue todo lo que le dije.

De nuevo se hizo el silencio, hasta que Kevin agregó:

—Ya tengo ganas de que sea mañana...

Mi estómago volvió a rugir y a encogerse en respuesta.

Pero, ¿qué demonios me pasaba?

Debería de estar dando saltos de alegría y con unas ganas locas y tremendas porque llegara el momento y, en lugar de eso, estaba de los nervios.

Y no de esos nervios buenos, no, sino de esos donde no estás segura absolutamente de nada.

—¿Maica? —La voz de Kevin se hizo patente.

—Sí, perdona es que acaba de llegar mi padre. —Me di una palmada en la frente.

Otra vez lo único que había salido por mi boca había sido una mentira.

Pero, ¿por qué? ¿Ya no quería estar con él?

Algo en mi interior me dijo que estaba hecha un lío por todo lo que había pasado con Óscar, pero que en cuanto estuviera con Kevin, el primero sería historia y volvería a estar igual, sino mejor, con el hombre que consideraba que era la persona perfecta para mí.

Una vez Kevin y yo formalizáramos lo nuestro, Óscar se acabaría para siempre.

Y no sé por qué, a una parte de mí la idea le entristecía.

—Bueno, pues dale recuerdos de mi parte. —Dijo Kevin.

—Claro, ahora luego se los doy.

—Vale, tengo que colgar ya, Maica. Recuerda, a las cuatro menos cuarto estoy en tu portal.

—Perfecto, y Kevin... —Me quedé en silencio unos segundos, pero enseguida terminé lo que quería decirle— yo también estoy deseando que llegue mañana.

Un suspiro de alivio se escuchó al otro lado del teléfono.

—Menos mal, Maica. Estás tan rara que ya pensaba que te ibas a echar para atrás. Te lo hubiera respetado, pero no es lo que deseo. Sabes que lo que quiero es estar contigo.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. ¡Si es que era un cielo!

Parecía que el mar de emociones amargas que se había instalado en mi estómago ya no se encontraba ahí.

—Para nada, Kevin, esto es lo que más he estado deseando.

—¿Pues no sabes lo aliviado que me siento! —Se carcajeó levemente.

—Y yo... —Susurré.

—¿Tú, por qué? —Preguntó, extrañado.

¡Mierda, me había escuchado!

Rápidamente intenté buscar en mi mente una buena explicación que darle.

—Pues porque... Pensé que me iba a pasar mala todo el fin de semana. Eso hubiera fastidiado nuestros planes, por eso estoy aliviada de que no haya sido así.

Parecía que se había quedado unos instantes pensativo, pero pronto dijo:

—Es verdad, tienes razón, es un alivio que todo haya salido bien al final. Bueno, preciosa, luego nos vemos. —Comenzó a despedirse.

«Sí, por favor, que como siga en esta llamadita no prometo que no vaya a enfermarme de verdad.» Escupió mi mente, influida por el estrés que me estaba provocando todo aquello.

—Hasta luego, Kevin. —Me despedí.

—Hasta luego, preciosa.

Y colgué... Colgué como si la vida me fuera en ello.

Una vez dejé el teléfono sobre la mesa, inspiré profundamente y expulsé el aire como trató de enseñarle Óscar a mi padre el día del accidente, cuando me ayudó a que se calmara.

Me rasqué levemente la frente al volver a repetir la acción.

Óscar... Otra vez volvía a aparecer en mis pensamientos.

Y lo peor de todo no había llegado, porque si en el centro comercial, tanto Kevin como Óscar se habían comportado como rivales, haciéndonos sentir incómodas a Claudia y a mí, no estaba convencida de que juntarlos en la fiesta de Andrea fuera lo más correcto.

Y menos después de que Claudia me hubiera dicho que nunca había visto a su hermano como lo estaba conmigo y me hubiera pedido que no le rompiera el corazón.

¿Podía ser posible que él estuviera sintiendo algo más por mí?

Pero no... No podía ser...

Nosotros apenas habíamos compartido un buen momento, casi todo habían sido peleas, besos robados y un polvo en el cuarto de curas de la piscina.

Que le gustara yo igual que él me gustaba a mí, no lo dudaba.

De lo contrario no habríamos tenido todos aquellos encuentros.

Pero que hubiera algo más, tal como había insinuado Claudia...

Las cosas no se habían dado como para que me hubiera colado en el corazón de Óscar, a menos que a este le fuera la marcha.

Cogí el móvil y llamé a Laura, necesitaba saber cómo se iba a ir a la fiesta de Andrea, por si teníamos que pasar Kevin y yo a por ella.

Pero no contestó.

Y no supe por qué, así fue toda la tarde, incluso cuando me tocó ponerme en marcha.

El chalet de Andy se encontraba en la urbanización Montejalar, a una hora y veinte minutos de Collado Villalba.

Kevin y yo nos pasamos casi todo el camino sin apenas hablar, básicamente porque yo me había quedado dormida.

Cuando me despertó, ya estábamos entrando en la rotonda con el nombre de la urbanización.

Al notar mi mejilla húmeda, me pasé los dedos por esta y abrí los ojos como platos. ¡Había estado babeando! ¡Seguro que tenía unas pintas horribles, con lo que me había costado arreglarme!

Me había planchado el cabello y lo llevaba suelto.

Mi vestido era de palabra de honor, azul celeste con brillantes. Se ajustaba a mis curvas, resaltando toda mi figura.

Su falda se soltaba más en la parte de la cintura y caía en forma de flor hasta por encima de mis rodillas.

Calzaba unas sandalias de tacón, negras.

Agarré rápidamente la visera parasol del coche y me miré al espejo de esta, estudiando los posibles destrozos que "la dichosa siesta" hubiera creado en mi maquillaje, mi pelo y en general en mi imagen.

Kevin, al darse aparentemente cuenta de mi preocupación, se echó a reír.

Yo estiré el brazo y le di un leve manotazo en el suyo.

—¿De qué te ríes?

—Estás preciosa. —Manifestó—No tienes que preocuparte de si estás presentable porque no tienes rival.

Vale, aquellas palabras tocaron mi corazoncito.

Un leve, pero ardiente rubor tiñó mis mejillas.

—Muchas gracias. —Dije.

Kevin cogió mi mano y me besó el dorso de esta.

¡Ay, si es que no podía ser más adorable!

No me extrañaba nada que tuviera el cacao en la cabeza que tenía con semejante hombre haciendo la competencia.

El auto se detuvo frente a la puerta corredera que daba al garaje del chalet.

Kevin pitó para avisar de que estábamos allí y, más pronto que tarde, Andrea nos abrió la puerta.

Debo añadir que mi amiga me dejó sin palabras.

Por una vez había dejado sus complejos de lado y se había vestido con un top morado escotado y una falda negra que, al igual que la mía, caía como una flor hasta por encima de sus rodillas.

Y como siempre, no había michelines de los que tuviera que avergonzarse, de hecho, la vi hasta más delgada.

Cuando Kevin aparcó y salimos del coche, ella vino corriendo a darme un abrazo, se la veía llena de alegría.

—Está Rubén dentro de la casa, ¿verdad? —Susurré para que quedara en confidencia.

—¿¡Cómo lo has sabido!? —La risita que escapó de sus labios delataba su nerviosismo.

Estiré las manos y le coloqué el pelo con cariño y cuidado mientras le contestaba:

—Pues por qué nos has abierto con una alegría más radiante que el sol. —Al ver que me miraba confusa, aclaré— No es que no nos recibas siempre con una sonrisa, pero Rubén hace que te brille más.

Andrea se sonrojó ante mi comentario, pero pronto pasó a saludar a Kevin, que se acercó.

—Feliz cumpleaños, Andrea. —Dijo.

—Felicidades, Andy. —Añadí también.

—Muchas gracias. —Sonrió— Pasad, todos están dentro.

¿Todos? ¿Con todos se refería a...?

—¿Eso quiere decir que Óscar también está aquí?

La pregunta de Kevin me dejó más estupefacta si cabía.

¿En qué le interesaba a él eso?

A menos que supiera algo de lo que había pasado entre nosotros dos y no me lo hubiera dicho. Pero me extrañaba mucho, porque no hubiera sido propio de su persona haberse enterado y no decir nada.

—Sí, ¿por? —Parece que no fui la única a la que le extrañó, Andrea también le miraba con desconcierto.

—Por saberlo. —Contestó sin más.

De nuevo mi estómago parecía una lavadora centrifugando.

Ahora que sabía que Óscar ya estaba allí y que se acercaba el momento de que nos volviéramos a ver, estando yo en compañía de Kevin, el nudo que tenía en la garganta había comenzado a asfixiarme, el corazón me martilleaba tan rápido que parecía que lo tenía hasta en las sienes y, bueno, ya os he comentado como estaba mi sistema digestivo.

Quise decir algo, pero tan pronto como abrí la boca, la cerré, pues Kevin rodeó mi cintura con su brazo y juro que empujó levemente hacia él, como si estuviera marcando su territorio, otra vez.

Subimos las escaleras que daban a la puerta que comunicaba con la casa y entramos,

escuchando inmediatamente a Romeo Santos de fondo.

¡Lo que me faltaba! ¡Bachata cargada de letras de amor!

Como si no tuviera suficiente con todo lo que me estaba sucediendo y con todo lo que mi mente se imaginaba que estaba por pasar.

El salón donde se celebraba la fiesta era amplio y espacioso, contaba con una chimenea para el invierno en uno de los extremos de la estancia.

A tan solo unos metros por encima de esta, había un gran estante blanco donde descansaba, en el enorme cuadrado del centro, la televisión de plasma. A los lados tenía dos cuadrados más pequeños decorados por una planta en cada uno de ellos.

Frente a la chimenea y el estante, el sofá grande de color crema en forma de ‘U’ presidía el lugar, tenía un par de lámparas situadas a cada lado y una alfombra gris bajo él, y bajo la mesa de cristal y madera rústica del centro.

El suelo era de parqué, de un tono claro que hacía parecer el salón mucho más luminoso y del techo colgaba una lámpara de araña inmensa.

Las paredes de la izquierda eran de cristal reforzado, desde ahí podía verse toda la zona de la barbacoa y la piscina.

Sin embargo, las de la derecha eran blancas, sin rastro alguno de gotelé. De estas colgaba algún que otro cuadro y alguna que otra foto.

Justo bajo una imagen de Andrea y sus padres, había una pequeña vitrina llena de libros, blanca, al igual que el estante de la televisión.

En otra esquina del salón, con bastante comida y bebidas de todo tipo, podía apreciarse una mesa de al menos veinte comensales y en su lateral derecho estaba la puerta que daba al pasillo, donde se encontraban el baño, tres dormitorios, un despacho, la puerta de entrada y las escaleras que daban al piso de arriba.

Allí había otro salón más pequeño, la cocina, otro cuarto de baño y dos dormitorios más.

La verdad es que el chalet de Andrea era magnífico.

No me extrañaba para nada que hubiera querido celebrar su cumpleaños allí.

Yo en su lugar habría hecho lo mismo.

—Mis padres se lo compraron hace tiempo a un señor mayor y luego le hicieron una buena reforma. —Le explicaba Andrea a Kevin— Se gastaron mucho dinero, pero mereció la pena.

—Ya te digo. —Aprobó él, asintiendo con la cabeza y estudiando el lugar con la mirada.

Yo también hice lo mismo, pero mis ojos se detuvieron justo encima de la figura de Óscar, quien estaba hablando muy animadamente con Ángel y Rubén mientras bebían de sus copas, hasta que giró la cabeza y nos vio a Kevin y a mí, entonces toda sonrisa se esfumó de su rostro en una fracción de segundo.

Y más pronto que tarde, sentí que Kevin volvía apretar mi cintura.

Eso no me gustó, pero me mantuve en silencio, no quería montar una escena y mucho menos en el cumpleaños de Andrea.

—Andy, ¿sabes dónde está Laura? —Pregunté, intentando desviar mi atención a otro lado.

Aunque resultaba difícil sintiendo la mirada todo el tiempo de ya sabéis quien, sobre mí.

—Tía, ¿te puedes creer que la he llamado como cien veces? —Comentó Andy, haciéndome entender que no tenía ni idea.

—Yo más de lo mismo, ni siquiera sabía con quién iba a venir... —Señalé a Ángel con la mirada— Por lo que veo, con él no ha sido.

Negó con la cabeza, dándome la razón.

—Le he preguntado a Ángel. Dice que lo único que sabe de ella es que le dijo que no iba a

venir con él... Si vieras la decepción que se llevó el pobre...

—¿Todavía sigue con su idea de conquistar a nuestra morena? —Pregunté.

—Sí, nena, este no se rinde. —Sonrió levemente— Eso es admirable, pero al mismo tiempo me da pena porque Laura no deja de estar empujada en Fernando.

Suspiré e hice rodar mis ojos.

—¿Cuándo se va a dar cuenta de que ese tiparraco no quiere nada con ella?

En ese momento, cuando volví la atención a mi amiga, esta tenía la boca abierta y miraba en la dirección por la que habíamos entrado antes.

Miré a Kevin y también la tenía puesta en el mismo sitio...

Y como ellos dos, todos los presentes.

Casi parecía hasta que se había detenido la música, pero seguía sonando.

Me di la vuelta para saber de qué se trataba todo aquello y casi se me cae la bolsa con los regalos...

Nuestra morena había aparecido, pero... ¡con Fernando!

—¡Pero que coj...! —Escuché exclamar a Andrea en un murmullo, antes de dirigirse a ellos dos.

Parecía que iba a saludar, pero en vez de eso se llevó a Laura por el brazo.

Esta última le dedicó una sonrisa nerviosa a su acompañante y luego Andy me hizo un gesto con la cabeza, indicando que fuera.

Al menos iba a poder deshacerme del agarre asfixiante al que me tenía sometida Kevin.

Cogí suavemente la mano que rodeaba mi cintura y la aparté, mientras decía:

—Creo que Andrea me necesita, enseguida vuelvo.

—De acuerdo. —Sonrió él.

Yo me encaminé hacia ellas, no sin antes de que Kevin me agarrara y me besara en los labios.

Inmediatamente mis ojos se posaron sobre Óscar, que había apartado su mirada ceñuda de nosotros y la había clavado en la zona de la piscina.

Tenía la mandíbula apretada y una expresión de pocos amigos en el rostro.

Yo salí casi corriendo de allí y perseguí a mis amigas, saliendo por la puerta que daba a la zona del pasillo.

—¿Qué demonios haces, Andrea? —Le reprochaba Laura.

—No, la pregunta más bien es... ¿Qué demonios estás haciendo tú aquí con Fernando? —Se cruzó de brazos tras soltarla y la miró muy seria, casi parecía enfadada.

—¿Dónde está Claudia? —Pregunté, cambiando de tema y cayendo en la cuenta de que no la había visto por ninguna parte.

—Está en la cocina, Maica. Me ha estado ayudando a terminar de organizar unos tentempiés antes de la tarta... —Respondió Andy— Pero ese no es el tema ahora. El tema está en que Laura se ha presentado aquí con Fernando sin que yo lo hubiera invitado.

—¿Y qué? —La aludida se cruzó de brazos— ¿Acaso Maica no se ha presentado también con Kevin?

—Es diferente. —Rebatió Andrea— Yo a Kevin sí lo invité por ser el posible futuro novio de nuestra amiga. De Fernando ni siquiera sabía que ahora te hablabas con él.

Miré de reojo a Laura y vi que reía para sus adentros.

Aquel gesto no me gustó.

—Futuro novio... —Repitió amargamente— Aterrizas, Andrea. Has invitado a los dos posibles futuros novios de Maica al mismo tiempo, los dos en un mismo salón, dos tíos que son

rivales, ¿y te incómoda que yo me traiga a Fernando?

Yo miré a Laura con los ojos abiertos de par en par, pero duró poco, pues automáticamente le hice ver que no me gustaba lo que estaba diciendo, ni cómo se estaba comportando.

—Me incomoda que ni siquiera has contado con mi beneplácito. Esta es mi casa, Laura, es mi cumpleaños y yo invito a quien me da la gana. Tu... amigo, o lo que quiera que sea, no estaba invitado. —Escupió, Andrea.

—Ya veo... —Laura alzó una ceja— Parece que aquí la única que tiene tu beneplácito es Maica para traer a sus dos amantes...

—No te pases ni un pelo, Laura, me estoy empezando a cansar de tu actitud.

—Espeté, manifestando mi enfado.

Ella se giró bruscamente hacia mí.

—¡No!, ¡qué no se pase ella! ¿Por qué Kevin y Óscar que son los tíos que a ti te gustan pueden venir, y Fernando, que sabéis lo mucho que he querido que me hiciera caso, no puede?

Andy emitió un sonoro suspiro, más parecido a un gruñido.

Se notaba que su paciencia se estaba minando.

—Porque los dos primeros me caen bien y tu Fernandito no. Y además yo invito a mi casa a quien a mí me da la real gana. ¿Te vas enterando ya?

Laura alzó la cabeza, orgullosa, como si tuviera algo de lo que en verdad enorgullecerse.

—Si Fernando se va, yo me voy con él.

Tanto Andrea como yo ahogamos una exclamación.

—¿Estás diciendo que te importa más un tío que no te ha hecho ni caso en todo este tiempo que el cumpleaños de una de tus mejores amigas? —Pregunté, incrédula.

No me podía creer como se estaba comportando Laura, de verdad.

—No, estoy diciendo que me importa más mi felicidad. Yo siempre os he apoyado en todo, he estado ahí para vosotras... —Sus ojos se llenaron de lágrimas y me miró— Maica, a ti te he apoyado en lo de Kevin y Óscar. —Miró a Andrea— Y a ti con lo de Rubén y con tus complejos, ¿por qué vosotras no podéis apoyarme a mí, ahora que he conseguido que el tío que me gusta desde el instituto me haga caso? ¿Por qué me ponéis las cosas difíciles? Creo que no es justo.

Tanto Andrea como yo nos miramos.

Tal vez tenía razón y estábamos siendo muy injustas con ella.

Pero es que Fernando no nos gustaba y creo que, al igual que yo, la cumpleañera sospechaba que algo no andaba bien en ese repentino acercamiento por parte de este.

—Está bien, que se quede. —Cedió Andrea— Pero que se comporte y, por favor, la próxima vez pídeme al menos permiso antes de traer a alguien a mi casa.

La cara de Laura cambió.

Una sonrisa radiante se dibujó en su rostro y nos abrazó.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias, chicas!

—¿Qué está pasando por aquí? —La voz simpática de Claudia se hizo presente, interrumpiendo el abrazo.

Yo la invité con un gesto de mano a que se uniera.

—Que tenemos una amiga chantajista y un poco plasta. —Contesté con diversión, mientras Claudia se unía a nuestra muestra amistosa de cariño.

Ella miró con un interrogante tanto a Andy como a Laura, pero al ver que la última era la que se daba por aludida y me echaba una mirada reprobadora, no pudo evitar echarse a reír a carcajadas.

—¿Qué has hecho, Laura? —Quiso saber.

—Solo traerme sin permiso al tío que me ha gustado desde siempre.

Claudia abrió los ojos como platos y comenzó a salivar de ganas ante un buen cotilleo.

—¿Está aquí? Yo quiero verlo. —Manifestó.

Andy y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco.

Laura se separó de nosotras e hizo un gesto con la cabeza para que Claudia la siguiera. Inmediatamente abrió un poco la puerta que daba al salón y señaló su figura con el dedo, mostrándoselo.

—Ah, pues es guapo. —Comentó

—Y un auténtico idiota. —Me susurró Andy al oído.

Ahogué una carcajada e inmediatamente nuestras amigas se giraron, una de ellas mirándonos con expresión de pocos amigos, como si se hubiera dado cuenta de que habíamos dicho algo inapropiado de su cita.

—Bueno, chicas, yo voy a ir sacando los últimos tentempiés. —Anunció Claudia tras echar un último vistazo por la apertura de la puerta.

Inmediatamente y para mi desconcierto, su mirada fue a posarse en mí.

Estaba muy seria, pero en cuanto pasó por mi lado comprendí perfectamente el motivo.

—Mi hermano y Kevin están hablando... —Dijo en un susurro bajo, pero rápido, antes de dirigirse rápidamente a las escaleras.

—¡Maica, estás pálida! —Observó Andrea.

Laura miró hacia las escaleras por las que había desaparecido Claudia y luego clavó sus ojos en mi silueta, que se encontraba más tiesa que una estatua.

—¿Qué demonios te ha dicho para que tengas ese semblante?

Pero yo no le contesté a ninguna.

En lo único en lo que podía pensar era que esos dos hombres, evidentemente rivales el uno del otro, estaban demasiado cerca y posiblemente podrían llegar a arruinarle el cumpleaños a mi amiga.

Volví al salón casi corriendo y, en cuanto los divisé, todo mi ser se contrajo.

Óscar y Kevin se estaban mirando como si quisieran saltar el uno encima del otro y romperse los dientes.

—¡Ya estoy aquí! —Exclamé más fuerte de lo normal, en un intento por desviar la atención de ambos hacia mi persona.

Kevin me miró, pero Óscar seguía con la vista fija en él, exactamente con la misma expresión de peligro que cuando llegué.

—¿Va todo bien? —Me atreví a preguntar.

—Todo va perfecto... —Contestó Kevin, dándome un beso en la sien y desviando la atención de nuevo a Óscar. Me fijé en que tenía los puños apretados a los costados, casi parecía a punto de estampar uno de ellos en la cara de mi amigo— Es solamente que Óscar estaba un poco perdido y había que aclararle unas cuantas cosas... —Estiró su mano y la puso en su hombro, para más irritación del socorrista— No pierdas tu tiempo, no es sano.

La última frase que le dijo me dejó sin palabras.

¿De qué estaban hablando esos dos antes de que yo llegara?

Parecía que de nada bueno...

Antes de que pudiera siquiera preguntar algo, Kevin rodeó mi cintura y, casi empujándome, me apartó de allí.

De reojo pude ver como Rubén se acercaba a un más que evidente enfadado Óscar.

Al cabo de unos instantes, la mirada de este último y la mía se encontraron, pero él negó

con la cabeza y se marchó por la puerta que daba a la zona de la piscina.

Inconscientemente mis pies quisieron moverse, pero mi acompañante me aferró por el brazo y me lo impidió:

—Ni se te ocurra ir, Maica.

No daba crédito a lo que fuera que estuviera pasando, tampoco a la actitud de Kevin.

Él nunca me había detenido a la hora de hacer nada.

No entendía lo que estaba pasando, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto? —Pregunté, haciéndole ver a mi amigo que no me estaba gustando nada su actitud.

Él apretó el ceño y me miró, sin duda alguna, estaba cabreado.

—Viene a que no vas a irte detrás de un tío al que le gustas en mis narices, Maica. A eso viene.

—¿Qué quieres decir? —No cabía en mi asombro ante su afirmación.

—Ese idiota me ha soltado en mi cara que le gustas...

Mi corazón se contrajo.

Necesitaba hablar con él, tenía que aclarar ese asunto, tenía que saber qué demonios le había dicho Kevin.

—Tengo que hablar con él. —Manifesté.

—No. —Volvió a tirar de mi brazo.

Me giré bruscamente en su dirección y lo sacudí, soltándome de su agarre y mostrando mi irritación ante su comportamiento.

—¡No puedes prohibirme que hable con quién yo quiera! —Exclamé.

—Si vas a ser mi pareja tengo todo el derecho a exigir respeto, y que te vayas detrás de un tío que me ha escupido en la cara que le gustas no es precisamente una de las características de esa palabra.

—¡No estoy faltándote al respeto por ser humana! —Al ver a Andrea, Claudia y Laura entrar a la estancia, intenté respirar profundamente y calmarme.

No iba a montar una escena el día del cumpleaños de mi amiga, tenía que mantenerme serena y volver a tomar las riendas del control sobre mí misma, pero no estaba dispuesta a desistir y dejarlo estar.

Algo en mi interior se removía por la angustia, sin saber qué demonios le habría dicho Kevin a Óscar.

En ese momento me reconocí más que nunca que me importaban los sentimientos de él, me dolía el hecho de que estuviera pensando lo peor, de que se sintiera herido.

Le dije a Claudia que mi intención no era romperle el corazón a su hermano y no iba a permitirle a Kevin que hiciera una canallada así en mi nombre.

Tenía que hablar con Óscar y estaba decidida a hacerlo.

—¿En qué lugar me deja a mí permitir que te vayas detrás de un tío que no te ve precisamente como una amiga, Maica? —Preguntó, enfadado.

—Es que eso no lo decides tú. No tienes por qué prohibirme nada, Kevin.

—Espeté— ¿En qué lugar me deja a mí saber esto y abandonar a una persona en el estado que sea en que se encuentre? Esto me incumbe a mí.

—A mí también. Te recuerdo que, aparte de que vas a ser mi novia, tú misma dijiste que os llevabais como el perro y el gato.

—Esos fueron otros tiempos. —Aclaré.

Kevin me miró fijamente, alzó una ceja, tragó con dificultad y agregó:

—¿Y se puede saber en qué momento cambió vuestra relación?

Me quedé un momento pensativa, pero luego contesté:

—En el momento en que me demostró que no era el tipo de persona que yo pensaba.

El silencio volvió a reinar entre nosotros dos.

Sabía que a él no le hacía ninguna gracia que fuera a hablar con Óscar, menos si le había confesado que se sentía atraído hacia mí, pero es que yo tampoco sería yo misma si lo dejaba estar y no arreglaba las cosas, y mucho menos permitiendo que otra persona tomara las decisiones importantes que tenía derecho a tomar yo.

—¿Qué clase de relación vamos a tener si no nos ponemos de acuerdo en este tipo de cosas, Maica?

Vale, debo admitir que, en otro momento de mi vida, eso habría sido suficiente como para que yo me quedara quietecita, pero me sorprendió darme cuenta de que ya no era así.

—Lo mismo te pregunto yo a ti, Kevin. ¿Qué clase de relación vamos a tener si pretendes que yo abandone mi esencia para ser cómo tú quieras que sea? Me exiges respeto y tú no respetas mi decisión de ir hablar con una persona que es posible que en estos momentos se sienta como una mierda por mi culpa.

—¿Por tu culpa? —Soltó una carcajada para sus adentros— Créeme, si se siente de esa forma no es precisamente por ti, sino por haber sido tan idiota como para fijarse en una tía que ya quiere a otro.

Sentí como esas palabras me golpeaban directamente en el centro del pecho.

—Uno no elige de quien se enamora. —Dije, decepcionada.

El Kevin que estaba viendo no se parecía en nada al que yo había conocido hasta la fecha.

Y para colmo de males lo que soltó a continuación me dejó más estupefacta si cabía:

—¿Enamorarse? —Su tono fue burlón— Yo no he hablado de amor, sino de gustar, eso puede significar perfectamente que quiere echarte un polvo y luego si te he visto no me acuerdo. ¿Y se supone que tengo que sentir pena porque no se ha salido con la suya? Y claro, como no, encima dejar que mi futura novia se vaya a consolarlo.

Apreté los dientes con fuerza en respuesta a su tono irónico y sus palabras.

Sabía que Óscar no era así, y que Kevin estuviera diciendo aquello de esa manera tan vulgar, lo único que me provocaba era ganas de callarle la boca de un guantazo.

Mirándolo con decepción, decidí que ahí había terminado la conversación.

Negué con la cabeza y me marché por la misma puerta por dónde había salido Óscar, dejando a Kevin con la palabra en la boca, pero, sinceramente, ya me daba igual. Si para tener una relación con él tenía que abandonar mis principios, prefería no tenerla.

Era la primera vez que discutía con mi mejor amigo de esa forma, jamás habíamos chocado. Nunca habíamos tenido esa incompatibilidad en la forma de ver las cosas.

O al menos eso creía, porque el hombre que acababa de ver no era el mismo que se fue a Sevilla, el mismo que había sido desde que me lo encontré en la discoteca.

Claro, que yo tampoco era la misma persona y lo había demostrado.

Antes lo más importante para mí hubiera sido que Kevin estuviera bien, ahora lo más importante para mí era sentirme bien conmigo misma. Y sabía que, en parte, el que Óscar se sintiera así era mi culpa, por no tener las cosas claras, por mis miedos, mis inseguridades... No era justo.

Fuera lo que fuera lo que estaba sintiendo él por mí, era completamente injusto que desechara mi responsabilidad como quien se quita el polvo e hiciera como si nada.

Lo encontré cruzado de brazos y con la espalda apoyada en una esquina de la casa, lejos de

toda mirada ajena.

—Hola... —Dije con inseguridad.

Él me dirigió una mirada, pero luego la apartó enseguida.

—Maica no quiero hablar con nadie.

—Kevin me ha contado lo que ha pasado. —Insistí.

Él soltó una risa irónica para sus adentros, negando con la cabeza.

—Ya, seguro.

—Dice que le has confesado que te gusto. —Vi que su expresión cambiaba y tragaba con dificultad, pero seguía sin mirarme— ¿Por qué le has dicho eso a él y no a mí?

Se encogió de hombros.

—¿Hubiera cambiado algo? —Por primera vez, aunque de reojo, me miró— Sigues emperrada en estar con ese tío. —Iba a responder, cuando levantó la palma de su mano, interrumpiendo mis palabras— Y yo ya estoy harto de fingir, Maica. —Continuó, mientras se apartaba de la pared— Estoy cansado de verte con él y hacer como si no pasara nada. Porque sí pasa... —Se giró en mi dirección y clavó sus ojos en los míos— Pasa que no sé cómo has llegado a hacerme sentir de esta manera. Tú y yo nos llevábamos como el perro y el gato y, sin embargo, de alguna forma que no alcanzo a comprender, me encanta el carácter que tienes. —Dio unos pasos hacia mí— Me gusta cuando te alzas orgullosa, me gusta pelearme contigo... —Rodeó mi cintura con su brazo y me atrajo hacia sí, robándome el aliento, la respiración, provocando que el corazón me latiera desbocado en el pecho. Pronto sentí como su aliento, fresco y dulce, pero caliente al mismo tiempo, chocaba contra mis labios. Mi cuerpo tembló ante sus siguientes palabras—: Pero lo que más me gusta es cada beso que te he robado, cada respuesta de tu boca a la mía, de tu piel... —La mano que tenía libre comenzó a deslizar sus dedos en una caricia suave por mi hombro, pasando por todo mi brazo. Me estremecí de pies a cabeza. Para cuando quise darme cuenta, me encontraba entre la pared donde había estado él apoyado minutos antes y su cuerpo— Me gustas, Maica, y sé que cuando se te pase tu empeño por Kevin, tú te vas a dar cuenta de que sientes exactamente lo mismo.

Ante la mención de Kevin fui consciente de lo que estaba pasando.

En ese momento, Óscar acercó su rostro al mío con intención de besarme, pero yo levanté la palma, posando mis dedos suavemente en sus labios y deteniendo su avance.

Él me miró, en un principio confundido, pero luego se apartó.

Pude ver un destello de dolor y decepción en su mirada.

—Entonces es cierto... Mañana vas a tener intimidad con él y vas a ser su novia. —Dijo sin ocultar en su voz la angustia que esa idea le provocaba.

Abrí los ojos como platos.

—¿Kevin te ha contado eso? —Quise saber.

Pero no obtuve respuesta, solo un silencio tan dolorosamente atronador que hacía que mi angustia creciera y creciera sin descanso.

Al mismo tiempo estaba enfadada con Kevin por haberle contado eso.

Ahora entendía por qué se había sentido tan enfadado y herido.

¡A saber qué más le había dicho para alejarlo de mí!

«Pero, es la verdad.» Me corrigió mi mente. « En todo caso la que ha provocado esto, has sido tú.»

—Óscar, contéstame, por favor... —Pedí— ¿Kevin te ha dicho eso?

Como si importara ya lo que le había contado o no.

Lo único que quería era que su silencio mortal se acabara.

Mirando al suelo, él apretó los labios en una fina línea, como si estuviera meditando algo y fue entonces cuando habló:

—Solo te voy a decir una cosa, Maica... —Clavó su mirada de nuevo en mí, pero esta había cambiado, era fría como el hielo, distante. Sabía que lo que venía no me iba a gustar nada—: Sea lo que sea esto... —Hizo un gesto rápido, señalándonos, negó con la cabeza y sentenció— Se acabó.

Sentí como algo se resquebrajaba en mi interior al escuchar esas dos últimas palabras.

Mis ojos rápidamente se aguaron e intenté acercarme a él, pero volvió a hacer un gesto que detuvo mi avance.

—Basta, Maica. Siempre dejaste muy claro que Kevin era el hombre al que tanto habías estado esperando, yo no pienso seguir siendo un impedimento. No quiero volver a sentirme nunca más como hoy. —Cada frase que decía me iba rompiendo el corazón lenta y agónicamente — Intenté que vieras quien era yo realmente. Creí que así cambiarías de opinión, que verías que tengo mucho más que ofrecer que un mal polvo echado en un cuarto de curas, pero nunca he estado a la altura de tu hombre perfecto, ¿verdad? —Cuando me miró pude ver claramente el dolor reflejado en sus iris del color de las avellanas y todavía me resquebrajó más por dentro.

No podía decir nada, sentía como si un puñal se estuviera clavando cada vez más y más en mi interior, llegando a herir hasta mi propia alma.

El suspiro cargado de Óscar volvió a hacer que lo mirara, sin siquiera tratar de disimular las lágrimas que ya resbalaban por mi mejilla.

—Por Andrea, que me cae bien, y por Rubén, me aguantaré y permaneceré en la fiesta, fingiendo que nada de esto ha pasado, pero mañana... —Me miró— Maica, hazme aunque sea el favor de comportarte como si no me conocieras, ¿vale?

Dicho esto, se marchó.

Me quedé mirando su espalda alejarse, mientras sentía como de mis ojos seguían saliendo las lágrimas, ahora a más velocidad que antes.

Sentí como mis rodillas temblaban y, sin darme cuenta, estaba arrodillada en el césped, con las manos en mi rostro.

Sí, sus palabras me habían causado un daño terrible, pero lo que más me había destrozado por dentro había sido darme cuenta de lo mucho que me importaba Óscar y yo ni siquiera había sido capaz de reparar en ello hasta ese mismo momento.

Justo cuando lo acababa de perder y me acababa de condenar con la peor sentencia de toda mi vida.

En mi mente pasaron las imágenes de todos y cada uno de nuestros encuentros, desde el principio de conocernos, hasta el momento presente... Ese momento donde parecía morir con cada lágrima derramada.

Las palabras de Claudia el día anterior resonaron en mi cabeza:

«Estás tan emperrada en que Kevin sea el hombre adecuado para ti, tienes tanto miedo a perderle, que lo mismo acabas perdiendo al que realmente es el correcto.»

Y era justo lo que acababa de pasar, porque yo sentía que realmente había perdido algo importante.

Me quedé allí un buen rato, sin importarme si me buscaban o si alguien preguntaba por mí.

Terminé de descargar mi llanto y, a escondidas, llegué hasta uno de los cuartos de baño y me miré al espejo. ¡Estaba hecha un desastre!

Mi maquillaje se había corrido por toda mi cara debido al llanto.

Me lavé el rostro en el lavabo y me maquillé lo mejor que pude para que nadie notara nada.

Sabía que se me iba a hacer duro ver a Óscar de nuevo en el salón, pero no quería estropearle su día a mi amiga.

Por ella, aguantaría.

Cuando entré en el salón, evité por todos los medios mirar al socorrista, también aproveché que estaba enfadada con Kevin para mantenerme alejada de él el resto de la velada. No le presté atención en ningún momento, salvo cuando estuvo hablando demasiado tiempo con Fernando, mientras Laura estaba entretenida bailando con Claudia al ritmo de la música.

No sé de qué tendrían que hablar esos dos, pero bueno, al menos a mí me dejaba en paz que era lo que necesitaba.

Andy se pasó casi todo el tiempo bailando, bebiendo y riendo en compañía de Rubén.

Me causaba cierta ternura verlos así, desde luego estaba deseando que llegara el momento en que se declararan el uno al otro, o por lo menos que empezaran algo.

Mis ojos se desviaron a Ángel, quien parecía que lo estaba pasando igual o peor que yo. Él también se había quedado muy afectado por la presencia de Fernando en la fiesta, sobre todo porque Laura no le hacía ni caso.

Ni siquiera había ido a saludarlo desde que había llegado.

Eso me dio mucha pena, no me gustaba la forma en que nuestra morena trataba al pobre Ángel, que no había hecho otra cosa que mostrarle lo interesado que estaba en ella.

Cuando llegó la hora de la entrega de regalos, a Andy casi le da un patatús de la emoción al ver la camiseta con la foto de las cuatro en la piscina que le había regalado. Todos los regalos la hicieron saltar de alegría, pero ese fue el que más la emocionó, tanto, que casi se echó a llorar.

—¡Muchas gracias, nena! ¡Te adoro! —Exclamó, abrazándome con fuerza.

No supe cuánto necesitaba ese abrazo, hasta que lo recibí, pero en todo momento traté de sonreír, pese a que por dentro estaba destrozada.

Lo único de lo que tenía ganas era de llegar a mi casa, echarme en la cama y llorar.

Unas horas más tarde todo el mundo bebía, bailaba y se reía y yo cada vez me sentía más y más ajena.

Varias veces, Claudia, trató de convencerme para que me levantara y bailara con ella, pero yo lo único que quería era beber y olvidar.

De modo que negaba con la cabeza, alegando que estaba cansada y bebía un cubata detrás de otro.

Hubo momentos en los que casi vomito, sobre todo cuando vi a Laura bailando con Fernando de un modo tan provocativo que, no sé, las náuseas me vinieron inmediatas.

Ahí fue cuando decidí que ya había bebido suficiente y dejé la copa a un lado.

—¿Te encuentras bien, nena? —Preguntó Andy cuando se acercó— Llevo un buen rato observándote y no tienes buena cara.

—Sí... ¡hip!... Es que... he bebido mucho, ¡hip!... Solo eso, ¡hip!

Andy estudió mi rostro.

Hasta yo misma notaba como se me trababa la lengua debido al alcohol.

—Ya... No es propio de ti beber de esta forma. —Observó ella— Me he dado cuenta de que no te has acercado a Kevin en toda la fiesta. —Suspiró— Y parece que también has tenido problemillas con Óscar, ¿verdad? —Me miró con culpabilidad— Tal vez no fue buena idea invitarlos a los dos.

Mis ojos ebrios se dirigieron a Óscar por primera vez desde que habíamos hablado en la parte de atrás de la casa.

Una tristeza profunda me invadió y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Andrea ahogó una exclamación cuando la miré.

—¡Mi niña! ¿¡Qué ha pasado!?! —Preguntó.

Negué con la cabeza.

—N-nada... No quiero amargarte la velada, ¡hip! —Intenté sonreír— Ve con Rubén, tenías muchas ganas de esto. No quiero, ¡hip!... que mis problemas interfieran en tu felicidad, ¡hip!

—No interfieren en nada, Maica. Ya he estado mucho rato con Rubén, si tú estás mal, quiero estar contigo. —Me pasó una mano consoladora por los hombros y me abrazó.

Al apoyar mi cabeza en su hombro no pude evitar que una lágrima escapara y rodara por mi mejilla.

Pronto mi amiga me la enjugó.

—Vamos al baño y me cuentas, cariño. No quiero dejarte en este estado. —Me susurró.

Al principio me resistí, pero ante la insistencia de Andrea y que me dejó dicho que, si no, entonces iba a estar preocupada por mí y no iba a poder disfrutar de la velada, accedí y nos pusimos en pie, (yo como pude), para encaminarnos al servicio.

Pero a mitad de camino, nuestros pasos tuvieron que detenerse de inmediato.

Claudia, en compañía de Laura, entraron después de que Kevin apagara la música y las luces.

Todos comenzaron a cantar a viva voz el cumpleaños feliz, mientras ambas se dirigían con la tarta y las velas encendidas en dirección a la cumpleañera.

Y por lo tanto y como si ya no tuviera suficientes ganas de hacerme invisible, hacia mí, que estaba justo a su lado.

Los ojos de Óscar se posaron en mí, pero yo aparté la mirada rápidamente.

Para colmo no era el único, Kevin tampoco me quitaba los suyos de encima.

Con disimulo, pero un leve toque de descaro, me fui apartando poco a poco del campo visual de esos dos.

Lo que menos necesitaba en esos momentos, era sentirme observada y mucho menos por ellos.

Andy sopló las velas y todos aplaudimos.

Alguien volvió a encender las luces y a activar la música.

Uno por uno la fuimos felicitando y abrazando.

Cuando le llegó el turno a Rubén os juro que la situación no podía ser más tierna.

Ambos se sonrojaron y varias veces casi se dan un pico sin querer.

—¿Qué deseo has pedido? —Le preguntó.

—Eso no se dice, si no, no se cumple. —Contestó ella, más colorada que una gamba.

Rubén sonrió y desvió la mirada un lado, pero lo que más me extrañó fue que cuando hizo ese gesto, perdió la sonrisa.

Acto seguido y, para más desconcierto de todos, cogió la zona de la camisa de Andy que tenía escote y comenzó a cerrárselo.

—¿¡Qué haces!?! — Preguntó ella, entre estupefacta y un poco ofendida.

—Es mejor que te tapes... —Susurró él, pero fue tan audible que todos alcanzamos a escucharlo.

Yo abrí mis ojos de par en par, alucinando con lo que estaba pasando.

Andrea intentó quitarle hierro al asunto, emitió una sonrisa nerviosa y dijo:

—¿No te parece que estoy mucho más sexy así?

La contestación de él nos dejó a todos sin habla.

—Te ves mucho mejor tapada.

Os juro que todo pasó muy rápido, tanto, que ni siquiera pude evitar que algo me salpicara a mí.

Andy agarró la tarta con una mano y, sin pensárselo dos veces, se la estampó a Rubén en la cara.

Todos miramos, como si no nos creyéramos lo que acababa de ocurrir, al hombre cubierto de pastel.

—¡No quiero volver a verte en mi vida, cerdo! ¡Lárgate de mi casa! —Gritó Andrea y se marchó corriendo del salón.

Claudia se fue inmediatamente detrás de ella.

Yo estaba convencida de que había salido llorando, así que, como me fue permitiendo el alcohol, también me apresuré hacia la puerta, pero otro fuerte estruendo detuvo mis pasos e hizo que me girara, yo y el resto de los invitados miramos en dirección al sonido.

¡Laura acababa de lanzarle su copa a Ángel!

Parecía fuera de sí, y Fernando la sujetaba de los hombros, intentando serenarla.

Pero bueno, ¿qué pasaba en esa fiesta? ¿Acaso había una bruja fuera echándole mal de ojo a la casa?

Para colmo, Rubén se resbaló y cayó de culo con los trozos de tarta que había desparramados por el suelo, al intentar ir también detrás de Andrea.

¡Vaya cuadro!

Corrí hacia él al mismo tiempo que Óscar y nuestras miradas se encontraron cuando tratamos de ayudarlo a levantarse.

—¡Andrea, yo no me refería a lo que tú crees! —Gritó Rubén con angustia en la voz, tratando de explicarse— ¡Vuelve, por favor!

Al ver su desesperación, me puse delante de él y dije con suavidad.

—Yo iré a hablar con ella... Es mejor que te limpies todo eso y te marches, hazme caso. Cuando esté calmada hablará contigo.

—¡Pero, Maica, yo no quería decirle lo que ella se piensa! Es que el asqueroso del tipo ese que está con tu amiga Laura le estaba mirando los senos de una forma que no me gustaba.

Tanto Óscar como yo dirigimos la mirada de inmediato a Fernando, quien estaba hablando con Laura, aparentemente intentando calmarla.

—El cabrón se mordía los labios y todo sin importarle que yo estaba delante. Si le he dicho eso a ella y no le he roto la cara, ha sido por no fastidiarle el cumpleaños, ¡pero mira lo que he acabado soltando! ¡Soy gilipollas!

—No, el gilipollas es otro. —Espetó Óscar, cabreado, sin dejar de mirar en dirección a Fernando.

Inmediatamente se enderezó y caminó con paso decidido hasta este último.

Tenía los puños apretados y estaba a punto de atacar, cuando yo me puse delante de él, impidiéndole llegar a su objetivo.

—Aquí no, Óscar. —Pedí casi en una súplica.

—Ese imbécil ha dejado a mi amigo a la altura del betún frente a la chica que tanto le gusta, y estoy seguro que ha tenido que ver en la reacción de Laura hacia Ángel. —Apretó la mandíbula e intentó avanzar de nuevo.

Yo lo detuve, posando la palma de mi mano en su pecho.

Él paró en seco y miró mi mano, pasando a mirarme a mí después por debajo de sus cejas.

—Ya lo sé, pero sigue siendo el cumpleaños de mi amiga y esta su casa. Te pido que no lo hagas.

Su mano se posó sobre la mía por un momento y, en tan solo unos segundos, sentí que toda la angustia, el dolor y la asfixia de antes, se esfumaban de golpe. Sentí que todo mi ser reaccionaba a su contacto.

Hasta que apartó mi mano de su pecho y me soltó fríamente.

—Y yo te pido que no me toques, Maica.

Un nuevo puñal invisible se clavó en la boca de mi estómago y ascendió hasta el centro del corazón, que había vuelto a la vida con solo el toque de su mano.

Ahora me habían vuelto a robar el aire y otro cúmulo de lágrimas amenazaba con salir de mis ojos.

Antes de que eso pasara, me marché por donde se habían ido Andrea y Claudia.

Aguanté mi llanto todo lo que pude, pensando en que lo importante era saber si mi amiga estaba bien.

El rechazo de Óscar me había dolido muchísimo, pero entendía perfectamente sus motivos. De estar en su lugar, estaba convencida de que yo habría hecho lo mismo.

Habíamos compartido demasiado en todo ese tiempo y era perfectamente consciente de que no debía ser nada fácil para él haberse enterado de que seguía escogiendo estar con Kevin, que seguía dispuesta a ser su novia oficial, como si no me importara lo más mínimo todo lo que había ocurrido entre nosotros dos. Sí, me había dado cuenta de lo mucho que me había equivocado con Óscar al principio de conocernos, creyendo cosas que realmente no formaban parte de su manera de ser, pero yo seguía sin estar segura de nada.

¿Cómo podía explicarle mis sentimientos y que los entendiera, si no los entendía ni yo?

Me daba demasiado miedo equivocarme, tanto, que no sabía lo que estaba haciendo.

Y le había hecho daño... Y no me perdonaba por ello.

Subí las escaleras al piso de arriba y me encontré con Claudia y Andrea en una de las habitaciones.

Esta última lloraba y maldecía a Rubén sin parar.

—¡Ese idiota sabe lo mucho que me afectan ese tipo de comentarios!

—Exclamaba.

Fui hasta el umbral de la puerta y pregunté:

—¿Te has sincerado con él respecto a tus complejos?

Andy sorbió por la nariz y asintió con la cabeza, mirando al suelo.

—En que mala hora... Solo le he dado a ese gusano un arma más con la que humillarme.

—No creo que su intención fuera realmente esa. —Suspiré.

Andy me miró como si no diera crédito a mis palabras.

—¡Me acaba de dejar en ridículo delante de todos!

Me mordí el labio inferior un momento, recordando la explicación que me había dado Rubén antes, recordando lo que había visto con mis propios ojos.

—Andy, sé que esto que te voy a decir te va a enfadar mucho...

—¿Más aún de lo que ya lo estoy? —Su comentario irónico quedó suspendido en el aire, pues no le presté demasiada atención.

Tanto ella como Claudia me miraban con especial interés en lo que fuera a decir a continuación.

—Cuando te has marchado, él ha intentado explicarse. A Óscar y a mí nos ha dicho que Fernando te estaba mirando de una forma descarada el escote, sin importarle siquiera que Rubén estaba delante. Y, bueno, para no romperle los dientes en tu fiesta de cumpleaños, ha acabado metiendo la pata debido a lo nervioso que lo estaba poniendo. Él ha dicho eso sin tener en cuenta

que tú podías interpretarlo... como lo has interpretado.

Andy se quedó con la boca abierta y sin saber qué decir, ni cómo reaccionar.

Se había quedado pasmada y no era para menos.

De pronto se levantó y, sin decir nada, pasó por mi lado y salió por la puerta en dirección a las escaleras.

Claudia se levantó con el rostro tan desencajado como el mío y ambas seguimos a nuestra amiga.

En cuanto esta cruzó la puerta que daba al comedor, fue directa a Fernando y le pegó un guantazo delante de todos los presentes que, de nuevo, ante aquella reacción tan inesperada, se quedaron mudos.

Excepto el agredido, que se llevó una mano a la mejilla y gritó:

—¡Qué cojones estás haciendo! ¿¡Te has vuelto loca!?

Laura dejó su bebida, se levantó de su asiento y llegó corriendo hasta dónde estábamos.

—¡Eres un maldito puerco impresentable! ¡Por tu culpa le he estampado la tarta en la cara al chico que me gusta!

—¿Por mi culpa? —Repitió él, como si no supiera de que estaba hablando Andrea.

—¿Qué está pasando aquí? —Interrumpió Laura.

Andy señaló a Fernando con el dedo.

—Que el guarro del tío que me has traído a la fiesta ha estado incomodando a Rubén con sus miradas lascivas hacia mi escote. —Lo miró a él directamente— Y estoy segura de que lo ha hecho porque sabe que aquí no es bienvenido y quería joder. Porque así son los tipos como esta basura que tengo delante, sucios y rastreros.

Laura se llevó unos dedos a la sien, pero no hizo gesto alguno de que fuera a decirle nada precisamente a Fernando.

Todo lo contrario, para nuestra sorpresa se encaró con Andy.

—¿Esa es la explicación tan penosa que ha dado Rubén a su espectáculo? Y claro, como la tienes cogida con Fernando porque no soportas que a mí me guste, ha sido el pretexto perfecto para agredirlo. ¿Sabes que, Andy? No eres más que una niña que lo que quiere es atención. Una egoísta, eso es lo que eres.

Mis ojos se abrieron de par en par.

No podía ser que Laura, nuestra amiga, tratara así a Andy por aquel impresentable que seguía haciéndose el loco.

—¿Egoísta, yo? —Se notaba que Andrea tampoco se podía creer lo que estaba pasando— ¡Pero si he consentido que se quede por ti a pesar de que no me habías pedido permiso para traerlo a mi casa! Y todo para qué, ¿eh? Para que me joda la fiesta y haga que yo me acabe peleando con Rubén.

Claudia fue la siguiente que se manifestó:

—Me parece mentira que defiendas a este... —Lo miró de arriba a abajo con desprecio— ... pijo engominado, y que no creas las palabras de tu amiga.

Laura le clavó una mirada enfadada.

—¿Solo llevas dos días como quién dice yendo con nosotras y ya te crees con derecho a opinar? No tienes ni puta idea de quien es Andrea.

—¿Y tú sí? —Salté yo, al final me estaba crispando los nervios— A mí no me puedes decir que llevo dos días yendo con vosotras. Conozco a Andrea incluso más que tú, te recuerdo que fui yo quien te la presenté, y ella no haría las cosas por hacerte daño a ti, Laura. En cambio, sí puedo decir que no te reconozco cuando se trata de él. —Señalé al susodicho, que seguía cruzado de

brazos como si nada fuera con su persona— ¿Te hace caso después de tantos años y ya te tiene sorbido el seso? ¡Qué decepción, Laura! Pensaba que tenías personalidad.

—Sí, claro... —Ironizó— La misma que tú tienes cuando se trata de Óscar y de Kevin.

El corazón se me subió inmediatamente a la garganta.

¿¡A qué venía atacarme con Kevin y con Óscar!?

Ambos hombres se miraron por un momento y luego clavaron sus ojos en mí, en especial Kevin, que se cruzó de brazos y frunció el ceño, como si me estuviera interrogando en silencio y exigiendo una explicación a las palabras de la que supuestamente era mi amiga.

Fui a gritarle a Laura que se fuera a la mierda, pero Andy se adelantó e interrumpió mis palabras:

—¿¡De que cojones vas, Laura!? —Gritó— ¿Cómo puedes tratar a tus amigas como el peor de tus enemigos por un cabrón que a leguas se nota que te está usando? Ha provocado una pelea entre Rubén y yo, está provocando que nos peleemos entre nosotras... ¿¡Y todavía lo defiendes!?

—Oye, que yo no he provocado nada. Si te has peleado con tu novio, si es que lo es, es cosa tuya. A mí no me metas en tus asuntos de pareja.

—¡No te metas tú! —Exclamó Claudia— ¡Has sido el que ha provocado esa situación, así que tienes todo que ver! Mira la que se está liando por tu culpa.

—Por no mencionar lo que ha pasado con Ángel... —Añadió la voz de Óscar— Estoy seguro de que ha tenido todo que ver con él.

Laura se giró en su dirección:

—¿Tú también? —Resopló— Pues para tu información tu queridísimo amigo ha intentado besarme sin importarle que estaba con Fernando.

Óscar negó con aire reprobatorio.

—Sabes que aunque digas que no, todo este tiempo le has estado dando alas, pero ahora que el que tu querías te hace caso, lo tratas como a un perro y lo sacas por la puerta de atrás de tu vida. Has hecho lo que te convenía, Laura. Y luego es él quien tiene que aguantar que le arrojes cosas por decirte la verdad, que te has comportado como una caliente braguetas.

Laura se tensó como una estatua.

Yo miré por todos lados, pero no divisé ni a Ángel ni a Rubén.

Por lo visto se habían marchado los dos de la fiesta.

Aunque escuchando lo que estaba escuchando, no me extrañaba lo más mínimo.

Laura se había quedado sin habla, pero Óscar prosiguió:

—¿De verdad, Laura? ¿Crees que no me iba a contar lo que había sucedido en realidad? Está hasta los cojones de que lo utilices.

—¡Yo no he utilizado a nadie! —Se defendió.

—Claro que sí. —Aseguró Óscar— Y aunque no quieras reconocerlo, lo hiciste para ver si tu galán se volteaba a verte al hacerle creer que ya no estabas detrás de él y que te habías fijado en otro, porque sabías que a este sujeto no le gusta que vayan tras él.

Las mejillas de Laura se tiñeron de rojo pimienta, delatando la cruel verdad.

Yo estaba alucinando y no era la única...

Tanto Claudia, como Andrea y yo, nos miramos a la vez, sin podernos creer todo aquello y al mismo tiempo pasmadas por la falta de escrúpulos, por parte de nuestra morena, que Óscar estaba dejando en evidencia.

Nos acabábamos de dar cuenta de que no la conocíamos tanto como pensábamos.

—¡Yo flipo! —Exclamó Claudia— Y después de todo eso, ahora encima vas y te peleas con tus amigos por su culpa.

—Esto no es del todo culpa de Fernando. —Agregué yo, corrigiendo a Claudia, pero mirando a Laura con los ojos entrecerrados, como si quisiera estrangularla por lo de antes— También la responsable es ella. Aunque sea duro admitirlo parece que, a estas alturas y con todo lo que hemos pasado juntas, sigue sin tener ni idea de quienes son sus amigos.

—¡Mis amigos no estarían metiendo follón para que Fernando y yo nos peleemos! —Rebatió ella.

Vale, ya me había tocado la moral demasiado.

—¡Tus amigos te dirían la verdad, aunque te doliera! —Grité, descargando todo el malestar que había sentido durante todo el transcurso de aquel maldito cumpleaños, que en mala hora habíamos ido a celebrar— Lo que pasa es que te nubla la concha, Laura. Ahora ves el enemigo en quien siempre te ha tendido una mano.

—No me hagas hablar de a quien le nubla en realidad la concha, Maica.

—Escupió.

Volví a abrir la boca para, esta vez, mandarla a la mierda a viva voz, pero de nuevo se quedó en un intento.

Andrea se acercó inmediatamente a Laura y le estampó toda la palma de la mano en la cara, tal y como lo había hecho con Fernando.

Esta se giró hacia ella con la mano en la mejilla y los ojos llenos de lágrimas.

—Pero, ¿cómo puedes ser tan rastrera? —Le reprochó— Maica es tu amiga, siempre hemos hablado de nuestras cosas en confidencia, y ahora utilizas todo eso para atacarla sin importarte el daño que le puedas llegar a hacer. Has traicionado su confianza y la de todos los presentes por un pelele que mañana se acostará contigo y después te dejará tirada como la basura que estás demostrando que eres. —Apretó los dientes, se acercó a su rostro con advertencia y siseó— Coge al miserable ese que tienes como consolador personal y largaos de mi casa, antes de que comience a golpearte de verdad y no pueda parar, porque en serio te advierto que me estoy muriendo de las ganas, Laura.

Llorando y sin decir nada más, se marchó junto con Fernando.

Más pronto que tarde, escuchamos el motor del coche alejarse de allí.

Nos dimos unos momentos más para asimilar todo lo que había pasado en una fiesta que debería de haber sido divertida.

En lugar de un cumpleaños feliz, teníamos un cumpleaños infeliz.

Nadie se iba con buen sabor de boca.

Cuando pudo volver a articular palabra, Andrea miró al resto de presentes que quedaban y anunció:

—Como podéis apreciar, ya no tiene sentido seguir celebrando nada. Todo lo que ha pasado hoy ha sido demasiado y no se puede arreglar. Os pido, por favor, que os vayáis. Gracias por venir, por los regalos y os deseo un buen viaje de vuelta a casa.

Nos fuimos despidiendo uno por uno y cuando Óscar se acercó a mí, simplemente me miró y dijo:

—Adiós, Maica.

Claudia frunció el ceño, extrañada por la despedida tan fría de su hermano, que no me había dado ni oportunidad de decir nada, pues ya se había dado la vuelta y se marchaba.

Su hermana me dio un abrazo y un beso y se fue corriendo tras él.

Cuando me tocó el turno de despedirme de Andrea, no pude y dije:

—Si no te importa, Andy. Yo prefiero quedarme esta noche contigo.

Kevin me miró de reojo en ese momento.

—¿Estás segura? Creo que deberíamos hablar de...

—No estoy para hablar de nada hoy, ya he tenido bastante, ¿no te parece Kevin?

—Espeté, interrumpiéndole y mirándole, enfadada— ¿Eso lo vas a poder entender, o tampoco está en las características que tú quieres en una novia?

Andy nos miró a ambos sin entender.

Kevin hizo una mueca, asintió y me dio un escueto beso en la sien.

—Que paséis buena noche. —Fue todo lo que dijo y salió por la puerta hacia el garaje.

En cuanto nos quedamos solas, Andrea me abrazó.

—Lamento que tu cumpleaños haya sido así. —Comenté con tristeza.

Ella se separó levemente y se secó una lágrima, tratando de sonreír.

—¿Sabes? Puedo celebrar mi cumpleaños cuando quiera, pero lo de Laura... Eso sí me ha dolido.

Asentí, entendía perfectamente sus sentimientos, porque yo me encontraba igual.

Aun así, no estaba dispuesta a que la noche se quedara con tan mal sabor de boca.

Cogí dos copas y comencé a fabricar un cubata para cada una.

—¿Sabes? Dicen que el alcohol puede anestesiar las heridas del alma, aunque solo sea por una noche. —Le tendí su copa y Andrea la cogió, mirándola con inseguridad.

Ambas tomamos asiento en el sofá.

—¿Y qué vamos a conseguir con esto? —Preguntó, mirando de nuevo el contenido.

Le pasé el brazo por los hombros, mientras observábamos el desastre que se había creado en el salón.

Había un montón de vasos por ahí, tarta en el suelo y algún que otro tentempié abandonado donde no debía estar.

Suspiré sonoramente, di un trago de mi copa y dije:

—Bueno, todavía es tu cumpleaños y por fin se ha quedado todo esto tranquilo, no veo por qué no podemos pasar lo que queda bebiendo y hablando de nuestras cosas.

Me alegré inmediatamente al ver que había conseguido arrancarle una sonrisa a mi amiga.

—Tienes razón. —Me miró con una ceja alzada y arrastró el culo en el sofá, acercándose a mí— ¿Me vas a contar ya qué ha pasado con Kevin... y con Óscar?

Levanté una esquina de mi labio superior y resoplé, tomando un buen trago de mi copa antes:

—Tenía que ser sobre ese tema, ¿no? —Me quejé.

Andrea me miró y movió las cejas de arriba abajo.

—¡Ah, chica! No te vas a librar. —Sonrió, imitando después mi gesto y bebiendo de su copa.

—No es una historia para un cumpleaños... —Advertí.

Ella se rascó la frente.

—Maica, nada de lo que ha pasado hoy aquí es una historia para un cumpleaños.

—Recordó.

Asentí de nuevo.

—Tienes razón.

Andy me abrazó por los hombros y dijo:

—Además, si es mi cumpleaños, concédeme el deseo de ser tu amiga y estar a tu lado en lo que necesites.

La miré, sonreí con ternura y agregué:

—Deseo concedido.



17. SUEÑOS ROTOS

A la mañana siguiente ambas nos despertamos en el sofá.

Nos habíamos quedado dormidas casi sin darnos cuenta.

Andrea se llevó una mano a la frente y emitió un breve quejido.

—Resaca, ¿verdad? —Sonreí levemente.

Ella asintió con la cabeza.

—Es como si me estuvieran dando con un martillo todo el tiempo. —Manifestó.

Yo también sentí una ligera punzada en la sien.

—Creo que yo tampoco he salido bien librada.

Las dos nos carcajearnos, pero enseguida volvimos a poner una mueca de dolor.

—Y yo que pensaba decirte que condujeras tú de vuelta a Collado Villalba...

—Pues ya te puedes ir olvidando, Andy. —Agregué— Propongo que nos tomemos algo para que se nos pase, y a la primera que le desaparezca el dichoso martilleo es la que conduce.

—Me parece bien.

Nos levantamos a duras penas y fuimos hasta la cocina, deseando a viva voz que nuestra molestia pasara rápido.

De pronto recordé un remedio casero contra la resaca que leí en una revista.

—¿Tienes naranjas? —Pregunté.

Andrea asintió.

—¿Y limones? —Ella volvió a hacer el mismo gesto, solo que esta vez con una mueca de asco. Yo continué preguntando—: ¿Y miel?

—También. —Contestó, sacándome todos los ingredientes— ¿Qué pretendes hacer con eso? —Los señaló con la cabeza— ¿Matarnos?

Yo cogí un cuchillo y comencé a cortar las naranjas por la mitad.

—Leí que este es un remedio natural bastante efectivo contra la resaca.

—Contesté, obviando la última pregunta de Andy.

—¿Dónde lo leíste? ¿En el Cosmopolitan de las borrachas?

Me carcajeé levemente para mis adentros al escucharla y tomando el limón con mi mano libre, lo hice rodar en su dirección.

—¿Prefieres tomarte la asquerosa aspirina? —Ella negó rápidamente como si le hubiera mencionado raticida— Entonces te sugiero que cortes el limón y dejes de quejarte.

Andrea resopló, pero cogió otro cuchillo y se puso a la tarea.

Exprimí las naranjas y serví el zumo en dos vasos, echándole después un chorro de limón y una cucharada de miel a cada uno.

Le tendí el suyo a Andy.

Ella miró el contenido del vaso con la angustia reflejada en su cara.

—¿Seguro que esto nos ayudará? —Preguntó.

Yo también miré mi vaso con inseguridad.

—Eso espero. —Contesté en voz baja, pero mi amiga alcanzó a escucharme, pues cuando levanté la cabeza me observaba con una ceja alzada— ¿Qué pasa? —Quise saber.

—Estás poniendo en riesgo mi estómago por una receta que no sabes si funciona.

—Funcionará. —Traté de ser optimista.

Nos costó, pero al final ambas no hicimos el ánimo de terminar bebiendo el contenido de aquel supuesto remedio para la resaca, que yo tan alegremente había puesto a prueba.

Con una oleada de náuseas invadiéndonos a las dos, dejamos nuestros vasos vacíos en el fregadero.

Tomé asiento en uno de los taburetes de la isla.

Andy no tardó en hacer lo mismo segundos después.

—Aún sigo sin poder creerme todo lo que pasó ayer... —Dijo, apoyando la frente en su mano.

Yo me mordí levemente el labio inferior, angustiada, al recordar a Óscar.

—Ni yo. —Suspiré.

Andy levantó la cabeza y como si me estuviera leyendo el pensamiento, preguntó:

—¿Qué vas a hacer con él?

Sabiendo perfectamente de quién me estaba hablando, me encogí de hombros.

—Ya me dijo que cuando se terminara la fiesta que hiciera como que no le conocía.

—Pero no puede estar hablando en serio, tía.

—Pues yo lo vi bastante decidido. —En ese momento volvió a darme una fuerte punzada en la sien y yo me llevé los dedos a estas, masajeándolas— Y no le faltan razones. —Añadí.

Andrea me miró en silencio desde donde se encontraba, como si estuviera barajando si decirme algo o no.

—Anda, escúpelo. —Dije.

—¿De verdad quieres estar con Kevin?

Aquella pregunta me vino como un jarro de agua fría, pues en ese momento me respondí interiormente con rapidez y sinceridad.

—¿Y bien? —Insistió Andrea al ver que me había quedado callada.

En ese momento la miré y también me sinceré con ella, negando con la cabeza.

—No sé en qué momento pudo pasar, pero ya no siento lo mismo.

—Has tardado en darte cuenta. —Comentó— Y no te juzgo, seguramente en tu lugar yo habría estado igual, pero esa indecisión te ha costado todo con Óscar.

—Por eso lo voy a arreglar. —Me rasqué la frente— Para empezar, voy a sincerarme con Kevin esta misma tarde en su hotel.

Mi amiga asintió, aprobando mi decisión.

—Es lo mejor que puedes hacer.

—Sí... —Susurré— Luego no sé qué pasará con Óscar, pero también quiero aclararle las cosas a él, aunque no me quiera ni dirigir el saludo.

—Si es la persona adecuada, tendrá que entender que para ti tampoco ha sido fácil y que, a veces, cuesta aclarar los sentimientos y más en un caso como el tuyo, Maica.

—Pues eso es lo que no sé si entenderá. —Manifesté con preocupación.

Andrea se levantó de su taburete, se acercó a mí y me abrazó.

—Pues si no es así es porque tampoco es el hombre adecuado.

Sin querer ni barajar esa opción siquiera, saqué el móvil de mi bolsillo y comencé a escribirle a Kevin un *WhatsApp*, bajo la atenta mirada de Andy.

Maica: *Hola Kevin. ¿Sigue en pie lo de vernos en tu hotel hoy? Tengo que hablar contigo.*

No esperé respuesta alguna y guardé de nuevo el aparato.

—Habrá que limpiar todo el desastre de anoche antes de ducharnos y volver a casa. —Le dije a mi amiga, tratando de cambiar el tema.

Ella negó con la cabeza.

—No será necesario. Te puedes ir duchando si quieres, yo voy a llamar a una empresa de limpieza.

—¿Estás segura? Mira que podemos dejarlo todo impecable entre las dos.

—Insistí, pues me sabía mal que se gastara el dinero en una empresa.

—Podríamos, pero tardaríamos la vida y no llegarías a tiempo para hablar con Kevin. — Contestó— Anda, no te preocupes y vete ya a la ducha que hoy te espera un día largo.

—Al menos déjame ayudarte con el pago.

Andy negó con la cabeza.

—De eso nada, ambas sabemos que necesitas ese dinero para tu padre y para ti.

—Pero...

—Nada de peros, Maica. —Interrumpió— Ve y date una ducha que yo me encargo de todo lo demás.

A regañadientes, acabé asintiendo y me encaminé hacia el cuarto de baño, no sin antes anunciar en voz alta:

—Conduzco yo de vuelta y para eso no habrá discusión que valga.

Mi amiga alzó una ceja y me miró desde donde estaba con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Siempre te tienes que salir con la tuya en algo, ¿no?

Me limité a sacarle la lengua como respuesta y luego me fui de allí, escuchando sus carcajadas.

Ya duchadas y arregladas, esperamos con un café en las manos, y más recuperadas de nuestra resaca, a que llegara la empresa de limpieza.

Al cabo de veinte minutos se presentaron en la puerta dos señoras muy amables que dejaron la casa impecable en hora y media.

Una vez Andrea les pagó y se marcharon, cerramos todo, conectamos las alarmas y nos pusimos de camino a Collado Villalba.

Paramos en la puerta de mi casa, donde me bajé y mi amiga tomó el rol de conductora para irse a la suya.

Antes de que se introdujera en el vehículo, nos despedimos con un caluroso abrazo.

—Llámame y cuéntame cómo ha ido todo, ¿vale, nena? —Sonrió, mientras yo asentía con la cabeza— Te deseo mucha suerte.

Como si hubiera sido invocado de la nada, recibí un mensaje en el móvil.

Se trataba de Kevin.

—¿Es él? —Quiso saber Andy.

—Sí. —Contesté mirando la pantalla— Dice que sigue en pie y que también tiene que hablar conmigo, que me debe una disculpa por la manera en que se comportó en tu cumpleaños, pero que no pudo evitar sentir celos de que quisiera ir detrás de un hombre que quería algo más que amistad conmigo.

Ella negó levemente con la cabeza y puso una mueca.

—Nena, no sé por qué, pero la actitud que me contaste de Kevin, me escama.

—Al ver que yo la miraba dubitativa, sonrió y añadió—: Pero también puede ser cosa mía, ya sabes que me preocupa tu bienestar. —Nos abrazamos de nuevo— Perdóname, lo que menos quiero es angustiarte.

—No lo haces. Solo me confirmas que algo extraño hay, porque yo también me siento así con él.

Andy me miró y me frotó el hombro con la palma de su mano.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Lo prometo. —Dije para que se quedara más tranquila.

Luego ella se metió en coche y reanudó la marcha.

Una vez desapareció de mi campo visual, saqué mis llaves y me introduje en casa.

A las seis de la tarde estaba con los nervios a flor de piel.

Quedaba poco para que Kevin me recogiera y no sabía siquiera como iba a comenzar a decirle que mis sentimientos habían cambiado.

Me imaginé que me preguntaba el motivo y solo se me venía una respuesta a la mente: Óscar.

Pero, ¿cómo iba a decirle que sentía algo por el socorrista sin hacerle daño?

Lo que menos quería era lastimar a nadie y, desde luego, sabía que eso le iba a doler. Además, era plenamente consciente del dolor que le había causado a Óscar el día anterior.

No quería hacer daño a nadie e iba a acabar haciéndole daño a los dos.

En ese momento deseé que las cosas hubieran sido de otra manera.

<<Ya no puedes cambiar las cosas, Maica. Ahora toca afrontar lo que venga.>> Me dije a mí misma.

El timbre sonó, sacándome de mis pensamientos y tras dejarle una nota a mi padre, que no se encontraba en casa, me marché.

Al salir a la calle, Kevin se acercó para darme un beso en los labios, pero yo respondí girando levemente la cara.

Congelado, terminó por darme el beso en la mejilla.

—¿Sigues enfadada? —Preguntó.

Yo me limité a negar levemente con la cabeza.

—No es eso, es solo que me he dado cuenta de ciertas cosas que quiero hablar contigo. —Miré a un lado, luego al otro y luego a él, como si lo que tuviera que decir se tratara de un súper secreto— Pero no aquí, prefiero que vayamos al hotel y hablar en la intimidad de tu habitación.

Kevin se rascó la nuca, suspiró y asintió, haciendo un gesto con la cabeza para indicar que fuéramos al vehículo que estaba esperando, parado sobre el borde de la acera.

—¿Sabes? No era esto precisamente lo que tenía planeado para hoy. —Dijo, mientras me abría la puerta— Hubiera querido que las cosas fueran de otra manera.

Yo me senté en el asiento del copiloto y agarrando el tirador para cerrar, agregué:

—Te aseguro que yo también.

Sin decir más, cerré la puerta sin saber si lo había dejado con la palabra en la boca.

Lo que estaba claro era que, por su expresión, desde luego no le estaba gustando nada mi actitud, pero es que ni yo misma sabía cómo actuar ante tal situación.

Me sentía contra la espada y la pared, porque no sabía de qué forma decirle a Kevin sin hacerle demasiado daño, que ya no me interesaba como hombre y que me había dado cuenta de que hacía mucho tiempo estaba fuera de mis sentimientos.

Estuvimos todo el camino sin apenas hablar, excepto por alguna que otra pregunta que me

hizo sobre cómo estaba Andrea después de todo lo que había sucedido en su cumpleaños, a la cual yo le respondí que mucho más tranquila.

Aunque la distancia no era muy larga, a mí me pareció interminable.

Nos detuvimos al lado de la puerta del Hotel Villalba, el lugar más bonito, en la opinión que me formé nada más entrar por las puertas, donde alojarse.

Era un sitio sumamente elegante, muy luminoso y limpio.

En seguida nos dirigimos a los ascensores, todavía en el más rotundo de los silencios.

Al llegar a la planta, me fijé en que el lado caballeroso de Kevin se había ido al traste, pues en cuanto las puertas del ascensor se abrieron, fue el primero en salir, dejándome completamente atrás.

Casi tenía que correr para darle alcance.

Vale, entendía que pudiera estar un poco molesto, pero una cosa era eso y otra que me tratara como si estuviera de más.

Estaba deseando aclarar las cosas y marcharme, aunque fuera a pie.

Cuando entramos en la habitación y Kevin encendió la luz, no pude evitar quedarme pasmada. ¡Aquella habitación era preciosa!

La moqueta del suelo era de color beige, las paredes tenían un revestimiento de madera de tonos claros y suaves, agregándole un aspecto alegre y exquisito a la estancia. A mi derecha, nada más entrar por la puerta, había un amplio cuarto de baño con ducha, bañera hidromasaje y una sauna personal, aunque no me dio mucho tiempo para fijarme en los detalles, pues Kevin enseguida captó mi atención para que me adentrara más.

Lo que más me fascinaba era la gran terraza con la que contaba, dónde no solo había una mesa para tomar un refrigerio, sino además tumbonas y un amplio *jacuzzi*.

La gran cama que presidía el interior de la habitación, contaba con cortinas para más intimidad y se notaba que la ropa azul marino de esta era de una tela finísima.

Además, también había sofás de cuero blanco situados en un lateral, un escritorio, una televisión bastante grande colgada de la pared frente a la cama, un enorme vestidor en el otro extremo y el mini bar se encontraba incrustado en un mueble de gran elegancia que pegaba con la decoración.

Y como si la habitación de por sí fuera poco bonita, también había una excelentísima lámpara de araña colgando en el techo.

—Ven aquí. —Me dijo Kevin, mientras caminaba hasta la terraza.

Yo le seguí, pudiendo apreciar que era más grande de lo que había pensado y visto en un principio.

Todos los bordes de esta estaban decorados con macetas y plantas de diferentes tipos y colores. Si ya estaba sin palabras, todavía me quedé más muda aun cuando en una de las grandes esquinas que no se veían desde dentro, vi una gran mesa con velas encendidas, rosas rojas y lo que parecía ser un champán introducido en un cubo cargado con hielo para que se mantuviera fresco.

Estaba todo preparado, hasta el más mínimo detalle, para una cena romántica.

De hecho, la cena descansaba en el centro, bajo una tapa de metal, esperando ser descubierta.

Y debo admitir que aquello me hizo sentir peor todavía por lo que tenía que decirle a Kevin.

Él currándose todo eso y yo pensando en cómo terminar lo que tiempo atrás había deseado que ocurriera con tantas ganas.

—Kevin, esto es precioso. —Reconocí a viva voz.

—Lástima que no vayamos a poder disfrutarlo como teníamos planeado al principio... —
Dijo.

Yo lo miré con nerviosismo.

—¿Qué quieres decir con eso? —Pregunté.

Él emitió un sonoro suspiro y me tomó de las manos, haciendo que por primera vez desde que me había recogido, nos mirásemos de frente.

—Maica, llevas rara conmigo varios días, desde que volví de Barcelona. No sé qué te pasa, pero sea lo que sea no nos está permitiendo disfrutar del momento. Yo... No sé... —Carraspeó levemente— Me he gastado un dineral preparando todo lo que ves, deseando que llegara este momento para compartirlo contigo y tú no pareces feliz.

Miré a un lado y me mordí el labio inferior, sentía como mi corazón bombeaba con fuerza y mis hombros se habían tensado.

Todo mi cuerpo estaba como una estatua.

Conforme pasaban los segundos me resultaba cada vez más difícil llevar a cabo el principal objetivo por el cual había ido allí.

—Precisamente de eso venía a hablarte hoy, Kevin, yo...

Pero me puso un dedo en los labios, silenciando mis palabras.

—No me digas nada ahora, solo cenemos, ¿vale?

Su mirada parecía casi suplicante, por lo que no tuve más remedio que asentir con la cabeza.

Era lo justo, si él se había esforzado tanto y había invertido mucho dinero en preparar todo aquello, que menos que no se desperdiciara.

Ya habría tiempo para hablar de todo, de aclararlo todo.

Nos acercamos a la mesa y retiró mi silla para que me sentara.

Parecía que el Kevin caballeroso había regresado.

Luego él tomó el asiento frente a mí y destapó la cena.

Era un succulento entrecot, con patatas, verduras y una salsa a las finas hierbas muy bien presentado.

Mi estómago rugió en respuesta y Kevin no pudo evitar reírse mientras descorchaba el champán.

—Tiene una pinta exquisita. —Manifesté como si no fuera obvio que me lo había parecido.

—Pues no te cortes y sírvete lo que quieras. —Sonríó.

Se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo por no mostrar sus verdaderos sentimientos.

Sabía que estaba preocupado por mi actitud, por lo que sea que iba a decirle.

Tal vez hasta sospechaba que había ido con la intención de terminar, pero se mantenía en calma y he de reconocer que aquello era de admirar.

Comencé a servirme en el plato la cantidad que iba a consumir con la ayuda de una espátula de cocina, mientras Kevin se peleaba con el champán.

—¿Quieres que te ayude? —Pregunté, un poco más relajada y algo divertida por la imagen que estaba presenciando.

Después de intentar sacar el corcho de formas diferentes, incluso sacudiendo un poco la botella para ver si hacía presión y el tapón se disparaba, pero sin éxito, había optado por ponerse la botella entre las piernas y tirar de este.

Ahí estaba, ese tipo de cosas sí me recordaban al amigo que siempre había estado conmigo, incluso en la distancia.

—No... —Contestó con los dientes apretados, sin dejar de tirar— Ya casi...

¡Plop!

El tapón salió disparado, pero el líquido que se derramó por las sacudidas de antes y cayó sobre sus pantalones.

Kevin se echó hacia atrás rápidamente en la silla, dejando la botella sobre la mesa y maldiciendo en voz alta.

Yo no pude evitar echarme a reír a carcajada limpia.

—No tiene gracia, Maica... ¡He hecho un ridículo espantoso! —Se quejó, sacándose el móvil del bolsillo y dejándolo con la pantalla de cara a la mesa.

—Un poco sí. —Contesté sin poder parar.

Él me dirigió una mirada furibunda, pero luego no pudo evitar también acabar sucumbiendo al festival de risas.

—Voy al baño a lavarme esto, me cambio los pantalones y vuelvo en un periquete. —Anunció con una sonrisa, marchándose casi corriendo.

Me quedé a la espera, pero tan solo habían pasado dos minutos en los que mi estómago no había dejado de protestar.

—¡Cómo no vengas rápido te quedas sin cena! —Exclamé, esperando a que me escuchara, pues si seguía sin probar bocado estaba segura de que mi barriga iba a acabar por comerse a sí misma. Y si encima le agregamos que el olor de la carne no paraba de llamarme a gritos...

¡Es que no había derecho! ¡Aquello era tortura!

—¡Ya voy, impaciente! —Escuché que decía.

Con una sonrisa en la cara, me quedé admirando las montañas que se veían a lo lejos desde aquella terraza.

La imagen era tan hipnótica que no pude evitar sumergirme en mis pensamientos de nuevo.

Sabía que, aunque por un instante, dejara de lado lo que tenía que hablar con Kevin, debía terminar por sincerarme. Estaba segura de que lo que tenía que confesarle le iba a doler, pero al igual que horas antes estaba angustiada por eso, en ese momento presente me sentía más tranquila.

Quizá porque había vuelto a ver algo del amigo al que conocía y eso me daba la esperanza de que acabara entendiéndolo.

No quería perderle, no quería que una gran amistad de tantos años se acabara rompiendo solo por el hecho de que yo no había podido tener claros mis sentimientos antes y, simplemente, me había dejado llevar.

Sí, me había equivocado, pero estaba dispuesta a rectificar todo lo que pudiera.

Deseaba con el alma que comprendiera que mi intención no había sido hacerle daño, que seguía siendo importante para mí, pero que ya no le veía con el mismo sentimiento de antes.

Suspiré, pues mi cabeza no dejaba de repetirme que lo más seguro es que se enfadara.

<< Bueno, pues si necesita tiempo para que se le pase se lo daré, pero no puedo estar con alguien solo por miedo a perderle como amigo, o lo que es peor, por pena, porque entonces sí acabaré haciéndole un daño terrible.>> Me dije, tratando de hincharme de valor.

En ese momento el teléfono de Kevin comenzó a vibrar incesantemente.

—¡Kevin, tu teléfono! —Avisé, pero no parecía escucharme, porque no recibí respuesta alguna.

Al cabo de unos segundos dejó de vibrar.

Fui a volver a relajarme de nuevo, pero la persona que estuviera tras la llamada insistió dos veces más.

<<Lo mismo es una urgencia.>> Pensé.

Volvió a sonar la vibración, pero esta vez era leve, como si se trataran de mensajes

continuos.

Estiré el brazo, pensándome muy bien si mirarlo.

No quería que Kevin creyera que no respetaba su intimidad, pero era mucho peor que le estuvieran tratando de contactar porque hubiera sucedido algo grave y nadie estuviera ahí para avisar.

Además, me sabía mal por la persona que estaba enviando los mensajes sin descanso.

Si le había pasado algo, necesitaría sentirse atendida. Me ponía el su lugar y yo lo pasaría fatal si no daba con la persona a la que le estaba pidiendo ayuda.

Con ese pensamiento, terminé por coger el aparato y darle la vuelta.

Cuando encendí la pantalla, no pude evitar que mi corazón se parara, mis manos temblaran y sentir un nudo de la garganta al estómago y viceversa.

Aquello que estaba leyendo, no... no podía ser... Algo debía estar mal... Simplemente, ¿no podía ser!

Me quedé unos instantes más con los ojos clavados en la pantalla, ahora borrosa por las lágrimas que se acumulaban en estos.

Los mensajes seguían llegando y yo, no solo no podía leer más, sino que no quería.

Lancé el móvil sobre la mesa y me levanté como alma que lleva el diablo.

Tenía que salir de allí cuanto antes.

Me introduje en la habitación, escuchando que el lavabo todavía estaba encendido.

Iba a marcharme cuando mis pies se detuvieron en seco.

En ese momento solo podía pensar en hacer una cosa, y la hice.

Fui al escritorio donde estaban los *post-it*, cogí un bolígrafo y escribí algo en él, después salí a la terraza y lo dejé pegado a la pantalla de su móvil.

Una vez terminé, me apresuré en asegurarme que no me dejaba nada y salí pitando de la habitación sin hacer el menor ruido.

Entraba al ascensor cuando mis lágrimas comenzaron a rodar por mis ojos sin descanso.

Pero, pese a todo, estaba segura de una cosa... Y es que le iba a encantar haberse quedado tirado con una costosa cena, fría y desperdiciada, un teléfono que lo había delatado y no dejaba de sonar, y una nota pegada en este que decía:

“¡QUÉ TE DEN, CABRÓN!”



18. UN GOLPE DE REALIDAD

Mientras caminaba de vuelta a casa, seguía sin poder creerme lo que había ocurrido.

En mi mente continuaban apareciendo, una y otra vez, los mensajes que había visto acumulados en el teléfono del que hasta la fecha había sido mi mejor amigo.

Esa tal Amanda era quien lo había delatado sin darse cuenta.

Aquella mujer que se había referido a sí misma como su novia, le decía que estaba deseando que regresara a Sevilla, mencionaba un supuesto proyecto que Kevin tenía en Barcelona, como si hubiera hecho un viaje por trabajo, y además agregaba los días tan buenos que habían pasado juntos allí cuando ella había ido a verle.

Aquello último dejó en evidencia que no había ido a ver a un tal tío Mariano, no. Durante el tiempo que yo había estado confusa y con los sentimientos encontrados, temiendo hacerle daño a Kevin, a Óscar, o a mí misma, él se lo había estado pasando bomba en Barcelona con una novia que yo no le conocía, que ni siquiera me había mencionado y con la que, para que lo sepáis todo de una vez por todas, vivía allí en Sevilla.

El muy puerco había estado engañándome todo este tiempo y yo pensando que era un hombre intachable que no se merecía lo que había pasado entre Óscar y yo y que ya no sintiera lo mismo.

Había tenido miedo de hacerle daño al sincerarme con él y resultaba que ese asqueroso ya tenía su vida hecha y que yo había sido simplemente la amante sin saberlo siquiera.

Me sentía traicionada, defraudada...

Me dolía hasta respirar porque, hasta la fecha, no me habría imaginado nunca que aquel que había sido mi mejor amigo durante años, aquel del que había estado enamorada toda mi vida y al que había creído el mejor de los hombres, había resultado ser el peor canalla del mundo.

Estaba furiosa, estaba confusa, dolida, triste...

No sabía por qué me había hecho aquella jugarreta, por qué sin pararse por un momento a pensar en el daño que me podía llegar a causar a mí, o mismamente a su novia.

Era como si me hubieran dado un fuerte guantazo, como si hubiera despertado de un sueño dulce para encontrarme de bruces con la peor de mis pesadillas.

Mi móvil comenzó a vibrar, frené en seco y lo miré para ver de quién se trataba, esperando que se tratara de Andrea o Claudia.

Pero para mi desgracia no era así.

Cuando vi en la pantalla el nombre de Kevin, me dieron ganas de estampar el aparato contra el suelo, pero sabía que nada iba a conseguir quedándome sin mi teléfono por un impulso.

La rabia comenzó a bullir en mi sangre, fundiéndose con ella y recorriendo todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo.

Por supuesto, no cogí la llamada y apagué el móvil de inmediato.

Lo que menos necesitaba era a ese cerdo insistiendo en contactar conmigo, cuando era la última persona en toda la faz de la tierra con la que quería hablar.

Ya le había dejado muy claro que lo había descubierto, no necesitaba explicaciones de ningún tipo, mucho menos de alguien tan jodidamente embustero.

—Maldito baboso asqueroso... —Siseé con los dientes apretados, mientras apagaba el aparato y veía como la llamada de las narices desaparecía de la pantalla y pasaba a quedarse en negro.

Pronto un relámpago estalló en el cielo, alertándome de la tormenta que se avecinaba.

—No me jodas... —Murmuré para mí misma, viendo las nubes negras en el cielo, acumulándose y apretujándose entre sí.

Traté de darme prisa en llegar a mi casa, pero todavía estaba a bastante distancia y encima se me había ocurrido la grandiosa idea de llevar zapatos de tacón.

—Claro que sí, Maica. —Gruñí, comenzando a reprocharme las cosas— No solo te equivocas con los hombres, sino también con el calzado. Así de espabilada eres.

Un nudo se instaló en mi garganta y comenzó a hacer presión, provocando que de nuevo me escocieran los ojos.

Las lágrimas estaban al borde de estos, a punto de salir, pero intentaba aguantarlas.

No había apenas un alma en las calles por el temporal del que tampoco me había dado ni cuenta hasta el momento, pero nunca me había gustado ponerme a llorar en mitad de la calle y no quería comenzar a hacerlo, aunque me estaba costando mucho, pues me había llevado la decepción de mi vida.

La furia y la tristeza eran tales que hasta había acelerado más y más mis pasos.

Estaba tan sumergida en mis pensamientos, que al cruzar la calle no percibí aquel agujero de alcantarilla y acabé metiendo el tacón, torciéndome el tobillo y, como no, al caer al suelo, se rompió.

—¡Maldita sea! —Exclamé, ya fuera de mis casillas.

Traté de estudiar los daños, pero solo alcancé a ver que me había raspado las palmas de la mano y un poco el lateral de mi pierna por encima de la rodilla.

Pronto sentí como mis mejillas se humedecían.

Me pasé los dedos temblorosos por estas, siendo consciente de que mis emociones retenidas, habían comenzado a manifestarse.

Las lágrimas cayeron sin descanso por mi rostro, mientras me quitaba los zapatos y trataba de sacar fuerzas de donde ya no las tenía para levantarme.

Finalmente, recogí todo del suelo y, con los zapatos en mano y cojeando descalza por la calle, intenté continuar el camino hasta mi casa.

Sentía que las palmas de mis manos y la pierna me ardían, pero lo peor de todo era no poder controlar mi llanto.

—¿Qué más me puede pasar hoy? —Pregunté con voz cargada.

En respuesta, otro relámpago partió el cielo y como si las nubes hubieran esperado su aparición, comenzó a llover con fuerza.

—¡Joder! —Corrí como pude, pero fue inútil, acabé por empaparme entera y, pese a que era verano, el aire de la tormenta era frío, de modo que me calé hasta los huesos y comencé a tiritar.

Pese al dolor de mis heridas y la torcedura del tobillo, conseguí llegar a una calle que estaba justo al lado del parque de Peñalba, donde había un banco situado debajo de un balcón, algo que agradecí inmediatamente porque me dolía horrores el pie.

Fui hasta allí y me senté un momento.

Tenía mucho frío, pero no podía dar un paso más, mi tobillo ya estaba pidiendo a gritos que lo dejara descansar.

Desde donde estaba, miré a mi alrededor para ver si podía divisar a alguien, pero no había nadie.

Saqué el móvil de mi bolso, dispuesta a encenderlo para llamar a alguien que viniera a buscarme, pero me quedé unos instantes mirando la pantalla en negro y meditándolo muy bien.

Si llamaba a mi padre y me veía en el estado que estaba, se iba a alterar y eso era lo que menos quería, ya que no le convenía acabar en ese estado.

Así que descarté esa idea de inmediato.

Se me ocurría llamar a Andrea, pero si os soy sincera, me sabía tremendamente mal hacerla salir con el temporal que estaba haciendo y lo mismo me pasaba con Claudia, salvo que con esta también estaba la vergüenza y el sentimiento de culpa por haber acabado haciéndole daño a su hermano.

Óscar...

No pude evitar pensar en él y recordar la vez aquella en el cuarto de curas donde me había dicho claramente que Kevin no era de fiar y yo, como una idiota, me enfadé con él por eso.

Tenía razón, siempre la había tenido y no lo había querido ver.

De nuevo mis ojos volvieron a la carga, pero esta vez ni siquiera traté de detenerlo, dejé que el llanto se disparara de mi interior.

Me merecía todo lo que me había ocurrido, por ingenua, por miedosa, por torpe...

«Estás tan emperrada en que Kevin sea el hombre adecuado para ti, tienes tanto miedo a perderle, que lo mismo acabas perdiendo al que realmente es el correcto.»

Otra vez las palabras de Claudia resonaban en mi cabeza, haciéndome sentir peor. Y para rematar el drama, recordé todo lo que había pasado con Laura, la decepción tan grande que nos habíamos llevado con ella, hasta el punto en que no la había barajado ni como opción para que me ayudara.

Ahora sí puedo decir que le estaba haciendo competencia a la lluvia, porque contra más cosas me decía mi mente, más y más lloraba, hasta el punto de parecer una fuente y ser incapaz de parar.

Miré la pantalla en negro de mi móvil otra vez, sintiéndome al final incapaz de encenderlo ni llamar a nadie.

Lo dejé a un lado en el banco y subí las piernas a este, abrazándolas en un intento absurdo por darme un poco de calor o dejar de sentir el aire helado.

Esperaba que la tormenta pasara pronto y así poder regresar a mi casa, aunque estaba convencida de que, después de estar un buen rato tan calada y aguantando el frío, iba a pescar una pulmonía.

En ese momento, un movimiento a mi izquierda llamó mi atención.

Había una persona que sostenía un paraguas en una mano y en la otra llevaba algo parecido a una bolsa de deporte.

A través de la lluvia, intenté ponerle rostro, ya que aquel torrencial de agua no me estaba dejando ver nada.

De pronto aquella silueta frenó en seco y se quedó mirándome, como si no se pudiera creer que con aquel temporal yo estuviera en aquel banco sentada.

A decir verdad, no me lo creía ni yo.

Al cabo de unos segundos, volvió a retomar el paso, acercándose y facilitándome el

terminar viendo de quién se trataba.

Un nudo presionó no solo mi corazón, sino también la boca de mi estómago y mi garganta. Era Óscar, quien desde luego había salido antes de trabajar en la piscina por el temporal, y lo más seguro es que se dirigiera a su casa.

Su rostro expresaba varias emociones.

Era evidente que estaba pasmado por verme allí y confuso por mi estado, pero al mismo tiempo se le veía enfadado y como si se estuviera debatiendo entre dirigirme la palabra o pasar de largo.

Yo, por supuesto, no sabía ni que decir y de mi boca no salió absolutamente nada.

Solo podía limitarme a mirarlo con arrepentimiento, tristeza, dolor y suplicando en silencio que no me ignorara.

Él siguió caminando y parecía que iba a pasar de largo, pero se acabó deteniendo de golpe.

Murmuró algo que era inentendible para mí y se dio la vuelta en mi dirección.

Nuestros ojos chocaron por una fracción de segundo, mientras se acercaba.

—Vamos, te acompaño a tu casa. —Dijo en un tono frío que revelaba, sin lugar a dudas, que una parte de él hubiera querido actuar como si no me hubiera visto.

Sin decir nada, lo miré, pero sus ojos estaban puestos al frente.

Bueno, al menos tenía la oportunidad de llegar a mi casa antes de lo previsto, porque ya me había hecho a la idea de esperar a que la lluvia amainara.

Metí mi móvil en mi bolso y me levanté lentamente como pude, pero al apoyar el pie que me había torcido, no pude evitar soltar una exclamación de dolor.

Sentí como si lo atravesaran a la vez un millón de agujas.

Fue entonces cuando Óscar me miró y su rostro se tornó preocupado.

—¿Estás bien? —Preguntó, intentando ver qué me pasaba.

Yo negué levemente con la cabeza en respuesta.

—Me he torcido el tobillo antes. —Manifesté.

Inmediatamente me sorprendió ver que se introducía bajo el balcón, retiraba el paraguas y me hacía sentarme para examinarme el tobillo.

Lo cogió con mucho cuidado y comenzó a apretarme levemente en ciertas zonas.

—¿Te duele aquí?

Negué con la cabeza, casi volviendo a llorar.

La delicadeza con la que me estaba tratando me recordó a aquel día cuando nos ayudó a mi padre y a mí.

Era consciente de que podía haber pasado de ayudarme, haber cumplido con su palabra y hacer como si no nos conociéramos, tal y como me había dicho en el cumpleaños de Andy, pero pese a todo estaba ahí, ayudándome.

Siguió palpando con suavidad, pero algo de fuerza para ver si me dolía.

Yo negaba cuando me preguntaba, hasta que me movió el tobillo a un lado, entonces apreté los dientes.

—No parece que esté roto, pero es probable que se te acabe inflamando un poco a lo largo de la noche. Parece que ha sido una buena torcedura. —Observó.

—Gracias...

Asintió con la cabeza y soltando un leve suspiro se incorporó de nuevo.

—Así no vas a poder caminar. —Comentó, quedándose levemente pensativo. Luego volvió su atención a mí y me tendió el paraguas— Ten, cógelo.

Yo hice lo que me pidió, mientras parpadeaba confusa, pues no sabía que pretendía hacer y

menos cuando también me tendió su mochila de deporte.

—¿Y ahora? —Pregunté.

Óscar simplemente se limitó a inclinar la espalda, poner el brazo con el que yo sujetaba la mochila alrededor de su cuello y contestar:

—Procura no acabar más empapada y que yo no termine calado como tú lo estás.

Y me cogió en brazos como a una novia el día de su boda.

Yo hice lo que me dijo en un principio y nos tapé, pero no pude evitar que acabásemos más empapados cuando el aire vino de frente, provocando que la lluvia chocara con nosotros.

—¡Me cago en...! —Gruñó, al sentir la ropa pegada.

—Lo siento. —Dije.

Él negó con la cabeza.

—No ha sido culpa tuya.

Siguió caminando conmigo en brazos sin mencionar palabra.

Pasaron unos minutos más en los que ya sentía que aquel silencio me estaba matando.

Tenía que decir algo y no me iba a quedar callada:

—Óscar, yo...

—No quiero escucharlo. —Interrumpió él.

—Pero tienes que saber que lamento no haber...

—¡Maica! —Óscar se paró en seco y me miró con la mandíbula apretada— Si no he preguntado nada, si no he mencionado nada de lo que sucedió, es porque no me interesa saberlo.

Yo abrí la boca para responder algo, pero al ver que él clavaba su mirada en la mía muy serio, me abstuve de continuar con aquella conversación que no nos iba a llevar a ningún lado.

—¿Al menos puedo pedirte algo? Sé que no tengo derecho, pero no es por mí, es por mi padre...

Él volvió a ponerse en marcha y de hecho parecía que no iba a responder.

No obstante, terminó asintiendo con la cabeza:

—¿Puedo quedarme en tu casa? Si mi padre me ve en este estado se alterará.

—Dije con rapidez, manifestando mis nervios por tener que pedirle aquello.

Óscar carraspeó levemente antes de añadir:

—¿Y no se preocupará tu padre si ve que no vuelves?

Agaché la mirada:

—Él creía que esta noche la iba a pasar con Kevin, así que no, no se preocupará.

De nuevo la vena que comunicaba su cuello y su mandíbula se tensó.

—Ya veo...

Yo intenté volver a explicarme.

—No, no es eso, verás...

—Maica, si me interesara lo que sea que ha pasado con tu Kevin te habría preguntado. Vuelvo a repetirte que, si no te he preguntado algo, es que no me interesa.

Sellé mis labios y me limité a mirar por un momento la lluvia.

Quería quedarme callada, no quería estropear más las cosas, bastante era que me iba a hacer el favor de hospedarme en su casa por esa noche, pero inconscientemente mis labios se entreabrieron y de mi garganta salieron las palabras:

—Ya no es mi Kevin, tú tenías razón y siento todo lo que ha pasado, de verdad.

Yo tenía la vista clavada todavía en el torrente de agua, pero pude sentir que me miraba fijamente unos segundos, antes de volver su atención a la calle.

No dijimos nada más hasta que llegamos al portal de su casa:

—¿Puedes meter una mano en mi bolsillo y sacar las llaves? —Me preguntó.

Como respuesta, yo puse su bolsa de deporte sobre mi vientre y procedí a meter la mano en un bolsillo, luego en el otro sin encontrar lo que buscaba.

Fruncí el ceño, extrañada.

—No están. —Inmediatamente sentí que me angustiaba ante la idea de que se hubieran perdido por el camino.

—En mi bolsillo de atrás. —Anunció él, visiblemente incómodo por la situación.

Yo no era menos.

Por un momento lo miré con los ojos abiertos, pero instantes después estiré el brazo e introduje mi mano en su bolsillo trasero.

El movimiento provocó que mi rostro y el suyo terminaran muy cerca, tanto, que sentí como su cálido aliento chocaba contra la comisura de mis labios y sin poder evitarlo mi cuerpo tembló.

—¿Frío? —El timbre de su voz provocó que lo mirara.

Ahora nuestros labios estaban frente a frente a una distancia muy pequeña.

Tragué saliva con dificultad.

Ya había sacado las llaves de su bolsillo, pero las mantenía en mi mano sin hacer nada, pues me había quedado petrificada y no sabía exactamente cómo reaccionar.

Me moría de ganas por besarlo y decirle la verdad; que había ido al hotel con Kevin con la intención de acabar con todo eso porque él me importaba más de lo que quería admitir, pero no estaba segura de que fuera una buena idea después de todo lo que había pasado, así que me mantuve muy quieta.

Óscar deslizó un segundo la mirada a mis labios, pude sentir como sus músculos se tensaban bajo el peso de mi cuerpo.

Rápidamente volvió a mirarme a los ojos.

—Abre. —Fue la única palabra que salió de su boca.

Con un nuevo nudo en el pecho, me di la vuelta e hice lo que me dijo.

Subimos en el ascensor y volví a repetir el acto del portal de abrir la puerta.

Una vez dentro, Óscar la empujó con el pie para cerrarla y me llevó a su habitación, donde me dejó con mucha suavidad sentada sobre su cama.

Ambos estábamos mojados por la lluvia, pero aun así y antes de llevarse el paraguas a un lugar donde pudiera secarse, me examinó el tobillo de nuevo.

—Está un poco inflamado ya. —Sentí como las gotas que caían de su flequillo se estrellaban contra mi pie.

De pronto sus ojos se posaron en el raspón de mi muslo.

Vi como una pregunta silenciosa se manifestaba en su rostro, pero no alcanzó a formularla, pues yo respondí de inmediato:

—Cuando me he torcido el tobillo me he caído. —Le mostré también mis manos para que las viera.

Él las miró con atención, tenía el ceño ligeramente apretado.

—Voy a llevar el paraguas a un sitio donde se pueda secar y ahora hablamos...

—Anunció.

Me puse un poco nerviosa al pensar que de lo que quería hablar era de lo que había pasado con Kevin.

Estaba dispuesta a decirle todo, con sinceridad, incluso a hablarle de mis sentimientos y disculparme por no haberlos tenido claros antes, pero cuando regresó, me decepcionó ver que solo quería hablar del proceso que íbamos a seguir para curar mis heridas.

—Necesitas deshacerte de esas prendas empapadas y darte una ducha caliente.

—Iba a decir que no tenía ropa que ponerme, pero él me interrumpió, adelantándose a mis palabras— Te dejaste la mochila el día que te quedaste a dormir, así que tienes ropa seca.

Era verdad, ¡menos mal que me la había dejado! ¡Por fin un golpe de suerte!

—¿Y Claudia? —Pregunté.

—Se ha ido esta tarde con una amiga suya, Blanca para ser más exactos, y visto la que está cayendo, no creo que regrese esta noche.

Me dio la impresión de que aquello me lo dijo como si el que su hermana no apareciera por casa me fuera a crear algún tipo de alivio.

Y en cierta manera, así era, porque no estaba, ni tenía las emociones lo suficientemente fuertes como para afrontar que estuviera enfadada por lo que había pasado con Óscar y conmigo en el cumpleaños de Andy.

Eso dando por supuesto que él se lo hubiera contado.

Sin nada más que añadir, Óscar volvió a cogerme en sus brazos y me llevó al cuarto de baño, sentándome sobre la tapa cerrada del váter.

—Dame un segundo, voy a por toallas. —Dijo.

Al quedarme sola, comencé a quitarme la camisa empapada, pues contra más permanecía con esa tela puesta y pegada al cuerpo, más frío tenía.

Luego procedí a quitarme los pantalones, quedando en ropa interior.

—Maica, te dejo unas toallas de mi hermana que...

Sus palabras murieron con la misma rapidez con la que cruzó el umbral de la puerta del cuarto de baño y levantó la mirada de las toallas hacia mí.

Sus ojos me recorrieron de la cabeza a los pies, pero no fueron los únicos, pues un escalofrío ardiente hizo lo mismo, provocado por su escrutinio.

Emitió un breve carraspeo y apartó la mirada.

—Te las dejo aquí. —Las posó en el lavabo— Puedes usar cualquier champú y gel de los que hay en la ducha. Había pensado en traerte tu pijama...—Hizo una pausa y agregó—: Pero creo que es mejor que cuando termines, vayas a la habitación de Claudia y te vistas. —Se encaminó con rapidez hacia la puerta, dispuesto a salir y cerrar.

—¡Óscar! —Llamé antes de que lo hiciera.

Él detuvo sus pasos, pero evitó volver a mirarme.

—¿Sí?

—Yo... Te agradezco mucho lo que has hecho hoy, sé que no me merezco nada de ti... — El silencio volvió a hacerse presente en la estancia, pero por poco tiempo, pues continué—: Quiero que hablemos.

Vi que negaba con la cabeza.

—Maica, no es el mejor momento.

—Sí, ya sé que no es el mejor momento, pero necesito que sepas algo...

Óscar soltó un sonoro suspiro.

—Te repito que no es el momento.

Sentí que me estaba comenzando a irritar.

¿Ni siquiera me iba a permitir pedir disculpas como Dios manda por mi error? ¿Estaba dispuesto a no escucharme en la vida?

—Óscar creo que tengo todo el derecho de pedirte...

—¡Maldita sea, Maica, no es el momento! —Exclamó.

Eso hizo que el temperamento, hasta ahora anulado por la tristeza, la decepción y el

sentimiento de culpa, regresara.

—¡Maldito seas, tú! ¿¡Acaso nunca has cometido errores en tu vida!? Intento disculparme por todo, explicarte las cosas y me dices, o bien que no me has preguntado, o bien que no es el momento. —Puse las manos en mis caderas, manifestando mi enfado— Entiendo que no quieras saber nada de mí, que no quieras ni verme y lo difícil que ha sido para ti atenderme cuando dijiste que íbamos a hacer como si no nos conociéramos.

—Dije que tú hicieras como que no me conocías. —Corrigió, pero sin voltearse en ningún momento.

—Es igual, esta noche me has ayudado a pesar de todo. Me gustaría poder hablar contigo para explicarte cosas que en el cumpleaños de Andy ni yo misma comprendía... —Tragué con dificultad— Luego puedes mandarme al infierno si quieres, pero que sea habiendo aclarado todo.

Esperé una respuesta por su parte y la que llegó, aumentó más mi irritabilidad.

—Ahora no, Maica.

—¿¡Pero, en serio tan orgulloso eres que no me vas a dar el beneficio de la duda!? —Estallé y, al verle negar con la cabeza, no pude evitar escupir—: No sé ni por qué me molesto en hablar contigo. Parece que no he tenido esta noche suficiente, que quiero más caldo. ¡Al diablo, no me escuches si no quieres!

Me di la vuelta, estaba a punto de llorar de nuevo, cuando su voz exclamó:

—¡Joder, Maica! Si te digo que no es el momento es porque, no sé si te has dado cuenta, pero estás en sujetador y bragas. Estás jodidamente semidesnuda delante de mí. ¿Y esperas que pueda concentrarme en lo que dices estando prácticamente sin ropa? ¿Crees que soy de piedra o qué?

Volví a mirarlo, pero esta vez sintiendo una emoción de pura alegría y excitación al saber que no es que no quisiera escucharme, es que le afectaba la visión que estaba teniendo de mí.

Vi cómo se le tensaba la vena desde atrás del cuello.

—Tienes razón, no había reparado en eso. —Contesté más calmada.

—¡No jodas, no me había dado cuenta! —Ironizó, pero lejos de volver a sentirme irritada, me divertí ver que volvíamos a parecer aquellos que se daban guerra el uno al otro. Prefería eso a que no volviera a hablarme nunca más. No pasó mucho hasta que añadió—: Te voy a dar un consejo, Maica. Cuando quieras hablar algo serio conmigo, procura no estar casi desnuda, no creo que pueda soportarlo.

Dicho esto, se marchó, cerrando tras de sí.

Me quedé mirando mi cuerpo semidesnudo y no pude evitar apretar los labios, morderme levemente el inferior y esbozar una sonrisa.

Por primera vez en ese fatídico día, experimenté de nuevo una sensación de alegría, una sensación de plenitud y, como no, una profunda y agradable emoción.

Óscar estaba dispuesto a escuchar lo que tuviera que decir, tenía una oportunidad de arreglar lo que yo misma había estropeado y estaba dispuesta a no dejarla escapar.

Menos aun sabiendo que todavía tenía tales efectos en el hombre que se acababa de marchar por la puerta.

¡No estaba todo perdido!

Aquello me hizo sentir afortunada.

De pronto no pude evitar visualizarme de nuevo en el portal, cuando habíamos estado muy cerca el uno del otro. Mi corazón se contrajo, dejando en evidencia la magnitud de mis sensaciones, de mis sentimientos.

Me había desprendido ya de la ropa interior y estaba a punto de introducirme en la ducha,

cuando exclamé para mis adentros:
“¡Justo al corazón!”



19. NUEVO AMANECER

Ya vestida con mi pijama, salí del cuarto de baño.

Sentía que aquella ducha me había ido de perlas, la necesitaba.

Mis músculos estaban más relajados y mi estado de ánimo había mejorado notablemente.

Bueno, también debo admitir que el saber que Óscar estaba dispuesto a escucharme había contribuido a todo aquello.

Fui hasta el salón, donde lo divisé sentado en el sofá y en estado meditativo.

Mis ojos se desviaron hacia la mesita de centro. Sobre esta, había un bote de agua oxigenada, betadine y algodones.

—Hola... —Saludé al ver que él seguía sumergido en lo más profundo de sus pensamientos.

Óscar se giró, prestándome una atención inmediata.

Mi corazón se contrajo, todavía tenía una expresión demasiado seria en su rostro. Me extrañaba verle así cuando ya me había acostumbrado a su desparpajo y su descaro.

Tan solo con una seña, me invitó a sentarme y comenzó a preparar un algodón con agua oxigenada.

—Puedo desinfectarme yo las heridas, así tú te vas a la ducha. —Estiré el brazo, verdaderamente creyendo que me iba a ceder el papel de enfermera.

Pero lejos de ser así, negó con la cabeza, se levantó y se arrodilló frente a mí, pasando con suavidad el algodón, primero por las palmas de mis manos y luego por el enorme raspón que tenía en el lateral del muslo.

—¡Ah! —Me quejé, apretando los dientes cuando aquella diminuta fibra textil entró en contacto con la herida de este último.

Óscar me miró por un momento, pero luego pasó a soplar la zona con mucha delicadeza.

Mientras sentía que el escozor iba desapareciendo poco a poco, mi corazón se agitaba aceleradamente en mi pecho y un escalofrío agradable me recorrió de los pies a la cabeza.

Traté de ignorarlo, pero me fue imposible.

Por un instante sentí una necesidad increíble de besarlo, de abrazarlo...

Era consciente del daño que le había hecho y, aun así, cuando más lo necesité, no me negó la ayuda.

No podía evitarlo, me sentía atraída por sus rasgos masculinos, duros y a la vez hermosos, por el corazón tan noble que poseía, por la delicadeza con la que me trataba, como si yo fuera un cristal preciado que no debía romperse bajo ninguna circunstancia.

A mi mente llegaron los recuerdos de cuando mi padre y yo entramos en aquella casa por primera vez.

Ahora entendía porque había deseado con todas mis fuerzas que Óscar me besara en el pasillo.

Supe de inmediato que tanto el cuidado, como la comprensión con la que había ayudado al hombre más importante de mi vida, y la ternura que había tenido para curar mi frente, me habían hecho darme cuenta de que no era quien yo me había imaginado en un principio de mala manera.

No había podido evitar sentir que eso me alegraba, pero al mismo tiempo me había sentido frustrada porque sabía que, al ser así, todo aquello que consideraba seguro para mí corría el tremendo peligro de tambalearse.

Y así había sido, porque era justo ese hombre, el mismo que estaba soplando mi herida y daba ligeros toques suaves y cuidadosos sobre esta, el que había conseguido hacer temblar los cimientos de mi corazón y de mi alma.

Aunque intenté negármelo muchas veces a mí misma, la realidad siempre se esforzaba por salir a la luz y no podía evitar sucumbir a ella.

Ese al que había apodado de mil formas diferentes, llamándole mosquito, ladrón de besos, orangután, neandertal, avispa, bicho asqueroso, socorrista estúpido... El mismo con el que me había peleado día sí, día también, aquella noche me había mostrado una faceta suya completamente desconocida para mí, una faceta que terminó por ganarse parte de mi corazón sin yo siquiera saberlo, y todo lo que había sucedido después, incluyendo el momento presente, había provocado que lo terminara conquistando del todo.

Terminó con el agua oxigenada y comenzó a repetir el mismo ritual con otro algodón y betadine.

Pero, a diferencia de la primera vez, ya no me dolía. Me limitaba a mirar sin parar como movía su mano, atento a la tarea y sin darse cuenta de que yo solo estaba atenta a él.

Una vez terminó, comenzó a recogerlo todo.

—Calculo que al menos por una semana no podrás ir a la piscina, ni tomar demasiado el sol en esa zona. —Comentó.

Estaba a punto de salir por la puerta, cuando mis palabras detuvieron su avance.

—¿Podremos hablar de una vez por todas cuando hayas terminado de ducharte?

Ya sé que parecía un poco impaciente, pero es que necesitaba aclararlo todo con él.

En ese momento no me atrevía a mirarlo, los nervios por lo que fuera a responder se habían apoderado de mí y estaba insegura.

Para tratar de mantenerme lo más serena posible, fijé la mirada en mis manos, pues la uña del pulgar de mi mano derecha rascaba la uña del índice de la izquierda.

Alcancé a escuchar un suspiro por parte de Óscar y pensé que me iba a dar largas, pero lejos de eso, respondió:

—Sí, Maica, cuando haya terminado, hablaremos.

Y se fue.

Yo miré por unos instantes la puerta abierta sin atreverme a moverme siquiera, pero feliz de nuevo porque hubiera accedido.

Al cabo de unos pocos minutos escuché como se encerraba en el cuarto de baño.

Fue ahí cuando me levanté del sofá y caminé por el pasillo hasta la habitación de Óscar, pues mi bolso estaba sobre la cama y deseaba encender el móvil, al menos para entretenerme con algún juego hasta que llegara el momento de que hablásemos.

Una vez lo tuve en mis manos, regresé al salón mientras mantenía presionado el botón de encendido, esperando que la pantalla se iluminara de un momento a otro.

Pero ese momento, nunca llegó.

—Mierda, el maldito trasto este se me ha quedado sin batería. —Lo dejé de mala manera a mi lado y busqué otra forma de mantenerme entretenida.

Inmediatamente mis ojos buscaron por la estancia y terminaron posándose en el mando de la tele.

Me incliné levemente y lo cogí.

—No creo que le importe que me ponga un poco a ver qué hacen por ahí.

—Murmuré para mis adentros.

Encendí y me dispuse a zapear, pero yo no sé si es que las fuerzas cósmicas del universo ese día me la tenían jurada o qué, porque un trueno estalló en el cielo y hubo un apagón inmediato.

—¡Joder! —Escuché que exclamaba Óscar desde el baño.

Y aquí os tengo que confesar algo que no he dicho en toda la historia, y es que uno de mis mayores temores era la oscuridad en compañía de una tormenta que parecía salida de una película de terror.

Tal como era la que se había adueñado de todo Collado Villalba aquella noche.

Así que, lejos de quedarme quietecita y tranquila, decidí que era mejor ir a la habitación de Claudia, aunque fuera cojeando, a inspeccionarle los cajones sin permiso y con todo mi morro, para, con un poco de suerte, encontrar algo que me diera luz y evitar que me terminara dando un chungo a la patata.

Necesitaba algo como una linterna, unas velas, una lámpara a pilas... No sé, ¡algo! Y estaba dispuesta encontrarlo como fuera.

Iba prácticamente de puntillas por el pasillo de los horrores, cuando otro trueno, y al parecer un relámpago, estallaron en el cielo, iluminando en un segundo todo el lugar y provocándome tal sacudida en el pecho que por poco me quedo tiesa.

Sobre todo, cuando choque de pleno con una figura frente a mí, aparentemente semidesnuda, con tan solo una toalla cubriendo su cintura.

—¿Se puede saber qué demonios haces en el pasillo a oscuras? —Preguntó la voz que reconocí como Óscar.

Como si el destino hubiera estado esperando ese mismo momento, las luces volvieron.

Mis ojos se encontraron de pleno con aquel torso definido y no pudieron evitar deslizarse a la tableta marcada en su vientre.

Y si a esto le añadimos que al señorito le resbalaban gotas de agua de ducha por toda su piel... pues ya os lo podéis imaginar.

Mi cuerpo pasó del miedo a un calor abrasador en cuestión de segundos.

Para colmo mi garganta se había secado y mi vista se había quedado clavada en las gotas que se iban deslizando hasta el borde de su toalla, justo en, en... ¡Ya lo deduciréis, leñe!

Óscar levantó una ceja y sonrió de medio lado al darse cuenta de que me había quedado embobada mirándolo y sin poder mediar palabra:

—¿Te gusta lo que ves?

—Yo... —Abochornada, me di la vuelta rápidamente en cuanto tuve ocasión de reaccionar — Podrías al menos haberte tapado más, ¿no? —Fue todo lo que pude añadir.

—Ahora ya sabes lo que se siente cuando intentas mantener una conversación con alguien que no se encuentra precisamente vestido para la ocasión. —Dijo, en referencia a lo que había ocurrido cuando era yo la que se iba a dar una ducha.

Hice un gesto con la mano.

—Vale, vale, lo pilló, no hace falta que sigas...

Ante mi vergüenza, se echó a reír.

—Parece mentira que te comportes como si no lo hubieras visto antes. Has visto mucho más que eso, y lo sabes... —El mero recuerdo de aquello me puso más roja que un tomate— En fin, ¿se puede saber qué hacías? —Preguntó él.

—Yo... Esto... —No quería admitirle que me daban pánico las tormentas en plena oscuridad— Quería ir a ver si Claudia tenía un cargador... El móvil se me ha muerto. —Recordé.

Sin decir nada, pasó por mi lado y caminó hasta su habitación.

Cuando vi cómo se le marcaba el culo bajo la toalla, no pude evitar morder mi labio inferior.

Con solo pensar en tenerlo sobre mí y agarrarlo de...

<<¡Para, para, Maica! ¿¡En qué estás pensando!? Todavía tienes que hablar con él y aclarar unas cuantas cosas.>> Mi mente, como siempre, toda una aguafiestas.

Pero tenía razón, lo primero era lo primero.

Ya habría tiempo para deleitarme en Óscar y su trasero en un momento más acertado.

Salí de mis pensamientos cuando lo vi regresar con un cargador de móvil en una mano y sujetándose la toalla con la otra.

<<¡Qué lástima!>> Pensé <<Si se la sujeta no hay riesgo de que se le caiga.>>

Sacudí levemente mi cabeza, como si de esta manera pudiera desechar toda atracción por su persona.

—Gracias... —Dije casi en un susurro, cogiendo el cargador cuando tendió su mano para dármelo.

Y mentalizándome de mantener la mirada en aquel cacharro de color blanco y no mirar nada más, regresé al salón y puse a cargar mi teléfono.

Luego encendí la tele como me disponía a hacer antes de que se fuera la luz y estuve un buen rato, pasando los canales sin encontrar nada bueno para entretenerme hasta que Óscar regresara.

De modo que, cuando entró en el salón, vestido con una camiseta de manga corta gris y unos pantalones cortos negros, yo seguía haciendo *zapping*.

Él me miró como si fuera un bicho raro.

—Tenemos *Netflix* y *Amazon Prime*, ¿sabes? —Se acercó a mí, se sentó a mi lado y puso su mano sobre la mía que sostenía el mando— Los botones están aquí. —Señaló con su pulgar sobre el mío, guiándolo hasta los botones con el nombre de las plataformas.

Su contacto me produjo un calor agradable y reconfortante.

Desvié mi mirada del mando a él, que también me estaba mirando.

Nos quedamos así por un instante, pero luego yo rompí el hechizo, emitiendo un carraspeo, apagando la televisión y dejando el mando sobre la mesa.

—Solo intentaba entretenerme un poco hasta que regresarás, por eso no he puesto ninguna de las plataformas. Lo que quiero es que hablemos. —Manifesté.

Óscar asintió levemente.

—Te escucho.

Mi ceño se frunció.

Esperaba que al menos me preguntara qué era lo que había pasado con Kevin, sobre todo después de haberme encontrado en tal estado.

Me sentí confusa al ver que no era así y que esperaba a que yo comenzara a hablar sin más.

—¿No me vas a preguntar nada?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué esperas que te pregunte?

El desasosiego que sentí se hizo evidente.

—Pues, no sé, después de haberme encontrado como lo has hecho y de saber que hoy iba a estar con Kevin, esperaba que al menos me preguntaras qué había pasado con él.

Óscar apretó levemente la mandíbula.

—Ya te he dicho que no quiero saber nada sobre el tema “Kevin”.

Mis labios se entreabrieron levemente, sentía que los demonios comenzaban a desatarse en mi interior.

Si no estaba dispuesto a hablar como Dios manda, ¿para qué me había dicho que lo íbamos a aclarar todo cuando hubiera terminado de ducharse?

Intenté sonar lo más calmada posible.

—Ese tema que tanto quieres evitar forma parte de la conversación.

Al ver que se quedaba mirando al frente y no me decía nada, me levanté más rápido de lo que pretendía del sofá.

—¡Está bien, como quieras! —Espeté, molesta— Si no quieres hablar, no tenemos por qué hacerlo. Me voy al cuarto de tu hermana y te dejo en paz.

Sentía que las lágrimas amenazaban con volver a salir de un momento a otro, así que pasé por delante de él para rodear el sofá e irme del salón, pero me sorprendió que su mano agarró mi muñeca e impidió mi avance.

—No te vayas. —Dijo.

Me giré hacia él, bruscamente.

—¿Y qué esperas que haga aquí cuando es evidente que no tienes ninguna gana de hablar del tema?

Óscar se levantó y tiró de mí hacia él.

Una exclamación ahogada emergió de mi garganta, cuando choqué contra su fuerte y dura silueta.

—Solo quiero que me respondas a algo... —Yo lo miré sin decir nada, no podía... Aquel acercamiento me había dejado sin palabras y me sentía incapaz de moverme. Él prosiguió—: ¿Te has acostado con él?

Vi que realmente le preocupaba mi respuesta y no pude sentirme más conmovida.

Inmediatamente negué con la cabeza.

—No hubiera podido.

—Pero, cuándo nos hemos encontrado en la calle venías de su hotel... —Apuntó.

La vena de su cuello se tensó, esperando mi respuesta.

—Sí, pero no es por lo que tú crees.

En ese momento, me soltó y se alejó.

Yo sentí esa distancia gélida como un cuchillo afilado que se clavaba poco a poco en mi costado.

—Óscar, si he ido a su hotel ha sido para decirle que se acabó lo que teníamos... —Me apresuré a aclarar.

Sus ojos me miraron como si me vieran por primera vez, estaba claro que no se esperaba que fuera a decirle que había ido con la intención de terminar con el hombre que yo consideraba, hasta el momento de la decepción, el más perfecto de todos.

—¿Y has llegado a decírselo? —Preguntó.

Yo hice un movimiento suave de cabeza y contesté:

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir con más o menos?

Suspiré y volví a tomar asiento en el sofá, invitándole a él a hacer lo mismo a mi lado.

—Primero me ha convencido para que cenáramos. Se había gastado una fortuna en preparar todo y me sabía tremendamente mal dejarlo colgado con todo eso.

—Traté de explicar, pero lo único que conseguí por su parte fue un resoplido cargado de indignación— Óscar, entiéndeme, ya le iba a dejar colgado con todo lo que habíamos planeado, una cena no me costaba nada cumplirla. A fin de cuentas, había sido mi mejor amigo por años.

—¿Tu mejor amigo? —Frunció el ceño levemente.

Yo asentí.

—Sí, desde que éramos pequeños. —Pude ver como la mano que estaba sobre su rodilla se apretaba en un puño y su expresión se tornaba cada vez más enfadada— No irás a mosquearte también por mi pasado, ¿no? Mandaría huevos...

—No es eso. —Aclaró.

—¿Y entonces? —Lo miraba cada vez más confusa.

—Primero quiero que me sigas contando lo que ha pasado, porque luego quiero contarte yo también unas cuantas cosas.

Aquello me dejó estupefacta.

No sabía qué era lo que me tenía que decir, pero no hice más preguntas, simplemente me limité a continuar:

—El caso es que nos disponíamos a cenar cuando ha intentado abrir una botella de champán y se le ha derramado en los pantalones.

Óscar se carcajeó para sus adentros.

—Idiota... —Murmuró.

Yo asentí suavemente.

—Pero eso ha sido lo mejor que me ha podido pasar. —Comenté, haciendo que volviera a centrar su atención en mí— Cuando se ha ido al baño, su móvil ha empezado a sonar... —Al recordar aquello sentí de nuevo un nudo que oprimía mi garganta— Pensé que podía ser una urgencia, porque no paraban de llamarle y después de escribirle mensajes. —Traté de coger aire — Pero nada más lejos de la realidad. Era la novia que tiene en Sevilla, con la que lleva unos cuantos años, con la que convive, de la que yo no sabía de su existencia y... y... —Por cada palabra que decía, por cada momento que recordaba, se agolpaban las lágrimas en mis ojos. No tardaron en derramarse— Él era mi mejor amigo, yo... yo creía que le conocía... —Lamenté y miré a Óscar— El día que se fue a Barcelona, dijo que se iba a ver a un supuesto tío suyo, decía que se llamaba Mariano. En realidad, el muy cerdo estaba allí con su novia, la que inocentemente creía que él se encontraba allí por trabajo, y había ido para pasar esos dos días a su lado.

Óscar negó con la cabeza y comenzó a carcajearse:

—¿Sabes de dónde sacó el nombre de su tío ficticio? Del mío. Yo sí tengo un tío que se llama Mariano y que se hizo cargo de Claudia y de mí cuando mis padres fallecieron. Cometí el error de contárselo ese día en la bolera, y como tiene menos imaginación que una hormiga, cogió el nombre de mi tío para engañarte. —Se pasó una mano por el pelo— Yo flipo con este tío...

—Sí, Claudia me contó eso y me extrañé en un principio de que su tío y el tuyo tuvieran el mismo nombre, pero al haber muchos Marianos en el mundo tampoco le di demasiada importancia. —Sorbí por la nariz, tratando de limpiar las lágrimas que caían por mis mejillas, pero era inútil, emergían nuevas— El caso es que aquel al que yo consideraba mi confidente, ha estado jugando a dos bandas todo este tiempo. —Al ver que él ni siquiera había reaccionado a todo lo que le estaba contando, pregunté extrañada—: ¿No te sorprende?

—Para nada, Maica. —Acompañó sus palabras con una negación— De hecho, esas eran las cosas que quería contarte. ¿Te acuerdas de la tarde en los recreativos del centro comercial?, ¿cuándo conociste a Claudia y pensaste que era mi pareja?

Yo sonreí levemente, pero el llanto no cesaba.

—Como olvidarlo.

—Bien, pues cuando estabais vosotras intentando conseguir un peluche para mi hermana, nosotros estuvimos jugando a los bolos. —Suspiró, haciendo evidente que le costaba lo que me tenía que decir— Maica, el tío estuvo alardeando, como si fuera algo por lo que se le tuviera que admirar, de la buena suerte con la que contaba por tener una novia que lo adoraba y que no se enteraba de que iba por ahí tirándose todo lo que se movía cuando le daba la gana. Me contó que tenía tres ‘amiguitas’, tú ya me entiendes, aparte de ella y de ti.

Yo estaba que no me lo podía creer, aquello estaba resultando peor de lo que me imaginaba.

Kevin no solo no era el hombre que siempre me había imaginado, sino que era un puerco sin escrúpulos y sin una pizca de sentido común.

Óscar continuó:

—Y pese a que tú y yo no nos llevábamos bien por aquel entonces, no soporté que hablara de ti como una más. Estaba lleno de ira porque sabía que te estaba utilizando y no podía decirte nada, porque no entendía como él, que tenía la suerte de que lo miraras como el hombre más magnífico del mundo, era incapaz de valorarte como realmente te mereces y que tuviera la sangre tan fría de jugar contigo como lo hacía con las otras.

Al escuchar las palabras de Óscar, una profunda emoción que se mezcló con el dolor, me invadió de la cabeza a los pies.

¿Cómo podía yo haber sido tan tonta de ignorar lo que tenía delante por culpa de esa basura llamada Kevin?

Había estado a punto de rechazar al hombre que verdaderamente era merecedor de mi admiración, por tener la atención puesta en semejante sujeto.

—Óscar, yo... Lo siento... Siento tanto todo. Espero que puedas perdonarme por el daño que te hice... —Mi llanto regresó con más fuerza— Estaba confundida, no sabía qué hacer, no sabía quién era el más adecuado para mí. Nunca me había tenido que enfrentar a una situación así, porque hasta que apareciste tú, el único que había ocupado mis pensamientos, desde la adolescencia, había sido Kevin. —Lo miré a los ojos— Pero tu presencia en mi vida cambió todo eso y yo no supe cómo manejarlo... No me perdono que mi tozudez y mi confusión te hayan hecho sufrir. —En ese momento, bajé la mirada a mis manos sobre mi regazo, me sentía muy avergonzada— Y por si me lo vas a preguntar, no ha sido porque Kevin me haya decepcionado que me he dado cuenta de esto, yo...

Pero no me dejó terminar, su mano se posó en mi rostro y su dedo pulgar silenció mis labios.

Yo lo miré fijamente, sentía mi cara húmeda por las lágrimas derramadas.

—Ya lo sé, Maica. —Su voz era suave— Ojalá hubiese podido contarte todo esto antes, pero sabía que no me ibas a escuchar. Y en cuanto a perdonarte... No hay nada que perdonar. En el cumpleaños de Andrea acabé estallando porque no soportaba la idea de que otro hombre te tocara, de que fuera a tenerte.

Su dedo se deslizó por mi labio inferior en una caricia y sus ojos se posaron justo en ese punto.

No sabía en qué momento había dejado de llorar, pero ya no podía pensar en otra cosa que no fuera el hombre que tenía delante.

Hechizada por el momento, me dejé llevar y mis palabras salieron solas.

—Pues ya tenemos algo en común, porque yo no soportaba la idea de que me tocara otro que no fueras tú, y eso era lo que iba a aclararle a Kevin hoy, que me gusta un socorrista arrogante, descarado y con la lengua muy suelta.

Su sonrisa hizo que mi corazón volviera a latir desbocado.

—Tenemos más en común de lo que parece, porque yo estoy loco por una bañista rubita, quejica, con un carácter endemoniado... —Su rostro se acercó más al mío, hasta el punto en que ya podía sentir su cálido aliento chocando contra mis labios— Y una lengua afilada que me muero de ganas por volver a degustar.

Mi respiración acelerada murió en el momento acortó la distancia que nos separaba y me besó.

En ese momento sentí que la cabeza me daba vueltas y que mi sangre ardía, como si tuviera fuego en las venas.

Me aferré a su cuello y abrí mi boca, sintiendo como la exploraba, como la saboreaba.

Su mano libre se posó en mi cintura y me apretó más contra sí, provocado que mis ansias crecieran y que se instalara en mi abdomen una sensación eléctrica de necesidad imposible de controlar.

El beso se hizo más profundo y para cuando nos quisimos dar cuenta, ambos estábamos besándonos con mucha intensidad, tanta, que nos estábamos quedando sin respiración.

Óscar intentó contenerse y frenar, pero yo lejos de permitir que se apartara, me subí a horcajadas en su regazo y me apreté contra su cuerpo.

—Maica... —Murmuró con un gruñido que indicaba lo excitado que estaba, aparte de la erección que se le había formado y se clavaba entre mis muslos— Maica, tenemos que parar.

Sin dejar de besarlo, pregunté:

—¿Por qué?

—Porqué esto es lo que menos necesitas ahora. —Respondió.

Pero mis oídos se hicieron los sordos, pues comencé a tocarlo por todas partes, a besarlo en el cuello, a morderle el labio inferior y a tentarlo de todas las formas posibles.

Deseaba que acariciara mi cuerpo y se lo hacía saber, tomando sus manos entre las mías y haciendo que pasara la palma por mi silueta.

Un gruñido ahogado se escapó de su garganta, cuando se la guie desde mi muslo hasta mi pecho.

—Maica... —Soltó un jadeo cuando moví mi cadera contra su erección, interrumpiendo lo que sea que fuera a decirme.

Él acabó agarrándome por las nalgas con firmeza y, volviendo a capturar mi boca, me movió de adelante hacia atrás sobre su miembro.

Aquella dureza me estaba volviendo loca, sentía que iba a explotar, que necesitaba cada vez más y más de él.

Mi sexo ya estaba ardiendo, estaba ansiosa y dispuesta a acogerlo entre mis muslos.

—Por favor... Por favor Óscar, no te contengas... —Mi respiración agitada se había transformado en súplicas y jadeos continuos—Esto es justo lo que necesito... a ti.

Aquello debió derribar todas sus defensas, porque en menos de un segundo, me vi contra el sofá y con su cuerpo sobre el mío.

—Tú lo has querido.

Subió una mano a la camiseta de tirantes de mi pijama y de un tirón, la deslizó hacia abajo, dejando mis pechos completamente al aire.

—¡Dios! —Exclamó con un gruñido contenido y tomó la cima rosada de uno de ellos entre sus labios.

Los gemidos salieron de mi boca con descontrol y arqueé mi espalda hacia él, dándole más acceso, mientras sentía como se seguía moviendo contra mí, como agarraba mi cadera y me volvía loca friccionando con más fuerza su miembro contra mi sexo, llevándome a límites insospechados, al borde de las cumbres más altas del clímax, que amenazaba con necesitar solo eso para estallar en oleadas intensas y profundas sin precisar de nada más.

—¡Óscar! —Grité su nombre a punto de saltar por aquel precipicio.

Pero en el momento más intenso de la intimidad que estábamos compartiendo, el sonido del teléfono de su casa hizo acto de presencia, provocando que tuviéramos que ponerle fin a regañadientes.

—¡Maldita sea! —Se quejó y se levantó, yendo hacia el aparato, mientras yo me colocaba bien la camisa del pijama y trataba de no cagarme en quién estuviera detrás del altavoz— ¿Sí? ¿Quién es? —Respondió, disimulando su fastidio, pero pronto su rostro cambió y se tornó con una mezcla de estupefacción y preocupación, llevándose también toda mi atención— ¿Rubén? ¿Qué pasa?

—Hizo una leve pausa, en la que me miró— Maica no tiene batería, pero está aquí, ¿por?

Sentí que algo no iba bien, pues no era normal que Rubén llamara a casa de Óscar y preguntara por mí, eso significaba que algo debía de haber pasado.

El escalofrío de horror que recorrió mi columna vertebral me alertó de que no debían ser buenas noticias, y más cuando lo vi que asentía y decía:

—Vamos para allá de inmediato. —Y colgó.

—¿Q-qué pasa? —Pregunté insegura.

Al percibir mi inquietud se acercó a mí, me tomó de las manos y tragando con dificultad, respondió:

—Es Andrea... Está ingresada en el hospital.

—¿¡Qué!?

Mi rostro palideció, mi respiración se detuvo y, más pronto que tarde, la ansiedad y la histeria se hicieron presentes.

Por supuesto y como si eso ya de por sí no fuera suficiente, terminaron por manifestarse con un descontrol absoluto.

Aquel mar en tempestad de emociones solo me dejaba comprender una cosa; que mi amiga estaba en el hospital y que yo no me podía imaginar, ni de lejos, el motivo que la había llevado allí.



20. FUERZA INTERIOR

En todo el camino casi no pronuncié palabra alguna.

Estaba demasiado preocupada por Andrea, tanto, que mis pensamientos no hacían sino atosigarme con las posibles causas que hubieran podido llevar a mi amiga al hospital.

—No te preocupes, ya verás como no es nada grave. —Dijo Óscar, sin dejar de mirar a la carretera.

Yo me rasqué la frente con algo de nerviosismo.

No me podía creer que tantas cosas estuvieran pasando y en tan solo veinticuatro horas.

Sí, desde luego comenzaba a sospechar que alguien que nos tenía mucha ojeriza nos había lanzado vudú o algo, porque aquello no era normal, tanta mala racha seguida.

Resumiendo; el cumpleaños de Andrea, la pelea que tuve con Óscar, la que tuvimos con Laura, luego me entero que Kevin es un cerdo, después me caigo por la calle, me llueve encima y cuando estoy a punto de solucionar las cosas con el hombre que había conseguido remover todo mi mundo interior, va y ocurre esto.

¡Menudo historial!

—Nadie acaba en un hospital por nada, Óscar. —Respondí, también mirando a la ventana.

De pronto, sentí su cálida mano sobre la mía en mi regazo y no pude evitar quedarme pasmada mirando justo ahí, a nuestras manos unidas.

Giré la cabeza en su dirección y él me sonrió levemente.

—Pero tampoco se acaba siempre en un hospital por algo grave. Mucha gente sale de allí curada. Estoy seguro de que eso es lo que pasará con Andrea.

—Su dedo pulgar acarició suavemente el dorso de mi mano— No quiero agobiarte, pero si necesitas hablar, estoy aquí.

¡Ay, dios mío! La que necesitaba ayuda era yo ¡y rápido!, porque con ese tipo de muestras de afecto por su parte, fijo iba a pasar de gustarme a enamorarme de él.

Era adorable, y yo pensando lo peor de su persona y queriendo cambiarlo por un cerdo miserable y sin escrúpulos.

En fin, me contentaba con saber que ahora todo estaba bien entre nosotros dos y que eran una realidad esas historias maravillosas que comenzaban con odio y terminaban en... ¡No lo pienso decir! Es muy pronto para hablar de amor, ¿vale?

Una vez Óscar aparcó el coche en el *parking* del hospital, nos dirigimos a los ascensores.

Por fortuna y para variar, después de la fila de malas rachas, uno de estos estaba abierto, así que no tuvimos que esperar mucho.

Le dimos al botón de subir y mientras llegábamos a la planta correcta, miré a mi sexy socorrista y dije:

—Muchas gracias por todo, Óscar. —Sonreí— Por estar ahí siempre a pesar de todas las peleas que hemos tenido, por perdonar mi cabezonería y por no dejarme sola en estos momentos tan difíciles... —Ambos nos miramos a los ojos y yo continué— Eres como un ángel guardián, cuidando de mí.

Él esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿Ya no te parezco tan malo?

Negué con la cabeza.

—Hace mucho tiempo que no.

En ese momento, sentí que se acercaba a mí y pasaba su mano por el lateral de mi mejilla, retirándome un mechón de cabello que se había deslizado por mi rostro sin yo siquiera saberlo.

Clavé mi mirada en la suya y vi cómo se iba acercando con la intención de besarme.

Yo puse mis manos en su espalda y lo acaricié con suavidad.

Estaba a punto de cerrar mis ojos y recibir con gusto ese beso, cuando las puertas se abrieron y, a regañadientes, me tocó separarme de él.

—En otro momento. —Dijo, riéndose al ver mi cara de fastidio.

Nos dirigimos al mostrador de información, yo todavía cojeando un poco, pero la verdad es que el tobillo ya me dolía bastante menos.

He de decir que, desde un primer momento, al llegar a información, lo que vi no me gustó.

La enfermera que estaba tras este nos miró con una cara de vinagre que decía por sí sola que prácticamente le molestaba nuestra presencia allí.

—Buenas. —Dije con tranquilidad, pero un poco alerta— Mi amiga Andrea García Martín está ingresada aquí. Me gustaría verla.

Ella me lanzó una mirada un tanto desagradable y procedió a mirar en su ordenador.

—No puede recibir visitas, está en observación.

Al escuchar aquello, me asusté, pues normalmente solían estar en observación pacientes muy delicados.

—Por lo menos necesito saber qué es lo que le ha pasado. —Insistí, preocupada.

Pero a la cara de acelga esa parecía que le habían metido un palo por el culo, porque a lo único que se limitó fue a resoplar, poner los ojos en blanco, cosa que me irritó, y preguntar:

—¿Alguno de ustedes dos es familiar de la joven?

Vale, ya sabía lo que venía a continuación...

Esa era la pregunta que más odiaba que me hicieran en un hospital, porque automáticamente ya sabía que en cuanto dijera la palabra “no”, la única información que iba a obtener iba a ser “pues lárguese por dónde ha venido y si está preocupada es su problema, aquí los únicos que pueden preocuparse son los familiares.”

Bueno, de forma más sutil y profesional, pero eso era lo que te quería decir, porque si no, yo no entendía esa estúpida norma que tenían.

—No somos familia, pero...

—Pues entonces no les puedo decir nada más. —Interrumpió.

¡Encima de borde, maleducada!

La mezcla de emociones que estaba sintiendo y el sentimiento de injusticia porque no me permitieran ni ver, ni saber de mi amiga, sumado a la actitud de Miss vinagreta, no hizo sino empeorar mi irritación.

Vale, pues si quería guerra, la iba a tener...

—No solamente es usted desagradable, sino que además no tiene ni modales.

—Escupí para sorpresa, tanto de Óscar que me miró pasmado, como de la enfermera.

Solo que la última también lo hacía como si me estuviera fulminando.

—Disculpe, ¿qué es lo que ha dicho?

—Lo que ha escuchado, ¿o es que aparte de amargada es usted sorda?

—Respondí.

Entonces se levantó de su asiento con rapidez y señaló con el dedo hacia la puerta de salida.

—Les recomiendo que en este momento abandonen esta sala o tendré que llamar a seguridad.

Estiré mi mano hacia adelante e hice como que me temblaba.

—Mire que miedo le tengo, mire.

Ella no daba crédito a que alguien se atreviera a plantarle cara como yo lo estaba haciendo.

Se le notaba que estaba muy acostumbrada a tratar a los pacientes y a las demás personas como le daba la gana, pero conmigo se había encontrado con una piedra en el zapato.

Automáticamente, ella cogió el teléfono, dispuesta a cumplir con su amenaza, pero yo estiré mi brazo por el hueco del cristal del mostrador y se lo arrebaté antes de que se diera cuenta y se alejara para que no pudiera alcanzarlo.

—Pero, ¿cómo se atreve!? —Gritó— ¡Devuélvame el teléfono ahora mismo!

En ese momento di un manotazo, cabreada, en el mostrador, provocando un sobresalto por parte de la enfermera mortis.

—¡Usted no va a llamar a nadie hasta que no me digan lo que le ha pasado a mi amiga! —Exclamé.

Óscar se acercó por detrás e intentó serenarme, pero lo único que consiguió es que me girara hacia él, negándome en rotundo a retirarme de allí.

—Yo no me voy de aquí. Esta urraca huraña, por llamarla de algún modo, se cree que puede tratar a la gente como le dé la gana, pero a mí no me quitan todos los meses parte de mi sueldo para pagar el suyo y que yo tenga que soportar este tipo de trato y falta de empatía. ¿Qué pasa? ¿Que los únicos que tienen derecho a preocuparse por la salud de un ser querido son los familiares?

—¡Son las normas del hospital! —Se defendió ella, captando mi atención de nuevo.

—¿También las normas le dicen que tiene que ser desagradable? ¡Al diablo con sus estúpidas normas! ¡Yo quiero saber cómo está mi mejor amiga!

—Pues yo le digo que al diablo con lo que quiera usted, yo cumplo con lo que se me dice. —Espeté, intentando recuperar el teléfono, pero no la dejé.

—¿Acaso quiere pelea?, ¿eh? ¿La quiere? ¡Salga aquí si tiene lo que hay que tener!

La enfermera me miró como si me faltaran mil tornillos y luego le dijo a Óscar:

—O se la lleva, o las cosas se van a poner muy feas para los dos.

Yo no cesé en mi empeño por ponerle a ‘cara vinagre’ los puntos sobre las ies.

—Atrévase, venga. A ver que me va a hacer, eh, a ver....

Y así fue como nos encontró Rubén:

Óscar rodeaba mi cintura, intentaba calmarme y al mismo tiempo guiarme hasta la puerta. Yo forcejeaba hacia adelante, con el teléfono en la mano sin soltarlo y mi otra mano haciéndole una dedicatoria a *Jack skellington*, sacándole el dedo corazón. Y, por supuesto, cabe decir que Madame estreñimiento seguía en sus trece, señalando de mala manera a la salida y gritando que nos fuésemos de allí de inmediato.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa? —Preguntó Rubén con la cara desencajada.

La enfermera se giró directamente hacia él.

—¿Usted los conoce?

Rubén nos miró como si se estuviera pensando muy bien el decir que así era.

Al final asintió con la cabeza.

—Ellos dos son buenos amigos de la paciente joven que he traído esta tarde.

—Aclaró.

—Pues pasa que la señorita aquí presente no quiere acatar las normas de este hospital. —
Dijo ella, provocando que mi ira se acrecentara.

—¡Lo que no quiero es tener que soportar su actitud altanera y de señora que no consigue expulsar el tapón que lleva en el culo ni un segundo más!

—Pues váyase de una buena vez. —Espetó.

Yo tiré hacia adelante contra la fuerza de Óscar.

—¿¡Me vas a obligar tú, asquerosa!? —Y sin comerlo ni beberlo comencé a asestar golpes en el aire con el teléfono— ¡Atrévase!

En ese momento, Rubén se apresuró a acercarse y me arrebató el aparato de la mano, devolviéndoselo.

—Tenga. No llame a nadie, por favor. Está muy alterada por lo que le ha pasado a su amiga. Ya la sacamos de aquí.

Yo lo miré con una mezcla de incredulidad y como si quisiera estrangularlo a él también.

—¿¡Te vas a poner de parte de la bruja esta!? ¿Acaso tienes idea de cómo nos ha tratado?

Negó con la cabeza.

—No me pongo de parte de nadie porque no sé muy bien qué es lo que ha pasado, pero así no vas a conseguir nada, ni vas a poder ver a Andrea. Es más, puedes llegar a lograr que te prohíban la entrada.

A regañadientes me detuve y permití que se me llevaran de allí, no sin antes hacerle el gesto a la enfermera Monster de “nos vemos las caras” con los dos dedos primero apuntando a mis ojos y luego a ella varias veces.

Una vez salimos fuera, nos quedamos debajo del edificio, resguardados de la lluvia. Por fortuna ya no hacía el frío de antes, así que salvo por la tormenta que estaba estallando, tampoco se estaba mal en aquel lugar.

Óscar rodeó mis hombros con el brazo y yo traté de serenarme.

Rubén se giró hacia nosotros, pero en especial dirigió su atención a mí.

—Maica, no sé qué es lo que haya pasado ahí dentro, pero deberías controlar ese temperamento. No va a ayudar a Andrea, ni tampoco te va a beneficiar a ti.

Fui a decir algo, pero Óscar intervino:

—Los que deberían de controlar el trato que le dan a la gente es el personal sanitario, Rubén. Esa mujer, desde el momento en que hemos aparecido, se ha comportado como si quisiera echarnos antes incluso de que abriéramos la boca.

Este asintió y se pasó una mano por el pelo.

—Sí, es verdad que muchos de ellos pueden llegar a ser desagradables, pero es que Andrea ha preguntado por Maica varias veces cuando ha recuperado la consciencia y no quiero que, por pelear con alguien que no es nadie, se quede sin poder ver a su amiga. —Me miró con tristeza y agregó— A la cual necesita más que nada...

Yo di unos pasos hacia adelante y puse mi mano en su antebrazo.

—Por favor, necesito saber qué le ha pasado. —Mi tono era de súplica— ¿Es grave?

Él se quedó un instante pensativo.

—Puede llegar a serlo, y mucho. —Respondió.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué quieres decir con eso?

Rubén emitió un leve suspiro.

—Maica, Andrea tiene anorexia y bulimia.

—¿¡Qué!? —No pude quedarme más estupefacta.

El impacto de esa noticia me golpeó de lleno en el pecho.

—Esta tarde habíamos quedado para hablar de lo que pasó en el cumpleaños.

—Comenzó a contarnos— Cuando la he visto, estaba muy pálida. Yo le he ofrecido que viniésemos a urgencias, pero insistía en que estaba bien. De un momento a otro ha terminado por desmayarse, afortunadamente la he cogido antes de que se golpeará contra el suelo. Luego, no me lo he pensado dos veces y la he traído al hospital. El médico decía que estaba muy deshidratada, le habían puesto suero y le habían sacado sangre. Sus análisis revelan que tiene falta de hierro, de vitaminas y el hígado inflamado. Le han hecho más pruebas y tiene la garganta destrozada de provocarse vómitos. —Hizo una pausa y luego continuó— Sus complejos no eran simples, ella está enferma de verdad.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y comencé a sentirme muy mal, muy culpable por no haberme dado cuenta antes.

Ni Laura, ni yo, habíamos visto el daño que se estaba haciendo nuestra amiga. Nosotras pensando que esos complejos se le irían, que no eran nada más que una obsesión pasajera y en realidad lo estaba pasando realmente mal.

—No te sientas culpable, no podías saberlo. —Adivinó Óscar al ver mi expresión.

Yo lo miré y me eché a llorar.

—Pero, ¿cómo no voy a sentirme culpable? Tal vez si nos hubiésemos dado cuenta, ahora Andy no estaría ingresada. —Sollocé.

Óscar me abrazó y yo descargué mi llanto sobre su pecho.

Su mano me acarició con delicadeza el cabello y me dio un beso en la coronilla.

Luego me tomó por las mejillas y levantó mi cabeza, haciendo que lo mirara y secándome las lágrimas con sus pulgares.

—Eh, no llores más. Este tipo de enfermedades es muy difícil verlas, sobre todo cuando la persona no es consciente y no pide ayuda. Ellos lo ocultan, Maica. No te puedes culpar por no saber algo que escondía Andrea y de lo que, si ni siquiera ella que es la que se lo provoca tiene culpa, mucho menos tú.

Milagrosamente, al escucharle, mis ojos dejaron de llorar.

Sentía que tenía razón en lo que me estaba diciendo y eso había conseguido despertar el alivio en mi interior que tanto necesitaba.

En ese instante me acordé de algo y volví a mirar a Rubén.

—¿Laura ha venido a verla? —Pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No sabe nada. Andy no quería que la llamara.

—Pero, tiene derecho a saberlo. —Opiné.

Él se encogió de hombros.

—Tal vez tú puedas convencerla de eso. —Fue todo lo que dijo sobre ese tema. Luego sonrió levemente y puso una mano en mi hombro— Y como ha dicho Óscar, no te sientas culpable. Nadie podíamos saber que esto ocurriría. Ahora lo importante es animarla a que vaya a terapia y se cure.

Yo asentí con rapidez y terminé de secarme las lágrimas que habían quedado impregnadas en mis pestañas.

—Ya te digo que si va a ir... Si no la llevo de los pelos.

Óscar ahogó una carcajada.

—¿No te cansas de ir por ahí dando guerra? —Preguntó, divertido.

Yo lo miré mordiéndome el labio inferior con una sonrisa y le di un leve manotazo en el brazo.

—¡Calla, bobo!

Rubén nos observó con una ceja alzada y también sonrió, pero con un toque más pícaro.

—Uy, ¿me he perdido algo?

Yo me sonrojé y Óscar asintió con la cabeza.

—Demasiadas cosas, amigo mío.

—Ya me pondréis al día. —Nos guiñó un ojo a ambos.

Me limité a carraspear para cambiar de tema.

—¿Y los padres de Andy han venido?

Rubén me miró como si no diera crédito a algo y contestó con otra cuestión:

—¿Te puedes creer que se les ha llamado y lo único que han dicho es que ahora no podían volver de su viaje de trabajo, que me informarán de todo a mí, y que luego yo les diera la información a ellos como si fuera su mensajero?

Me crucé de brazos y, para mayor estupefacción de los dos hombres, que me miraban alucinando, asentí.

—Me lo creo. Probablemente ese es uno de los motivos por los que Andy tiene el problema que tiene. Digo yo, no sé, no soy psicóloga.

Óscar negó con aire reprobatorio.

—Desde luego hay personas a las que las palabras padre o madre les queda demasiado grandes. —Comentó con una mueca de desagrado.

Tanto Rubén como yo estábamos completamente de acuerdo, así que asentimos con la cabeza a la vez.

—Y más cuando nos referimos a los padres de Andrea. Ellos nunca se han preocupado por su hija. Desde que la conozco, siempre ha estado muy sola, salvo por Laura, por mí y por los amigos que no sabemos cuándo piensan volver de sus vacaciones de Benidorm.

—Y ahora encima quítale también a Laura de la lista. —Observó Óscar.

Yo lo miré y negué con la cabeza.

—Sé que lo que hizo con Ángel y su comportamiento en el cumpleaños de Andy fueron cosas lamentables, pero no tiene mal corazón, simplemente está equivocada. —Suspiré— Fernando por fin le hace caso y está emperrada en que él es su felicidad solo por el hecho de que ha estado detrás de ese tipo desde el instituto, equivocadamente piensa que es el amor de su vida. —Óscar y yo clavamos nuestros ojos el uno en el otro y agregué—: Créeme que la entiendo. Yo he sido la primera que ha cometido ese error, así que no puedo juzgarla.

Sin decir nada nos quedamos mirándonos el uno al otro, hasta que Rubén tosió para hacernos notar que seguía ahí.

—Chicos, creo que es mejor que os vayáis a casa. —Dijo— A Andrea la van a tener en observación por lo menos hasta mañana por la tarde y, cómo ya habéis podido comprobar, no aceptan visitas allí.

—¿Y tú? —Le preguntó Óscar.

—Yo me voy a quedar todo el tiempo que sea necesario, por si en algún momento viene un médico a decirme algo sobre ella. No la pienso dejar sola.

Ante esa afirmación no pude evitar esbozar una sonrisa amplia y terminar abrazándolo.

—Te mereces más que nadie terminar al lado de mi amiga. Eres un gran hombre, Rubén. —
Comenté, feliz.

Él me devolvió el abrazo, pero más pronto que tarde, Óscar me agarró suavemente y me apartó.

—Muy bonito todo, pero los abrazos están de más.

Su amigo lo miró sorprendido y no fue el único, yo me había quedado también estudiando sus facciones con pasmo.

—¿Celoso? —Pregunté con gesto divertido.

—Para nada. —Respondió, pero su vista seguía clavada al frente, delatando la realidad.

Rubén y yo nos carcajamos y Óscar nos fulminó con la mirada.

A regañadientes, más yo que nadie, me tuve que resignar a que esa noche no iba a poder ver a mi amiga.

Nos despedimos y Rubén nos prometió que llamaría en cuanto supiera que la trasladaban a una habitación y se asegurara de que podía recibir visitas.

Al menos me quedaba el consuelo de que él se iba a quedar en el hospital y que nos alertaría en caso de que ocurriera cualquier cosa.

De vuelta al coche, emití un suspiro cargado mientras me sumergía en mis pensamientos.

Deseaba transmitirle a mi amiga que no estaba sola, que yo la apoyaba e iba a estar para ella con lo que necesitara, y me daba un poco de rabia tener que esperarme para poder, aunque fuera, verla.

—Ya verás como mañana puedes estar con ella. —Trató de animarme Óscar, provocando que desviara mi atención a él, pero no dije nada.

Entramos en el coche y regresamos a su casa.

Eran las doce de la noche cuando llegamos allí.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra, nos limitamos a ponernos cómodos y a lavarnos los dientes.

Cabe decir que, desde que habíamos entrado por la puerta, yo estaba esperando con ganas que retomáramos lo que casi había estado a punto de pasar antes de que sonara el teléfono.

Miré a Óscar que dejaba su cepillo de dientes en el vasito sobre el lavabo, mientras yo secaba el mío para guardarlo en mi neceser.

—¿Estás bien? —Preguntó al darse cuenta, devolviéndome también la mirada a través del espejo.

Mi rostro se sonrojó levemente y solo pude decir:

—Sí... Es que... ¿dónde voy a dormir?

<< ¿En serio, Maica? >> Mi mente me reprendió sin más.

Intenté hacer caso omiso, esperando lo que fuera a responder.

Creo que de alguna manera lo que quería escuchar era que íbamos a dormir juntos, pero en lugar de eso, dijo:

—Pues tú puedes dormir en el cuarto de Claudia. Si no ha llegado aún es porque se ha quedado a dormir en casa de Blanca como me suponía.

Asentí levemente con la cabeza, apartando la mirada.

Una breve pero punzante decepción se había instalado en mi pecho.

Para más desgracia mía, él pareció darse cuenta.

—Maica, ¿seguro que estás bien? —Suspiró al ver que no contestaba— Entiendo que estés preocupada por Andrea y que hoy ha sido un día muy duro para ti, pero todo eso ya ha pasado y está Rubén en el hospital, no debes tener miedo a lo que pueda ocurrir. —Sonrió.

Pese a que le agradecía mucho sus palabras e intentos por animarme, me estaba cagando en todo mentalmente.

¿Cómo podían llegar los hombres a ser tan zoquetes a veces?

<< Muy bien, Maica. Si quieres conseguir tu objetivo vas a tener que ser más directa.>> Me dije a mi misma y comencé a acercarme a él lentamente.

Para mayor confusión de Óscar, puse la mano en su pecho y empujé suavemente hasta que ya no pudo retroceder más y su espalda quedó pegada contra la pared.

—Maica, ¿pero qué...?

En ese momento interrumpí sus palabras, pegándome a él y dándole suaves, sensuales y tiernos besos en el cuello.

Sentí como su brazo rodeaba mi cintura en un impulso y su respiración se aceleraba conforme mis labios de movían por el lateral de este, subiendo hasta el lóbulo de su oreja, el cual atrapé con mis dientes.

—¡Dios! —Gruñó él.

Pude sentir como su excitación había aumentado cuando algo duro y latente entre sus piernas se presionó contra mi vientre.

Mis manos acariciaron su abdomen marcado y bien trabajado, y ascendieron por su torso en una caricia provocativa y ardiente.

Para rematar, dejé de pasar mi lengua por su oreja y lo hice por su boca, delineándola.

—Maica, como sigas así no me voy a poder controlar... —Agregó él, roncamente, apretándome más contra su erecta masculinidad.

—¿Y quién te ha pedido que lo hagas...? —Susurré contra sus labios, depositando ligeros besos y succionando levemente el inferior.

Se notaba que estaba manteniendo una lucha consigo mismo, porque tenía la respiración agitada por las sensaciones que le estaba provocando lo que yo le estaba haciendo, pero al mismo tiempo intentaba mantenerse en su sitio, en un lugar que no alcanzaba todavía a comprender el motivo por el que quería permanecer ahí.

—Maica, después de todo lo que te ha pasado hoy, no deberíamos...

Me detuve en seco y lo miré sin poder creer que me estuviera diciendo eso.

Al ver mi confusión, se apresuró a explicarse.

—Entiéndeme, no es que no me muera de ganas. —Cogió mi mano y la puso sobre su miembro para que sintiera el deseo en él, como si no hubiera sido evidente antes de eso— Es obvio que quiero, pero al mismo tiempo no así. No después de haberte enterado recientemente del engaño de Kevin, del tipo al que considerabas un príncipe azul.

—Pero ya te he explicado...

—Déjame acabar, por favor. —Pidió, interrumpiendo lo que fuera a decirle— Ya sé que me lo has explicado y, créeme, lo he entendido a la perfección, pero aun así has pasado por mucho hoy. No quiero que el próximo instante en que te tenga entre mis brazos sea después de haber atravesado situaciones semejantes. Llámame romántico o estúpido si quieres, pero esta vez quiero hacerlo mejor, especial... Porque tú te lo mereces.

Vale, había pasado de tener una mirada de loba hambrienta a punto de devorar a su presa, a tenerla tan vidriosa que seguro que parecía un dibujito animado.

—Óscar yo... No sé qué decir...

Él me cogió de las manos.

—No hace falta que digas nada. Solo te pido que esperes un poco, merecerá la pena.

Lo miré fijamente y esbocé una cálida sonrisa, depositando un beso suave, primero en su

mejilla, después en la comisura de sus labios y luego sobre estos.

Él me tomó por la cintura, me apretó contra su cuerpo y siguió mi beso con delicadeza, pero al cabo de un rato y como era de esperar con semejante tío bueno comiéndome los morros, no pude aguantarme y volví a la carga, besándolo con más intensidad y juntando mi lengua con la suya en una danza que dejaba muy claro que lo necesitaba como una condenada.

—Maica... —Advirtió él sobre mis labios.

Yo resoplé y me aparté a regañadientes.

—Está bien, me aguantaré y me iré a dormir a la habitación de tu hermana como una buena chica.

Él casi se carcajeó.

—Así mejor. Hazme caso, cuando llegue el momento me lo agradecerás.

—Solo espero que el momento no esté demasiado lejos. —Comenté, mordiendo mi labio inferior y atrayendo la atención de él a este.

Se mordió el suyo propio e inspiró profundamente, evidenciando que se estaba esforzando mucho por no sucumbir y, a regañadientes, terminó por soltarme.

—Bueno, ya me has provocado suficiente por hoy. Mejor no seguir o se me va a ir todo al traste.

Yo volví a hacer un último intento, acercándome juguetonamente y agarrándolo suavemente de la camisa con una sonrisa traviesa.

—Tal vez podemos hacer las dos cosas, no hay por qué escoger una...

En ese momento, todo pasó muy rápido, me cogió en brazos y caminó conmigo por el pasillo.

Yo ya estaba feliz, pensando que me había salido con la mía, cuando me dejó caer en una cama que, más pronto que tarde, me di cuenta que era la habitación de Claudia.

Puso esa sonrisa de medio lado, que ahora en vez de odiar, me sorprendió que me provocara un calor abrasador por todo el cuerpo y dijo:

—A dormir, provocadora.

Se dio la vuelta para irse por la puerta, pero lo detuve con una sola frase.

—¡Y te parecerá gracioso!

Óscar alzó una ceja, se giró en mi dirección y con un guiño de ojo, respondió:

—¿El que? ¿Ver cómo no consigues salirte con la tuya cuando crees que sí? Mucho.

Y me cerró la puerta.

Yo resoplé, tenía un calentón de mil demonios y de nuevo me encontraba en esa cama con unas ganas tremendas de hacer de todo con el hombre que se acababa de ir por la puerta.

—Lo siento, Claudia. No voy a poder evitar dormir en tu cama pensando cosas lascivas sobre tu hermano. —Murmuré, como si ella estuviera allí.

Sin calentarme más la cabeza, ¡qué ya bastante tenía con el cuerpo!, me metí en la cama, apagué la luz y me dispuse a pegar ojo.

Pero la puñetera tormenta no estaba dispuesta a colaborar en cuanto a la conciliación de mi sueño, pues no dejaba de tronar y yo ya comenzaba a acojonarme, porque como ya he mencionado, no me gustaba estar a oscuras con un temporal como ese fuera.

Sí, sí, ya sé lo que estaréis pensando... ¡Pues que se encienda la luz!

Y tenéis toda la razón, podía haberlo hecho, pero la idea de meterme en la cama de Óscar con la excusita de la tormenta, me parecía de lo más apetecible.

¡No me juzguéis que os veo venir!

Así que, al cabo de un rato de estar debatiéndome entre hacerlo o no hacerlo, opté por

levantarme de la cama e ir a hurtadillas por el pasillo hasta su habitación.

Cuando abrí, vi que estaba tumbado boca arriba con el brazo sobre la almohada y la cabeza girada hacia un lado, completamente dormido.

—Qué suerte la tuya... —Susurré en la oscuridad— Parece que tu soldadito ha podido enfriarse rapidito.

Feliz, pensando que podría meterme en su cama sin que se diera cuenta, abrí la manta a su lado e intenté muy despacio hacer lo que tenía previsto, pero me sobresalté cuando, sin mirarme, dijo:

—¿Se puede saber qué estás haciendo ahora?

¡Pillada!

Al ver que me quedaba en silencio, giró la cabeza en mi dirección y me miró.

—Yo... Creí que estabas dormido.

Un trueno iluminó, durante unos segundos, la habitación.

Segundos en los que pude ver que alzaba una ceja.

—Pues mi soldadito y yo te hemos escuchado a la perfección. —Escupió con un deje de mofa.

Un calor abrasador se instaló en mis mejillas y dejé de respirar cuando quedó en evidencia que había escuchado lo que se suponía que no tenía que escuchar.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes dormir? —Preguntó cambiando de tema.

Yo negué con la cabeza, soltando el aire que había estado conteniendo segundos antes.

—No me gusta la tormenta de noche. —Agregué.

Automáticamente y de la nada comenzó a reírse a carcajada limpia.

Eso hizo que frunciera el ceño, algo molesta.

— ¿Qué te hace tanta gracia? —Quise saber.

—¿En serio? —Siguió riéndose— ¿Cómo a una niña pequeña? ¿O solo es un pretexto pobre para meterte en la cama conmigo y volver a intentar salirte con la tuya?

¡La madre que...!

En plena oscuridad le di un fuerte manotazo en la pierna.

—¡Hablo en serio, tonto del culo! —Exclamé.

—¡Au! —Se quejó, pero sin dejar de descojonarse a mi costa.

—Mira, será mejor que me vaya, está claro que ha sido un error venir.

Fui a retirarme, pero Óscar se incorporó rápidamente, rodeó mi vientre con su brazo y de un tirón me tumbó en la cama.

—Tú no vas a ninguna parte. —Susurró en mi oído, una vez mi cuerpo aterrizó a su lado, provocando que una electricidad agradablemente excitante me invadiera de pies a cabeza, hasta que dijo la palabra “miedosa”.

Entonces fui yo la que decidió torturarlo a él...

Me subí a horcajas sobre su cuerpo, dejándolo mudo.

—Si yo soy una miedosa, tú eres un blandito... —Mi voz salió aterciopelada como un ronroneo y comencé a acariciar su cuerpo— Aunque estés duro por todos lados...

—¡Maica! —Exclamó él, volviendo a mantener esa lucha interna consigo mismo.

Al ver la chispa que ardía en sus ojos, esta vez fui yo la que se carcajeó.

—¿Ves? Todos tenemos nuestras debilidades. —Añadí con diversión.

—Siempre te tienes que salir con la tuya, ¿no? —Sonrió y negó con la cabeza.

Yo también hice el mismo movimiento con la mía.

—No siempre, te recuerdo que yo quiero tenerte esta noche y no me dejas.

—Pero no dejas de intentarlo. —Rebatíó.

Le di un ligero mordisco en su labio inferior y sentí como, por un momento, su respiración se excitaba.

Luego me agarró por la cintura, me alzó y con mucho cuidado, se dio la vuelta de lado, dejándome a mí en el lugar en el que había estado antes de la cama.

Mi pierna seguía sobre la de él y no quería retirarla.

Ambos nos miramos fijamente en silencio, Óscar se acercó y me dio un ligero beso en los labios.

—Vamos a dormir, que tienes un peligro...

Esa afirmación provocó que me riera para mis adentros.

—Pues ten mucho cuidado... —Pasé mi dedo índice con provocación sobre su pecho y agregué— Socorrista bobo.

Él sonrió pasando la mano suavemente por mi muslo.

—Lo tendré, bañista deslenguada.

En ese instante sentí que una emoción tierna, reconfortante, cálida y mágica se instalaba en el centro de mi pecho.

Más feliz que una perdiz, me acurruqué contra él y ambos nos quedamos abrazados, mientras sus dedos acariciaban mi cabello.

—¿Sabes? Tú tenías razón... —Dije, reprimiendo una sonrisa.

—¿En qué? —Preguntó, extrañado.

Esta vez lo miré con un brillo especial en los ojos.

—Que siempre me tengo que salir con la mía. Me conformaba, aunque fuera, con dormir acurrucada a tu lado, y al menos eso lo he conseguido.

Con una carcajada breve, me dio un beso en la frente.

—No tienes remedio. —Comentó.

Negué con la cabeza, apretándome más contra su cuerpo y comenzando a quedarme dormida.

A su lado era como si todo lo malo de ese día, y todo lo doloroso y negativo que había sucedido tiempo atrás, se hubiera esfumado sin más, como si hubiera sido solo una mera pesadilla y ya está.

—No... No lo tengo... —Murmuré somnolienta, antes de caer en un sueño profundo, donde me pareció escuchar la voz susurrante de Óscar que decía:

“Y por eso me estoy enamorando de ti.”



21. BIENVENIDA A LA FAMILIA

El amanecer llegó más pronto de lo que hubiera esperado, o más bien en mi caso, querido, porque estaba tan cómoda entre los brazos de Óscar que hubiera deseado que la noche durara eternamente.

Me froté los ojos suavemente con la mano, y giré la cabeza para admirar el rostro dormido de mi socorrista, ya que lo había visto de muchas maneras, pero no de esta.

Lo miré y... ¡se me había adelantado!

Para mi mayor bochorno, era él quién tenía sus ojos clavados en mí y, por lo despierto que se le veía, parecía que había estado mirándome por un buen rato.

—Estás adorable cuando se te cae la baba, ¿te lo han dicho alguna vez?

Inmediatamente yo comprobé con mi mano si lo que decía era cierto y si había estado babeando como un caracol.

Él se carcajeó al ver mi reacción, manifestando la realidad, que solo me había gastado una de sus muchas bromitas de mal gusto.

Le di un manotazo en el brazo e intenté apartarme de su lado, pero Óscar rodeó mi cintura y no me lo permitió.

—¿A dónde te crees que vas? —Dijo con diversión.

—¿A ti qué te parece? Lejos de ti, ¡babuino!

Esa última palabra hizo que se riera de nuevo, pero no me soltó en ningún momento.

Más bien y, para mi mayor estupefacción... o gusto, depende de cómo se mire, se colocó sobre mí en la cama y con sus manos, sujetó las mías sobre mi cabeza.

—Que mal llevas las bromas. —Apuntó con voz alegre, pero una mirada intensa.

—Cuando se trata de algo tan serio como mi imagen cuando despierto al lado de un hombre, sí, las llevo muy mal. —Contesté.

Su mano descendió por uno de mis brazos en una caricia suave que me puso los pelos de punta y se detuvo en mi rostro, pasando los dedos por mi mejilla y continuando el recorrido hasta la curva de mi cuello.

—No tienes de qué preocuparte, incluso aunque despertaras con los pelos de la niña del exorcista, que no es el caso, seguirías siendo preciosa.

Vale, aquel halago camuflado bajo otra comparación horrorosa, me hizo sonrojarme de los pies a la cabeza.

—¿Tú no te puedes tomar nada en serio? —Intenté disimular mi bochorno con esas palabras.

Él sonrió de medio lado y respondió:

—¿Y tú no puedes dejar de ser una gruñona? —Eso me hizo fruncir el ceño y Óscar volvió

a carcajearse— Ya veo que no.

Fui a protestar cuando, de pronto, me interrumpió con un beso corto, pero intenso, en los labios.

—Aunque para mí mejor... —Susurró sobre estos con una expresión de picardía— Siempre podré buscar nuevas formas de hacer que dejes a un lado ese ceño apretado y comiences a reírte.

—¿Ah, sí? A ver, listo, ¿y cómo piensas hacerlo? —No supe qué fue lo que me llevó a provocarlo de esa manera, pero al cabo de unos segundos, ya estaba arrepintiéndome.

Óscar había vuelto a sujetar la mano que me había dejado libre y comenzó a hacerme cosquillas en el cuello con su aliento y los dientes.

Yo pataleé todo lo que pude.

No podía hacer otra cosa más que gritar, carcajearme y llorar de la risa.

—¡Nooooo, para, paraaaa!

—Pídelo, por favor. —Ordenó él en tono de mofa.

—Antes muerta. —Respondí.

Lo único que provoqué con esto último fue otro ataque de cosquillas por parte de él.

Ya me dolía el estómago de tanto reírme, cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe y Claudia apareció en el umbral.

—Óscar se puede saber que... ¡por el amor de dios! —Chilló y se tapó los ojos, mientras los dos nos apartábamos el uno del otro, yo sobre todo con el rostro como un pimiento.

No es que estuviéramos desnudos ni nada, pero me pongo en el lugar de Claudia y, si hubiera visto a mi hermano sobre una amiga mía en su cama, en una postura que daba lugar, sin duda, a malentendidos y ella estuviera emitiendo alaridos como estaba haciendo yo, pues supongo que habría reaccionado de la misma forma.

Aunque también debo apuntar que yo habría llamado a la puerta antes de abrir.

Claudia se dio la vuelta, quedando de espaldas a nosotros, y siguió con la mano sobre sus ojos.

Óscar y yo nos levantamos de la cama y él la miró un poco molesto.

—¿Quieres hacer el favor de mirar? No estamos desnudos, ni nada que se le parezca.

Ella se volvió de nuevo.

—Menos mal, si llego a venir dos minutos más tarde fijo que ya hubierais estado en pleno mete saca.

La madre que...

Si antes he dicho que parecía un pimiento, ahora era mucho peor, seguro que tenía una mezcla entre esa hortaliza y la lava de un volcán.

—No verías cosas que no quieres si tuvieras modales y tocaras a la puerta antes de irrumpir en una habitación. —Escupió Óscar, poniéndose una camiseta de manga corta encima.

Claudia ahogó una exclamación, pero no porque tuviera algo que rebatir, sino porque se había dado cuenta de que no había reparado en eso.

—Tienes razón. —Dijo con un suspiro— Pero es que no esperaba que... que... —Apenas le salían las palabras. Inmediatamente sus ojos se clavaron en mí— ¿Y cómo es que has acabado pasando la noche aquí y... bueno... entre las sábanas de mi hermano?

Yo abrí la boca, pero fue Óscar quién respondió.

—Eso a ti no te importa, cotilla.

Aquella afirmación pareció mosquear a Claudia que ya tenía las fosas nasales dilatadas.

—Pues yo creo que sí, te recuerdo que antes que... lo que seáis ahora vosotros dos, es mi amiga.

Yo sonreí levemente e intenté apaciguar un poco las aguas.

No sabía por qué estaban tan tensos.

—Es una larga historia. —Le dije a Clau— ¿Siempre os despertáis tan tensos el uno con el otro?

—Solo cuando abre la puerta sin llamar como una chiquilla pequeña. —Contestó, Óscar, todavía un poco irritado por la interrupción de su hermana.

Ella se limitó a exclamar.

—¡Lo siento, vale! No sabía lo que estaba pasando, yo escuché gritos y no lo pensé.

Él la miró con una ceja alzada.

—Sería más que evidente que los gritos eran de mujer. ¿O acaso estás insinuando que yo grito como una?

Claudia apretó los labios un momento, haciendo que el ceño de su hermano se apretara.

Estaba segura de que lo estaba haciendo para fastidiarlo.

¡Cómo se notaba que eran hermanos!

Sus sonrisas pícaras eran igualitas.

—Bueno... digamos que cuando se acaba el agua caliente de la ducha, sí, gritas como una.

—¡Pero serás...! ¡si eres tú la que desenchufa el calentador!

Yo no pude evitar que una situación que había sido bochornosa y se había transformado de pronto en cómica, me hiciera estallar en carcajadas.

—Para oírte gritar. —Le sacó la lengua.

Óscar apretó la mandíbula y, os lo juro, se la tuve que devolver:

—¿Quién es el gruñón ahora?

Me miró sin dar crédito y, tanto Claudia como yo no parábamos de reírnos.

Salió como alma que lleva el diablo de la habitación, soltando palabras inentendibles, pero estaba convencida de que nos estaba maldiciendo a ambas.

Al cabo de un rato nos encontrábamos desayunando en el comedor.

Yo masticaba un *croissant* de los que tanto me gustaban y Claudia bebía su zumo de naranja, mientras no paraba de dirigir sus ojos tanto a Óscar como a mí.

No pude evitar desviar mis ojos a un lado. ¿Sabría lo que pasó en la fiesta de Andy?

Por ahora no había dado indicios de que fuera consciente de lo que había ocurrido entre su hermano y yo.

¿Acaso no le habría comentado nada? Entonces, ¿qué le habría dicho cuando se fue de la fiesta de cumpleaños tan enfadado y Claudia se fue con él con un evidente interrogante en la cabeza?

En ese momento, ella cogió una tostada y comenzó a untar mantequilla en el pan.

—Bueno... ¿Alguno de los dos piensa contarme qué ha pasado para que estuvierais esta mañana tan a punto de caramelo?

Casi me atraganto con el café, lo juro.

Óscar la miró de reojo, pero serio, creo que como si quisiera estrangularla por hacer preguntas tan íntimas.

Claudia nos miró a ambos y se encogió de hombros.

—A ver, no podéis esperar que os encuentre en semejante situación y no quiera saber cositas... —Puso esa sonrisa pícara, que tanto se parecía a la de su hermano.

Aunque desde luego la de Óscar era más irresistible.

Era increíble cómo habían evolucionado las cosas, de un momento a otro había pasado de odiarla a que me pareciera lo más atractivo del mundo.

—Hermanita, eres demasiado cotilla para tu propio bien. —Comentó él.

Claudia le dio un buen bocado a su tostada y con la boca llena, añadió:

—Este es un cotilleo de lo más jugoso. Se trata de una de mis mejores amigas y mi hermano, no me pidas que haga como si nada.

Aquello hizo que yo me carcajeara levemente y atrajera la mirada de los dos hacia mí.

—Creo que deberías quitarte la idea del coco de ser farmacéutica y dedicarte al periodismo.

Me sorprendió ver que se le iluminaba la cara al instante y me señalaba, agitando ligeramente el dedo de arriba a abajo, y con una sonrisa radiante.

—Eh, pues no es mala idea, la verdad.

Óscar resopló y se llevó la mano a la frente.

—Maica no le des ideas...

Su hermana le dio un codazo.

—¿Qué? ¿Prefieres que alimente mi sed de cotilleo contigo?

Él negó rápidamente.

—No, no, mejor dedícate a la vida de los demás.

Ella le sacó la lengua y bromeó.

—Eso no te libraré de mí.

Yo miré a Óscar y vi como ponía los ojos en blanco.

La verdad es que la escenita entre hermanos era bastante graciosa, pero pronto la conversación dio un giro más serio cuando él dijo:

—Ahora deberías de estar más metida en el asunto de Andrea.

Claudia lo miró con sorpresa y sin entender.

—Está ingresada en el hospital. —Dije yo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Su hermano la estudió por un momento con una ceja arqueada y luego apuntó su atención a mí.

—Creo que tienes razón, debería de ser periodista, se le daría de lujo.

—No me cambiéis de tema. —El rostro de ella era preocupado y asustado— ¿Qué le ha pasado a Andrea?

—Ayer se puso mal y Rubén tuvo que llevarla al hospital. —Resumí— Le han hecho pruebas y resulta que sus problemas a la hora de pensar que estaba gorda eran peores de los que nos imaginamos; tiene anorexia y bulimia. Por lo visto lleva mucho tiempo provocándose vómitos.

Claudia soltó la tostada que llevaba y se llevó las manos a los labios con una expresión de horror.

—¡Cielo santo! —Exclamó.

Se notaba que el alma estaba a punto de salirse por la garganta.

Me apresuré a tranquilizarla.

—No te preocupes, está estable y no ha habido ningún problema. Rubén se ha quedado toda la noche en el hospital. Nosotros no hemos podido verla aún...

—¿Por qué? —Quiso saber.

Óscar contestó por mí tras tomar un sorbo de su café con leche.

—Bueno, digamos que aparte de que está en observación, Maica se peleó con la enfermera de recepción.

Entrecerré los ojos, como si tratara de asesinarlo con la mirada.

—Sabes de sobra que esa urraca amargada se lo buscó. —Dije en mi defensa.

—No lo niego, pero ¿es lo que pasó o no?
En ese momento cogí aire y lo solté despacio.
La voz de Claudia se volvió a manifestar.
—En serio, tenemos que ir a verla.

Asentí.

—Y vamos a ir, pero tenemos que esperar a que Rubén nos diga que le han dado una habitación y que ya puede recibir visitas.

—¿Y sus padres? —Preguntó, cayendo en la cuenta de que no habíamos mencionado a la familia de Andy para nada.

Su hermano negó con la cabeza.

—Son unos impresentables de lo peor. —Escupió.

Miré a mi amiga.

—No sé si sabrás que nunca han estado muy pendientes de ella y este caso no ha sido la excepción. Ellos viajan mucho por trabajo y esta vez tampoco han dejado eso de lado, ni siquiera por la hospitalización de su hija. —Contra más decía esto, más me enfurecía con ese par a los que nunca se les debería de haber concedido el don de poder concebir.

Aunque gracias a ellos yo tenía a Andrea en mi vida, pero deseaba que hubiera nacido en una familia que le hubiera dado más amor y se preocupara por ella.

Claudia apretó el ceño, era evidente que también la mosqueaba eso.

—Pues al menos que no le faltemos sus amigos. —Se levantó de la silla e insistió— Vamos. Óscar la miró con seriedad.

—No podemos ir a verla hasta que Rubén nos avise. —Repitió, observando que al parecer se le había olvidado.

—¿Y si vamos igualmente y esperamos allí a que la lleven a una habitación?

En ese momento no pude evitar ahogar una exclamación.

Su hermano y yo nos miramos como si estuviéramos pensando lo mismo al ver que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Me levanté también y me acerqué a abrazarla.

—Sé que estás muy preocupada también, pero te aseguro que todo va a salir bien. Es más, yo me voy a encargar de que haga terapia y que coma como toca sin volver a lastimarse a sí misma nunca más.

—No puedes estar con ella las veinticuatro horas del día, todos los días. —Dijo, haciendo que por unos instantes me quedara muda, pues tenía toda la razón del mundo.

—Nos turnaremos o incluso le pondremos una cámara si hace falta. —Añadió Óscar, era evidente que intentaba que su hermana estuviera más tranquila.

Yo acaricié suavemente su cabello, mientras mantenía el abrazo.

Las lágrimas de Claudia se derramaron y pudo desahogar sus emociones.

De pronto me sorprendió que se apartara de forma un poco brusca y escupiera:

—¡Seguro que la cerda esa de la Laura no ha ido ni a preocuparse!

Sí, las emociones se le estaban descontrolando un poquito...

—En su defensa diré que Andy no quiso que Rubén la llamara, por lo tanto, no sabe nada.
—Respondí.

Hizo una mueca de disgusto.

—Seguro que aun así ni habría ido.

Negué con la cabeza.

—Claudia, entiendo que estés enfadada por lo que pasó en la fiesta, pero créeme, conozco a

Laura. Aunque haya patinado de esta manera, te aseguro que si se enterara de que está en el hospital sería la primera en ir a interesarse.

Vi que intentaba serenarse como podía, estaba haciendo un esfuerzo por no dejarse llevar por las emociones.

La entendía perfectamente, a mí casi me da un telele cuando me enteré de que mi amiga estaba ingresada.

Me acerqué de nuevo hasta ella y pasé mi brazo por sus hombros.

—Entiendo cómo te sientes, yo también me puse muy mal, te lo pude corroborar tu hermano. —Él asintió con la cabeza— Pero confía en mí si te digo que esto no ayudará a Andy. Ella nos necesita fuertes, ¿vale? Y, sobre todo, que no se le hable de Laura de esta manera. No necesita que se le alimente el enfado que ya tiene con ella, que no es poco. De lo contrario jamás hubiera pedido que no se la llamara.

Claudia puso su mano sobre la que yo tenía en su hombro y apoyó su cabeza en el mío.

—Tienes razón, Maica, perdona.

—No tienes que pedir disculpas. —Dije con un tono de voz comprensivo y suave.

Su hermano, entre tanto, también nos observaba con una sonrisa tierna en el rostro.

—¿Ni siquiera se ha puesto en contacto con vosotras para pedir disculpas?

—Preguntó Clau, en referencia a Laura.

Contesté con una negación de cabeza y un sonoro suspiro.

—Pero no pasa nada, te aseguro que lo suyo con Fernando no va a acabar bien y eso le servirá para darse cuenta de muchas cosas.

—¿Vas a perdonarla cuando eso pase? —Preguntó un poco más calmada.

—Sí... No es una mala persona, solo se ha equivocado. —Miré a Óscar, quien me devolvió también la mirada y continué—: Yo sé muy bien lo que es eso.

Ambos esbozamos una cálida sonrisa.

Claudia, sin percatarse de ello, interrumpió nuestra conversación silenciosa con sus palabras.

—Tal vez tengas razón, pero a mí me cuesta después de todas las cosas fuertes que os dijo.

Yo le di un beso en la sien.

—Solo necesitas tiempo. Estoy segura de que en un momento dado tú también la perdonarás.

En ese mismo instante, el móvil de Óscar sonó y, tras mirar la pantalla, volvió la atención a nosotras.

—Rubén dice que Andy ya puede recibir visitas. —Se levantó— Vamos.

—¿Y la piscina? —Preguntó su hermana.

—Trabajo de tarde hoy. —Contestó él, mientras se encaminaba hacia su habitación, no sin antes darme un toque juguetón en la nariz con el dedo al pasar por mi lado.

Cuando Claudia y yo nos quedamos solas, escuché su voz en un susurro solo audible para nosotras, diciendo:

—Bueno, bienvenida a la familia, cuñi.

De camino al hospital, yo no paraba de mirar la pantalla de mi móvil con enfado. Después de cargarlo, lo había encendido y tenía mil llamadas de ese puerco degenerado llamado Kevin, además de algún que otro mensaje:

KEVIN: *Maica tenemos que hablar, no puedes dejar las cosas de esta forma y no darme la oportunidad de explicarme.*

No necesitaba explicaciones de alguien tan rastroso y mentiroso.

Miré el siguiente mensaje que me había mandado.

KEVIN: *No vas a poder seguir huyendo de mí eternamente, en algún momento tendremos que hablar las cosas.*

<<Lo mismo te meto una patada en todos los cataplines, por malnacido.>> Pensé, mientras continuaba al siguiente, todavía apretando más y más el ceño.

KEVIN: *Te aseguro que más tarde o más temprano hablaré contigo. No volveré a Sevilla sin que hayamos tenido una conversación.*

Solté un sonoro bufido que no pasó desapercibido, ni para Óscar, ni para su hermana.

¿¡Qué cojones tenía que hablar conmigo!?

No había explicación para lo que había hecho y punto.

Óscar me miró de reojo mientras conducía.

—¿Es él?

Asentí con la cabeza, molesta. No le iba a negar la verdad.

Puso una cara de evidente disgusto y Claudia dejó de mirar por la ventana, centrando la atención en nosotros desde el asiento de atrás.

—¿Quién es él?

De nuevo la bestia sedienta de cotilleo que llevaba dentro salió a relucir.

—Kevin... —Contesté, pues no tenía ningún problema en que lo supiera.

—Ah, bueno, me tendréis que explicar unas cuantas cosas, porque vuestra expresión dice claramente que es una persona ‘non grata’ para vosotros.

—Sonrió levemente— De Óscar lo comprendo, pero tú, me extraña Maica. Siempre lo has puesto por las nubes.

—No es más que un cabrón sin decencia. —Escupí, provocando que abriera los ojos como platos.

—No, en serio, ¿qué ha pasado?

Mis ojos no pudieron evitar humedecerse, más por la decepción de haberme dado cuenta de que Kevin no solo no había sido honesto, sino que tampoco había sido un buen amigo, y giré la cabeza rápidamente para evitar que me vieran así.

Óscar, que pareció notarlo, me cogió la mano con la que tenía libre en ese momento, dándome un rápido, pero leve apretón, indicándome en silencio que no pasaba nada porque me sintiera así.

Sabía que Kevin había sido importante para mí y lo respetaba.

Eso hacía que viera más la bondad que había dentro del corazón de ese hombre que al principio me había parecido lo peor de este mundo, cuando lo peor lo había tenido viviendo en Sevilla por años y ni me había dado cuenta.

Por lo menos Óscar siempre se había mostrado abierto, gustara o no gustara. ¡Qué tonta había sido casi al escoger a Kevin por encima de él!

Afortunadamente había rectificado a tiempo, aunque también es verdad que había llegado al punto de casi perderlo.

Claudia dejó de insistir, algo que agradecí en silencio.

No era el momento de hablar de eso, menos en el estado que me encontraba.

Cuando llegamos al hospital, lo primero que hicimos fue ir a saludar a Rubén, quien rápidamente nos informó de en qué planta estaba Andrea, pero que solo dejaban pasar a dos personas.

—Anda, id vosotras. —Dijo Óscar, dándome un beso en la frente.

Yo le pasé una mano por el rostro.

—Gracias. —Sonreí.

Rubén se estaba sacando un café de la máquina, era obvio que no había pasado una buena noche.

Claudia ya estaba en las puertas que daban al pasillo que iba hacia los ascensores, cuando se giró y nos vio:

—Venga tortolitos, dejarlo para luego.

Yo negué con la cabeza y sonreí.

—Te veo más tarde. —Le dije a él.

—Ya estoy contando los minutos. —Me acaricié la barbilla.

Inmediatamente me marché junto con Claudia por el pasillo del hospital.

En lo que íbamos a los ascensores, le hice un pequeño resumen de lo que me había ocurrido con Kevin, pero fue más que suficiente, pues tenía el rostro desencajado y enfadado.

—¡Menudo mal nacido! —Escupió con desdén.

Estábamos ya subiendo a la planta dónde tenían las habitaciones, junto con otras personas que parecían ir también de visita.

—¿Ves por qué no puedo condenar a Laura? Yo casi cometo el peor de los errores con tu hermano. Sería muy hipócrita por mi parte no perdonarla después de que sé a la perfección lo que es estar cegada por alguien como una tonta.

Claudia se quedó mirando la espalda de una señora que tenía delante, pero como si no la viera.

Más pronto que tarde asintió.

—Sí, ahora lo entiendo mejor.

Tan pronto como pudimos salir de aquel cuadrado en el que apenas se podía respirar por toda la gente que había, nos dirigimos a la habitación donde estaba nuestra amiga.

—Es la ciento ocho. —Recordé en voz alta.

—¡Allí está! —Señaló Claudia.

Tan pronto como entramos en la estancia, se me cayó el corazón a los pies.

Andrea estaba muy pálida, miraba con un semblante débil y triste hacia la ventana. Su mano, con una vía para el gotero, descansaba sobre su abdomen, cubierto por la sábana de la cama del hospital.

—Andy... —Llamé con una voz débil para que se diera cuenta de que estábamos allí.

Tan pronto como nos vio, se incorporó y abrió los brazos, echándose a llorar.

Fuimos corriendo hasta ella y la abrazamos, teniendo cuidado de no lastimarla.

—Lo siento... lo siento mucho... Siento no haber dicho nada de lo que me pasaba. — Sollozaba con fuerza.

Yo le acariciaba el pelo con ternura.

—Tranquila mi niña, ya estamos aquí, y no vas a volver a sentirte sola nunca más.

Andy me miró con ojos cargados de dolor.

—Mis padres ni siquiera se han dignado a venir.

Yo le pasé mis dedos pulgares por el rostro, tratando de limpiarle el llanto que no cesaba en caer sin descanso.

—Lo sé, pero no te rindas. Tú eres una mujer ahora y no les necesitas, nunca lo has hecho.

Andy sorbió por la nariz y Claudia le tendió un pañuelo.

—Pero duele mucho no tener una familia que te quiera. —Dijo con un hilo de voz, sin dejar de llorar y tomando el pañuelo para limpiarse.

—No digas eso. —Contestó Claudia— Nos tienes a todos nosotros. No solo somos tus

amigos, también somos tu familia y estamos ahí para ti.

Yo asentí, dándole más apoyo a las palabras de nuestra amiga cuando Andrea me miró, como si buscara ver que estaba de acuerdo.

—Y vamos a estar aquí para todo lo que necesites, siempre. —Añadí.

Se notaba que estaba pasando por un momento sensible y muy difícil.

Volvió a echarse a llorar, esta vez de la emoción, y nos abrazó con fuerza.

Cuando nos separamos, Claudia se sentó en el sillón que había en la habitación y yo en el borde de la cama del hospital.

—Y ahora cuéntenos, ¿qué te ha dicho el médico? —Quise saber.

Ella miró las manos en su regazo, estaba un poco nerviosa.

Luego terminó de limpiarse los restos de lágrimas que le quedaban en la cara.

—Dice que tengo que hacer una terapia psicológica y que van a ver en qué grado estoy. Seguramente comiencen a medicarme también.

Asentí con la cabeza, mientras escuchaba, y le puse mi mano sobre la suya, calmando su nerviosismo.

—Sabes que vamos a estar contigo en todo el proceso y en lo que necesites. No te vamos a dejar sola. —Sonreí con la esperanza de poder transmitirle algo de serenidad a su alma atormentada.

Me dolía, y bastante, que mi amiga se viera en esa situación, pero fui completamente sincera cuando le dije que no iba a dejarla pasar por toda esa situación sin mi compañía.

Había pasado por mucho sin nadie a su lado que supiera de su problema.

Ahora que era consciente de lo que le ocurría, iba a estar a su lado.

Parecía que con mi gesto había conseguido que se le dibujara una sonrisa en el rostro y eso me llenó el corazón.

Me acerqué levemente y le di un beso en la frente.

Quería transmitirle todo el amor que pudiera, todo el que sabía que necesitaba y que yo podía darle como su mejor amiga que soy.

—Bueno, cambiando de tema, ¿cómo fue con...? —Andy miró de reojo a Claudia— Con quien ya sabes. ¿Conseguiste hablar con él?

—No hace falta que ocultes el nombre del susodicho. —Agregó esta última, mientras hizo como que se sacudía el polvo del pantalón— Sé perfectamente que estás hablando del asqueroso de Kevin.

—¿Asqueroso? —Se sorprendió Andy y me miró. Yo asentí con la cabeza— ¿Pero se puede saber qué es lo que ha pasado?

Me rasqué la frente.

—Es algo largo de contar.

Ella se encogió de hombros.

—Como podrás ver tengo todo el tiempo del mundo ahora mismo, Maica.

Como pude y con algo más de profundidad que de la forma en que se lo había relatado a Claudia, conté todo lo que pasó con Kevin y las mentiras tuyas de las cuales me enteré.

Tampoco me corté en contar todo lo acontecido con Óscar desde que me lo encontré bajo el torrente de lluvia hasta el momento.

La hermana de él se empezó a reír en ese mismo momento con algo de picardía, mientras se mordía la uña del pulgar.

—Y que lo digas... Me los he encontrado esta mañana a punto de...

—¡Maica! —Andy hizo una “O” enorme con la boca, mientras me miraba y sonreía.

Rápidamente yo corté a esas dos y, en especial a Claudia, la fulminé con la mirada.

—No es como esta mal pensada cree. —Dije— Solo me estaba haciendo cosquillas.

Andy alzó una ceja y se rio con incredulidad.

—Ya... cosquillas con intenciones.

Ambas estallaron en carcajadas.

—Oh, ¡callaos! —Exclamé, pero no pude evitar contagiarme de sus risas.

Y debo admitir que, después del miedo que había tenido por Andrea y de haberla encontrado tan abatida cuando habíamos cruzado el umbral de la puerta de la habitación, era refrescante verla reírse como si no hubiera sucedido nada.

—La verdad es que no ha pasado nada. —Les conté un poco más tarde.

—A ver, ¿me estás diciendo que te has metido en la cama con el socorrista y que no te ha sujetado con su corcho?

Negué con la cabeza.

Andy miró a Claudia, las dos tenían la misma expresión de sorpresa.

—A ver, chicas, no es que me entusiasme demasiado hablar del corcho de mi hermano, pero es difícil de creer que no haya intentado hacer nada.

—Pues os juro que así ha sido, dice que quiere hacer algo especial. —No pude evitar sonrojarme.

—¡Ah! Pues eso ya es otra cosa. —Dijeron ambas al unísono.

Las dos se miraron de nuevo y volvió a estallar el festival de carcajadas.

Pero más pronto que tarde, la sonrisa y la diversión en los ojos de Andy se apagó cuando enfocó la vista justo por detrás de mí, aparentemente a la puerta.

Me di la vuelta para así ver a quién estaba mirando de esa forma y no pude evitar ahogar una exclamación.

Laura estaba en el umbral con un ramo de flores blancas y una expresión insegura y abatida en el rostro.

—¿Puedo pasar?

La pregunta murió en el aire y al mismo tiempo en nuestro cerebro.

Ninguna podíamos creer que estuviera allí.



22. LA VERDAD

—¿Quién demonios la ha llamado? —Andy comenzó a enfadarse y me miró directamente, como si sospechara que podía haber sido yo.

Negué rápidamente con la cabeza, no entendía por qué demonios pensaba eso cuando tampoco me sentó bien lo que hizo en su fiesta de cumpleaños.

La mirada acusadora, o más bien asesina en ese momento de Andrea, fue a parar a Claudia, que también se limitó a negar haberla llamado.

—Vaya, entonces no ha sido nadie. —Escupió, bufando todavía más cabreada.

—He sido yo. —Dijo la voz de Rubén, apareciendo por detrás de Laura, que se estaba mirando los pies con un semblante muy apagado y triste.

Andy apretó el ceño y negó con la cabeza.

—Te dije que no lo hicieras. Además, ¿no se supone que solo pueden estar dos personas?

—Y yo te dije que ahora más que nunca necesitas a tus amigas... a todas.

—Subrayó esas últimas dos palabras con un tono más firme— Y el personal sanitario a accedido a que pasara y que yo la guiara. —Aclaró.

Andy señaló la figura de Laura.

—Esa es de todo menos mi amiga. Y me parece mentira que después de que su estúpido enamorado provocara la pelea entre nosotros en mi cumpleaños y ella lo defiende, la llames para que venga a verme en mi peor momento. —Dirigió la atención a la menos que bienvenida ex amiga y escupió— ¿Has venido a burlarte? ¡Oh, no! Tal vez has venido a ver si averiguas si me estoy muriendo y así puedes darle la gran noticia a tu amorcito, ¿verdad? ¿Para eso has traído esas flores? Pues, aunque te joda saberlo, estoy viva y seguiré viva.

No pude evitar ahogar una exclamación al escucharla, abrir los ojos como platos y mirar en dirección a Laura, la cual se dio la vuelta y se marchó a toda velocidad.

Yo me levanté de la cama, pero Andrea me detuvo con sus palabras.

—Déjala que se vaya, Maica, y que se lleve sus putas flores con ella. Las necesitará cuando ese cerdo del Fernando le mate a ella el corazón y las ilusiones.

La miré por un momento con reprobación, pero no me quedé a decir nada, no quería arriesgarme a que Laura se me escapara.

Me fui por la puerta a toda prisa, buscándola con la mirada, para ver si la veía.

Por suerte para mí, la encontré saliendo por las puertas correderas del hospital.

—¡Laura! —Llamé.

Ella se paró en seco y se dio la vuelta lentamente.

—¿Qué? ¿Has venido a decirme que no vuelva a pisar nunca más este hospital? Tranquila, me ha quedado bien claro, gracias.

Me limité a detenerme frente a ella, negar del todo con la cabeza y decir:

—No, precisamente he venido a decirte lo contrario.

Me miró sin entender.

Me resultó extraño verla tan ojerosa. Era evidente que se había ido de la habitación de Andy llorando, pero lo que me dejó verdaderamente sin palabras fue que ya tenía los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando por días. También la vi más delgada que en el cumpleaños de nuestra amiga.

No pude evitar que aquello me diera mala espina y me preocupara.

—Laura, Andrea nos necesita a todas, tal y como ha dicho Rubén. Eso también te incluye a ti. Sigue enfadada, pero se le acabará pasando cuando vea que no te rindes y que sigues estando para ella cuando te necesita. —Mi voz salió calmada.

Su garganta deglutió con algo de dificultad.

—¿Acaso tú no estás enfadada conmigo? Me pasé más contigo que con nadie...

Suspiré antes de responder.

—No, porque yo sé lo que es que alguien a quién has idolatrado por años y no te hacía caso, al final te lo haga y no puedas ver más allá que lo que consideras perfecto de esa persona. —Miré hacia otro lado al recordar a Kevin y no pude evitar que mi lengua se desatara— Aunque todo fuera solo una fantasía de tu mente...

Estaba asimilando que le había contado eso a una amiga a la que no veía desde hacía tiempo y con la que no había tenido contacto desde que se comportó como una idiota, cuando ella me sorprendió confesando:

—Eso es justo lo que me ha pasado a mí.

Mis ojos volvieron en su dirección con la sorpresa reflejada en estos.

Vale, me esperaba que Fernando se la acabara jugando, pero... ¿tan pronto?

—Vosotras teníais razón... —Admitió con vergüenza y a punto de echarse a llorar de nuevo — Era un gilipollas que lo único que buscaba era divertirse conmigo una noche.

—Pero, ¿qué dices? —Me quedé con la boca abierta de par en par.

Laura asintió con pesar y las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

—Me sorprende que no te hayas enterado ya.

—¿Por qué? —Quise saber, frunciendo el ceño.

—El tío ha ido diciendo por ahí que soy una guarra en la cama.

Al escuchar eso, sentí como una furia intensa galopaba en mi interior como si se tratara de una manada de caballos. ¿¡Quién cojones se había creído que era!?

Sí, Laura se había portado muy mal con nosotras el día del cumpleaños de Andy, pero eso no hacía que me gustara lo que le había pasado, ni mucho menos que le deseara algo así.

—Maldito gusano miserable y apestoso. —Siseé, apretando los dientes.

Laura se llevó las manos a la cara.

—¡Siento tanto haber sido tan estúpida! —Sollozó con fuerza— Me porté fatal con vosotras, fui tonta... No os lo merecíais y lo siento tanto... No sé si podréis perdonarme algún día, pero no quiero perderos.

Si os digo la verdad, no pude evitar dejarme llevar por el corazón.

Me acerqué más a mi amiga y... la abracé.

Ella me devolvió el abrazo y siguió llorando con la cabeza escondida en mi hombro.

—Vamos, Laura, tranquila. Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. — Intentaba consolar— Yo no he sido menos tonta que tú, te lo aseguro.

Levantó la cabeza y me miró mientras sorbía por la nariz y trataba de limpiarse las lágrimas

con las palmas de sus manos.

—¿Qué quieres decir con eso? —Preguntó.

Negué con la cabeza levemente.

—Ahora no creo que sea el momento para contártelo.

—¿Kevin te ha hecho algo? —Insistió.

Clavé mis ojos en los suyos para ver si podía ver la respuesta a través de estos.

Parece ser que sí, porque enseguida su expresión cambió de triste a estupefacta.

—Pero no pasa nada. —Agregué— Solo me ha decepcionado como amigo. En realidad, iba a decirle que me ponía como una moto un socorrista arrogante que había conocido de malas maneras en la piscina.

Conseguí mi propósito y ella se carcajeó levemente.

—Parece que ahora sí que has aceptado lo que sientes por Óscar.

Me encogí de hombros.

—Estamos viendo a ver qué pasa.

Todo su semblante se iluminó y me dio un leve toque en el hombro, comportándose de nuevo como la amiga que tanto conocía.

—¿Pues cómo va a ir? Seguro que fenomenal, desde el principio se notó la química que tenéis.

—Sí, aunque esa química fuera explosiva. —Me reí de mi propio comentario.

Laura alzó una ceja con una expresión pícara.

—¿Y acaso las mejores historias de amor no son las que empiezan con un poco de bombardeo?

Nos miramos sin decir nada, solo con una sonrisa en la cara.

Eso era lo bueno de tener unas amigas como Andy, Claudia y Laura, con solo una mirada ya lo decías todo sin necesidad de palabras, y éramos capaces de entendernos con un simple gesto.

—Creo que la mejor conexión siempre la he tenido con vosotras. —Dije.

Sus ojos se volvieron a humedecer en ese momento.

—Lo mismo me pasa a mí, lástima que ahora haya perdido todo lo que me importa por idiota.

Yo la abracé con fuerza.

—A mí no me has perdido y a Andy tampoco. Ella solo necesita un poco más de tiempo... Ha pasado por mucho.

Sentí como Laura escondía la cara en mi hombro.

—¿Cómo no pudimos darnos cuenta de lo que le estaba pasando?

—Esa misma pregunta me la hice yo al principio, pero realmente cuando piensas las cosas en frío, te das cuenta de que era imposible que supiéramos lo que pasaba. —Suspiré, luego me separé un poco de ella— Intentaré hablar con Andy y hacerla entrar en razón.

Me devolvió una mirada preocupada.

—No quiero presionarla, Maica.

—No es presión. Te prometo que lo haré con calma, pero está muy enfadada y hay que hacerla entrar un poco en razón.

Los ojos de Laura se desviaron al suelo.

Realmente se la veía muy arrepentida.

—Creo que la que tiene más razonamiento es ella, Maica. No me merezco otra cosa después de cómo me comporté.

—Todo el mundo merecemos una segunda oportunidad. —Agregué con seriedad, como si

tratara de transmitirle que no aceptaba ningún tipo de réplica a eso.

Tras despedirnos, fui a la habitación a ver cómo estaba la refunfuñona de Andy.

Óscar y Rubén estaban en la habitación.

—¿Dónde está Claudia? —Pregunté.

—Ha ido a la cafetería. —Contestó Óscar, mirándome con una sonrisa en los ojos.

—¿Ya se ha ido a tomar por culo la traidora esa? —La voz enfadada de Andy se hizo patente.

—Andy... —Fui a decir algo más, cuando mi móvil comenzó a sonar. Miré y el nombre de contacto “papá” salió en la pantalla— Disculpad. —Salí de la habitación y cogí el móvil en el pasillo mientras me encaminaba de nuevo hacia la salida. — ¿Sí?

—¿Maica? Hija, ¿dónde has estado?

Su tono de voz era preocupado.

—Perdona, papá. Se me ha olvidado avisarte esta mañana, pero es que Andy está ingresada en el hospital.

—¿Qué? —Se hizo un leve silencio al otro lado del altavoz.

—Sí, ya te contaré con más detalle, pero tuvieron que ingresarla ayer por la tarde y me enteré por la noche. Como no podía visitarla hasta que no le dieran una habitación, he venido ahora y entre unas cosas y otras se me ha ido el santo al cielo.

—¿Por eso no pasaste la noche con Kevin en el hotel? ¿No crees que al menos deberías de haberle avisado?

Apreté el ceño en ese momento.

—Papá, ¿cómo sabes que no estuve con Kevin anoche?

—La pregunta más bien es, si no has pasado la noche en el hospital, ¿dónde has estado, Maica?

Miré hacia el interior del hospital y me quedé mirando por unos instantes al personal sanitario que pasaba de un lado al otro.

—Sé que ya eres mayorcita, hija, pero igual me preocupo por ti y porque te haya pasado algo... —Añadió él.

En ese momento no pude evitar sentir que la irritación corría por mis venas.

—Entonces dime cómo te has enterado de que no he pasado la noche con Kevin.

—Pues porque ha venido aquí a buscarte y cuando le he dicho que yo pensaba que estabas con él, me ha dicho que te fuiste anoche del hotel y que no había vuelto a saber nada de ti.

¡Será hijo de...!

Los insultos murieron en lo más profundo de mi mente y un gran sentimiento de frustración e impotencia creció en lo más hondo de mi pecho.

—Ya, y supongo que habrá omitido los motivos... —Dije, sin ocultar mi irritación.

—Hija, que te hayas peleado con él es irrelevante. Lo has tenido muy preocupado toda la noche.

Aquello me hizo soltar una carcajada sarcástica.

—Ya, claro, porque seguro que es mi seguridad la que le preocupa. —No disimulé absolutamente nada la ironía en mi voz.

Mi padre se quedó mudo por unos segundos.

—¿Qué ha pasado, Maica? —Preguntó tras una pausa que pareció interminable.

—Lo que pasa es que es un cerdo que me ha estado engañando todo este tiempo, papá, que encima se atreve a ir a buscarme después de todo lo que ha hecho y preocuparte a ti, dejándome a mí como una desconsiderada que se ha ido del hotel como si nada. Él sabe perfectamente por qué

me fui, lo sabe de sobra.

—Expliqué— Al igual que sabe el motivo por el que no le cojo el maldito teléfono, y si cree que presionándome a través de ti va a conseguir algo, está muy equivocado.

—¡Pero, hija...! —Exclamó, angustiado, estaba que no se lo creía— ¿Por qué hablas así de él? ¿Qué te ha hecho, cariño?

Suspiré.

Lo que menos quería era que se pusiera nervioso, sabía que eso no le hacía bien, pero también era consciente de que, si no hablaba, si no le daba una respuesta, se iba a obsesionar con ella, aunque no me dijera nada para no molestarme.

A fin de cuentas, como bien había dicho, aunque fuera adulta y lo respetara, eso no impedía que como padre se preocupara por mi bienestar.

—Papá, Kevin no es la persona que pensábamos que era, no es el hombre de reputación intachable como yo lo tenía en mi mente, estuve muy equivocada. Además, han pasado cosas que no sabes, pero no quiero que te preocupes porque son cosas que he sabido resolver perfectamente. Lo único que queda un poco en el aire es que no quiero que ese asqueroso e indeseable vuelva a saber de mi persona.

Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo por no preguntar los detalles.

—Perdona que no te lo cuente todo ahora, pero estoy en el hospital y creo que es algo que debo decirte cara a cara, ya que quiero que lo comprendas todo.

—Está bien. —Accedió— Confío en ti, Maica. Siempre lo he hecho y esta no va a ser la excepción. ¿Te parece bien que cuando termines en el hospital con Andrea, no veamos en el bar que hay debajo de casa para tomar algo, y me lo cuentas tranquilamente?

—Me parece perfecto. —Sonreí, agradeciendo en silencio el padre tan maravilloso que me había tocado— Luego te veo entonces.

—Vale... Y Maica...

—Dime.

—Sin más secretos, por favor. —Pidió.

—De acuerdo.

—Te quiero. —Dijo él.

—Y yo a ti.

Luego colgamos y regresé a la habitación del hospital, donde les pedí a los chicos que me dejaran a solas con Andrea para también tener una conversación en la que intentaba ablandarla con respecto a Laura.

Al principio me costó lo mío, ya que estaba empujada en no perdonarla en la vida.

—Todos cometemos errores, Andy. Mismamente tú estás aquí ingresada por uno. ¿Consideras que mereces una segunda oportunidad?

Eso la hizo reflexionar.

—Necesito tiempo... —Dijo por fin, comenzando a ceder.

—Y lo tendrás. Solo te pido que lo medites bien y no te dejes llevar por tu enfado. Sabes que Laura no es una mala persona. —Sabía que con esas palabras había terminado de tocar su corazón, pero tras darle un beso en la sien, me marché. Tenía que hablar con mi padre, y Óscar debía regresar para ir a trabajar.

Al rato ya estábamos en el coche de vuelta a casa.

Rubén seguía queriendo quedarse en el hospital y había pedido permiso en la piscina para tener el día libre. Era admirable la forma en la que cuidaba de Andrea.

Desde luego, y a estas alturas de la historia, ya tenía ganas de que se declararan el uno al

otro.

Tras despedirme de Claudia y Óscar, de este último con un beso en los labios, por supuesto, me fui de camino hacia el lugar donde había quedado con mi padre, primero pensando en hacer una parada en mi casa antes.

Estaba meditando el cómo comenzar a contarle todo al hombre más importante de mi vida, cuando escuché, en una de las calles que hacían esquina a la mía, unas risas burlonas y la voz de una mujer que me resultaba familiar, peleándose con alguien.

Cuando centré mi atención en aquel lugar, ¡no me lo podía creer!

¡Era Laura! Estaba frente a los amigos de Fernando y del mismísimo engendro del diablo ese.

Mientras ella le reprochaba su engaño y cómo la había tratado, el muy imbécil se dedicaba a humillarla todavía más.

—¡Eres un miserable! —Gritó Laura— Yo creí en ti, me peleé con mis propias amigas y a la hora de la verdad solo habías hecho una apuesta con estos malnacidos. Pero ninguno, ¡absolutamente ninguno de ellos!, ha resultado más miserable que tú, que has sido el ejecutor de toda esta mierda.

Fernando fue cara a ella y, sin ningún tipo de escrúpulo alguno, escupió:

—¿Y de verdad crees que me fijaría en ti para algo más serio que echarte un par de polvos? No eres más que una arrastrada. La única manera que tenía de quitarme de encima tu cargante y acosadora presencia era dándote lo tuyo de una vez. —La miró de arriba abajo con vulgaridad— Las golfas como tú no sirven para otra cosa.

Al escuchar aquello, sentí como el calor abrasador y potente de la ira se me subía hasta la coronilla.

Pero ese mierda... ¿¡quién cojones se creía que era!?

Laura no pudo evitar llorar y él se rio en su cara de sus lágrimas.

—¿Ves lo que te digo? Eres patética. Nadie te tomaría en serio, jamás.

¡Se acabó! Saqué el móvil, recordando lo que Laura me había contado que había ido diciendo de ella y lo puse a grabar, guardándomelo en el bolsillo con la cámara apuntando hacia esos miserables.

Luego caminé con una rabia de los mil demonios hasta allí, pero la bofetada que ella le dio a Fernando me detuvo en seco por un instante.

Solo un instante, porque luego vi como él se acercó y la agarró de mala manera del brazo, sacudiéndola como si no fuera más que una muñeca de trapo.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —Exclamé con los mil demonios internos revoloteando en mi interior y manifestándose delante de todos aquellos canallas, los cuales, por cierto, no habían dejado de reírse en ningún momento.

—Cuando quieras, Laura, puedes hacerme a mí en la cama todo lo que le hiciste a Fernando. —Se le ocurrió soltar a uno de esos degenerados.

No me hizo falta más...

Inmediatamente fui hacia él con la sangre en ebullición y le di una patada en el centro de su anatomía.

Mientras el tipo se retorció de rodillas en el suelo por el dolor y me llamaba de todo, menos guapa, miré a los demás y grité:

—¿¡Algún payaso más de vosotros que quiera unirse al club de las nueces cascadas!?

Todos se callaron e inmediatamente mi atención pasó a Fernando, quién no quitaba su maldita sonrisa burlona de la cara.

Laura intentaba que la soltara y, por las muecas que hacía, era evidente que le estaba apretando el brazo y le estaba haciendo daño.

—O sueltas a mi amiga...

—¿O qué, mafiosa de turno? —Me retó.

Yo le hice un gesto con la cabeza en dirección al amigo de él que estaba en el suelo, todavía lamentándose de su comentario, mientras se agarraba todo su centro como si eso le fuera a quitar el dolor.

—O vas a acabar peor que este gusano asqueroso. —Amenacé.

Él comenzó a reírse a carcajadas.

—Lo que me faltaba, ¿quién te crees que eres? ¿*Wonder Woman*?

No hicieron falta contestaciones, su provocación hizo que fuera directa a él y le pegara un puñetazo en la nariz.

Fernando soltó de inmediato a Laura, que estaba con el rostro húmedo y los ojos abiertos de par en par, sin poder creerse lo que estaba pasando.

Él emitió un quejido y se llevó la mano a la cara.

—Hija de...

No le permití terminar la frase, le pegué la patada en el punto rojo de dolor de los hombres con bastante más fuerza que a su amiguito.

Luego cogí a mi amiga de la mano, miré a ese asqueroso y le dije:

—No soy *Wonder Woman*, pero antes de volver a meterte con una amiga mía y burlarte de ella, no olvides que sé cómo tumbar a un hombre, por mucha fuerza que se crea que tenga.

Y escupí en el suelo frente a él, como un gesto para demostrarle la clase de basura que me parecía.

—¿Qué se siente ahora que te ha tumbado una chica, gilipollas? —Devolví la humillación y luego miré a los amigos del susodicho que estaban alucinando. Ni corta, ni perezosa, añadí—: ¿Qué pasa?, ¿ya no os reís tanto?

Desde el suelo y con la voz ahogada por el dolor, Fernando dijo:

—Me las vas a pagar, Maica...

Yo estiré la mano ante él e hice como que me temblaba.

—Mira el miedo que te tengo. —Y acto seguido, le saqué el dedo de en medio, me di la vuelta y me dispuse a marcharme, pero me detuve y volví a mirarlo con una mueca de desprecio —: Ah, por cierto... —Cogí mi móvil y finalicé la grabación, sacudiéndolo después ante los ojos de él— Lo he grabado todo, hasta tu amenaza... O retiras todo lo que has dicho de mi amiga por ahí, o la prueba de que eres un cabrón sin escrúpulos que usa a las mujeres y las maltrata, además de la humillación que debe ser para ti el haber caído ante una chica, va a circular por todo Collado Villalba y te vas a tener que mudar de este pueblo a dónde no se te reconozca. Tal vez incluso tendrás que largarte de España si rula por todo internet, porque todo el mundo se va a enterar de lo mierda que eres.

No le permití ni que me contestara, sabía que la prueba que había grabado de todo lo que le había hecho a Laura era suficiente para que moviera el culo y lavara la imagen que había dejado por los suelos de mi amiga.

Ambas nos fuimos de allí, yo abrazándola por los hombros.

—Gracias, Maica... —Susurró ella, llorando.

Una vez estuvimos fuera de la vista de esos chimpancés, la estreché en mis brazos.

—No tienes que agradecerme nada. Nunca permitiré que nadie te haga daño.

—Después de todo lo que te dije... —Sorbí por la nariz, su semblante era triste y

arrepentido.

La cogí de la cara e hice que me mirara.

—Ya te dije que yo sé lo que es equivocarse y que pienso que todos merecemos otra oportunidad.

Laura sonrió y me abrazó con más fuerza.

—¡Mil gracias, Maica! —Se emocionó— Te juro que nunca más volveré a tropezar con la misma piedra.

—Eso espero... —Dije— Deja atrás cualquier piedra que se llame Fernando, por favor.

Ella se carcajeó:

—Eso por descontado. —Luego me miró y suspiró con pesar— El que no creo que me perdone es Ángel... Lo que hice con él para atraer la atención de Fernando no tiene nombre. Yo también lo usé, y ahora sé lo que es que la persona que te gusta te utilice.

La miré fijamente.

—Creo que si le dices que te has dado cuenta de tu error, que lo has pagado con creces y que estás arrepentida, te perdonará. —Aconsejé.

—¿Y si no lo hace? —Se preocupó.

—Entonces solo déjale tiempo como a Andrea para que comprenda que nadie es perfecto y que todos cometemos errores.

Laura volvió a suspirar y asintió con la cabeza.

Yo esboqué una sonrisa tierna.

—Por fin te das cuenta de quién te ha valorado de verdad.

—Sí... —Reconoció— Lástima que sea tarde.

—¿Y quién te dice que es tarde?

Las dos nos giramos hacia esa voz masculina.

Ángel estaba ahí plantado y parecía que nos había escuchado.

Miré a Laura, que también me devolvió la mirada.

Con una sonrisa en los labios y haciendo un movimiento de cejas, susurré:

—Me parece que ya has dicho todo lo que necesitaba oír. Anda ve.

Laura me dio un beso en la mejilla, abrazándome por última vez con fuerza.

—Gracias por todo, Maica.

—Gracias a ti por espabilar. —Contesté.

Los dejé solos para que hablaran y fui casi corriendo hacia mi casa.

Ya me había retrasado mucho y era probable que mi padre estuviera esperándome en el bar desde hacía bastante rato, pero antes necesitaba hacer esa parada urgente en mi casa para coger algo de dinero.

Estaba abriendo la puerta del portal, cuando otra voz, que en otro tiempo adoraba, pero ahora era más que desagradable para mí, sonó a mis espaldas:

—Ya pensaba que nunca más ibas a aparecer.

Me di la vuelta despacio, dándole la cara al hombre que salía de su costoso coche y me miraba con mucha seriedad.

—Lo que me faltaba ya... Encima de puerco, acosador. —Escupí— ¿Qué cojones quieres?

Kevin dio un paso hacia adelante, dejando de lado mis insultos, y contestó:

—Sabes que no soy el único que ha estado ocultando cosas, Maica... Así que quiero que nos digamos la verdad.

Aunque mi mirada estaba fija sobre la suya, sentí como el corazón se me subía a la garganta y un nudo en mi estómago amenazaba con asfixiarme de un momento a otro.



23. CARTAS SOBRE LA MESA

Me di la vuelta de inmediato e intenté volver a abrir la puerta del portal para meterme dentro cuanto antes.

No quería hablar nada con él, no podía...

Sin esperármelo, la mano de Kevin me agarró la muñeca y me apartó la mía de las llaves.

Yo tiré de mi brazo hecha una furia.

—¡No me vuelvas a tocar en tu vida! —Exclamé.

Kevin me miró entrecerrando los ojos y alzando una ceja.

—¿De verdad vas a ser tan hipócrita, Maica? —Escupió.

Mi ceño se frunció.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Kevin hizo un asentimiento irónico con la cabeza, mientras esbozaba una sonrisa igual de sarcástica.

—Ya... déjame que te refresque la memoria, ¿quieres? Medirá metro ochenta y cinco aproximadamente, tiene el pelo corto y castaño y de vez en cuando va vestido con una camiseta blanca con la palabra “S.O.S” escrita en la espalda. Ah, y lleva puesto un bañador rojo. Además, justamente trabaja en la piscina donde sueles ir con tus amigas...

Al ser consciente de que hablaba de Óscar, me quedé muda y tragué el nudo que tenía en mi garganta con dificultad.

¡Ay, ay, ay! Me daba a mí que sabía más de lo que yo me imaginaba, pero, ¿cómo?

Yo no había alcanzado a confesarle nada durante la cena.

Mi silencio debió de ser más que revelador para él, que añadió:

—¿Ves cómo aquí no solo soy yo quién tiene que ser sincero? ¿De verdad pensabas que no me enteraría de tu debilidad por los socorristas?

Estaba a punto de preguntarle cómo se había enterado si yo no se lo había dicho, pero en lugar de eso, dije:

—No es lo mismo. Tú y yo ni siquiera habíamos formalizado nada, y cuando empezaste tu juego de seducción conmigo, ya hacía mucho tiempo que existía esa novia con la que vives en Sevilla. Además... —Inspiré profundamente antes de agregar—: Sé perfectamente que no es la primera vez que lo haces.

Kevin soltó una carcajada amarga.

—Ya, porque, seguro, te lo ha dicho tu querido socorrista. —Se encogió de hombros. Yo aluciné con su falta de escrúpulos. Jamás hubiera pensado que mi mejor amigo, aquel al que creía conocer como a nadie, fuera tan frívolo— A estas alturas no me extraña. Seguro que te fuiste a su camita para que te sirviera como consolador y socorriera tu corazón roto.

—¿Has venido a que nos digamos las verdades o a burlarte? —Sentía que ya me estaba bullendo de nuevo la ira en las venas.

—Digamos que un poco de ambas cosas. —Ahogué una exclamación y él prosiguió—: ¿En serio, Maica? ¿Con un socorrista de piscina? Pensé que tendrías más estilo.

Apreté los labios con furia cuando menospreció de esa manera a Óscar.

—El mal gusto lo tuve cuando estuve tanto tiempo enamorada a ciegas de un imbécil como tú. —Me miró como si quisiera fulminarme— ¿Por qué, Kevin?

—Pregunté con la voz ahogada.

Sentía un profundo dolor en el pecho, aunque ya no lo amaba como hombre, pero había sido mi mejor amigo.

—¿Por qué, que?

—¿Por qué nunca me dijiste que tenías novia? ¿Por qué me ilusionaste para iniciar una relación si sabías de sobra que nunca iba a ser algo real?, ¿Por qué a mí, que siempre hemos sido grandes amigos?

Kevin puso los ojos en blanco por un instante.

Esa falta de humanidad me hizo sentir todavía peor.

Era un hombre horrible...

Peor de lo que me había imaginado, más o menos de la calaña de Fernando.

—Es muy simple, Maica. Si te hubiera dicho que tenía novia, no hubiera tenido oportunidad de estar contigo por lo “correcta” que eres con esas cosas. —Hizo el gesto de las comillas con los dedos— Lo señalo de esa manera porque solo eres correcta cuando a ti te da la gana, ya que, para estar frotándote contra el flotador de tu amiguito, aquel al que me quisiste vender la moto de que odiabas tanto, no has tenido ningún problema, ¿verdad? Eso sí te pareció correcto.

Bueno, ¡esto ya era el colmo!

Encima de que me había estado engañando desde hacía años, fingiendo ser una persona que no era y que luego había tratado de hacer conmigo lo que le diera la gana sin importarle lo más mínimo cómo me pudiera sentir, no iba a soportar que me hablara de esa forma.

Sin pensarlo siquiera, le di una bofetada en la cara.

Kevin me miró con los ojos oscurecidos y la mandíbula apretada.

—Ese flotador me ha salvado de que cometiera el peor de los errores contigo.

—Ahora era yo la que deseaba ser cruel con él y hacerle, aunque fuera, la mitad de daño del que él me había hecho a mí— Ese socorrista al que menosprecias, vale más que tú durmiendo.

Aquello pareció sacarlo de sus casillas, porque se adelantó hacia mí y me agarró por el antebrazo, apretando los dedos en torno a mi carne.

Abrí los ojos como platos, entre asustada y sorprendida.

Desde luego, ese hombre, si es que se le puede llamar así, se había convertido en alguien totalmente desconocido para mí.

Puse una mueca de dolor y traté de liberarme de su amarre.

—¡Me estás haciendo daño!

Miré a nuestro alrededor para ver si alguien pasaba por mi calle para pedirle ayuda, pero, cómo os he dicho al principio de esta historia, no sé si tiene que ver con ser gafe o si es que de pequeña me echaron vudú, el caso es que, a pleno día, cuando yo necesitaba ayuda, no había nadie a quién pedírsela.

De nuevo me tuve que valer de mí misma y le di un fuerte pisotón en el pie, que hizo que se quejara, centrara su atención en el dolor y me soltara.

Luego se echó a reír de nuevo y se pasó la mano por el pelo.

—Por eso me pones demasiado, Maica. Tienes un carácter que me vuelve loco, pero no íbamos a poder tener nada más serio que el verte de vez en cuando y echarte unos cuantos polvos. —Abrí la boca para decirle por donde se podía meter esas palabras, pero me interrumpió —: Ya, ya, antes de que te ofendas como siempre haces, permíteme explicarte por qué no tendría nada más que eso contigo... —Señaló a mi finca y lo que dijo a continuación, me terminó de rematar— Porque llevas una mochila demasiado pesada con tu padre y yo no estoy dispuesto a cargar con él, con su trastorno y su curiosa tendencia a destrozar vidas humanas.

La furia se apoderó de mí al escucharle hablar así de mi padre y corrí hacia él comenzando a pegarle puñetazos en el pecho, gritando:

—¡De mí puedes decir lo que te dé la puta gana, pero no te atrevas a hablar despectivamente de mi padre!

Él me cogió las manos con fuerza para que parara y alzó un poco el labio superior en una mueca de desagrado.

—Las verdades duelen, Maica.

Comencé a sacudirme de nuevo.

—¿¡Desde cuándo eres tan cabrón!? —Estaba fuera de mí.

Kevin acercó su rostro al mío y siseó con una rabia que nunca había creído posible que vería en lo más profundo de sus ojos.

—Desde hace unos añitos, cuando mi madre y mi padre se divorciaron por culpa del tuyo y tuve que dejar todo cuanto conocía, incluso mis amigos, porque nos tuvimos que mudar a Sevilla y ya ni siquiera pude volver a ver a mi propio padre nunca más.

Dejé de forcejear de inmediato al escucharle.

¿De qué demonios estaba hablando?

—¿Cómo por mi padre? ¿Cómo que divorciado? Nunca me dijiste que tus padres se divorciaron.

Kevin apretó la mandíbula y el ceño al mismo tiempo.

Me miraba como si me odiara, pero no entendía por qué.

Yo no le había hecho nada.

—Por supuesto que no te ibas a enterar, al igual que creyeron que yo tampoco lo haría. Pero lo hice, ¿sabes cuándo? Cuando leí la carta que mi padre me había dejado antes de quitarse la vida.

Al final me solté de su amarre.

—¡Qué! ¡Miguel está muerto! Yo... ¡no sé de qué estás hablando! —Exclamé, alterada por no entender nada.

Él entrecerró los ojos y respondió.

—Te hablo de que mi madre pensó que nunca me enteraría que nos fuimos a Sevilla, no por estudios como me hizo creer en un principio, sino porque había sido tan perra como para ponerle los cuernos a mi padre con el tuyo. Que, por culpa de lo suelta que era y del divorcio, mi hermana pequeña adquirió el mismo trastorno que el imbécil de Francisco y mi padre se acabó quitando de en medio.

—¿¡Qué!? —La ira me consumió por dentro y ya no me importaba quién escuchara mis gritos— ¿¡Cómo te atreves a decir eso de mi padre y de tu madre!? —

—Ya te he dicho que las verdades duelen. —Escupió.

Mis ojos en ese momento se aguaron, casi sin que yo me diera cuenta.

No podía ser, no...

Eso que Kevin estaba diciendo no era cierto, él era un mentiroso.

Sí, mentía...

—¡Mi padre nunca destrozaría un matrimonio y menos el de tus padres, él apreciaba al tuyo!

Su risa sarcástica me sacó de mis casillas.

—Sí, apreciaba a mi padre y se tiraba a su mujer, ¡qué curioso!

De nuevo mi mano voló y le di un bofetón.

Pero Kevin no pareció ni inmutarse, salvo por el brillo despectivo que vi en sus ojos.

—Si no quieres aceptar la realidad es tu problema, ¿por qué crees que Francisco tiene el *Toc*? Al igual que a mi hermana, a él se le desarrolló en el momento en que mi madre se marchó, conmigo y con ella, a Sevilla.

Me quedé pensativa.

Sí, era cierto, coincidía con las fechas en las que mi padre comenzó con todo aquello que nos había cambiado la vida por completo.

Pero no podía ser...

No podía estar pasando todo eso.

—¿Y yo? Si lo que estás diciendo es cierto, ¿qué pinto yo en todo esto?

Él me clavó la mirada.

—Veo que ya empiezas a aceptarlo.

—Contéstame. —Insistí.

—A veces pagan justos por pecadores, justo lo mismo que nos pasó a Verónica y a mí.

De nuevo las lágrimas caían por mis ojos.

—¿Entonces era todo mentira? ¿Nunca sentiste nada?

Negó con la cabeza y agregó:

—No, la verdad es que en un principio solo era por venganza. No veía nada más satisfactorio que darle un poquito de su medicina a tu padre... Digo un poquito porque no creo que destrozar el corazón de su hija, sea comparable a destrozar un matrimonio y una familia. — Me miró intensamente y añadió— Aunque debo admitir que, cuando estuvimos en la piscina y vi ese cuerpecito tuyo, comencé a pensarme un poco más las cosas. Nada más allá del sexo, por supuesto. Ahí fue cuando medité un poco más y sentí que no iba a estar mal echarte un polvo de vez en cuando, aunque eso retrasara mis planes. Pero, ¿lo que es tener una vida contigo? Nunca, y mucho menos cargando con tu padre; con un hombre que destruyó el matrimonio de los míos y se llevó por delante a dos niños inocentes, importándole una mierda todo con tal de beneficiarse a mi madre.

Me limpié en ese momento las lágrimas bruscamente con la palma de mi mano y lo miré con mil emociones estrellándose en el centro de mi pecho.

—Tú no eres mejor entonces, usas a las mujeres a tu antojo y no eres fiel.

Kevin entrecerró levemente sus ojos.

—Yo no iba a ser tan gilipollas como lo fue mi padre de no darme cuenta de cómo sois todas... Mismamente tú, que vas de que tienes tantos principios, y te has estado revolcando con el socorrista de la piscina a mis espaldas.

—¡Tú y yo no teníamos nada serio! Y cuando fui a tu hotel, fue con la intención de decirte la verdad.

Se cruzó de brazos y dejó caer la cabeza a un lado, alzando las cejas con incredulidad.

—¿En serio pensabas que yo no lo sabía ya? El comportamiento de tu amiguito en el centro comercial ya había sido sospechoso, pero si le añadimos tu repentino cambio de luego y lo último en el cumpleaños de Andy... Debo admitir que eso hizo saltar todas las alarmas. —Dio

un paso hacia mí. No obstante, yo no me moví del sitio— ¿Sabes que fue tu amiga Laura, con su gilipollez por Fernando, la que le contó sobre tu debilidad con Óscar? Claro, la muy idiota pensaba que ese tío iba a serle leal, pero si hay algo que también sabe muy bien Fernando es que ninguna merecéis la pena, ni el esfuerzo.

Yo apreté los labios con rabia.

—Cometió un error, al igual que yo contigo. —Espeté.

Él chasqueó los dedos al aire y dijo, fingiendo incredulidad:

—Eso es lo más curioso... Sientes que cometiste el error conmigo, pero no con el que te beneficiabas a mis espaldas. Ni siquiera muestras un atisbo de arrepentimiento por la posibilidad de haberme tenido haciendo el tonto todo este tiempo.

—¿¡Acaso muestras tú arrepentimiento por la cornamenta de búfalo que tiene tu novia!? — Se quedó mudo, pero me seguía mirando como si fuéramos dos enemigos— Yo no escogí que me pasara esto y te aseguro que intenté evitarlo muchas veces. —Entonces se abrió mi consciencia y me di cuenta de que, suponiendo que Kevin estuviera diciendo la verdad con respecto a mi padre, yo no podía condenarle.

No sabía si a él le había pasado como a mí y, aunque hubiera tratado de alejarse, o evitarlo, no había podido hacerlo.

—Uno no escoge de quién se enamora. —Susurré, pero fue más que audible para los dos.

—¿Me estás diciendo que te has enamorado del socorrista? Vaya, pues sí que debe ser bueno en lo que hace si ya te tiene enganchada.

Le clavé una mirada rápida llena de determinación y seguridad.

—No se trata de sexo, sino de que ha estado ahí en cada momento que le he necesitado, en que me ha demostrado que es todo lo contrario a lo que yo creía que era un principio. Él, es un hombre lleno de valores, los que tú no tienes.

—No se puede hablar de valores cuando te acuestas con la novia de otro.

Eso me hizo reír a carcajadas, esta vez era a mí a la que le salía la ironía.

—Primero; —Saqué mi dedo índice— Gracias a dios no soy tu novia, así que técnicamente no se ha acostado con la novia de otro. Segundo; —Hice acto de presencia del dedo corazón, junto con el índice— Lo dices tú, que si tu novia se enterara de todos los cuernos que le han llovido por tu parte, creo que no dudaría en usar uno para atravesarte todo lo negro. Al igual que todas las amantes a las que habrás tenido engañadas, haciéndoles creer que eras un hombre intachable.

—Le di una palmadita en el hombro, mientras apretaba los labios— No se puede dar lecciones de moral cuando eres el primero que se tiene que callar.

Antes de que me apartara de nuevo, me cogió de la muñeca y tiró hacia sí.

Yo comencé a tratar de apartarme, pero él no me dejó.

Sentí como agachaba la cabeza hasta que sus labios estaban a la altura de mi oído y decía:

—Si tan solo hubieras probado lo que es estar en la cama conmigo, sabrías el por qué no hay una sola mujer que luego quiera dejarme, aunque sepan la verdad.

Abrí los ojos como platos.

—¿Me estás diciendo que todas ellas sabían que tenías novia y le eras infiel?

Kevin hizo una mueca de confirmación.

—Todas, menos la propia Amanda y tú.

—No te creo. —Espeté.

No podía creerme que realmente él les hubiera dicho a todas sus amantes que no era un hombre fiel y ellas lo hubieran aceptado, sin más.

Yo flipaba.

—No te lo creas si no quieres, ese no es mi problema. —Tiró más de mí y me pegó a él para mi mayor repugnancia— Lo único que sí es mi problema es que te me hayas escapado y te hayas abierto de piernas para otro, antes que para mí.

—Me cogió de la barbilla con su mano libre y me hizo mirarlo a la fuerza— Desde ya te digo que, después de haber visto tus atributos en traje de baño, no me pienso ir de Collado Villalba sin haber conseguido verlos del todo y tenerte, aunque solo sea una vez.

Cada vez estaba más confusa, asustada y desesperada.

—¿Qué demonios estás queriendo decir con eso?

Kevin esbozó una sonrisa un poco tétrica.

¿Cómo un hombre que yo consideraba que era de reputación y honor intachable podía ser tan miserable?

Ni siquiera de Óscar me imaginé tales cosas cuando nos llevábamos como el perro y el gato.

—Dedúcelo por ti misma, querida, es algo que se te da de puta madre. —Escupió en referencia a eso mismo; a mis juicios en un principio contra el socorrista.

—Eres repugnante. —Intenté volver a apartarme de él, pero siguió reteniéndome contra mi voluntad.

Volví a mirar alrededor, pero nada, ni un alma.

¿Qué cojones pasaba? ¿Es que mi calle estaba infectada por un virus mortal y yo no lo sabía o qué?

Bueno, en ese caso el único punto positivo que tendría algo así, sería que el puerco que tenía delante terminara cogiéndolo también.

Seguí retorciéndome y tirando de mí misma para que me soltara.

En esas estábamos cuando una voz a mis espaldas me dejó sin respiración.

—Suelta a mi hija, Kevin, ¡ya!

Mi padre, que se ve que al pasar el tiempo y no verme llegar, había decidido volverse a casa, estaba mirando al hombre que me sujetaba de forma grosera y contra mi voluntad, con ojos depredadores.

Kevin lo miró con una sonrisa de medio lado y, con algo de vacilación, deshizo el amarre.

Yo me alejé rápidamente, colocándome en al lado de mi padre que me miró, preocupado.

—¿Te ha hecho daño?

Yo negué con la cabeza, pero él pudo ver que estaba punto de llorar y el miedo que se reflejaba claramente en mi mirada.

—No es precisamente daño lo que me gustaría hacerle a tu hija, ¿sabes, Francisco? —Provocó Kevin— Solo quiero darle un poquito de lo que tú gustosamente le diste a mi madre.

Al ver el semblante pálido de mi padre, supe de inmediato que todo lo que me había contado aquel que una vez fue mi amigo, era verdad.

—¿Qué? ¿Pensabas que a estas alturas de mi vida no sabría ya toda la verdad? Me lo contó mi padre, ¿sabes? En la carta que dejó para mí antes de suicidarse. —Su tono fue como el veneno.

Al escuchar sus últimas palabras, mi padre se tambaleó y tuve que sujetarlo.

—¿Miguel?, ¿muerto? —La incredulidad se reflejó en su rostro.

Kevin lo miró como el diablo mira a su presa.

—Sí, muerto por tu culpa y por culpa de la zorra de mi madre.

Ahogué una exclamación al escucharle hablar así de Marta.

En ese momento, mi padre se recuperó de inmediato y le apuntó con el dedo en señal de

advertencia.

—No te acerques a mi hija.

—O que... —Le instó con burla a que continuara— Sabes que no puedes hacerme nada por acercarme a ella, simplemente.

—Nadie es invencible, Kevin. —Siguió advirtiéndole, mientras yo me abrazaba a él.

Todavía creía que estaba en una maldita pesadilla de la que en cualquier momento me iba a despertar.

Kevin simplemente se rio y con sorna, escupió:

—Supongo que tu amada hija y tú tendréis mucho de qué hablar. —Caminó hacia el coche y abrió la puerta del conductor, pero antes de entrar, añadió—: Aparte de lo que nunca le has contado, también tendréis que intercambiar experiencias. A fin de cuentas, a tu hija se le ha pagado lo tuyo; eso de ir de digna, cuando en realidad es una lobita muy suelta.

¡Ya no pude aguantar más!

Me salí de mis casillas y tiré a ir para darle un puñetazo como el que le había dado antes a Fernando.

—¡Hijo de...! —Grité, pero mi padre me retuvo por el brazo, aunque yo no dejé de gritar— ¡Eres un maldito cerdo! ¡Si te vuelves a acercar a mí jugaré contigo al cascanueces, gilipollas!

Kevin se había metido en el vehículo y se reía de mí y de mis insultos.

Mientras arrancaba el coche y comenzaba a avanzar, bajó la ventanilla y mirándome por un momento, agregó:

—Esa es la fierecilla que me la pone dura.

Luego pisó el acelerador y no sé si alcanzó a escuchar mi gran grito, pero justo en ese momento y, de nuevo manifestándose mi mala suerte, la gente que ahora sí pasaba por la calle se me quedó mirando mientras la palabra “¡CABRÓN!” resonaba por todas partes.

En el bar, más tranquilos, y yo con una cerveza en mis manos, miraba la botella casi sin mediar palabra, pero al final no pude evitarlo y pregunté:

—¿Por qué nunca me contaste lo que pasó con la madre de Kevin?

Yo ni siquiera tenía la vista puesta en mi padre, pero estaba segura de que su rostro estaba cargado de pesar.

—Fue una época muy oscura de mi vida... —Murmuró audiblemente.

Una lágrima se deslizó por mi rostro y ahí sí levanté mi mirada, apuntándole con ella.

—Creo que me merecía saber que ese fue el detonante de un trastorno con el que he estado cargando, de forma indirecta, mucho tiempo.

Sus labios soltaron un cargado suspiro y asintió levemente con la cabeza.

—Tienes razón, Maica, y lo siento mucho, pero no quería que pensaras mal de mí. Fue algo inevitable.

—Sé muy bien lo que significa esa palabra, la llevo viviendo en mis propias carnes todo el verano. —Dije rápidamente, captando su atención por completo.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó.

Ya no tenía razones por las que ocultar nada, podía ser sincera completamente.

—Quiero decir que, mientras me creía enamorada de Kevin, hay alguien que es muy probable que se haya colado en mi corazón completamente.

Sus ojos se abrieron de par en par con asombro.

—¿Quién?

—Óscar. —Contesté.

Vi como intentaba hacer memoria, pero no tardó mucho en ponerle rostro.

Luego me miró con más estupefacción.

—¿El que nos ayudó el día del accidente?

—Ese mismo. —No pude evitar quedarme inmersa un momento en mis pensamientos y sonreír— No nos llevábamos nada bien al principio, cuando ocurrió todo lo del accidente, todavía parecíamos el perro y el gato, pero creo que fue esa noche cuando empecé a verlo con otros ojos. Cuando vi cómo, a pesar de todo, él ayudaba al hombre más importante para mí... tú. Ahí me di cuenta de que le había juzgado mal desde el principio y algo en mi interior se despertó.

—Cielo santo... —Mi padre me miraba con mucha atención.

Me limpié el rastro que la lágrima había hecho por mi mejilla.

—Intenté evitarlo todo lo posible. Seguía empeñada en que Kevin era lo mejor para mí, con la idea de que al haber conseguido, después de tantos años, al hombre por el que había suspirado, no podía dejar que todo se me fuera al traste por otro hombre que estúpidamente creía que era solo una mera atracción pasajera... —Di un pequeño trago a mi cerveza y luego continué— Pero todo fue cambiando conforme nos acercábamos más y más, conforme lo conocía en profundidad y veía la parte de él generosa, que había salido adelante con su hermana a rastras y sin ayuda de nadie.

—¿Su hermana? —Frunció el ceño, extrañado.

—Sí, la chica que vino a verme cuando tuve el repentino dolor de cabeza.

—Recordé.

—Ah.

Sonreí de nuevo ante todas las situaciones que había vivido con Óscar.

—Le hice daño en el cumpleaños de Andy, cuando le dije que seguía queriendo que Kevin fuera el hombre ideal para mí. Aun así, nunca me ha fallado. Cuando me enteré de que ese cerdo me había estado mintiendo, que tenía novia en Sevilla y que había estado jugando sin ningún tipo de escrúpulo, me marché de su hotel y me hice daño, me caí y...

—¡Maica! —Exclamó mi padre y fue a levantarse como si quisiera examinarme, pero yo levanté la mano y lo detuve.

—No te preocupes, Óscar me atendió pese a todo. Me llevó a su casa en medio de una lluvia torrencial que me pilló por el camino... —Le enseñé la parte de mi pierna, ahora con la costra del raspón, y mis manos con más detenimiento— Me curó y me cuidó como nadie, papá.

Él me miró como si me estuviera estudiando en ese momento y, de pronto, se le ensanchó una sonrisa enorme.

—Hija, mi visión no me engaña. Tú estás ya enamorada de ese chico. —Afirmó con total seguridad.

Durante un buen rato, seguí contándole más anécdotas sobre Óscar y sobre mí.

De hecho, yo ya llevaba tres cervezas y no dejaba de relatarle cómo se había dado todo entre ese socorrista descarado y yo.

Mi padre no solo me atendía y se sorprendía, sino que además se carcajeaba en cada discusión que le contaba que habíamos tenido.

—Desde luego eso es química, hija mía. —Comentó con diversión, bebiendo después un trago de su Fanta de limón.

Yo hice lo mismo con mi tercera cerveza.

A esas alturas nos habíamos olvidado de lo ocurrido con Kevin.

Y de nuevo todo gracias a Óscar... a su recuerdo.

—Eso es lo mismo que me dijeron Andy y Laura, pero no las escuché por aquel entonces.

—Por cierto, hablando de Andrea, ¿por qué está en el hospital?

Aquella fue una conversación un poco más desagradable, pero también le conté todo.

—Pobrecilla... —Empatizó mi padre— No hay nada peor que tener algún tipo de problema psicológico que te provoca esas cosas.

Asentí con la cabeza.

—Van a empezar a darle unos antidepresivos que también tienen efecto sobre la anorexia y la bulimia y va a hacer terapia, toda la que tenga que hacer para recuperarse. Afortunadamente, ha sido vista a tiempo y su mejoría puede ser más fácil que, a lo mejor, otras chicas que tienen ese problema.

—Ojalá el mundo se concienciara más con ese tipo de cosas. —Suspiró él— No es fácil y, a veces los amigos y los familiares lo toman como una simple tontería que le ha dado a la persona y que será pasajera, restándole la importancia que realmente tiene.

Apoyé la cara en mi mano, volviendo a centrar mi atención en la botella y admití:

—Mismamente, Laura y yo, creíamos que eran solo complejos de ella y ya está.

Mi padre pudo sentir mi culpabilidad inmediatamente, porque dijo:

—No te culpes, no podías saberlo. No he conocido persona más empática que tú con este tipo de problemas, Maica. Siempre has estado a mi lado, aunque no entendieras mi trastorno.

Estiré la mano sobre la mesa y sonreí, dándole un leve apretón.

En ese momento su rostro cambió y también se tornó de tristeza.

—No me digas que ahora te vas a poner sentimental, papá. Como empieces a llorar, lloraré seguro. Hoy ha sido un día para eso. —Me reí levemente.

Negó con la cabeza.

—Siento no haberte contado nada sobre la madre de Kevin. Al igual que tú con Óscar, intentamos evitar lo que sentíamos, pero fue algo que terminó por desbordarse del todo. —Inspiró profundamente.

—No tienes por qué contármelo si no quieres.

—Quiero. Eres mi hija y no veo mejor persona con la que compartir esto que contigo, sobre todo sabiendo que ahora vas a poder entender al loco de tu padre. —Se echó a reír y luego comenzó— Marta me parecía una mujer preciosa, pero sabía que no era feliz en su matrimonio con Miguel. De hecho, Kevin tal vez no lo sepa, pero su padre tenía debilidad por el alcohol y las prostitutas.

Vale, casi se me cae la botella al suelo en ese momento.

Lo miré con la boca abierta.

Yo había visto a Miguel varias veces a lo largo de mi amistad con Kevin y nunca me había parecido eso.

Ahí me reafirmé en el dicho: **“No es oro todo lo que reluce.”**

Pero con Óscar había descubierto que tampoco es bronce todo lo que consideramos así.

A veces, molestándonos en rascar un poco más, podemos llegar a encontrar grandes tesoros.

Mi padre continuó:

—Un día que había quedado con ellos para comer en su casa mientras vosotros estabais en la escuela, escuché a Marta llorar, estaba en paro y encima había descubierto que su marido se gastaba el dinero en esos vicios. Estaba muy preocupada porque no sabía cómo iba a hacer frente a los pagos y a darle de comer a Kevin, ya que, por aquel entonces, Verónica todavía no había nacido.

Al principio no quiso contarme nada, pues yo era más amigo de él que de ella, pero no sé por qué lo hizo... Confió en mí y nos volvimos más cercanos. Yo la ayudé a afrontar esos pagos

y ella se sentía tan bien conmigo como yo lo estaba con ella. Un día, simplemente, pasó... Hice lo que me pidió mi corazón y ella lo que le pidió el suyo.

—¿Cuánto tiempo estuviste con Marta a espaldas de Miguel? —Pregunté.

Parecía que no me iba a contestar a esa pregunta, pero al final dijo:

—Cuatro años.

Ahugué una exclamación de sorpresa.

—Lo sé, no me siento orgulloso de ello, pero es que la amé de verdad.

—Hasta que se divorció y se marchó a Sevilla con sus hijos... —Adiviné.

Mi padre asintió con la cabeza, todavía se podía ver que le afectaba ese recuerdo.

—Aún así me extraña algo, papá. —Lo miré confusa— Si Verónica nació después de lo que pasó entre Marta y tú, ¿significa que ella seguía teniendo relaciones con su marido, pese a estar contigo y saber que la engañaba?

Me miró con un semblante entristecido, apagado, pero también con una clara respuesta en la mirada.

—No, Maica. Ella nunca más se dejó tocar por su marido.

Sentí como el color desaparecía de mi cara y una asfixiante ansiedad me oprimió el pecho.

—¿Me estás diciendo que...? —Las palabras no me salían debido a mi estado de nervios.

—¿Qué Verónica es tu hermana? Sí... Ya no quiero seguir ocultando más cosas.

Me llevé una mano a la frente y él me miró, como si intentara buscar comprensión en mi semblante, pero, ¿cómo iba a ser comprensiva sabiendo que había pasado años de mi vida engañada!?

—Maica... —Estiró una mano para tocarme, pero yo me aparté.

—Papá, una cosa es que te enamoraras de la madre de Kevin, pero, ¿esto? ¿Todo este tiempo he tenido una hermana viviendo en Sevilla y yo no sabía nada? —Mi tono era de reproche.

Mi padre agachó la cabeza un momento.

—Por favor, hija, trata de entenderlo, Marta y yo hicimos lo mejor para vosotros. No queríamos que estuvieseis mezclados en todo eso. Miguel era peligroso y...

—¿Peligroso? —Mi cara cada vez estaba más desencajada, mientras le pedía en silencio una explicación.

Él no se lo pensó dos veces a la hora de dármela:

—Miguel se enteró de lo que estaba pasando entre Marta y yo y de que, obviamente, Verónica no era hija suya, sino mía. Después de eso, ellos se divorciaron y lo único que ella se llevó de ese matrimonio fueron deudas. Miguel juró que nunca la dejaría ser feliz, y menos conmigo. Le jodió la vida, Maica... Hasta el punto en que Marta tuvo que poner tierra de por medio e irse porque aquí no podía tener una vida. Yo quise que la tuviera conmigo, pero me dijo que no, que por el bien de nuestros hijos teníamos que poner tierra de por medio.

—Suspiró— Me pidió lo más difícil para mí, que no te contara nada y que me alejara de Verónica por seguridad. Marta sabía que Miguel era un tipo dañino, sabía que no nos iba a dejar en paz y que la única forma de que estuviéramos seguros, era con él teniendo la total certeza de que no íbamos a estar juntos, nunca. —Unas lágrimas aparecieron en el rostro de mi padre y yo no pude evitar levantarme, ir hasta él, sentarme en la silla que había a su lado, y abrazarlo. Él me devolvió el abrazo, pero intentó no seguir llorando con todas sus fuerzas para poder continuar— Para mí lo más importante era vuestra seguridad. En fin, hay cosas que no son posibles y ya está... —Sorbió por la nariz y luego me cogió de la barbilla para hacer que lo mirara con atención— Escúchame, por lo que me has contado, Óscar y tú estáis hechos el uno para el otro.

Hoy he podido ver en la mirada de Kevin la misma fiebre que su padre tuvo con su madre dirigida hacia ti. No permitas que te pase lo mismo que a mí, hija. Tú tienes que ser feliz con el hombre al que amas, sin importar el costo.

—¿Qué quieres decir con eso? —Me preocupé.

—Que, aunque te tengas que irte lejos con él, lo hagas. No pienses en mí, sabré arreglármelas siempre, pero no dejes que os haga lo mismo Kevin a vosotros, que nos hizo Miguel a Marta y a mí.

Un nudo se me instaló en ese momento en el corazón.

Pero lo disipé rápidamente, pues necesitaba saber algo más ante el descubrimiento inesperado de saber que tenía una hermana.

—Papá, necesito saber algo más... —Él me miró con atención— Sé lo difícil que debió de ser para ti todo y, bueno, ahora entiendo más que nunca la raíz de tu trastorno... —Suspiré— Pero, ¿en todo este tiempo no has sabido nada de Verónica? Kevin me ha dicho que cuando su madre se mudó a Sevilla, la niña desarrolló el mismo trastorno que tú. —Me rasqué la frente— Por aquel entonces, ella tenía tres años, papá.

Asintió apesadumbrado.

—Sí... Ahora tiene ocho años y no, no he podido saber más de ella. Ni siquiera sabía que tenía el mismo trastorno...

Sentí como, de nuevo, un nudo oprimía mis entrañas.

—¿Te das cuenta de que casi se convierte en mi cuñada? Mi hermana iba a ser mi cuñada... —Se rio sarcásticamente— Bueno, al menos en mi mente, porque Kevin ya me ha dejado muy claro lo que quería.

—Ya lo sé, hija, pero tú siempre habías estado enamorada de él... ¿qué iba a hacer? ¿No dejarte salir con el hombre de tus sueños porque su hermana, es la tuya? Vosotros no sois hermanos, ni nada que se le parezca.

—Pues menos mal. —Escupí con sarcasmo, dando un trago de mi cerveza— Hay otra cosa que no comprendo, ¿cómo es que, si Miguel se suicidó, Marta no volvió a ponerse en contacto contigo, aunque fuera para que vieras a tu hija?

Mi padre me puso una mano en el hombro y su mirada se tornó apesadumbrada.

—No lo sé, Maica, pero no creas que no lo pienso averiguar. Yo pensé que Miguel se habría mudado a otro sitio también, porque ya no se le veía por ninguna parte, pero jamás pensé que... Bueno, que fuera a quitarse la vida. —Me apretó ligeramente el hombro y agregó— Hija, entiendo que estés disgustada ahora mismo, pero...

—¿Disgustada? Eso es poco, papá, créeme.

Él me miró con tristeza.

—Yo, solo lo oculté porque no tenía más remedio. Por su bienestar y el tuyo.

Mi semblante se suavizó un poco.

—Ya lo sé, pero han sido muchas cosas, todas juntas, y no puedes esperar que, de la noche a la mañana, me sienta como si nada al saber que he tenido una hermana todo este tiempo sin estar enterada. —Caí en la cuenta de algo— Y al parecer Kevin tampoco lo sabe, ¿no?

Mi padre negó con la cabeza.

—No ha comentado nada y creo que, tal como está, no debería saberlo. Si padece la misma enfermedad que Miguel... Créeme, es mejor que no lo sepa.

—Pero, ¿no me has dicho que el padre de Kevin enfermó de celos?

—Sí, pero por una enfermedad que se los agravaba y que también provoca una especie de obsesión y fijación con una persona. —Me cogió las manos— Por eso es importante que estés

prevenida y que te marches con Óscar si Kevin os empieza a hacer la vida imposible.

Clavé mis ojos en los de mi padre, pero no dije nada al respecto. Estaba abrumada con todo lo que había pasado y con todo lo que me había sido revelado. Además, prácticamente estaba comenzando algo con Óscar, y que mi padre me dijera que Kevin podía volverse en modo thriller de obsesión fatal y que nos podía tocar huir juntos a tan solo poco tiempo de haber iniciado algo que aún no tenía ni nombre, os aseguro que solo empeoraba mi estado.

—Maica... dime algo, cariño. —Pedía él.

Pero yo no podía...

No podía siquiera pensar en dejar a mi padre.

Sí hacer mi vida, pero dejar a mi padre, no.

Y no porque me sintiera atrapada ni nada, sino porque lo quería muchísimo y siempre quería tenerlo cerca.

He de reconocer que estaba un poco asustada también por lo que me había contado y lo que me había revelado que había visto en Kevin, pero no quería pensar en que fuera a intentar hacer lo mismo que su padre, tampoco en que fuera a intentar algo, aunque iba a estar prevenida por si acaso.

Ya no quería seguir en el hilo de esa conversación.

El móvil me ayudó en ese momento, cuando lo sentí vibrar en el bolsillo de mis pantalones cortos vaqueros.

Lo saqué y vi que era de Óscar:

Óscar: *Nos vemos esta noche en la piscina.*

Fruncí el ceño con extrañeza y mi padre me preguntó con preocupación:

—¿Qué pasa, cielo? ¿Es Kevin?

Negué con la cabeza rápidamente.

—No, es Óscar, quiere que nos veamos en la piscina.

—Ah. —Respiró aliviado— ¿Y por qué esa cara que has puesto? —Trató de sonreír.

—Porque quiere que sea a las diez de la noche. No sé, la piscina a esas horas está cerrada.

Es raro.

Él asintió, pero agregó:

—Bueno, tú acude a esa cita a ver qué pasa. Ah, y sé que a lo mejor no es el momento adecuado, pero me gustaría que me lo presentaras como es debido para conocerlo mejor. Aunque con lo que me has contado, ya tiene mi beneplácito absoluto, hija.

Esas últimas palabras por parte de él me provocaron un fuerte golpe de ilusión en el pecho, disipando todo el malestar interior de la conversación tan reveladora que habíamos tenido momentos antes.

Ya habría tiempo para pensar en todo aquello.

En esos momentos, estaba ansiosa porque llegaran ya las diez de la noche y encontrarme con Óscar, pasar algo de tiempo juntos y solos.

Mi padre fue a pagar nuestras consumiciones, mientras yo contestaba al mensaje:

Maica: *Allí estaré sin falta. Te he echado de menos, socorrista arrogante.*

Iba a guardar el móvil después de enviarlo, cuando volvió a sonar y de nuevo vi en la pantalla que era él.

Óscar: *Y yo a ti... la piscina no es lo mismo sin una bañista deslenguada haciéndome la vida interesante.*

Una sonora carcajada emergió de lo más profundo de mí y volví a responder:

Maica: *Señor socorrista, ¡le odio! ¿Le parece lo bastante interesante? (Icono broma)*

Esta vez no guardé el móvil, él estaba en línea, y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero cuando me llegó su siguiente mensaje:

Óscar: *Más interesante me parecerá cuando tu cuerpo desmienta esas palabras y tu boca grite otras dos diferentes. Nos vemos esta noche. (Icono guiño)*

Vale, acababa de matarme del todo con esas palabras.

¡Ay, dios! ¡Ay, dios!

Mi cuerpo ya reaccionaba a todo lo que mi mente imaginaba que podía llegar a ocurrir.

<<Si ya estaba impaciente porque llegaran las diez de la noche, ahora estoy que vibro más que mi propio móvil de las ganas.>>

En ese momento, escribí en el chat de Óscar, como si lo fuera a enviar, pero sin llegar nunca a darle a esa tecla:

Maica: *Señor socorrista, ¡me enloquece! (Icono corazón)*



24. LA CITA

A las diez de la noche, tal y como me había dicho Óscar, ya estaba en la puerta de la piscina. Estaba deseando verle y que él me viera a mí.

Había decidido no contarle por el momento nada de lo sucedido con Kevin, ni de lo que había descubierto sobre mi padre.

Quería disfrutar de la velada sin eso persiguiéndome y necesitaba distraerme.

No sabía lo que iba a pasar, ni que tendría planeado Óscar, pero me había arreglado lo mejor que había podido para la ocasión. De hecho, me había tirado más de dos horas tratando de escoger el atuendo, el peinado y el maquillaje perfectos.

Había optado por un vestido de verano azul que hacía juego con mis ojos, era informal, pero a la vez tenía elegancia. Desde luego, era perfecto para acentuar mis curvas y resaltar todas aquellas partes de mi cuerpo que, para ser honesta, estaba deseando que él recorriera con los labios.

Me había dejado el cabello suelto, cayendo hasta mi cintura y mi maquillaje consistía en una sombra del color del vestido, rímel que alargaba mis pestañas, el delineador de ojos que me ayudaba a darle un aspecto más felino a mis ojos, colorete claro para mis mejillas, y un pintalabios de color fucsia duradero.

Calzaba unas sandalias negras de tacón, eran cómodas, pero estaba rezando porque el plan que tenía Óscar no requiriera quedarnos de pie por horas, porque sabía que lo iba a acabar lamentando.

¡Ya, ya, sé lo que estáis pensando!:

“¿Y entonces para qué demonios se pone ese calzado?”

Pues porque es el que mejor quedaba con el vestido que llevaba puesto y, ¿qué queréis que os diga? A veces la belleza, duele.

¡Y no me entretengáis más que quiero continuar!

De pronto, alguien me tapó los ojos con sus manos.

Después de lo que había hablado con mi padre respecto a Kevin y de todas las revelaciones, tengo que reconocer que tenía un poco de ansiedad, y además estaba paranoica, porque si no llega a ser por el aroma fresco, suave y masculino de esa colonia tan conocida para mí, le hubiera dado un codazo en el estómago a quién estaba detrás, segura de que luego lo hubiera acabado lamentando.

Mis hombros se destensaron, pero mi cuerpo se estremeció de pies a cabeza cuando escuché la voz susurrante de Óscar en mi oído:

—Estás preciosa.

Yo sonreí e intenté quitarle las manos de mis ojos, pero él no lo permitió:

—Todavía no.

—¿Por qué? —Me reí levemente.

—Ya lo verás, impaciente. —Me dio un leve mordisco en el lóbulo de la oreja y aquel gesto me provocó un escalofrío intenso, pero, al menos en mi mente, creo que me mantuve firme.

Llegamos a un punto donde nos detuvimos y destapó mi visión.

Aquella imagen me dejó sin palabras, de hecho, me llevé mis propias manos hasta los labios y mis ojos se humedecieron.

¡Nunca nadie había hecho algo parecido por mí!

Estábamos dentro de las instalaciones de la piscina, pero esta estaba rodeada de velas encendidas por todos lados y en un lateral había una mesa muy bien preparada para dos personas.

Estaba cubierta por un mantel de tela elegante.

Los cubiertos, los platos, las copas y el vino, estaban perfectamente colocados para una cena romántica.

Además, Óscar la había decorado con pétalos de rosa y dos velas rojas.

En el centro, había una bandeja tapada que, deduje, sería la cena que íbamos a tomar.

Iba a decir algo cuando, de pronto, en los altavoces comenzó a sonar la canción

“Digan lo que digan” de Carlos Rivera.

Mi corazón latió desbocado en el pecho y entonces mis lágrimas se derramaron.

Óscar que, por cierto, estaba de vicio con esa camiseta de manga corta blanca ceñida a sus músculos y los vaqueros azul claro rotos, se acercó a mí y me abrazó con una sonrisa, diciendo:

—Me alegro de que te guste. No estaba seguro de estar a la altura.

Yo lo miré sin dar crédito a esto último, pasando la palma de mi mano por mis mejillas para secar mis lágrimas.

—¿Estás de broma? Esto es lo más bonito que ha hecho nadie por mí, jamás.

—No pude evitarlo y lo besé en los labios.

Lo besé con ternura y suavidad, con todo lo que sentía por dentro.

Él acarició mi mejilla y siguió mi beso con la misma delicadeza.

Una vez nos separamos, nos dirigimos a la mesa y me retiró la silla.

No me podía creer que tuviera esa faceta tan romántica.

Jamás hubiera imaginado algo así.

Tengo que admitir que, si ya había tocado mi corazón con sus acciones anteriores, ahora terminaba de introducirse hasta lo más hondo, cerrar con un candado y tirar la llave.

—¿En qué piensas? —Me preguntó, mientras me servía el vino.

Yo hice un movimiento con los labios, todavía no estaba preparada para decirle lo que gritaba mi corazón.

—En si no te meterás en un lío por haber hecho esto. —Contesté.

No era mentira del todo. En verdad sí me preguntaba a mí misma si Óscar se estaba arriesgando demasiado con esa cena.

El sonrió y se sentó frente a mí.

—He pedido permiso. —Se carcajeó levemente— La jefa es muy romántica y cuando le he dicho lo que quería hacer, ha sido la primera en prestarse incluso para echarme una mano.

Alcé las cejas con diversión.

—¡Ajá! Entonces no lo has hecho todo tú... —Sonreí, traviesa.

—Por supuesto que sí. —Respondió, levantando la mirada de su copa, que también estaba llenando de vino hasta el momento, y me dedicó una sonrisa de medio lado— Me ofende que pienses que he permitido que me ayudara, eso me quitaría méritos.

—Ya, se me olvidaba lo presumido que puedes llegar a ser. —Bromeé.

Sus ojos oscuros me miraron con una intensidad que no pasó desapercibida para mí.

—No te culpo, a mí a veces también me cuesta recordar que tienes una boca preciosa demasiado suelta a la que hay que callar de vez en cuando.

Estaba bebiendo un trago de vino cuando dijo eso y, aquellas palabras en combinación con su tono coqueto, provocaron que casi me atragantara.

A él pareció divertirle mi reacción, pero inmediatamente pasó a destapar el plato.

—¡Madre mía! —Mis ojos se abrieron de par en par y mis tripas rugieron.

Un sushi muy bien presentado estaba esperando a ser catado— Creí que sería un plato humeante... —Dije, todavía impresionada por la maravilla que tenía delante y que me estaba muriendo por catar— ¿Cómo has sabido que me gustaba el sushi?

Él puso salsa de soja en mi platito y en el suyo.

—Se lo sonsaqué a un pajarito hospitalizado. —Me guiñó el ojo.

No pude evitar carcajearme al imaginarme a Andy con alas de pájaro.

—Bueno, pero con esto no te podrás echar las flores, estoy convencida de que lo has comprado de un japonés.

—Pues estás muy equivocada. —Aclaró él, dejándome prácticamente sin aliento.

—Pero, ¿cuándo te ha dado tiempo a hacer sushi? Y la mejor pregunta, ¿sabes hacerlo?

Óscar clavó su mirada en mí, haciendo que me temblara hasta la vida.

—Como bien sabes, la jefa ha estado de acuerdo en que hiciera esto para ti, así que también me ha permitido tener intervalos de tiempo para que fuera al bar a crear la maravilla que ahora mismo tienes delante de ti. Por supuesto el arroz ya lo tenía preparado antes de venir a la piscina a trabajar.

Me quedé tan pasmada que las palabras no me salían, se me habían quedado atascadas.

Al cabo de un momento y de manera totalmente inconsciente debo añadir, porque fue sin darme cuenta, dije:

—Eres el hombre perfecto.

Él se rio de mi comentario y alzó una ceja.

—Si llego a saber que todo lo que tenía que hacer para conquistarte era darte sushi, lo habría hecho mucho antes.

No me dio tiempo ni a sonrojarme, pues levantó la copa de vino en señal de brindis.

—Quiero que brindemos por nosotros, por esta noche y por lo que va a venir después.

Mi corazón me golpeó con una fuerza descomunal en el pecho cuando escuché aquello.

—¿Y... qué viene luego...? —Me atreví a preguntar.

—Nunca se sabe. Pueden pasar dos cosas; o que me digas otra vez que me odias, o que te acabe haciendo gritar otra cosa...

Si hubiera tenido los palillos en la mano, fijo que se me habrían caído. Y la cosa fue peor cuando se metió uno de los niguiris en la boca...

O yo estaba que me subía por las paredes, o de verdad acababa de morderlo de una forma tan sensual que mi maki personal no había podido evitar desear ser víctima de aquella boca.

Su mirada penetrante y descarada me puso todavía más nerviosa, y eso que ya había estado desnuda frente a él, pero me sentía como si fuera la primera vez.

—¿No piensas probarlo? —Su tono de voz era suave y grave, como si me estuviera seduciendo.

<< ¡Por el amor de dios, Maica! ¿No será que estás tan necesitada de volver a estar con él que ya imaginas que te seduce con cualquier cosa? >> Pensé.

No dije nada, me limité a coger los palillos, un nigiri, mojarlo en la salsa y llevarlo hasta mi boca.

Abrí los ojos como platos. ¡Estaba delicioso!

—¡Has creado una verdadera obra de arte! —Exclamé, después de tragar.

Me guiñó un ojo y bebió de su copa.

Estuvimos hablando un buen rato mientras cenábamos y yo me esforzaba para que no se me cayeran las bragas al suelo en cualquier momento, metafóricamente hablando.

Pero es que sus miradas, la forma que tenía de hablarme, e incluso la caricia sensual que le dio a mi mano, provocando que se me pusiera la carne de gallina... todo eso me estaba matando dulcemente.

—¿Por qué has escogido tu lugar de trabajo para la cita? —Pregunté en un intento por enfriarme las ideas y lo que no son solo ideas.

—Aquí es donde te conocí. Pensé que hacerlo en el lugar donde nos vimos por primera vez era un bonito detalle. De hecho, no sé si te has dado cuenta, pero estamos situados justo donde tuvimos nuestra primera y acalorada discusión.

Su respuesta me sorprendió.

—Creo que hemos tenido muchas en este lugar.

—Ya, pero la primera es especial. —Agregó, haciendo que todavía alucinara más.

—¿Te burlas de mí? La forma en la que nos conocimos fue lo peor del mundo.

Óscar sonrió de medio lado.

—Yo no diría eso. A mí no se me olvidará nunca el momento en el que saliste del agua para encararte conmigo... Las gotas te resbalaban por el cuerpo y sentí un repentino deseo de lamerlas. —Vale, estaba segura de que la boca se me había quedado abierta y esta vez sí se me cayeron los palillos— Me volviste loco desde el primer momento en que te vi, me enfadé conmigo mismo por tener esos deseos con una deslenguada como tú a la que estaba deseando meterle la mía en la boca solo para que se callara.

Ahugué una exclamación.

—Definitivamente eres masoquista. —Todavía estaba alucinando con sus palabras y, ¿os cuento un pequeño secreto?, tenía las piernas apretadas debajo de la mesa.

Lo que había dicho y el tono con que lo había dicho, provocaba ese efecto.

—Definitivamente estoy loco por ti. —Rebatió y se levantó de la silla, viniendo directo hacia mí.

—Óscar... —Pero me vi interrumpida cuando me cogió la mano, tiró suavemente de mí para que me pusiera de pie, apretó mi cuerpo contra el de él y me besó en los labios con una pasión increíble.

Su lengua no tardó en penetrar en mi boca y no pude evitar soltar un jadeo ahogado.

Las manos de él pasaron lentamente por mi espalda, bajando hasta mi cintura con una caricia suave y ardiente.

Me estremecí y separé mis labios de los suyos con un suspiro tembloroso.

—¿Te has propuesto matarme? —Pregunté.

Él se rio para sus adentros.

—¿A qué te refieres con matarte?

—Bueno, creo que llevas provocándome toda la cena. —Dije, estudiando su expresión con la mirada, quería corroborar que no había sido imaginación mía.

Óscar miró mis labios y mordió el suyo en ese momento.

—Pues no lo creas más, es así. —Contestó él y volvió a capturar mi boca.

El sabor del vino se volvió más dulce para mi paladar cuando lo saboreé de lleno en su lengua.

Sus brazos me rodeaban y me apretaban contra todos los músculos de su cuerpo, que me estaban llevando al límite de una locura imposible de controlar.

Mi pecho, apretado contra el suyo, ya subía y bajaba con celeridad.

Más aún cuando Óscar descendió sus labios hasta mi cuello y comenzó a besarlo, morderlo y pasarle la lengua por la zona que había dejado sensible con su mordisco.

—Para, Óscar, para... —Dije con la poca cordura que me estaba quedando.

—¿Por qué debería? —Gruñó él contra mi piel, apretando mi cintura contra la suya, haciendo que notara la fuerte y poderosa erección de sus pantalones.

—Yo... —Las palabras no me salían, tenía la mente completamente nublada— ¿La cena? —Pregunté con voz ahogada.

—Precisamente también por esto he escogido un plato frío. Nunca se sabe si en algún momento me puede apetecer un manjar más dulce...

—Pero tú dijiste que querías esperar para hacerlo de forma especial. —Recordé.

Él levantó la cabeza de mi cuello, me miró inquisitivamente y con una mano, señaló la mesa.

—¿Y esto no te parece especial?

No pude evitar tensarme y sentir un miedo tremendo de haberlo fastidiado todo.

—No, no quería decir eso... Sí, es especial, pero no sabía... Es que yo...

—Maldije en voz alta y él se echó a reír.

—Tranquila. —Me dio besos por el rostro y mis músculos se relajaron de nuevo.

Con los ojos cerrados, susurré:

—Es que me estaba esforzando por respetar lo que me dijiste.

Óscar me dio un besito detrás de otro en los labios con una carcajada reprimida en su rostro.

—Cuándo te metiste en mi cama a mitad de noche no parecía que lo respetaras demasiado.

Abrí mis ojos y fui a protestar, pero él abalanzó su boca sobre la mía con más intensidad, acallando mis palabras.

—Estaba deseando hacer esto... —Gruñó contra mi boca— Siempre he querido cerrarte la boca de este modo. —Volví a intentar decir algo, pero él devoró mis labios rápidamente, dejándome con la cabeza dando vueltas.

Más bien, ¡todo me daba vueltas!

Mis manos se pasearon por su torso bien trabajado y bajaron con sensualidad por su abdomen marcado, mientras él volvía a tomar posesión de la piel de mi cuello, haciéndome ahogar más de un suspiro de excitación.

—Esto era lo que tanto estaba esperando... Ya no hace falta que te contengas. —Murmuró.

Así que, carta blanca, ¿eh? Yo también estaba deseando eso.

Me aparté de él, que me miró con una aparente duda reflejada en el color avellana de sus ojos.

Pero esta vez fui yo quién silenció cualquier palabra que pudiera querer formular cuando comencé a quitarme el vestido.

Su sonrisa y la forma en la que estaba recorriendo con su mirada cada parte de mi cuerpo que quedaba al descubierto, revelaba que había conseguido mi objetivo y lo había dejado completa y absolutamente hipnotizado.

A la altura de mi cintura, dejé que el vestido terminara de caer a mis pies y me quedé en ropa interior.

Óscar se pasó la mano por su nuca sin dejar de mirarme ni un segundo, soltando un bufido que delataba lo mucho que lo estaba excitando mi atrevimiento.

Eso, y la sacudida de pantalón que dio su amiguito, o como mis amigas le llamaban, el corcho salvavidas del socorrista.

—Esta vez vas a tener que socorrerme tú a mí. —Dijo él con un fuego oculto ardiendo en lo más profundo de sus ojos— No te lo dije ese día en el cuarto de curas, pero me excitas demasiado cuando te desnudas para mí.

Ahora sentía que era yo la que había recuperado el poder, la que tenía total control sobre lo que sentía él, y eso me llevaba a estar más enloquecida de deseo.

Eché el vestido a un lado con el pie y caminé hacia la piscina de espaldas, pero calculando muy bien cada paso que daba.

—Lo sé... —Me mordí el labio inferior.

Veía como cada vez lo tenía más y más a mis pies.

—Ven aquí, Maica.

—No. —Sentía una necesidad increíble de jugar con él, con su excitación.

—Si no vienes, iré yo mismo a por ti. —Advirtió— Y te recuerdo que no te puedes bañar durante un tiempo por tus heridas.

Aquello me hizo soltar una carcajada divertida y mirarlo con picardía.

—Con eso cuento, con que vengas a por mí. —Humedecí mis labios, haciendo que su mirada se enfocara en ellos— En cuanto a no bañarme, bueno, yo siempre me he saltado las normas... —Me lancé al agua, dejándolo pasmado.

Pero solo se quedó en ese estado una fracción de segundo, porque enseguida se quitó la camisa, esta vez dejándome a mí sin aliento.

Esos músculos duros...

Estaba deseando sentirlos atrapar mi cuerpo.

Cuando se lanzó al agua de cabeza, traté de alejarme nadando, pero mi mente estaba tan sumamente sumida en la experiencia que estábamos viviendo que no calculé que él tenía mucha más ventaja que yo en la piscina.

Por supuesto, nadaba más rápido y terminó agarrándome del pie.

—¿A dónde te crees que vas? —Tiró hacia sí mientras yo me reía a carcajadas— ¿Crees que puedes desobedecerme, calentarme de ese modo y que no habrá consecuencias?

Más pronto que tarde estaba acorralada entre sus fuertes brazos y el borde de la piscina.

Comenzó a besarme con ansias, como si tuviera un hambre voraz que solo podía saciar conmigo.

Soltó mi cuerpo, poniendo las manos a cada lado, agarrándose al borde.

Aquello le daba mayor acceso para lo que estaba haciendo; apretar su cuerpo contra toda mi silueta.

Se me escapó un jadeo excitado y él sonrió de medio lado.

Bajo el agua, podía notar lo duro que estaba en toda esa parte de él por la que estaba ardiendo en mi interior, anhelante y deseosa de sentirlo en lo más profundo de mi ser.

Mis manos subieron en una caricia sensual por su torso, hasta posarse en su nuca. Ambos nos estábamos besando con una pasión casi salvaje, teníamos las respiraciones aceleradas, necesitadas de más.

Su boca descendió por mi barbilla, pasó por mi cuello, mordió mi clavícula.

Me estaba volviendo completamente loca...

—Pon tu pierna izquierda alrededor de mi cintura... —Susurró roncamente sobre mis

labios, mirándome de una forma depredadora— Ya mismo.

Obedecí de inmediato.

Me sentía como si estuviera envuelta en una nube embriagadora que me estaba devorando poco a poco, al igual que los músculos de ese atrevido, sensual y poderoso hombre que estaba decidida a permitir que tomara todo lo que deseara. Bajó una mano por mis curvas, deleitándose en ellas con caricias sensuales que me robaban la respiración.

Nuestras bocas volvían a estar unidas, nuestras lenguas danzaban juntas y se saboreaban mutuamente, nuestros cuerpos estaban calientes pese al agua que nos rodeaba por todas partes.

Y cuando sus dedos acariciaron el núcleo, oculto bajo la tela que estaba tocando, casi sentí que me desmayaba.

Separé la boca de él, lo miré... Sus ojos tenían chispas de fuego en lo más profundo de sus pupilas.

Presionó la punta del dedo de en medio justo en aquel botón que me arrancó un gemido, sonido que Óscar se bebió cuando capturó mis labios con los suyos mientras seguía moviendo su dedo, apretando y torturando mi clítoris con excelente habilidad.

Era como si conociera mi cuerpo mejor que yo misma.

—¡Óscar! —Exclamé con la respiración muy acelerada y a punto de tener el primer orgasmo.

Estaba demasiado excitada, tanto, que sentía las oleadas del placer más sublime invadiendo todos y cada uno de mis sentidos.

Los besos de él, sus caricias íntimas, su erección presionando contra mi muslo derecho, todo estaba siendo una experiencia de lo más abrasadora.

—¿La sientes? —Murmuró con voz excitada.

Tenía los labios pegados a mi oreja y se movía contra mi pierna, haciéndome notar su polla y lo dura que estaba.

—S-sí... —Contesté con voz entrecortada.

—¿Y la quieres dentro de ti?

¡Ay, dios! Aquellas palabras estaban dejándome sin una pizca de cordura, ni pensamiento racional.

Solo podía pensar con mi cuerpo.

Al ver que no le contestaba de inmediato, volvió a presionar contra mi muslo.

—¡Oh, dios, sí, la quiero, sí! —Jadeé.

Como premiando mi respuesta, introdujo la mano bajo mis bragas y me acarició los pliegues, ahora sensibles y más húmedos que nunca, de mi sexo.

—Estás más mojada que el agua. —Gruñó con excitación e introdujo un dedo dentro de mí.

Mis manos se aferraron con fuerza a sus hombros y todo mi ser tembló.

El anhelo, el fuego, la necesidad... todo aquello recorría mi cuerpo a la velocidad de un veneno sumamente dulce, un veneno que quería saborear una y otra vez.

Óscar movió su dedo, curvándolo levemente hasta tocar un punto que me volvió loca de placer y comencé a sentir como las paredes internas de mi vagina lo atrapaban. Él añadió otro más a la tarea, arrancándome varios gritos de placer conforme los iba moviendo cada vez más rápido.

En ese momento mi mano se movió sola y se metió bajo el agua, queriendo agarrar también esa parte de él que deseaba tan desesperadamente que atravesara mi cuerpo y lo poseyera.

Óscar me lo impidió y yo ahugué un sonido cargado de frustración.

—Todavía no... —Mordió mi cuello, haciéndome estremecer de la cabeza a los pies, sin

dejar de mover los dedos dentro de mí como si fuera esa parte de su anatomía.

—Por favor... —El hilo de voz desesperado que salió de mi garganta, indicaba el grado de necesidad que tenía de él.

Óscar aumentó el ritmo de sus dedos.

¡Dios, aquellos movimientos iban a matarme de gusto!

—Óscar, voy a... ¡Oh! —Gemí.

Al escucharme, un sonido ronco y ardiente salió de su garganta y enredó su mano en mi cabello, tirando levemente de él de manera que lo mirara a los ojos.

—Quiero que me mires cuando te corras en mis dedos...

Sus palabras bastaron para que, con un fuerte grito, lo terminara haciendo.

Estallé en un delirante éxtasis e hice justamente lo que me pidió, mirarlo a los ojos mientras mi vagina succionaba sus dedos.

Una vez los sacó de mi interior, no me dejó ni recuperar el aliento.

Antes de que pudiera darme cuenta, ya me había cogido el otro muslo y me había subido a su cintura.

Me besó en los labios y juntó su lengua con la mía, mientras con manos hábiles apartaba a un lado mis bragas y él liberaba su erección, pasando la punta de esta por los pliegues de mi sexo y volviéndome loca con el calor que desprendía.

—Dime que tomas la píldora o algo, Maica, porque si tengo que salir ahora a por el condón, te juro que me voy a morir.

Casi no podía contestarle, la necesidad que todavía crecía en mi interior por él, provocaba que me moviera, desesperada por sentirlo más cerca de mí, por su contacto.

—Sí, la tomo... Hazlo ya, por lo que más quieras... —Mi voz salió agitada, mostrando el grado de excitación al que estaba sometido todo mi cuerpo.

Sonrió sobre mi boca y comenzó a hundirse poco a poco y a salir de mi interior, torturándome de forma tan deliciosa como dolorosa.

—¡Hazlo ya! —Exclamé con un gemido ahogado.

Óscar me dirigió una mirada penetrante y traviesa.

—No hasta que lo pidas por favor... Fuiste muy mala conmigo... —Me succionó el labio inferior con los labios y siguió introduciendo y sacando su miembro de mi interior, haciendo que necesitara más, que mi cuerpo suplicara en silencio por esas atenciones.

—Socorrista odioso... —Jadeé y le di un mordisco sensual tras otro en el cuello.

—Pídelo por favor. —Repitió con un gruñido.

Ya no podía más, estaba completamente entregada y dispuesta a hacer todo lo que me dijera con tal de sentirlo de nuevo.

Ardía por él desde hacía tiempo y no me importaba tener que decirlo.

—Por favor...

Mirándome fijamente a los ojos, sonrió con picardía y con un movimiento de cadera, se hundió completamente en mi cuerpo de una sola estocada.

Grité de placer, pero volví al estado de ansiedad, anhelo y dolor cuando salió por completo de mi cuerpo y volvió a torturarme, pasando la punta de su miembro por el centro de mi sexo.

—¡Por dios! —Me quejé.

Óscar me miró con un oscuro deseo y volvió a tomarme del cabello, haciendo que lo mirara.

—Repítelo. —Susurró, excitado.

Lejos de enfadarme que estuviera siendo tan posesivo, sentí que me excitaba todavía más y, de nuevo, volví a ceder. Tal vez porque estaba siendo la experiencia más fogosa de mi vida y no

quería que acabara.

—Por favor, hazlo. Te necesito dentro de mí... —Dije, jadeante y ansiosa por lo que fuera a venir a continuación.

Óscar introdujo la punta de su miembro.

—¿La quieres dentro? —Preguntó con un gruñido grave y extasiado.

—Sí... —Mis labios estaban entreabiertos sobre los suyos, notando como todo mi interior ardía y dolía, exigiendo más y más en silencio.

El presionó su cadera y se hundió un poco más.

Mis manos bajaron rápidamente a su perfecto trasero, intentando presionar para que terminara de clavarse del todo, pero no conseguí más que otra pregunta.

—¿Así?

—No... Más, más...

—¿Más qué?

Os juro que, si salía de esa experiencia con vida, lo mataba por lo que me estaba haciendo, pero en esos momentos lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que deseaba que se hundiera en lo más profundo de mi cuerpo.

—¡Más adentro! —Gemí.

Con fuerza y firmeza terminó de hundirse en mi interior y para mi mayor placer comenzó a moverse con celeridad, mientras soltaba gemidos y gruñidos sobre mis labios, entre besos y un enredo continuo de lenguas.

—¡Oh, joder, sí! —Eché mi cabeza hacia atrás y le di mayor acceso a mi cuello.

Parecía saber en todo momento lo que necesitaba. Inmediatamente, pasó su lengua por el lateral de este, haciendo estremecer mi piel mientras se movía cada vez con más celeridad, llevándome al límite de nuevo, pero sin dejarme tocar la cima.

Era como si me obligara a esperarlo, como si a pesar de estar ya llenándome por completo, me mantuviera en una espiral de necesidad y deseos que anhelaban con todas sus fuerzas ser satisfechos.

Y solo lo podía hacer él...

Era quién tenía el control y el poder de mi piel, de mi alma, de mis sentidos...

Me estaba volviendo loca con cada uno de sus movimientos, con cada una de sus arremetidas, de sus caricias, de sus besos...

Mientras nos mirábamos a los ojos, pasé mis manos por su fuerte espalda y no pude evitar clavar levemente las uñas en su piel, pero lejos siquiera de hacer una mueca de dolor o de disgusto, pareció más motivado.

Se movió con renovado vigor, con un ansia que me provocó que gritara de placer.

Grito que volvió a beber de mi boca cuando me la devoró por completo como si fuera un animal sediento y yo fuera justo el manantial de agua fresca que tanto había deseado.

Agarraba mi muslo con una mano y me movía contra él y, aunque yo realizara mis propios movimientos, para contagiarlo, aunque fuera solo con un poco de la locura embriagadora en la que yo estaba sumergida, parecía no ser suficiente para Óscar.

Él presionaba mi muslo y me apretaba con más fuerza contra su polla, clavándose hasta lo más profundo de mí y convirtiéndonos en uno solo.

Éramos dos cuerpos y dos almas que estaban completamente fusionados en un fuego eterno, que se quedaba marcado en nuestras pieles y en nuestros corazones con cada movimiento que realizábamos, tomándonos el uno al otro como si no hubiera un mañana, como si la cordura ya no existiera y nuestra vida dependiera de ello.

La conexión era intensa, la pasión y el deseo todavía más.

Mis gemidos y los suyos nos envolvían completamente, al igual que la necesidad de saltar al abismo en un clímax que parecía ser de lo más prometedor para ambos.

Estábamos moviéndonos al unísono, cuando salió de mi interior con rapidez.

Yo iba a protestar, pero cualquier cosa que fuera a decir murió en mi boca cuando me dio la vuelta, dejándome de espaldas a él, esta vez aferrada yo al borde de la piscina.

Me agarró por las caderas, aprovechando la fuerza de flotación, y volvió a penetrarme desde atrás.

Me acorraló del todo contra el borde, aferrándose con las dos manos a este y presionando sus fuertes y duros músculos en mi espalda, moviéndose con una destreza y una lujuria increíbles, era como si lo hubiera poseído un instinto animal.

No estaba siendo nada delicado y de alguna manera eso me excitaba todavía más, provocando que se deslizara una y otra vez dentro de mí con gran facilidad.

Salí a su encuentro, empujando mi trasero contra él y alzándolo, tratando de seguir el compás de esa danza tan sensual y ardiente que estábamos experimentando juntos.

Los gritos de placer no dejaban de salir de mi garganta, juntándose con el ambiente y perdiéndose en el aire.

El aliento caliente de Óscar contra mi nuca y la parte de atrás de mi oreja, me estaban haciendo estremecer y, de alguna manera, me acercaban más al límite.

Ya me sentía morir, pero era una muerte dulce, que deseaba con todas mis fuerzas.

Y cuando bajó una mano y estimuló mi clítoris, haciendo círculos en él y pellizcándolo, todo mi ser se hizo gelatina en sus manos, mientras su miembro salía y entraba a gran velocidad, sin detenerse.

—Por favor... —De nuevo una súplica salió de mis labios, pero esta estaba cargada del deseo de alcanzar aquel punto sin retorno.

—Eso es, Maica. —Gruñó él— Siento como estás a punto de volver a correrte...

En respuesta mis manos apretaron el borde de la piscina, hasta que mis nudillos quedaron blancos.

Sí, estaba justo ahí, a punto de alcanzar la cumbre y tocar el cielo con las manos.

Mi excitación aumentaba cada vez más, mi respiración era más pesada y mis latidos cardíacos golpeaban con tal fuerza en mi pecho que parecían un son descontrolado de tambores.

También sentía los de él en mi espalda y sus músculos comenzando a tensarse.

Óscar gimió gravemente contra mi oreja.

Ese sonido terminó de sacudirme y salté al precipicio, me abandoné por completo al placer intenso, estallando en el más exquisito de los orgasmos.

Me moví frenética contra su cuerpo, gritando su nombre una y otra vez.

Entonces mi propio clímax terminó por arrastrarlo a él.

—¡¡Oh, joder, Maica!!

Óscar alcanzó el suyo y tras emitir un fuerte gemido gutural y masculino, sentí como su miembro latía dentro de mí y derramaba toda su esencia, terminando de llenarme por completo de él, del hombre que ya sabía sin lugar a dudas que amaba como nunca antes había amado a nadie.

Nos quedamos un momento allí, tratando de volver a serenar nuestras respiraciones y nuestros corazones.

Él me dio besos suaves por el hombro y luego otro en la coronilla antes de salir de mí.

Nos colocamos bien la ropa interior y me giré para mirarlo.

Ahora me sentía incluso más cerca de él que antes.

Ese socorrista había tomado todo de mí sin yo siquiera haberme dado cuenta.

Me parecía increíble como una historia que había comenzado con tirarnos los trastos a la cabeza, con unos toques de odio y con ni siquiera querer vernos el uno al otro, había acabado convirtiéndose en la mejor experiencia de mi vida.

Había sido un verano intenso, sí, pero sin duda alguna, era un verano que no iba a poder olvidar jamás.

Salimos del agua y, no sé si a vosotros os habrá pasado, pero yo cada vez que tengo sexo con alguien me da un hambre descomunal.

Lo mejor es que parecía no ser la única, porque Óscar y yo nos cenamos todo lo que quedaba de sushi con ganas, esta vez sentados en el césped.

—¿Me prometes que volverás a hacérmelo? —Pregunté.

Él alzó una ceja, sonrió de medio lado y respondió:

—¿El amor? Todas las veces que quieras.

Yo me carcajé y le tiré la servilleta hecha bola que tenía en mis manos.

—¡El sushi, socorrista tonto!

Me guiñó un ojo con diversión.

—Por supuesto que sí, siempre que te quedes conmigo.

—¿Qué quieres decir? —Me extrañé.

Él tomó mi mano, me miró a los ojos y con voz decidida, dijo:

—Que quiero que seas mi novia.

Aquello fue tan inesperado que me quedé con la bola del nigui que estaba masticando en mi mejilla, pareciendo un hámster.

Sí, chicos, así de torpe y sexy puedo llegar a ser a veces.

Óscar le dio un toquecillo a la bola con su dedo.

—¿Pretendes llevarlo a tu madriguera? —La expresión de su cara era de pura diversión, pero también se mezclaba con un brillo sincero— Me encantas, Maica. Tienes un carácter del demonio, estás como una cabra y no sé cómo lo haces, pero hasta pareciendo un roedor te ves increíblemente sexy y preciosa.

No pude evitar sonrojarme ante sus palabras.

Mis mejillas ardían y sentía como si hubiera perdido el aliento, aunque estaba ahí presente.

Tragué la comida que había mantenido por un tiempo más en mi mejilla y desvié mi atención a la copa de vino, bebiendo un trago, para no arriesgarme a que se me hubiera quedado algo de arroz en la garganta y mi voz, con los nervios, terminara saliendo de mí como si fuera un cuervo graznando.

Con la suerte que tenía algunas veces, tenía que ser precavida.

Lo miré de nuevo a los ojos, él tenía una expresión suave y tierna en su rostro.

—¿Y bien? ¿Qué me dices? ¿Crees que puedes ser la novia del señor socorrista al que odias? —Dijo, refiriéndose a mi mensaje de aquella tarde.

Yo me reí levemente y le devolví una mirada de adoración.

Era evidente que Óscar intentaba mostrar una calma que estaba lejos de sentir, sabía que temía que mi respuesta fuera negativa.

—Pues claro que sí quiero, Óscar.

Él se acercó a mí, me rodeó entre sus brazos, me estrechó contra él con una felicidad más que notable, y me besó por todo el rostro.

Luego tomó mi boca con la suya y nos tomamos nuestro tiempo para deleitarnos con la

suavidad de nuestros labios al rozarse y nuestras lenguas al enredarse.

Acaricié su mejilla con mi mano cuando separamos nuestros rostros, era una caricia cargada de un profundo sentimiento, algo que todavía no me atrevía a decir a viva voz, pero sí quería manifestar algo al respecto y no me iba a quedar calladita.

Por eso, acariciando su nariz con la mía, declaré arrancándole una carcajada:

—Señor socorrista, ¡me gusta!

Óscar me dio un tierno beso corto y, con una sonrisa en la cara, me guiñó el ojo:

—¿Ves? Te dije que esta noche te haría gritar otra cosa diferente a la de tu mensaje.

Fruncí levemente el ceño con diversión y comenté:

—Emm, no lo he gritado.

En ese momento, él sonrió de medio lado y cerniéndose sobre mí, haciendo que me tumbara en el césped y colocándose sobre mi cuerpo, entre mis piernas, añadió:

—Todavía tengo un buen rato para hacer que lo grites, mi preciosa roedora... y voy a empezar ahora mismo.



25. FIESTAS DE COLLADO VILLALBA

Habían pasado unas semanas desde que acepté ser novia de Óscar. Yo había vuelto a trabajar en el Decathlon con Laura, y Andy estaba de baja por todos los asuntos que se estaba esforzando en solucionar sobre su problema.

La verdad es que, desde que había salido del hospital, lo había estado haciendo muy bien, dando su mejor esfuerzo.

Ahora hacía ejercicio y se mantenía en un peso óptimo.

Le había costado, pero no había vuelto a vomitar y se esmeraba mucho por no verse gorda al espejo, o por lo menos por no creer lo que su mente le decía. Laura, por su parte, también había estado ahí para ella, aunque Andy no quisiera al principio, y eso había hecho que de una vez por todas terminaran reconciliándose.

Claudia y yo estuvimos delante cuando eso pasó y las lágrimas se nos caían a goterones al ver a las dos abrazarse, declarándose de nuevo como mejores amigas.

Nuestra morena había comenzado también una relación sentimental con Ángel y, de vez en cuando, Óscar y yo salíamos con ellos en plan parejitas.

La verdad es que lo pasábamos muy bien juntos, pero luego yo me lo pasaba mil veces mejor en la cama con mi socorrista y su corcho flotante.

No habíamos parado de hacer el amor por todos lados, incluso alguna vez que fui a la piscina porque era mi día libre, acabamos en una de las cabinas del vestuario como dos locos apasionados.

Estaba viviendo los mejores momentos de mi vida y quería que aquello durara para siempre.

De hecho, después de que mi padre me confesara todo lo que había pasado con la madre de Kevin, lo de Verónica y que sacara la verdadera razón del trauma que lo había estado atormentando por tantos años, dejó de tener tantas obsesiones. Para mi sorpresa y la de su psicóloga, había mejorado notablemente.

Una tarde, le presenté formalmente a Óscar, sorprendiéndome al ver lo mucho que congeniaron.

A ver, no es que me esperara que se llevaran mal y menos después de lo mucho que él nos ayudó el día en que mi padre estaba histérico, pero tampoco me esperaba que hicieran tan buenas migas, casi mejor incluso que con Kevin cuando todavía estábamos metidos en su engaño, creyendo que era alguien que en realidad estaba muy lejos de ser.

Y con respecto a este último, no solo no había vuelto a saber nada de él, (por suerte), sino que yo me había sincerado con Óscar.

Esa misma noche, dando un paseo por Collado Villalba le conté todo, incluso la historia de

mi padre.

Mientras yo no pude evitar deshacerme en lágrimas, él se había mostrado muy comprensivo, me había apoyado y me había ayudado a ver las cosas de forma más optimista, reafirmandome mucho más en el hecho de que era el hombre perfecto para mí.

De hecho, tuve bastante confianza para decirle que estaba preocupada por lo que me había contado mi padre sobre Miguel y la posibilidad de que mi ex mejor amigo estuviera tan enfermo como él e intentara hacerme daño.

—Si se le ocurre ponerte un dedo encima o rozarte siquiera, tendrá que gastarse mucho dinero en un dentista. —Dijo, apretando la mandíbula— No le voy a permitir que te haga nada, no te preocupes por eso.

—¿Y si nos separa? —Pregunté con inseguridad.

A esas alturas de mis sentimientos no quería que nada hiciera peligrar lo que tan feliz me estaba haciendo.

Él esbozó una sonrisa tranquilizadora y me dio un beso cálido en la frente.

—Te aseguro que si no nos separó el odio que nos teníamos al principio, mucho menos un niño pijo y con el cerebro del revés. Si es necesario, se lo pondré en el sitio con mucho gusto. A fin de cuentas, mi trabajo es socorrer a la gente. —Se echó a reír y me contagió a mí de ese humor, ayudándome a estar más relajada.

—Gracias, mi socobobo. —Le di un beso en los labios y comencé a enjugar mis lágrimas.

Él alzó una ceja, divertido.

Me detuvo en seco, haciendo que lo mirara a los ojos y terminó de secar y adecentar mi rostro con sus pulgares, mientras con una sonrisa que me volvía loca, comentaba:

—Oye, no te morirías por decirme palabras como ‘amor’, ‘cariño’, ‘cielo’. Ya sabes, apelativos más cariñosos que socobobo.

Yo me reí para mis adentros, pero con una expresión igual de divertida que la suya.

—¿Y eso que gracia tendría? Además, no es nada original.

Óscar negó con la cabeza, pero mantenía la sonrisa, suspirando.

—Eres de lo que no hay.

—Por eso te gusto. —Respondí, poniendo morros para que me diera un pico.

Él acercó su cara a la mía y antes de besarme, susurró:

—Por eso me vuelves loco. —Capturó mi boca con una pasión y una intensidad que casi me quedo seca, pero de la alegría.

Yo estaba abrazada a su cintura mientras él me mantenía con los hombros rodeados por su brazo.

Retomamos el paseo nocturno por la feria medieval de Collado Villalba, que ya había comenzado a estar en las fiestas de verano.

—¿Me vas a decir que no quieres ser mi socobobo? —Le puse una mueca graciosa de penita.

Él se rio levemente.

—Prefiero ser lo que sea siempre que sea tuyo y esté en tu vida.

¡Ay, dios mío, me lo comía! ¡No se podía ser más maravilloso!

—Ojalá Andy algún día se anime también a que Rubén sea su soko algo, ¿no?

—Comenté cambiando de tema.

Óscar asintió con la cabeza, dándome completamente la razón.

—Están esperando demasiado, pero sí que es verdad que Andrea no ha pasado por una situación fácil. —Inspiró levemente— Creo que ella lo que quiere es recuperar su bienestar antes

de entrar en una relación con nadie y eso es algo que me parece bastante razonable.

Asentí, completamente de acuerdo y me detuve en el puesto de aceitunas, pepinillos, altramuces y todo tipo de delicias.

—Tienes razón, lo mejor es que antes aprenda a amarse a sí misma y luego pueda querer a Rubén como toca. Ese chico se lo merece con la paciencia que está teniendo.

—Te aseguro que para él es un placer estar ahí para ella. Le gusta mucho.

—Apuntó.

Yo lo miré con una sonrisa, mientras le pedía al hombre del puesto que me pusiera una bolsa de aceitunas verdes con un pepinillo incrustado en el agujero de estas.

—A ella también. —Agregué yo, mientras pagaba y cogía una de la bolsa, llevándola a mi boca para degustarla— Como me gustan estas aceitunas...

—Comenté, tras gemir de placer y ofrecerle una a mi novio.

Él me miró con guasa.

—¿Sabes cómo se llaman?

La pregunta me extrañó.

—Emm... ¿aceitunas con un pepinillo metido por el agujero?

Óscar no pudo evitar reírse.

—Tal vez debería de ser yo quien te llamara a ti bañista boba. —Le di un codazo en el brazo, mientras él cogía una— Se llaman “violadas”.

—¡Hala, venga va! —Exclamé, incrédula, pero al ver que me miraba con determinación, me quedé alucinada— ¿Hablas en serio?

—Totalmente. —Se la comió.

Yo me quedé mirando la bolsa con perplejidad.

—¿Quién fue el loco que les puso ese nombre?

—A saber, pero lo dio a conocer por muchas partes del mundo. —Me cogió de la cintura, colocándose tras de mí, dándome un beso juguetón en el cuello— ¿De verdad te gustan tanto, o es que acaso pretendías darme un mensaje indirecto a mí, Maica?

Yo no pude evitar mirarlo como si le faltaran mil tornillos.

—No me hace falta mandarte indirectas, solo me tengo que desnudar.

Él gruñó, me mordió suavemente en la oreja y apretó de forma sutil su erección contra mi trasero, arrancándome un jadeo ahogado.

—Antes de que te desnudes, ya me tienes duro como una piedra. —Murmuró con voz ronca, haciendo que me diera vueltas la cabeza por unos segundos.

Luego se metió una mano en el bolsillo para disimular el bulto en sus pantalones.

—No me líes, no me líes, a ver si vas a ser tú el violado al final. —Bromeé después de que se me volvieran a aclarar las ideas.

—¿Se puede ser violado si uno se deja? —Me dio varios besos en la mejilla.

Me encogí de hombros.

—Siempre puedes fingir.

Él se echó a reír.

—¿Te van esos rollos? —Preguntó, divertido.

Le propiné un codazo suave en el estómago lo suficientemente firme como para que no le hiciera daño, pero sí se llevara las manos a esa zona.

—Me van más estos. —Contesté.

—Perfecto, Maica Grey, ahora ya sé a qué atenerme contigo. —Se enderezó y sonrió de medio lado.

Fingí una carcajada malvada.

—A partir de ahora tendrás que soportar que te azote con una fusta. —Le saqué la lengua.

Óscar me miró con un brillo especial en sus ojos y me dio una ligera palmada en el culo.

—A mí no me hace falta una fusta, prefiero azotar con mis manos.

—Socorrista desvergonzado... —Comenté por lo bajo, mientras volvía llevarme una nueva aceituna a la boca y miraba el puesto de quesos— ¡Madre mía! ¡Qué pinta tienen! Me están dando ganas de comérmelos todos.

Óscar me miró alucinando.

—Tú no tienes estómago, Maica, tienes un pozo sin fondo.

—Venga, va. ¿A quién no le seducen estos quesos?

Negando con diversión, se acercó conmigo al puesto y los estudió con la mirada.

Luego miró al vendedor y agregó con una sonrisa que aparentaba una inocencia similar a la del mismísimo Lucifer:

—¿Tiene una muestra con el olor a pies más apestosos para mi chica?

—¡Oye tú! —Protesté.

El vendedor ahogó varias risotadas, mientras le tendía el plato con el trozo de queso que, se suponía, era el más fuerte de su puesto.

Y digo se suponía porque me dio uno que no tenía ni sabor.

Cogí otro trozo y me lo llevé a la nariz.

—Oler, huele, pero saber no sabe a nada.

Óscar alzó una ceja y cogió el trozo de mi mano para probarlo por sí mismo.

—A ver si te has quedado sin paladar con tanto vinagre. —Se lo metió en la boca.

Me quedé cruzada de brazos, esperando su veredicto, el cual ya estaba segura de qué iba a ser.

—Es verdad, no sabe a nada. —Miró al vendedor— ¿Esto es lo más fuerte que tiene? ¿Un queso que huele a pies, pero no sabe a nada?

El hombre nos miró sin saber qué decir.

Era más que evidente el interrogante en la cabeza con el que le había dejado.

—Pruébelo usted mismo. —Invitó y luego miró los precios de los quesos— ¡Y encima de cuarenta euros no bajan! ¡Qué estafa! —Exclamó.

—Bueno, da igual, continuemos. —Dije rápidamente, cogiéndole de la mano para continuar con nuestro recorrido. Cuando estuvimos lo suficientemente alejados como para estar fuera de la vista de un vendedor que se había quedado con cara de póker, lo miré con incredulidad— ¿En serio le has dicho todo eso?

Él se pasó una mano por el pelo y resopló con una sonrisa.

—Sí, me parece que estar contigo me está haciendo mella. Ahora soy igual de gruñón que tú.

—¡Pero serás...! —Le solté de la mano y me di la vuelta para marcharme, pero me cogió de la muñeca, dándome la vuelta y me besó en los labios.

—¿No sabes aceptar una broma, tontorrón?

—¿No sabías que era yo la que estaba de broma, tontorrón? —Devolví, mordiéndole el labio inferior y tirando suavemente de él.

Se quedó sin palabras y no pude evitar darle un toque con el dedo.

—Es la primera vez que te dejo sin argumentos. —Mi tono era de victoria.

Óscar me miró con ojos entrecerrados y respondió:

—A veces los mejores argumentos son las acciones, Maica.

—¿Qué quieres decir? —Pregunté, descolocada.

En ese momento, rodeó mi cintura con un brazo y me apretó contra su cuerpo, arrancándome un gemido de sorpresa.

—Quiero decir que te prepares, porque cuando lleguemos a mi casa te voy a hacer pagar que me hayas dejado sin argumentos, pequeña diablesa. —Y para que me quedara claro cómo me lo iba a hacer pagar, me dio un azote en el culo, que me hizo soltar otro gemido, pero, esta vez, de excitación.

Dos días después, habíamos quedado en el parque de Peñalba con Andy, Rubén, Laura y Ángel. Iban a hacer una discomóvil allí esa noche y, cuando llegamos, el lugar estaba a rebosar de gente. También había baños portátiles y puestos de cerveza, de cubatas y otros para tomar algún picoteo variado.

Yo llegué la primera, me había arreglado con un vestido de solo un tirante en mi hombro izquierdo de color morado, que se ajustaba a mis curvas, y unas sandalias de tacón, negras, de estilo romano.

Me alisé el cabello y me maquillé con una sombra de ojos a juego con mi vestimenta, rímel para alargar mis pestañas, colorete claro para mis mejillas y un pintalabios de color borgoña que me quedaba de maravilla.

Por supuesto, si iba a beber y a comerme a besos a mi guapísimo socorrista, lo había escogido de efecto duradero, de modo que solo se quitaba frotando muy fuerte.

—Pero, ¡¡qué guapísima estás!! —Escuché que gritaba Andy.

Cuando vi a mi amiga llegar con Rubén, fui corriendo hacia ella y las dos nos fundimos en un abrazo que parecía como si no nos hubiéramos visto en años.

He de reconocer que, pese a que intentaba estar todo lo que podía, no tenía demasiado tiempo desde que había vuelto a trabajar.

Eso sí, había estado muy encima de ella, aunque fuera por teléfono para asegurarme de que no volviera a caer en meterse los dedos en la garganta para provocarse vómitos.

También quedaba con ella en cuanto tenía un hueco y hasta llamaba a Rubén para asegurarme de que era verdad que estaba haciendo lo correcto. Estaba tan pendiente de mi amiga, que llegaron a decirme que no fuera tan pesada, pero es que yo le prometí que iba a estar para ella y lo hacía como buenamente podía, tratando de no fallarle nunca.

Laura y Claudia también ponían de su parte, y hasta Óscar y Ángel.

Vamos, que atención no le faltaba a la niña.

De esta manera se hacía más sencillo estar para ella sin atosigarnos ninguno.

Aunque no puedo decir lo mismo de la pobre Andy, que más de una vez había acabado hasta las narices de todos y cada uno de nosotros.

Cuando rompí el abrazo y la miré, no me podía creer lo que veían mis ojos.

¡Llevaba el vestido de *Pull and Bear* del principio de esta historia que iba a hacer que nos corriéramos del gusto!

Y debo añadir que no le faltaba razón, ¡era espectacular y a ella le quedaba aún mejor!

—¿Qué yo estoy guapísima? Pero, ¿tú te has visto? —Rubén nos miró con una sonrisa, pero la quitó en cuanto le dije— Ten cuidado, no vaya a ser que alguno de los muchos hombres que están aquí te la acabe robando.

Me reí cuando vi la palabrita “celos” escrita en su mirada.

Aproveché para acercarme a él a darle dos besos a modo de saludo y susurré en su oreja:

—Tal vez ya sea el momento de arriesgar y ganar.

Cuando me separé, vi que me miraba con el rostro iluminado y una sonrisa.

Andy, girando la cabeza a ambos lados como buscando a alguien, preguntó:

—¿Laura y Ángel no han venido aún?

Negué con la cabeza y contesté, mirando la hora en mi móvil y guardándolo luego en el bolso:

—Deben estar de camino. Ángel y ella tenían reservada una cena en Madrid a las ocho, así que, siendo las once y media, deben estar al caer.

—¿Y Óscar? —Me miró, extrañada de que no hubiera llegado conmigo.

—Ha ido a llevar a Claudia a El Boalo, el pueblo de su amiga, y ahora viene. Por lo visto allí también están en fiestas y se queda a dormir en casa de ella, así que aún tardará un buen rato.

—Ah, ya decía yo que era raro que no se hubiera apuntado a esta quedada.

—Comentó Andy.

Me encogí de hombros.

—A ver, un poco la entiendo. Nosotros vamos en plan parejas y ella está sola. No creo que quisiera parecer una <<sujetavelas>>.

—Andrea y yo no somos pareja. —Dijo Rubén.

Alcé una ceja y no me pude contener:

—Aún.

Los dos se miraron y se pusieron más rojos que un tomate.

Bueno, puede que la confianza de mi amiga estuviera cambiando, pero seguía igual de vergonzosa en lo que al chico que le gustaba se refería.

A ese paso no iban a lanzarse en la vida, así que se me ocurrió una idea perfecta y descabellada para resolver la timidez de alguien que es incapaz de declararse.

—Vamos al puesto de comida, así picamos algo en lo que empieza esto y nos tomamos unas copas en lo que vienen Laura y Ángel. ¿Os parece?

Miré a Andy con un poco de miedo a que empezara con sus comentarios de “estoy demasiado gorda” o “mejor no, que me salen michelines.”

Pero para mi grata sorpresa, sobre todo porque era un indicativo de mejoría, simplemente exclamó:

—¡Es una idea magnífica! Ya tenía ganas.

Y así lo hicimos.

Aprovechando que el médico le había quitado a Andy los antidepresivos porque estaba viendo que mejoraba muy rápidamente y quería cerciorarse de que era capaz de hacerlo sola, yo le metí unas cuantas copitas de más.

Estaba feliz por mi amiga, se notaba que ella había deseado como nadie mejorar y que había puesto mucha fortaleza y empeño en ello, pero como no se le diera un empujoncito con Rubén, su romance se daría cuando las ranas criaran pelo.

¡No me juzguéis que os veo venir!

No solo le di copas de más a ella, también a él.

A ver, es que, si le quito la vergüenza a una, pero el otro sigue como un tomate Cherry cada vez que la tiene cerca, no hacemos nada, ¿no?

¿Y para eso tienes que recurrir al alcohol, Maica?

¡Pues sí! Porque es el único afrodisíaco que tenía al alcance.

¡Qué no me juzguéis! ¡Yo sé lo que me hago!

Estuvimos un buen rato de cháchara, bebiendo y comienzo patatas bravas y un morro de cerdo que estaba de vicio.

Como os podréis imaginar, cuando Laura y Ángel llegaron, aquellos dos, no solo estaban

super desinhibidos, sino que además bailaban juntos al ritmo de la música y muy, pero que muy pegaditos.

Laura los miró con una mezcla de incredulidad y cabe decir que había abierto los ojos como una lechuza.

Casi me dieron ganas de carcajearme ante su expresión pasmada y la de Ángel, pero solo me limité a apretar los labios y a poner cara de culpable cuando dirigieron su atención a mí, los dos a la vez.

—Maica... —Mi amiga me miró con sospecha.

—¿Sí? —Pregunté, haciéndome la inocente.

—Jamás han estado tan pegados y sin ponerse como un semáforo en rojo. ¿Se puede saber qué droga les has administrado?

Agité en el aire mi cubata, dándole una respuesta.

—Eso mismo lo intenté yo en la salida que hicimos con Claudia a la discoteca y no hubo manera, ¿cómo...? —Laura estaba que no cabía en su asombro.

—Digamos que, por aquel entonces, Andy tenía el problema que nosotras ignorábamos y ahora, sin embargo, come y bebe como los demás cuando están de fiesta. —Sonreí, orgullosa de mí— Y como veis, ha funcionado.

Ángel seguía mirándolos sin dar crédito.

—¡Nos ha jodido que ha funcionado! ¡Están a punto de montárselo en la pista de baile!

Centré mi atención en ellos de nuevo y vi que, efectivamente, se estaban calentando los motores.

—Lo sé, lo sé, me merezco una buena palmadita en la espalda... —Me la di a mí misma y luego bebí de mi cubata, disfrutando silenciosamente de mi victoria.

Laura y Ángel se carcajearon y después cambiamos de tema.

—¿Y Óscar? —Me preguntó él.

—Vendrá en un rato, ha ido a llevar en coche a su hermana al pueblo de su amiga.

Los dos asintieron y luego los acompañé también a por unas bebidas.

No fueron a decirles nada a Rubén ni a Andrea porque, ya puestos, no querían cortarles el rollito.

La última vez que les había echado un ojo, ambos estaban con sus frentes juntas y parecían estar a punto de besarse.

—Parece que mientras nosotros nos vamos a comer una buena cola, ellos van a comerse los morros. —Señalé divertida a mis amigos.

Laura dio saltitos de alegría con los dientes apretados en una sonrisa ilusionada.

—En nada vamos a ser tres parejas para salir. —Apuntó Ángel.

—Y cuando Claudia se eche novio, cuatro. —Añadí, más feliz que una perdiz.

Tras otra interminable cola, cogieron su bebida y yo pedí otra para mí.

Regresamos y... ¡tachán! Rubén y Andrea habían desaparecido.

—¿Dónde se han metido? —Laura se ponía de puntillas e intentaba ver entre la multitud.

Ángel bebió de su copa y, divertido, comentó:

—Mejor no saber dónde están. A saber que están haciendo ya...

Laura me miró.

—¿Qué? —Me encogí de hombros como si no fuera conmigo el tema.

Ella negó con la cabeza, riéndose, y yo tampoco pude evitar contagiarme de su humor.

Las dos sabíamos muy bien lo que estábamos pensando.

—¿Bailamos? —Preguntó.

—Sí, pero hasta que venga Óscar no os pongáis en plan parejita que no quiero parecer la pobre marginada. —Puse carita de cachorrito.

Ambos asintieron con diversión y fuimos a bailar.

En los altavoces retumbaba la canción “*Clavito de Abraham Mateo y Chanel*” y debo admitir que al principio debía de parecer un pato mareado, porque no conseguía moverme al ritmo de la melodía. Aunque al final le pillé el tranquilo. Afortunadamente no se rieron de mí, por lo tanto, era una buena señal de que no había hecho demasiado el ridículo.

O tal vez solo estaban teniendo consideración de una amiga.

Sea como sea, prefiero creer que lo estaba haciendo mejor de lo que pensaba.

Pero, claro, luego me cortaron todo el rollo cuando nos pusieron una bachata de Romeo Santos y adivinad...

Pues sí, mis palabras “**no os pongáis en plan parejita**” se fueron al infierno.

Laura y Ángel comenzaron a restregarse de una forma que me dio envidia de la mala, básicamente porque no tenía a mi chico para hacerlo yo también.

Así que me aparté un poco y seguí bailando sola.

Como había bebido y estaba un poco contentilla, no me daba ningún corte, pero Óscar me iba a tener que compensar por haberme dejado tan solita.

Estaba pensando en eso, cuando unas manos rodearon mi cintura por detrás, posando las palmas en mi vientre con toda la familiaridad del mundo.

Yo, feliz en mi universo, creyendo que mi novio había llegado de sorpresa, acaricié sus manos sin dejar de mover mi cintura.

—Te he echado de menos... —Dije lo suficiente alto para que lo oyera.

Me di la vuelta para besarlo y demostrarle cuánto lo había extrañado, cuando mi corazón se detuvo, o mejor dicho, se me subió a la garganta, oprimiéndola y dejándome sin respiración.

Kevin me miró con una sonrisa de medio lado y los ojos entrecerrados.

—Yo también a ti. —Dijo en mi oreja, aprovechando que me había quedado en *shock*, por culpa de un escalofrío desagradable que me había recorrido de pies a cabeza.

Miré a mi alrededor para ver si daba con mis amigos y les pedía ayuda, pero la gente se había puesto por el medio y no los encontraba por ninguna parte.

Aparté las manos de Kevin con brusquedad de mi cintura, pero volvió a cogerme, esta vez de mala manera.

—¿No te han enseñado modales, Maica? ¿Así es como saludas a tu viejo amigo?

—Tú y yo no somos amigos y lo sabes. —Contesté, tratando de deshacerme de su amarre.

Él se rió para sus adentros sin quitar las manos de mí, de hecho, las puso en mi trasero y me apretó contra él.

Ahugué una exclamación de horror y sentí que se me había subido la bilis por la garganta.

El muy puerco estaba erecto.

—Tienes razón... —Me susurró— Tú y yo siempre fuimos más que eso.

En ese momento, sentí miedo, pero miedo de verdad.

Kevin estaba loco, obsesionado y lo peor de todo es que, por el olor que desprendía, se notaba que también había bebido.

Una muy mala combinación, teniendo en cuenta todo lo que mi padre me contó sobre Miguel.

Puse mis manos en sus antebrazos e hice fuerza para quitar las suyas de mi culo.

—Suéltame o grito. —Amenacé.

Kevin se burló.

—Hazlo, grita, sabes que nadie de aquí te va a hacer caso. —Acaricié con sus palmas mis nalgas, apretándolas con descaro— Si tan solo me dieras las mismas atenciones que a ese socorrista simplón, verías que puedes pasártelo mejor y gritar de verdad.

—¡Asqueroso! —Le di un pisotón y conseguí que me soltara, pero por muy poco tiempo...

No tuve ni dos segundos para darme la vuelta, inmediatamente me agarró del brazo de mala manera y clavó sus dedos en mi carne, hasta el punto en que emergieron lágrimas en mis ojos.

Miré alrededor, pero nadie parecía darse cuenta de nada.

Todos estaban, o muy a lo suyo, bailando y cantando con los amigos y las parejas, o muy borrachos para percatarse.

Y entre eso y la música tan alta, nadie iba a poder escucharme si pedía auxilio.

—Tú y yo tenemos que hablar. —Dijo con los dientes apretados.

—¡Yo no tengo nada que hablar contigo! —Grité, intentando que me soltara, o por lo menos que aflojara el amarre de sus dedos.

Él tiró más de mí, causándome el doble de dolor.

—Ya verás como sí.

Y, para mi mayor angustia, comenzó a arrastrarme lejos de la multitud.

Yo le golpeé, le grité, también intenté que alguien me ayudara y hasta le tiré a Kevin lo que quedaba de mi bebida con vaso de plástico incluido, pero no conseguí más que el que me apretara hasta el límite de casi romperme el brazo y se me llevara a rastras a algún lugar.

Ni mi llanto, ni nada de lo que hice, consiguieron que me soltara.

Todo lo contrario, su expresión denotaba más enfado y peligro.

Yo tenía mucho miedo, por mi mente pasaban todo tipo de cosas que podía llegar a hacerme y ninguna era buena.

¿Acaso Miguel habría llegado a estos extremos con la pobre Marta?

No me dio tiempo a pensarlo mucho, pues cuando me quise dar cuenta, Kevin me había arrastrado hasta un callejón solitario y me había estampado contra la pared.

—Me tienes harto ya, Maica. Deja de jugar a hacerte la difícil. —Dijo enfadado, reteniéndome cuando quise irme corriendo— De eso nada, ¿dónde crees que vas?

—¿Qué me vas a hacer, Kevin? —Mi voz temblaba— Por favor, no vayas a intentar nada de lo que te puedas arrepentir. Tu padre tuvo este mismo prob...

—¡No metas a mi padre en esto! —Gritó, dando una fuerte palmada contra la pared al lado de mi cara, mientras me sostenía con la otra mano por el cuello.

Tragué con dificultad.

No estaba apretando todavía, pero estaba segura de que, si volvía a intentar huir, lo haría.

En ese momento presionó su cuerpo contra el mío.

—Dame un beso, Maica... —Susurró contra mi mejilla.

Yo había girado la cara cuando se acercó y mis lágrimas caían sin descanso, mi mente estaba paralizada por el miedo y todo mi ser temblaba de puro horror.

—¿Sabes el tiempo que llevo queriendo tenerte? No te haces una idea... Y tú vas y te ríes de mí en mi cara, abriéndote de piernas con un maldito socorrista de piscina. —Siseó con los dientes apretados— He tenido que aguantar todo este tiempo que hasta hayas iniciado una relación con ese imbécil, pero si creías que hacerte su novia te iba a salvar, estabas muy equivocada.

No pude evitar sollozar, realmente me sentía aterrorizada e incapaz de poder mover ni un músculo.

—¡Kevin! —Exclamé ahogadamente— ¡Por favor, Kevin, para! Tienes que escuchar...

Pero no me dejó terminar la frase, me giró la cara bruscamente hacia él y me besó con violencia, llegando a hacer que emitiera un leve chillido cuando aplastó mi boca sin piedad.

Él bajó los labios a mi cuello y comenzó a tocarme por todas partes.

Sentí como la bilis subía por mi garganta.

Mis gritos y lágrimas no dejaban de caer.

Deseaba con desesperación que alguien me ayudara, pero todos estaban en la maldita fiesta y por ese sitio no pasaba absolutamente nadie.

Kevin parecía saber eso muy bien, ya que no le preocupaban lo más mínimo mis gritos histéricos.

No sé de dónde saqué fuerzas, pero terminé por empujarlo y propinarle un rodillazo en el centro de su anatomía.

Él ahogó un gruñido y yo aproveché para salir corriendo.

Pero, para mi sorpresa, solo tardó dos segundos en agarrarme por el cabello y ponerme, esta vez, de cara a la pared y de espaldas a él.

Sentía su aliento furioso y desesperado en mi cuello.

—Maldita sea... —Gruñó— ¿Por qué has tenido que hacer eso, eh? ¿Por qué?

Mis ojos se abrieron como platos, asustados.

¡Estaba realmente loco y desquiciado!

¿Cómo no lo vi venir? ¡Qué ciega había estado! Y ahora iba a pagar las consecuencias de no haber sido capaz de mirar más allá.

Su mano se estaba deslizando por el costado de mi cuerpo, mientras con la otra me mantenía aplastada contra la pared.

—Kevin... —Mi voz salió ahogada por la presión— Tienes que escucharme, estás perdiendo la cabeza. —Intenté que razonara y se diera cuenta de lo que estaba tratando de hacer.

Pero, para mi mayor horror, comenzó a besarme en el cuello y a apretarse más contra mí, mientras murmuraba:

—Estoy perdiendo la cabeza por tenerte, Maica. No soporto que te hayas ido con otro.

Mis lágrimas salieron con fuerza, la impotencia y la frustración se apoderaron de mí.

—Estás enfermo, Kevin. No hagas esto, por favor, tienes que escucharme...

—¡Calla! —Gritó— ¡No quiero escuchar nada! Vas a ser mía y punto, tú decides si quieres disfrutar o seguir sufriendo.

—No me puedo creer que seas así, Kevin. —Sollocé— No puedes ser un monstruo...

En ese momento, se quedó quieto, como si mis palabras le hubieran dado alcance de alguna manera y, en verdad, se estuviera pensando lo que estaba haciendo.

Sentí que podía respirar un poco más cuando aflojó la presión de mi pecho contra la pared.

Mis lágrimas habían dejado de caer y, con inseguridad, abrí mis labios para decir algo más, para intentar sacarlo del todo de aquel caos que lo estaba consumiendo.

Pero no me dio tiempo...

Un tirón a mis espaldas me liberó del todo, pudiendo coger el aire plenamente y llenar mis pulmones.

Me di la vuelta y me encontré de lleno con la figura de Óscar, quien había empujado a Kevin, tirándolo al suelo.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar! —Gritó, acercándose a él a gran velocidad, propinándole un fuerte puñetazo.

Yo corrí hacia ellos e intenté detener lo que se avecinaba, pero no pude...

Inmediatamente, Kevin se levantó del suelo y ambos comenzaron a pegarse.

Óscar le dio otro puñetazo en el estómago y luego en la cara.

Comencé a gritarles que se detuvieran, pero parecían no poder oírme.

Si no conseguía detenerlos, iban a acabar por matarse el uno al otro.

Kevin intentó golpear a mi novio varias veces, pero este lo esquivó con gran destreza y le dio un codazo en el hombro, haciendo que se inclinara hacia adelante y cayera al suelo de rodillas.

—¡Parad, por favor! —Exclamé, histérica, y con los nervios de punta.

Pero nadie me hizo caso, los dos siguieron pegándose un puñetazo detrás de otro.

De pronto, me pareció ver un movimiento a lo lejos.

Giré la cabeza y, para mi buena fortuna, no me había equivocado.

Rubén, Ángel, Laura y Andy corrieron hacia donde estábamos y lo hicieron a más velocidad cuando les grité que me ayudaran a separarlos y vieron a Óscar y a Kevin pegándose.

A través de la neblina de lágrimas acumuladas en mis ojos, pude ver como Rubén y Ángel los cogían a cada uno de ellos y los separaban.

Mis amigas me abrazaron con fuerza y me preguntaron, examinándome con preocupación de pies a cabeza por si mi agresor me había hecho algo.

—¡Te voy a matar! —Gritó Óscar, forzando para soltarse del amarre de Ángel sin mucho éxito—¡Si te vuelves a acercar a mi novia, te mato, cabrón!

Para mayor estupefacción de todos, Kevin se echó a reír, mientras escupía sangre por la boca.

—¿Qué te pasa, Óscar? ¿Tu mamaíta difunta no te enseñó que los juguetes se comparten?

Inmediatamente él se lanzó hacia adelante.

Lo hizo tan fuerte que se soltó del amarre de Ángel.

—¡Óscar, no! —Gritamos todos cuando lo vimos alzar el puño para propinarle otro golpe a Kevin, cuando, de pronto, este último comenzó a gritar de la nada y a llevarse las manos a la cabeza.

—¿Qué demon...? —Rubén lo soltó, quedándose pasmado y los demás no fuimos menos.

Pero cuando cayó de rodillas al suelo, sin dejar de gritar, inmediatamente exclamé preocupada:

—¡Llamad a una ambulancia!

Andy se apresuró a hacerlo, mientras Ángel y Rubén intentaban ayudarlo, pero sin saber muy bien qué hacer.

Óscar me miró, tenía una ceja partida por la pelea y le sangraba la comisura del labio.

Yo corrí a sus brazos y los dos nos quedamos sumidos en un abrazo intenso, cargado de significado.

—¿Estás bien, Maica, cariño? —Me preguntó e intentó estudiarme con un semblante angustiado.

Yo asentí, tratando de calmarlo, pero con un nudo en la garganta por los gritos que aún escuchaba de Kevin.

Tras unos segundos más, Laura se acercó hasta donde estábamos y anunció.

—Andy ya ha terminado de hablar con emergencias. La ambulancia está de camino.

Pero el susto total nos lo llevamos cuando dejamos de escuchar los gritos y, al mirar, vimos a Kevin completamente inconsciente en el suelo.



26. EL REGRESO

Habían pasado unas horas desde que la ambulancia transportó a Kevin al hospital.

Yo llamé a mi padre para contarle lo que había ocurrido.

Como era de esperar, se asustó mucho, pero conseguí hacerlo entrar en razón y mantener la calma, repitiéndole en varias ocasiones que no me había ocurrido nada, que la peor parte se la había llevado Kevin.

También sabía que era cuestión de tiempo que la madre de este último apareciera, porque también el hospital había dado aviso a la familia, así que quería que mi padre estuviera preparado para volver a ver a Marta en cualquier momento.

A pesar de que Óscar no estaba para nada de acuerdo, yo insistí en ir.

Ya le habían curado las heridas en enfermería y estábamos en la sala de espera mientras le hacían pruebas a Kevin, cuando mi novio manifestó lo que pensaba al respecto sobre que hubiéramos ido al hospital a acompañar a mi agresor.

—¡Acaba de intentar abusar de ti! —Exclamó— Si yo no llego a tiempo, ¿qué hubiera pasado?

Lo miré con comprensión, intentando mantener una calma que estaba muy lejos de tener.

—Ya lo sé... Yo soy la primera a la que no le gusta esta situación, la primera que se ha llevado el susto de su vida, pero eres consciente de que tiene la misma enfermedad que su padre. Yo te lo conté todo.

—Ya, ¿y? —Replicó— ¿Eso significa que tengo que compadecer al que ha intentado violar a mi novia?

Negué con la cabeza.

—Yo no he dicho eso, Óscar. Solo... Mira, antes de que llegarás tú, estaba aflojando su agarre, juraría que me estaba soltando, que estaba recapacitando... —Suspiré— Si tiene la misma enfermedad que su padre no puede evitarlo.

Mi novio resopló, enfadado.

—Eres demasiado benévola, Maica. Yo le habría roto hasta el alma, al hijo de perra este.

Agaché la cabeza con tristeza.

—Te aseguro que yo también estoy en un dilema, pero no puedo ignorar sin más que está enfermo.

—¿Pero enfermo de qué, eh, de qué? ¿Qué cojones era lo que tenía su padre? —Su tono de voz era furioso y no lo culpaba por ello, pero necesitaba que, aunque fuera difícil, entendiera que yo no culpaba a Kevin por sus acciones, ya que no sabía lo que hacía.

—No lo sé. —Contesté con pesar— Pero algo le pasa...

Óscar se cruzó de brazos.

—¿Y si lo que le pasa es que es un hijo de puta y ya está?

—Entonces yo misma le denunciaré sin dudarlo. —Respondí con total seguridad— Pero ese dolor de cabeza repentino que le ha dado no es normal.

Nuestros amigos, que estaban sentados también esperando noticias con nosotros, asintieron.

—Tiene razón, ese dolor de cabeza ha sido antinatural. —Apoyó Andrea.

Rubén, haciendo que yo esbozara una sonrisa, rodeó los hombros de mi amiga con su brazo y le dio un beso, primero en la sien y luego en los labios.

—¡Por fin! —Exclamé, feliz, intentando cambiar de tema.

Ellos dos me sonrieron, pero Óscar seguía molesto.

Me acerqué a él y lo abracé.

—Por favor, no sigas enfadado... Ya te he dicho que, si no está enfermo, yo misma le denunciaré por lo que ha hecho. Si estamos aquí es para averiguar qué es lo que le pasa y si tiene que ver con su comportamiento.

Le costó, pero al final, y aunque no dijo nada, me abrazó, haciéndome entender que iba a confiar en mí y en mis decisiones.

Una mujer se acercó rápidamente hasta donde estábamos nosotros y cuando la miré, mi corazón se detuvo por un instante.

—Marta... —Formulé como si se tratara de una aparición.

Pero esa mujer seguía exactamente igual a hacía unos años, solo que un poco más envejecida, pero no demasiado.

Seguía siendo tan bonita como la recordaba.

Sus ojos angustiados y llenos de lágrimas me miraron.

—¿Ya han dicho algo sobre mi hijo?

Negué con la cabeza, triste por tener que dejarla en aquel estado.

—Estamos esperando...

Marta no pudo evitar romper a llorar.

Yo me alejé de Óscar y fui hasta ella, estrechándola en mis brazos.

—Siento mucho lo que te ha hecho mi hijo, Maica... Francisco me lo ha contado todo cuando he dejado a Verónica con él...

Mis ojos se abrieron por la sorpresa y la emoción.

—¿Qué? ¿Verónica está aquí?

Ella asintió con una sonrisa leve.

—Sí, tu hermana por fin está con su padre. —La mención de esto provocó que sus lágrimas salieran más aceleradamente y, ya de paso, las mías— Lamento que lo hayamos ocultado por tanto tiempo, cariño, pero es que el problema de Miguel iba de mal a peor y Kevin... ¡Oh, dios mío! ¡Mi hijo con lo mismo que acabó con la vida de su padre! No voy a poder soportarlo...

Mis ojos se clavaron, aguados y extrañados en Marta.

—Mi padre dijo que tenía algo físico que provocó su problema de celos extremos... ¿qué fue?

Pero en ese momento el médico salió, llamando a los familiares de Kevin, y mi pregunta quedó suspendida en el aire.

Marta se acercó rápidamente y yo también di unos pasos.

Aunque me quedé más atrás, me coloqué a una distancia suficiente para escuchar lo que decía el doctor.

—Hemos encontrado un bulto dentro del cerebro de su hijo. Está justo en el lóbulo frontal.

Marta se llevó las manos a los labios con una expresión atemorizada y angustiada, y yo no

fui menos.

Me acerqué rápidamente y pregunté:

—¿Quiere decir que tiene un cáncer en el cerebro?

El médico me miró un poco confundido por mi intromisión, pero no pareció importarle dar respuesta a mi pregunta:

—No lo sabemos... Tenemos que extirparlo y analizarlo. —Explicó— ¿Ha tenido comportamientos extraños?

Miró a Marta, pero fui yo quien asintió.

—Sí, se ha comportado como si estuviera loco.

El médico suspiró y se apresuró a decir.

—Este tipo de tumores no provocan síntomas físicos, pero sí a nivel de comportamiento, imaginación y planificación, ya que el lóbulo frontal del cerebro se encarga de una gran parte del pensamiento. —Hizo una leve pausa. Marta no podía dejar de llorar contra mi hombro, mientras yo la abrazaba.

—Pero...— Casi no podía ni hablar— Usted dice que no muestra síntomas físicos. No obstante, antes ha caído de rodillas por ese dolor de cabeza por el que hemos llamado a la ambulancia. —Informé, llena de dudas.

El doctor asintió y contestó:

—Tengo entendido que él había peleado con otro de los jóvenes que la acompaña a usted... Los golpes y la tensión han debido provocar un fuerte impacto que ha hecho que le provocara un dolor agudo, parecido a como si le fuera a estallar la cabeza. Gracias a eso hemos podido ver lo que estaba sucediendo. —Miró a Marta— Debo advertirle que hay riesgo de que su hijo no salga de la operación... Una intervención al cerebro siempre puede conllevar riesgos, pero es peor no extirpar el problema.

Ahora fui yo la que no pudo evitar que las lágrimas cayeran por mis mejillas.

—Haga lo que tenga que hacer, doctor... Es mi hijo, y su padre terminó con su propia vida por culpa de un tumor así... Aunque el de mi ex marido era maligno y no había nada que hacer.

Tras escucharla no pude evitar mirarla con los ojos muy abiertos.

Ahora sí temía por la vida de Kevin.

El médico asintió, le dio un apretón en el hombro y dijo:

—Juro que haré todo lo que esté en mi mano.

Cuando él se fue, las dos rompimos a llorar.

Óscar se acercó a nosotras y con inseguridad en su voz, preguntó:

—¿Qué ha dicho?

Miré a mi novio con la mirada nublada por el llanto.

—Tiene un tumor en el lóbulo frontal, tienen que operarlo y no saben si es maligno. Eso explica todo lo que ha estado haciendo. Al parecer solo muestra cambios en el comportamiento... Por eso es tan difícil de diagnosticar, pero gracias a vuestra pelea, por los golpes y la tensión del momento, se ha manifestado en ese dolor insoportable que lo ha dejado antes de rodillas.

Óscar tragó con dificultad, para él también estaba siendo muy difícil asimilar que, en realidad, Kevin no había actuado bajo una voluntad propia, sino por culpa de que estaba enfermo de verdad.

Se acercó a mí y me abrazó con fuerza, dándome un beso en la cabeza, mientras yo volvía a estallar en llanto.

—Lo siento, cariño... —Murmuró— Todo saldrá bien, ya lo verás...

—Puede morir en la operación. —Le dije, mirándolo con angustia.

Él me secó las lágrimas.

—No lo hará, piensa que sería injusto... Después de haberme tomado yo el trabajo de ponerle el cerebro en el sitio como te dije...

Ahogué una exclamación de indignación en ese momento y le di un fuerte golpe en el brazo con la palma de la mano.

—¡Cómo puedes decir eso en un momento como este!

Óscar me miró con un deje de arrepentimiento inmediato y tristeza.

—Lo siento, amor, solo quería quitarle un poco de hierro al asunto. Sabes que haría lo que sea por no verte llorar, pero sí, no he escogido el mejor momento.

Sorbí por la nariz y lo abracé de nuevo.

—Dime que no se va a morir, por favor... —Sollocé.

—No va a morir, ya lo verás. —Dijo, mientras me rodeaba con los brazos y frotaba mi espalda suavemente en un intento de transmitirme una calma que estaba muy lejos de mi alcance.

—Gracias por estar aquí, a pesar de todo... —Susurré.

—Por ti haría lo que fuera. —Besó mi coronilla.

El médico volvió a salir en ese momento.

—Kevin quiere ver a su madre y a Maica antes de que lo llevemos al quirófano. —Anunció.

Marta me miró, preguntándome en silencio si estaba dispuesta.

Yo asentí y, dándole un suave beso en los labios a Óscar, me fui con ella hasta la estancia donde estaban preparando a Kevin para la operación.

Ella fue la primera en entrar y yo lo hice detrás, un poco insegura tras todo lo que había pasado, pero cuando le miré a los ojos, me sorprendí al ver que era el mismo amigo de siempre.

Su rostro estaba limpio de las heridas de la pelea de antes y su expresión era calmada a pesar de la situación.

Parecía tener un momento de lucidez.

—Cariño... —Su madre fue hasta él, cogiéndolo de la mano.

Kevin la miró a los ojos.

—Siento mucho haberte juzgado tanto, mamá. Siento que papá te hiciera la vida imposible y que vivieras un infierno, alejada de la persona a la que has amado todos estos años. —Dijo— Siento no haber sido un buen hijo.

—No digas eso. —Negó con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas— Tú eres bueno, mi amor, lo que pasa es que te tienen que quitar eso de la cabeza.

—Si no salgo de esta...

—Saldrás, no digas eso. —Interrumpió— Nos queda mucho que hacer juntos, ya lo veras.

Pero Kevin no se resignó a esa interrupción.

—Mamá, solo quería que supieras cuanto siento lo injusto que he sido contigo si no salgo de esta. No quiero arriesgarme a irme de este mundo sin haberte mostrado lo que realmente hay en mi corazón... Te quiero.

Los dos se abrazaron y los ojos de él pasaron a mí.

Mis mejillas no dejaban de estar húmedas, tanto, que ya ni siquiera notaba cuando caía una nueva gota sobre esta.

Cuando se separaron, Marta se limpió las suyas con la palma de la mano y se hizo a un lado para que me acercara.

Kevin estiró la mano y yo no me lo pensé a la hora de cogérsela.

—Contigo me he portado como un mierda, Maica. Tienes derecho a ser feliz y no sé si

puedas perdonarme por todo y por lo que ha pasado hoy, pero yo necesitaba decírtelo por lo que pueda ocurrir.

—No me digas eso... No vas a morir... —Dije con voz rota— No puedes morir...

Sonrió levemente.

—Quiero que sepas que fui tu amigo de verdad, aunque luego todo este asunto me empeorara, me convirtiera en alguien que no soy sin siquiera saberlo. La carta de mi padre solo agravó lo que ya se había manifestado por culpa de lo que tengo en el cerebro. Te quiero, Maica, y quiero que seas feliz con Óscar.

Mi llanto estalló de nuevo y lo abracé.

Sabía que lo había dejado sorprendido, porque se quedó con los músculos algo tensos.

Estaba convencida de que no se esperaba que, tras todo lo que había ocurrido, yo fuera capaz de perdonar con tanta facilidad, pero es que sabía que él no había tenido la culpa, que era el amigo leal que había tenido años atrás y no el monstruo que se había manifestado.

—Ahora sé que mi padre se suicidó por el tumor de su cerebro, no por el tuyo... Espero que él también pueda perdonarme... —Susurró— Mi padre, en su enfermedad, todavía les echó las culpas a mi madre y a Francisco en su carta de suicidio, y yo lo creí todo.

Sorbí por la nariz y lo miré.

—Estoy segura de que te perdonará.

—Óscar será más difícil, ¿verdad? —Sonrió levemente.

Yo me quedé pensativa, pero dije la verdad y asentí en respuesta.

—Él tal vez lo comprenda con el tiempo, Kevin.

—Me vale. —Dijo.

Entonces los enfermeros entraron y anunciaron:

—Es la hora.

Marta y yo no pudimos evitar abrazarnos y mirar entre llanto como se lo llevaban.

Kevin nos echó una última mirada y dijo:

—Pase lo que pase, lo siento y os quiero.

Con esas palabras flotando en nuestra mente y el corazón en un puño, regresamos a la sala de espera, donde tuvimos el apoyo por parte de los demás cada vez que soltábamos nuestras emociones por los ojos.

Estuvimos un buen rato allí casi sin mediar palabra, hasta que mi padre me llamó y me pidió el favor de ir a casa con Óscar a cuidar de Verónica mientras él iba al hospital a hacerle compañía a Marta. Sabía que para él era importante estar con la mujer de la que, estaba segura, todavía estaba enamorado por completo.

Yo, pese a estar con una angustia que me moría, accedí y, tras despedirnos de Marta, todos, incluidos Rubén, Andrea, Laura y Ángel, emprendimos el regreso a casa.

—Llamadme inmediatamente sepáis algo, por favor... —Le pedí a Marta antes de irme del hospital.

Ella asintió.

—Por supuesto, estate tranquila por eso, y Maica... gracias...

Le di un apretón en la mano, sonreí pese a que no tenía tampoco muchas ganas de hacerlo y fue cuando nos pusimos en marcha.

Nos despedimos de nuestros amigos en el *parking* y cada pareja se metió en un coche.

En el camino de vuelta, yo no dejaba de mirar por la ventana y pensar.

Óscar me cogió de la mano mientras conducía.

—Todo irá bien, es fuerte, ya te lo digo yo. —Se señaló la ceja que le había partido en la

pelea.

Pese a lo catastrófico de la situación, no pude evitar reírme levemente y asentir con la cabeza. Sabía que para mi socorrista lo más importante era que yo estuviera bien y tranquila.

—Nos ha pedido perdón a su madre y a mí antes de que se lo llevaran al quirófano. He vuelto a ver al Kevin que había sido amigo mío por tanto tiempo. —Comenté.

Óscar suspiró y dijo:

—Espero que no te vuelvas a enamorar de él si vuelve a ser el señor encantos.

Lo miré con los ojos abiertos por la sorpresa y pregunté:

—¿Lo estás diciendo en serio?

Me miró por un instante y asintió.

—No creo que pudiera soportar perderte, Maica. Me da miedo que vuelvas a sentir lo que siempre sentiste por él cuando esté bien.

No pude evitar sonreír con ternura.

No es que disfrutara de su preocupación, pero de algún modo me enternecía que le importara tanto el hecho de que lo nuestro se terminara por lo que fuera.

—Jamás podría enamorarme de otro teniéndote a ti, Óscar.

Cuando él clavó su mirada en la mía por un momento, yo quise transmitirle la verdad de mis palabras a través del brillo sincero de mis ojos.

De algún modo lo conseguí, porque me besó el dorso de la mano y con una sonrisa en su cara, seguimos nuestro camino hasta mi casa.

Sabía que aquello le había calado hondo, tan hondo como él había calado en mí desde hacía mucho tiempo.

Una vez en casa, me sorprendí de ver lo mucho que Verónica se parecía físicamente a mí. Tenía los ojos azules, mi misma nariz y los rizos de mi cabello, aunque el suyo era castaño como el de su madre y el de mi padre.

Y hablando de este último, él nos presentó formalmente y la niña de ocho años, para mi sorpresa y estupefacción, me abrazó con fuerza, feliz de tener una hermana mayor.

Para mí fue un poco extraño al principio, pero luego sentí como mi corazón se llenó de ternura y le acaricié la cabeza, abrazándola también.

Al cabo de un rato, cuando mi padre se fue al hospital, Óscar estuvo un buen rato jugando con la niña y entreteniéndola.

Me sorprendía lo bien que se le daban los niños, pero también era algo que me llenaba de un sentimiento cálido y feliz.

Era tarde, pero aun así nos vimos una película de dibujos en *Netflix*, aunque mi novio acabó dormido con la cabeza sobre la mía, que estaba apoyada en su hombro, y Verónica también estaba sumergida en un sueño profundo acostada sobre mi regazo.

Creo que cualquiera que nos viera pensaría que éramos la estampa de una familia perfecta.

Yo, aunque quería, no podía dormir, necesitaba saber qué había pasado con Kevin.

Como si el cielo me hubiera escuchado, mi móvil comenzó a sonar, despertando a Óscar y a Verónica de paso.

Cogí el teléfono con el alma en vilo al ver que se trataba de mi padre.

Escuché lo que me decía con atención y solté el aire que había estado conteniendo, llorando de alivio.

Asentí a todo lo que me decía y al cabo de unos instantes colgué.

—Ha ido bien... —Le dije a Óscar, sintiendo que el alma me había vuelto al cuerpo— Han analizado el tumor y es benigno, aunque tendrá que hacerse controles cada seis meses para

asegurarse de que no vuelve a salir. Se va a poner bien.

Óscar me abrazó con fuerza, alegrándose por mi felicidad.

—Ya te lo dije. Iba a salir bien.

Lo miré a los ojos y asentí.

—Eres mi ángel guardián, siempre cuidas de mí.

Me dio un suave beso en los labios, al que yo respondí con ternura.

Pero nos separamos cuando Verónica se echó a reír por nuestra muestra de afecto.

—Que cochinos. —Comentó, señalándonos.

En ese momento, mi novio me soltó, la miró con una ceja alzada y dijo, divertido:

—Ahora verás quién es un cochino, renacuaja.

La niña emitió un grito y corrió mientras él iba tras ella y le hacía cosquillas al atraparla.

Mis ojos se enfocaron en ambos, pero más en el hombre del que estaba perdidamente enamorada. Quería soltar las palabras que expresaban mis sentimientos, quería que supiera todo lo que me hacía sentir, pero también sabía que, tras lo que había ocurrido, seguía sin ser el momento, y la desesperación porque de una vez supiera que lo amaba, me consumía por momentos.

<<Paciencia, Maica, paciencia...>> Me dije a mí misma, soñando con el momento exacto donde podría abrir mi corazón completamente.

Unos meses después....

Os resumiré un poco cómo fue todo:

Kevin se había repuesto completamente y había regresado a Sevilla. Su novia lo dejó cuando se sinceró con ella, por esa parte él lo entendía, ya que Amanda le había dicho que no iba a poder volver a confiar en él.

La dejó marchar y siguió con su vida, hasta que llegó la siguiente que le hizo latir el corazón de nuevo y con la que, desde luego, fue como un libro abierto.

Le contó todo lo que había pasado, hasta los eventos más vergonzosos de su vida y el motivo.

Él quería que la nueva chica con la que estaba fuera consciente de lo que sucedía por si algún día volvía a ocurrir o se le reproducía de nuevo que, ante cualquier cambio, lo llevara al médico.

Mi padre y yo organizamos una cena de nochebuena, pero Kevin no quiso venir, se quedó allí a celebrarla con la familia de su nueva chica.

Era feliz, y yo me alegraba profundamente por él.

Hacía tiempo que lo había perdonado completamente y Óscar también, aunque a él le costó un poco más de tiempo, tal y como yo había adivinado.

Rubén y Andrea, tras los eventos de la discomóvil, días después, nos dieron la noticia de que estaban juntos, ¡por fin!

Óscar y yo nos alegramos mucho, sobre todo porque ya teníamos otra pareja con la que hacer planes divertidos de vez en cuando.

Laura, por su parte, no podía ser más dichosa junto a Ángel.

El canalla de Fernando, no solo se había marchado de Collado Villalba, sino que además había limpiado el buen nombre de mi amiga, temeroso de que sacara lo cabrón que era delante de todo el mundo.

Los amigos que al principio se habían ido a Benidorm de vacaciones y que no pintan mucho en esta historia, regresaron asqueados.

Vale, esto no es tan bueno... para ellos, porque yo no podía dejar de carcajearme con sus múltiples quejas, que no eran de extrañar, ya que pensaban que iban a encontrar las mejores fiestas allí, y así fue... pero para los señores de tercera edad.

Cuando nos lo contaron, Laura, Andy y yo nos mofábamos y nos reíamos con todas las de la ley.

¡Eso les pasaba por irse de vacaciones sin nosotras!

Aunque, de otro modo, no hubiera conocido al hombre que cambió mi vida para siempre. Así que no hay mal que por bien no venga.

El problema de Andrea se iba solucionando cada vez más.

No había dejado de cuidar su cuerpo yendo al gimnasio, no se privaba de nada y se ponía la ropa que le daba la gana.

Se sentía segura de sí misma y terminó por mandar a sus padres a freír espárragos.

Era una mujer independiente y fuerte, que disfrutaba de la vida, de su relación y de sus amigos.

En cuanto a Claudia... Esa no nos privó tampoco de una sorpresa...

¡Volvió con novio del pueblo de su amiga!

Sergio, un chico muy amable y considerado que la miraba como si fuera todo su universo.

A Óscar se le hizo un poco difícil aceptar que su hermana tuviera una relación con alguien.

Más de una vez se comportó como el hermano protector que era, y parecía que se esforzaba bastante por hacerle ver a Sergio que como le hiciera algo a su hermana, él le iba a dejar grabado el puño en la jeta.

Tuve que ser yo quién lo convenciera de darle una oportunidad.

Su interminable protección no solo estaba agobiando a Claudia, sino que además estaba provocando que ella tuviera cada dos por tres una disputa con su hermano.

Ah, y por si no lo sabíais, mi padre y Marta comenzaron una relación de verdad. ¡Sí, sí! De hecho, ella y Verónica vivían en casa con nosotros.

Yo me sentía feliz por ellos dos, se merecían ser muy felices y, ¡que narices!, lo eran.

Y, aunque parece que esta historia está más llena de problemas mentales que *Shutter Island*, qué le vamos a hacer, al final las cosas acabaron bien.

Por eso, al principio, señalé que esta historia era **la más caótica de mi vida, pero también la más intensa.**

En cuanto a Óscar y a mí no nos fue nada mal.

Yo hice los exámenes finales en la universidad y me saqué mi título como Fitoterapeuta.

Comencé a trabajar en la herboristería del amigo de mi padre, gozaba de un mejor sueldo y me entusiasmaba mi trabajo, ya que siempre me había sentido atraída por las hierbas medicinales.

Óscar siguió siendo socorrista en la piscina cubierta de Collado Villalba durante unos años.

En invierno trabajaba ahí, y en verano trabajaba en la pública.

Así que, por un largo tiempo, siguió siendo mi socobobo.

¿Y por qué por un tiempo? Pues es muy sencillo, porque con el paso de los años se sacó una carrera como médico de familia, pero eso ya es otra historia, esta va de un socorrista y su bañista, y así seguirá siendo hasta el final.

La fiesta de nochebuena que organicé con mi padre fue la mejor de la historia ese año.

La casa estuvo llena de los amigos de él, de los míos, de los de Óscar y, como no, de su preciosa Marta.

Y no sé si sería por el ambiente festivo, por lo bien que estaba yendo todo, o un poco de

cada cosa, pero no puedo dejar de hablar de esa nochebuena sin destacar que el pavo me quedó de chuparse los dedos.

Cuando lo dejé sobre la mesa, todos lo miraron como si fuera el tesoro máspreciado, sobre todo Andrea, que hubo que darle una palmada en la mano para que no lo pinchara con el tenedor y comenzara a comérselo sin repartirlo, antes que nadie.

Óscar me tomó de la cintura y me dio un beso en la sien.

—Estás preciosa y el pavo te ha quedado estupendo, pero no me atrae tanto como tú. —Dijo con una sonrisa traviesa.

Yo rodeé su cuello con mis brazos y le devolví la sonrisa:

—Qué lástima que haya tanta gente, ¿verdad? —Le piqué.

Él se echó a reír y acercó sus labios a mi oreja, haciéndome temblar.

—La lástima es tener que esperar a que termine la fiesta, porque en cuanto estemos a solas te voy a dar una nochebuena verdaderamente buena. —Susurró roncamente.

—¡Eh, tortolitos! —Llamó la atención Ángel, que tenía el brazo rodeando la cintura de Laura— Dejad ya de deciros cosas melosas y empecemos a cenar que nos morimos de hambre.

En ese momento, Óscar cogió el enorme cuchillo y se lo cedió a él.

—Pues toma, haz los honores, por hablar.

Todos nos reímos de la cara de incredulidad que se le quedó a Ángel.

Miré hacia donde estaban la otra pareja de tórtolos. Andy tenía la cabeza apoyada contra el pecho de Rubén, mientras este estaba detrás de ella, con las manos sobre su vientre y sin dejar de mofarse de Ángel.

Ella pareció detectar que la miraba, porque giró la cabeza en mi dirección y me guiñó un ojo con una sonrisa.

Yo le devolví el gesto y luego sentí como Óscar llegaba a mi lado y me volvía a abrazar, mientras nuestro amigo del pavo se dedicaba a preguntarle a todos cuánto querían y a cortar la carne, sin demasiada experiencia, por cierto.

Pero fue una situación bastante cómica, una situación que armó a Laura para que se lo recordara en años venideros.

Mis ojos se posaron en mi magnífico socorrista, que me devolvió una mirada de adoración.

—¿Cuál es el propósito de tu cara? —Preguntó.

—¿Y el propósito de la tuya? —Le devolví la pregunta.

Óscar se echó a reír y dijo.

—Solo que estoy loco por ti, Maica, ¿te parece poco?

Yo hice una mueca graciosa y asentí para su mayor estupefacción.

—Sí, me parece poco, señor socorrista.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo puede parecerte poco que me tengas delirando?

—Pues porque yo no solo he sentido locura por ti, sino también muchas otras cosas, muchas.

Óscar alzó una ceja y me dio la vuelta para que quedara cara a cara con él, observándome con aire retador.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no me dices algunas?

Sonreí con diversión.

—¿Estás seguro?

Asintió con convencimiento.

—Más que seguro.

—Bien, no todas son bonitas, así que luego no te quejes.

Se encogió de hombros y añadió:

—No te prometo nada. Tal vez no me queje a viva voz, pero luego me tome la revancha cuando estemos en una habitación.

Aquello me hizo ahogar una exclamación de deleite.

La sola idea de...

Bueno, esperad que ya se me nubla la mente y no me centro.

Lo que yo hice fue clavar mi mirada en él y, con actitud juguetona, comencé a decir a viva voz la evolución de mis sentimientos hasta ese preciso momento.

—Pues primero, señor socorrista, le odié. —Él se echó a reír— Eras arrogante a más no poder.

—¡Eh, que tú tampoco te quedabas atrás!

—Me has prometido que no protestarías. —Recordé, poniendo cara de niña buena.

—No te he prometido tal cosa, —entrecerró los ojos— pero está bien, continúa.

Eché un vistazo a Ángel para ver cómo iba con el pavo.

Sí, el que se le cayera el cuchillo de las manos y solo hubiera servido dos platos en diez minutos, me confirmaba que me quedaba tiempo hasta de beberme una cerveza si me apetecía.

—Después, señor socorrista, lo adoré... Era inevitable. —Ahora la expresión de Óscar se había aflojado y solo tenía una sonrisa tierna en el rostro— Tiempo después y, como le dije aquella noche especial en la piscina, señor socorrista, me gustó.

Me dio un beso en la sien y me miró con ganas de saber más.

—Quiero que pases directa al final. Siento que lo necesito, Maica. —Pidió con un susurro aterciopelado, a escasos centímetros de mis labios.

Mis ojos brillaron y acaricié suavemente su rostro.

—El final no puede ser más perfecto... porque estoy enamorada de ti hasta límites insospechados.

Ese fue el momento para que abalanzara su boca sobre mí y me besara con una intensidad que casi me deja sin aliento.

Cuando nos separamos, mi respiración era levemente pesada.

—¿Y ahora me dirás “señor socorrista, estoy enamorada de usted”? —Se quedó pensativo y puso una mueca— No me gusta cómo queda. —Meditó en voz alta, arrancándome unas cuántas carcajadas.

Negué con la cabeza y contesté.

—Ahora simplemente será... Señor socorrista, ¡le amo!

Una sonrisa de oreja a oreja se manifestó en su rostro, junto con una expresión de adoración.

—Ni te imaginas lo mucho que significa para mí eso, bañista maravillosa. —Acarició mi mentón con los dedos, levantándolo y haciendo que nuestros ojos se encontraran— Yo también te amo.

Y lo siguiente fue un beso épico que selló para siempre nuestros destinos.



EPÍLOGO

Muy bien, si buscabais un epílogo donde de nuevo os fuera a hablar de esta historia, os habéis equivocado.

Creo que el final se lo podemos poner al capítulo anterior.

El regreso, ha sido cojonudo y no hay nada más que añadir, pero no podía quedarme quieta sin decir unas palabritas de más, y estas son para vosotros:

“Gracias por haber leído mi historia con el socorrista. Espero que hayáis disfrutado hasta la última página y, si no lo habéis hecho, no os preocupéis, siempre puedo cascar nueces de lo lindo si eres hombre, o si eres mujer... Bueno, mejor que no lo sepas, te lo dejo a la imaginación.

El caso es que no podía irme sin deciros lo maravillosos que sois por haber estado en cada uno de mis berrinches, en cada confusión, en cada metedura de pata y en cada acto de locura.

Ha sido una experiencia increíble poder compartir esto con vosotros y deseo que también lo podáis ver así.

Contar una historia nunca es fácil, pero muchas veces es necesario, sobre todo cuando es tan caótica y con un final feliz como la mía.

¿A que Óscar y yo somos adorables?

¡Pues no! Óscar es un babuino y la única adorable aquí soy yo.

Así que ya estás retirando esa respuesta que has dicho de “SÍ” con todo el convencimiento del mundo.

Él no ha hecho más que hacerme la puñeta mientras escribía todo esto.

De hecho, ni siquiera le importa lo más mínimo que esté embarazada de nuestro segundo hijo y que el bebé me pueda salir disparado de tanto carcajearme.

Y eso que, como he mencionado antes, ahora es médico de familia.

¡Quién lo ha visto y quién lo ve!

En fin, chicos, nuestro recorrido por el verano se ha acabado.

Que sí, que se ha acabado con una nochebuena, pero leñe es que es así como terminó todo.

Yo no tengo la culpa de que no fuera a principios de septiembre.

Así que no me critiquéis, que os veo venir...

El caso es que he añadido el epílogo porque os voy a echar mucho de menos, demasiado, tanto, que soy incapaz de terminar una historia donde debe acabar en el capítulo titulado **El regreso**.

Gracias por acompañarme en este viaje y por vuestro infinito cariño, que sé que tenéis mucho.

Ojalá algún día encontréis a esa persona que os haga vibrar hasta el demonio que lleváis

dentro. ¡Os lo pasaréis bomba! ¡Prometido!

Y recordad que, en ocasiones, las mejores historias de amor, comienzan con unas pinceladas de odio.

¡Mis mejores deseos para todos! ¡Hasta siempre!

Maica.

FIN